

The background of the entire page is a dark, textured surface. It features several vertical, blurry streaks of light. The upper portion of these streaks is a vibrant green, while the lower portion transitions into a warm orange or reddish-brown. The overall effect is reminiscent of light reflecting off water or a similar fluid medium, creating a sense of movement and depth.

Ignacio Larrañaga

MUESTRAME TU ROSTRO

hacia la intimidad con Dios

IGNACIO LARRAÑAGA

MUESTRAME TU ROSTRO

Hacia la intimidad con Dios

15.^a edición

EDICIONES PAULINAS

**OBRAS DE IGNACIO LARRAÑAGA
EN EDICIONES PAULINAS**

EL SILENCIO DE MARIA

248 págs. 16.^a edición

MUESTRAME TU ROSTRO

440 págs. 15.^a edición

SUBE CONMIGO

264 págs. 15.^a edición

EL HERMANO DE ASIS

432 págs. 9.^a edición

DEL SUFRIMIENTO A LA PAZ

248 págs. 4.^a edición

ENCUENTRO

144 págs. 3.^a edición

© Ediciones Paulinas 1979 (Protasio Gómez, 13-15. 28027 Madrid)
© CEFEPAL - Santiago de Chile 1979

ISBN: 84-285-0756-2

Depósito legal: M. 42.640-1985

Impreso en Artes Gráficas Gar.Vi. Humanes (Madrid)
Impreso en España. Printed in Spain

Gran parte de estas obras han sido editadas también en Brasil,
Estados Unidos, Italia, Portugal, Yugoslavia, Venezuela, Argentina,
México, Colombia y Chile.

Si no hablas,
llenaré mi corazón de tu silencio
y lo guardaré conmigo.
Y esperaré quieto,
como la noche en su desvelo estrellado,
hundida pacientemente mi cabeza.

Vendrá sin duda la mañana
y se desvanecerá la sombra.

Y tu voz se derramará
por todo el cielo
en arroyos de oro.
Y tus palabras volarán
cantando
de cada uno de mis nidos.
Y tus melodías estallarán en flores
por mis profusas enramadas.

R. TAGORE

LA EDICION REELABORADA

· Muchas cosas enseña la experiencia de la vida a lo largo de cinco años. Por eso decidí reescribir *Muéstrame tu rostro*, escrito hace cinco años.

Las finalidades que motivaron esta reelaboración fueron las siguientes: profundizar muchas materias; introducir nuevos enfoques; reordenar y simplificar el tema general; completar y reescribir partes que estaban incompletas. Y, sobre todo, presentar de tal manera la materia que pueda servir íntegramente a *todos* los cristianos y no sólo a los religiosos. Por eso, retiré los capítulos que hacen exclusiva referencia a la vida religiosa.

¿En qué ha consistido la reforma del libro? De los cuatro capítulos originales retiré el tercero y el cuarto, además de los apéndices, quedándome con los dos primeros capítulos. Con el material remanente he armado, en la nueva redacción, seis capítulos.

Los capítulos decisivos (tercero, cuarto y sexto) han sido completamente reformados, salvo pequeños fragmentos originales, como si el libro fuera escrito por primera vez. El capítulo segundo (*la fe*) ha quedado igual en su primera parte, salvo la titulación; en su segunda parte ha sido completamente reformado. El capítulo quinto ha sido reordenado y ampliado. El primer capítulo y el contexto quedan intactos.

En resumen, el original ha sido reformado aproximadamente en sus cuatro quintas partes.

EL AUTOR

Santiago de Chile, mayo de 1979

«El cristiano del mañana será un místico, uno que ha experimentado algo, o ya no será nada» (Karl Rahner).

«Hoy el mundo necesita más que nunca de una vuelta a la contemplación... El verdadero profeta de la Iglesia del futuro será aquel que venga del "desierto" como Moisés, Elías, el Bautista, Pablo y sobre todo Jesús, cargados de mística y con ese brillo especial que sólo tienen los hombres acostumbrados a hablar con Dios cara a cara» (A. Hortelano).

Muchos hermanos temen que el proceso de secularización acabará por minar las bases de la fe, y que, en consecuencia, la vida con Dios irá inhibiéndose en una progresiva decantación hasta extinguirse por completo.

Mi impresión personal es exactamente a la inversa. La secularización podría equipararse a la noche oscura de los sentidos. Es la purificación más radical de la imagen de Dios. Como consecuencia, el creyente de la era secularizada podrá vivir —¡por fin!— la fe pura y desnuda, sin falsos apoyos.

La imagen de Dios había estado revestida frecuentemente de múltiples ropajes: nuestros miedos e inseguridades, nuestros intereses y sistemas, nuestras ambiciones, impotencias, ignorancias y limitaciones; para muchos, Dios era la solución mágica para todos los imposibles, la explicación de todo cuanto ignorábamos, el refugio para los derrotados e impotentes.

Sobre estas muletas se apoyaban la fe y la «religiosidad» de muchos cristianos.

La desmitificación va demoliendo esta imagería, quitando esos ropajes, y comienza a aparecer —¡gracias a la secularización!— el verdadero Rostro de Dios de la Biblia: un Dios que interpela, incomoda y desafía. No responde, sino que pregunta. No soluciona, sino que ocasiona conflictos. No facilita, sino que dificulta. No explica, sino que complica. No engendra niños, sino adultos.

El Dios de la Biblia es un Dios Liberador, Aquel que nos arranca de nuestras inseguridades, ignorancias e injusticias, no eludiéndolas sino afrontándolas, superándolas.

Dios no es el «seno materno» que libra (aliena) a los hombres de los riesgos y dificultades de la vida, sino que, una vez creados en el paraíso, Dios corta rápidamente el cordón umbilical, los deja solitarios en la lucha abierta de la libertad y de la independencia, y viene a decirles: ahora sed adultos, empujad el universo hacia adelante y sed señores de la tierra (Gén 1,26). El verdadero Dios no es, pues, alienador, sino libertador, que hace grandes, maduros y libres a los hombres y a los pueblos.

Este proceso secularizante, insistimos, es, pues, una verdadera noche oscura de los sentidos. En adelante, la fe y la vida con Dios serán una aventura llena de riesgos.

Esta aventura de la fe consistirá en quemar las naves, dejar de lado todas las reglas del sentido común y todos los cálculos de probabilidad como Abraham, hacer caso omiso de los raciocinios, explicaciones y demostraciones, descolgarse de todos los asideros razonables y, atados de pies y manos, dar el gran salto en el vacío en la noche oscura, abandonándose en el absolutamente Otro. Sólo Dios, en la fe pura y oscura.

El contemplativo del futuro deberá internarse en las insondables regiones del misterio de Dios sin guías, sin apoyos, sin luz. Experimentará que Dios es la Otra Orilla, medirá al mismo tiempo su distancia y proximidad; y como efecto de ello, el hombre llegará a sentir el vértigo de Dios,

que es una mezcla de fascinación, espanto, anonadamiento y asombro.

Deberá correr el riesgo de sumergirse en ese océano sin fondo donde se ocultan peligrosos desafíos, que el contemplador no los podrá sortear sin mirarlos de frente y aceptarlos en sus abrasadoras exigencias.

Los hombres que regresen de esta aventura serán figuras cinceladas por la pureza, la fuerza y el fuego. Han sido purificados en la proximidad arrebatadora de Dios, y sobre ellos aparecerá patente y deslumbradora la imagen de su Hijo. Serán testigos y transparencia de Dios.

* * *

Hay en nuestros días ciertos hechos que son verdaderos signos de interrogación. ¿Qué significa, por ejemplo, el consumo alarmante de narcóticos, de LSD...? En tan complejo fenómeno hay ciertamente evasión, alienación, hedonismo. Pero, según eminentes psicólogos, hay también una fuerte aunque oscura aspiración hacia algo trascendente, una búsqueda instintiva de sensaciones intensas que sólo se logran en los altos estados contemplativos.

Harvey Cox considera a los hippies «neomísticos». Según el análisis socio-psicológico de dicho teólogo bautista, estos grupos desean dar cauce a una profunda y ancestral aspiración del hombre por experimentar en forma inmediata lo sagrado y lo trascendente.

Otro grupo que vive con vehemente fuerza la experiencia religiosa es el movimiento llamado «Jesus-People» (Pueblo de Jesús). Sus miembros son numerosos y están muy extendidos. Es un grupo desgajado de los hippies. Son jóvenes que no encontraron en los narcóticos lo que buscaban, y desde su frustración surgió —por una de esas misteriosas reacciones— la llama de una ardiente adhesión a Jesucristo. Su oración es un encuentro personal con Jesús, su vida es

*una apasionada aclamación y proclamación de Jesús, su he-
donismo se ha trocado en ascesis liberadora.*

En nuestras ciudades occidentales se ha desplegado un sorprendente movimiento de inspiración orientalista. Son grupos de personas de toda condición que, por medio de métodos psico-somáticos, intentan llegar a fuertes experiencias religiosas. En cualquier lugar improvisan un club, organizan sesiones formales o informales, periódicas o esporádicas en las que se ejercitan en la concentración de las facultades interiores para una meditación de total recogimiento. De pronto nos enteramos de que en la casa vecina funciona uno de estos grupos.

En mi opinión, para el occidente cristiano se trata de un fenómeno de sustitución: como entre los cristianos no se promueve la preocupación ni el cultivo de la oración contemplativa, se nos están llenando nuestras ciudades de «gurus» importados de la India o del Pakistán, en torno a los cuales se concentran millares de jóvenes para, mediante gimnasia y mecanismos mentales, llegar al «contacto» con el Dios trascendente. Incluso han logrado elaborar una doctrina sincrética con métodos orientales y con la teología cristiana.

La «sociedad internacional de meditación» del hindú Maharishi Mahesh cuenta ya con 250.000 entusiastas adeptos que se ejercitan incesantemente en la meditación trascendental en torno a algún «guru». Miles de universitarios, muchachos y muchachas, se dirigen a los «ashams» hindúes, o se encierran en los monasterios de los budistas-zen para iniciarse y progresar en las fuertes experiencias extrasensoriales y en el trato inmediato con Dios.

Estos hechos están demostrando que la técnica, la sociedad de consumo y el materialismo general no son capaces de sofocar las fuentes profundas del hombre, de donde emana esa eterna e inextinguible sed de Dios.

* * *

¿Qué está ocurriendo en la misma Iglesia? No hay obispo, curia general o alto responsable de instituto eclesiástico que, cuando se dirige a sus miembros, no clame por la restauración del espíritu de oración y de la oración misma. Por otra parte, no es ningún secreto para nadie que, entre los hermanos y hermanas, la vida de fe y oración había descendido a sus niveles más bajos en estos últimos años.

Sin embargo, desde las profundidades de esa depresión ha comenzado a surgir el movimiento para la vitalización de la vida con Dios, con una fuerza pocas veces igualada en la historia de la Iglesia. Para los responsables de los Institutos, la recuperación del sentido de Dios es la primera inquietud y la primera esperanza. Por todas partes se perciben signos alentadores.

El movimiento de «oración carismática» se ha extendido desde California hasta la Patagonia con el ímpetu huracanado de una mañana de Pentecostés. Los que aparecen como profetas conductores del movimiento liberacionista en América Latina, son hombres que bajan de la «montaña» de la alta contemplación: Helder Câmara, Arturo Paoli, Ernesto Cardenal, Leonidas Proaño y otros menos conocidos pero no menos notables.

Se ensayan mil formas, estilos y métodos para avanzar en la experiencia de Dios: las «Maisons de prière», los «desiertos», los «eremitorios»... En Argelia, sobre el brillante y ardiente desierto, se levanta el oasis de Beni Abbés por donde pasan millares de solitarios contemplativos, llegados de todas partes del mundo, atraídos por el recuerdo de Charles de Foucauld.

Las «tebaidas» comienzan de nuevo a poblarse, no por los fugados del mundo sino por los luchadores del mundo y por el mundo, que vienen a templarse resistiendo sin pestañear la mirada de Dios.

¿Qué significa el hecho de que millares de jóvenes de todo el mundo se congreguen en Taizé para orar? Entre ellos los hay desde bohemios hasta dirigentes de sindicatos, desde especialistas en alta tecnología hasta mineros. Todos buscan la experimentación del misterio de Dios. Los arrastra el «peso» de Dios.

Esta cantidad impresionante de modalidades, intentos, proyectos, ensayos para promover la experiencia de Dios en la Iglesia, está indicando que el Espíritu está suscitando, quizá hoy más que nunca, una aspiración incontenible hacia elevados estados de contemplación, y que está abriendo la gran marcha de los creyentes hacia las regiones más profundas de intercomunicación con el Señor Dios.

Todo nos hace presentir que vivimos en vísperas de una gran era contemplativa.

En este contexto y para este contexto, y vislumbrando ese futuro, se ha escrito este libro. Desea ofrecer una colaboración a los que quieren iniciarse o recuperar el trato con Dios, y a aquellos otros que anhelan avanzar, mar adentro, en el misterio insondable del Dios vivo.

EL AUTOR

REFLEXIONES SOBRE CIERTAS «CONSTANTES» DE LA ORACION

Cuando hablamos aquí de *orar*, lo entendemos en el sentido en que lo vamos a hacer a lo largo de este libro: un trato afectuoso a solas con el Dios que sabemos nos ama; un avanzar, en la intersubjetividad íntima y profunda, *en* y *con* el Señor que se nos ofrece como compañero de vida.

Cuanto más se ora, más se quiere orar

Toda potencia viva es expansiva. El hombre, a nivel simplemente humano, es una tensión interior que le hace aspirar hacia lejanías inalcanzables; cualquier meta lograda lo deja como un arco tenso, siempre insatisfecho. ¿Qué es la nostalgia? Una búsqueda interminable de una plenitud que nunca llegará.

En medio de la creación, el hombre aparece como un ser extraño, algo así como un «caso de emergencia»; posee facultades que fueron estructuradas para tal o cual función; cumplida la función, conseguido el objetivo, siente que algo le falta. Pensemos, por ejemplo, en el apetito sexual o en la sed de riqueza: cumplidas las apetencias, *el hombre* como tal sigue «hambriento» y desde cada satisfacción lograda se lanza en busca de nuevas riquezas o nuevas sensaciones.

A nivel espiritual el hombre es, según el pensamiento de san Agustín, como una saeta disparada hacia un Universo (Dios) que, como un centro de gravedad, ejerce una atracción irresistible sobre él, y cuanto más se aproxima a ese Universo, mayor velocidad adquiere. Cuanto más se ama a Dios, más se le quiere amar. Cuanto más se trata con El,

más ganas entran de tratarlo. La *velocidad* hacia El está en proporción a la proximidad de El.

Sin darnos cuenta, debajo de todas nuestras insatisfacciones corre una corriente que se dirige hacia el Uno, el único Uno capaz de concentrar las fuerzas del hombre y de aquietar sus quimeras.

«Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo,
mi alma tiene sed de ti,
mi carne tiene ansia de ti
como tierra reseca, agotada, sin agua» (Sal 62).

* * *

Existe la ley del *entrenamiento*, ley válida para los deportes atléticos y válida también para los deportes del espíritu: cuanto más entrenamiento se hace, más o mejores marcas se pueden batir. Si a mí me dicen de pronto que haga a pie una caminata de 30 kilómetros, hoy no los podría hacer. Pero si diariamente me entrenara haciendo largas caminatas, después de varios meses no tendría dificultad alguna para recorrer los 30 kilómetros. ¿Cómo se explica esto? Había en mí capacidades atléticas que estaban dormidas, quizá atrofiadas, por falta de activación. Al ser puestas en acción, despertaron y se desplegaron.

Asimismo, llevamos en el alma capacidades espirituales que eventualmente pueden estar dormidas por falta de *entrenamiento*. Dios ha depositado en el fondo de nuestra vida un germen que es un don-potencia, capaz de una floración admirable. Es una aspiración profunda y filial que nos hace suspirar y aspirar hacia el Padre Dios. Si esa aspiración la ponemos en *movimiento*, en la medida en que «conoce» su Objeto y se aproxima a su Centro, más densa será la aspiración, mayor *peso* hacia su Objeto y, por consiguiente, mayor velocidad.

Esto lo prueba la experiencia diaria. Cualquiera que haya tratado entrañablemente con el Señor a solas durante unos cuantos días, una vez regresado a la vida ordinaria un nuevo *peso* lo arrastrará al encuentro con Dios con nueva frecuencia; los rezos y los sacramentos serán un festín por-

que ahora los siente «llenos» de Dios. De esta manera se va haciendo más denso el *peso* de Dios, que nos arrastrará con mayor atracción hacia El, mientras el mundo y la vida se irán «poblando» de Dios.

Todo esto lo vemos comprobado en la Biblia. El autor de los *Salmos* se siente sediento de Dios como una tierra reseca, como una cierva que corre hacia las corrientes de agua fresca (Sal 41). Se levanta a medianoche como un amante para «estar» con el Amado (Sal 118). Jesús «roba» las horas al descanso y al sueño, se va a los cerros para «pasar» la noche con el Padre.

Custodiado por las SS, barruntando su próxima muerte, desde la cárcel escribía Bonhoeffer a un amigo: «El día que me entierren, quisiera que me cantaran: Una cosa pido al Señor, habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida» (1).

Se cumple la ley: a mayor proximidad, mayor velocidad, al estilo de la ley física de la atracción de las masas. Crece la atracción en la medida en que es mayor el volumen de las masas y mayor la cercanía de las mismas.

* * *

Pocas cosas nos harán sentir el realismo de estas leyes como aquella descripción del gran novelista Nikos Kazantzaki:

«Y mientras yo reflexionaba, Francisco de Asís apareció en la entrada de la gruta. Resplandecía como un carbón ardiente. La plegaria había devorado aún más su carne, pero lo que le quedaba de ella brillaba como una llama. Una extraña dicha irradiaba su rostro. Me tendió la mano.

—Bien, hermano León —me dijo—. ¿Estás dispuesto a escuchar lo que te voy a decir?

Sus ojos brillaban como si tuviera fiebre, y en ellos podía yo distinguir ángeles y visiones que llenaban su mirada. Sentí miedo. ¿Habría perdido la razón?

Adivinando mi temor, Francisco se me acercó para decirme:

(1) *Resistencia y sumisión*, Ariel, Barcelona 1969, 119.

—Hasta ahora se han empleado muchos nombres para definir a Dios. Esta noche yo he descubierto otros. Dios es abismo insondable, insaciable, implacable, infatigable, insatisfecho... Aquel que nunca ha dicho al alma: ¡Basta ya!

Se me acercó mucho más aún, y como si estuviera transportado a otros mundos, me agregó con voz emocionada:

—*¡Nunca Bastante!* —gritó—. ¡No es bastante, hermano León! Eso es lo que Dios me ha gritado durante estos tres días y estas tres noches, allá en el interior de la gruta: *¡Nunca Bastante!* El pobre hombre que está hecho de barro, reacciona y protesta: ¡No puedo más! Y Dios responde: ¡Aún puedes! El hombre gime: ¡Voy a estallar! ¡Estalla!, responde Dios.

La voz de Francisco enronqueció. Sentí lástima de él. Temí que hiciera cualquier disparate. Irritado, le dije:

—¿Y qué quiere Dios ahora de ti? ¿No besaste al leproso, que tanta repugnancia te causaba?

—¡No es bastante!

—¿No abandonaste a tu madre, madonna Pica, la mujer más exquisita del mundo?

—¡No, es bastante!

—¿No hiciste el ridículo entregando los vestidos a tu padre y quedando desnudo ante todo el pueblo?

—¡No es bastante!

—Pero... ¿no eres el hombre más pobre del mundo?

—¡No es bastante! No lo olvides, hermano León: Dios es "*Nunca Bastante*"» (2).

Si somos sinceros, si miramos sin pestañear nuestra propia historia con Dios, habremos experimentado que Dios es como una sima que arrastra y cautiva y que cuanto más nos aproximamos a ella más nos cautiva y embriaga.

«¡Oh Trinidad eterna! Tú eres un mar sin fondo en el que, cuanto más me hundo, más te encuentro; y cuanto más te encuentro, más te busco todavía. De ti jamás se puede decir ¡basta! El alma que se sacia en tus profundidades, te desea sin cesar porque siempre está hambrienta de ti; siempre está deseosa de ver tu luz en tu luz.

(2) *El pobre de Asís*, V.

¿Podrás darme algo más que darte a ti mismo? Tú eres el fuego que siempre arde, sin consumirse jamás. Tú eres el fuego que consume en sí todo amor propio del alma; tú eres la luz por encima de toda luz.

Tú eres el vestido que cubre toda desnudez, el alimento que alegra con su dulzura a todos los que tienen hambre.

¡Revísteme, Trinidad eterna! Revísteme de ti misma para que pase esta vida en la verdadera obediencia y en la luz de la fe con la que tú has embriagado mi alma» (3).

Cuanto menos se ora, menos ganas de orar

Existe en la fisiología una enfermedad llamada *anemia*. Es una enfermedad particularmente peligrosa porque no produce síntomas espectaculares, y la muerte llega por el camino del silencio, sin espasmos. Consiste en esto: cuanto menos se come, menos ganas se tiene de comer; cuanto menos ganas de comer, menos se come, y sobreviene la anemia aguda. Así se abre y se cierra un círculo, el círculo de la muerte.

En la vida interior se repite el mismo ciclo. Se comienza por abandonar el hecho de la oración por razones válidas, a lo menos aparentemente válidas. En vez de dirigirse desde lo Uno hacia lo múltiple, siendo *portadores de Dios*, lo múltiple envuelve, encierra y retiene a los hermanos llenando su interior de frío y de dispersión.

De esta manera comienza a entrar en el interior del hermano, como una lenta noche, la dificultad para centrarse en lo Uno y Unico. Cuanto mayor va siendo la dispersión interior, no faltarán nuevos motivos para abandonar el trato con Dios. Se va debilitando el gusto por Dios en la medida en que crece el gusto por la multiplicidad dispersa (personas, acontecimientos, sensaciones fuertes); comienza a declinar el hambre de Dios en la medida en que crece la dificultad para «estar» satisfactoriamente con El. Ya hemos entrado en la espiral.

(3) SANTA CATALINA DE SIENA, *Diálogos*, 2.

Abierto este círculo, nos hallamos en una verdadera pendiente: mientras voy desligándome del *absolutamente Otro*, voy siendo *tomado* por los «otros». Es decir, mientras el mundo y los hombres me reclaman y parecen agotar el sentido de mi vida, Dios es una palabra que va vaciándose cada vez más de sentido, hasta que, por fin, acaba por ser algo así como un trasto viejo que se tiene en la mano; lo miramos, volvemos a mirarlo y por fin nos preguntamos: y esto, ¿para qué? *Ya* no sirve. Se cerró el círculo, llegó la anemia aguda, hemos entrado en la recta final de la muerte, de la *muerte de Dios* en nuestra vida.

* * *

Hay otra enfermedad que se llama *atrofia*. En esta enfermedad llega la muerte todavía más silenciosamente. Me explicaré.

Toda vida es explosión, expansión, adaptación, en una palabra, movimiento. Este movimiento no es mecánico sino dinamismo interno. Si esa tensión dinámica es sofocada o detenida, automáticamente deja de ser vida. No hace falta que venga un agente externo y mortífero que provoque un desastre. El ser vivo deja de ser *vivo* desde el momento en que deja de ser *movimiento*.

En la vida interior ocurre otro tanto. La gracia es esencialmente *vida* y presta al alma la facultad de reaccionar dinámicamente bajo los dones de Dios, de *moverse* hacia El, conocerle directamente tal como El se conoce, amarle tal como El se ama. En una palabra, esta gracia-vida establece entre Dios y el alma una corriente dinámica, correspondencias recíprocas de «conocimiento» y amor.

Esa gracia que es Don-Potencia es a la vez expansiva y fermentadora. Le ocurre lo que a aquella levadura que tomó una mujer y la metió en tres medidas de harina hasta que toda la masa quedó fermentada. Una vez injertada en la naturaleza humana, esa gracia, por ser vida, tiende a conquistar nuevas zonas en nuestro interior, penetra progresivamente en las facultades, domina las tendencias egoístas

y, una vez liberadas, las somete al beneplácito divino, hasta que el ser entero pertenezca completamente al Único y Absoluto. Esta es la breve historia de un Don-Potencia, derramado en el fondo del alma.

Pero si esa gracia deja de *moverse*, también deja de vivir. Si esa vida no lleva una marcha ascendente y expansiva, automáticamente toma la ruta de la muerte por la ley de la atrofia. Existe la *esclerosis* también para la vida del espíritu. Si los «tejidos» de las facultades interiores no son sometidos al ejercicio, rápidamente sobreviene el endurecimiento y la rigidez. Al orar poco, sentimos que hay dificultad para orar, como que las facultades interiores se endurecen. Y al sentir la dificultad, se tiende a abandonar la oración dentro de la ley del menor esfuerzo. Y ese gran Don-Potencia sencillamente se «inhibe», su vitalidad toma el rumbo de la in-acción, de la in-movilidad y de la muerte.

Tengo la impresión de que entre nuestros hermanos hay quienes han tenido una *fuerte llamada* para una vida profunda con Dios, y de que esa *llamada* está languideciendo por una historia que se repite frecuentemente: dejaron de rezar, abandonaron los actos de piedad, subestimaron los sacramentos, desplazaron la oración personal, dijeron que a Dios hay que buscarlo en el hombre, y por buscar a Dios, dejaron a Dios... He conocido casos por los que, aún ahora, siento tristeza: el caso de hermanos a los que en otro tiempo «se les dio» una atracción poco común por el Señor, atracción que, bien cultivada, pudo haber dado a sus vidas un gran vuelo, y, sin embargo, hoy se los ve fríos y, ¿por qué no decirlo?, tristes.

Efectivamente, a muchos se los ve dominados por un algo que podríamos llamar frustración, y no saben por qué. Para mí la explicación es muy clara: allá, en el fondo de sí mismos, muchas capas más abajo de su consciente, están sofocando aquella *llamada* fuerte que a unos se les ha *dado* y a otros no. Una vida que pudo haber florecido, sólo quedó en posibilidad.

Cuanto más se ora, Dios es «más» Dios en nosotros

Dios no cambia. El es el definitivamente pleno y, por consiguiente, Inmutable. Está, pues, inalterablemente presente en nosotros, y no admite diferentes grados de presencia. Lo que realmente cambian son nuestras relaciones con él según el grado de fe y amor. La oración hace más densas esas relaciones, se produce una penetración más entrañable del yo-tú a través de la experiencia afectiva y el conocimiento gozoso, y la semejanza y la unión con él llegan a ser cada día más profundas.

Ocurre lo que con una antorcha dentro de una oscura habitación. Cuanto más alumbra la antorcha, mejor se ve la «cara» de la habitación, la habitación se hace «presente», aunque la habitación no cambie.

Cualquiera de nosotros puede experimentar que cuanto más profunda es la oración, siente a Dios más próximo, presente, patente y vivo. Y cuanto más resplandece la gloria del rostro del Señor sobre nosotros (Sal 30), los acontecimientos quedan envueltos en un nuevo significado (Sal 35) y la historia queda «poblada» por Dios; en una palabra, el Señor se hace *vivamente presente en todo*. No hay juego de azar, sino un timonel que conduce los hechos con mano segura.

Cuando se ha «estado» con Dios, él va siendo cada vez más «Alguien» por quien y con quien se superan las dificultades, se vencen las repugnancias —y éstas se truecan en dulcedumbres—; se asumen con alegría los sacrificios, nace por doquier el amor. Cuanto más «se vive» a Dios, más ganas hay de estar con él, y cuanto más se «está» con Dios, Dios es cada vez más «Alguien». Se abrió el círculo de la vida.

Y en la medida en que el hombre contemplador avanza en los misterios de Dios, Dios deja de ser idea para convertirse en *Transparencia* y comienza a ser Libertad, Humildad, Gozo, Amor, y progresivamente se va transformando en una fuerza irresistible y revolucionaria que saca todas las cosas de su sitio: donde había violencia, pone suavidad;

donde había egoísmo, pone amor y cambia por entero «la faz» del hombre.

Si el contemplativo sigue avanzando por las oscuras rutas del misterio de Dios, fuerzas desconocidas desatadas por el Amor empujan al alma por la cuesta adentro del Dios vivo, por una pendiente totalizadora según y dentro de la cual Dios va siendo cada vez más el Todo, el Único y el Absoluto, como en un torbellino en el que el hombre entero es tomado y arrastrado, mientras se purifica y las escorias egoístas se queman con el fuego... Dios acaba por transformar al hombre contemplador en una antorcha que arde, incendia y resplandece (Jn 5,35). Pensemos en Elías, Juan el Bautista, Francisco de Asís, Charles de Foucauld...

* * *

No podemos decir: *eso* no es para mí. Todo dependerá de la altura, mejor, de la profundidad de la contemplación en que nos encontramos. Estos profetas no fueron excepcionales por nacimiento o por casualidad, sino porque se entregaron incondicionalmente y se dejaron arrastrar cada vez más adentro. Y aunque es verdad que este entregarse les exigió un estado interior de alta tensión, sin embargo, el escultor de tales figuras fue, es y será Dios mismo. No miremos sólo a tiempos pasados. En nuestros días y entre nosotros hay hombres que son viva transparencia de Dios.

Pero no termina aquí el proceso totalizador. En la medida en que el contemplador se deja *tomar*, Dios acapara en este hombre la función de bien que tienen todas las realidades humanas y tiende a convertirse en Todo Bien: para este hombre Dios «vale» por una esposa cariñosa, por un buen hermano, por un padre solícito, por una hacienda de mil hectáreas o por un palacio fantástico (Mt 12,46-50; Lc 8,19-21; Mc 3,31-34). Dios, en una palabra, se convierte en la gran recompensa, en un festín, en un banquete (Ex 19,5; Jer 24,7; Ez 37,27). «Tú eres mi bien» (Sal 15). «Tu nombre es mi gozo cada día» (Sal 88).

Es esto lo que expresa admirablemente el salmista cuan-

do dice: «Pero tú, Señor, has puesto en mi corazón más alegría que si abundara en trigo y en vino» (Sal 4). El «trigo y el vino» simbolizan todas las compensaciones, emociones y gozos que puede apetecer el corazón humano. Para el hombre contemplador que ha «gustado cuán suave es el Señor» (Sal 33), Dios «sabe» a un vino embriagador, más sabroso que todos los festines de la tierra.

Bien lo experimentó Francisco de Asís, el hombre más pobre del mundo. Noches enteras se pasaba bajo las estrellas exclamando, mientras sentía una sensación plenificante: «Mi Dios y mi Todo.» Sentía aquel algo que los vividores, sibaritas y amadores del mundo jamás sospecharán, es decir:

«Me saciarás de gozo en tu presencia,
de alegría perpetua a tu derecha» (Sal 15).

Cuanto menos se ora, Dios es «menos» Dios en nosotros

Cuanto menos se ora, Dios se va desdibujando más en una borrosa lejanía. Lentamente se va convirtiendo en una «idea» sin sangre y sin vida. No «apetece» *estar, tratar, vivir* con una «idea», tampoco es un estímulo para luchar y superarse. Y así, Dios va dejando de ser Alguien, y acaba por diluirse en una realidad lejana y ausente.

Una vez metidos en esta espiral, Dios lentamente deja de ser recompensa, alegría, gozo... y cada vez se «cuenta» menos con El. Y así, si llega una crisis ya no se acude a Dios porque es una palabra que ya «nos dice» muy poco; se recurre a medios psicológicos, o simplemente se deja uno llevar por la crisis.

Mientras se efectúa este proceso de decantación, simultáneamente asalta el edificio del hombre esa serpiente de mil cabezas que se llama el egoísmo, y renacen las apetencias del hombre viejo reclamando atención. ¿Y por qué esto? Comienza a fallar el centro de gravedad de una vida y al mismo tiempo se van abriendo enormes vacíos en el interior, se hacen presentes las compensaciones humanas como mecanismos de defensa dentro de la ley de los desplaza-

mientos. ¿Y con qué finalidad? Para cubrir los vacíos y para apuntalar el edificio; y el edificio se llama el *sentido de la vida* o también el *proyecto de una existencia*.

Cuanto menos se ora, Dios tiene menos sentido, y cuanto menos sentido tiene Dios, menos se acude a El. Ya estamos atrapados en la espiral de la muerte.

Si se deja de orar, Dios acaba por ser un «don Nadie»

Si se deja de orar durante largo tiempo, Dios acaba por «morir» no en sí mismo porque es sustancialmente viviente, eterno e inmortal, sino en el corazón del hombre. Dios «ha muerto» como una planta atrofiada a la que se dejó de regar.

Abandonada la fuente de la *vida*, rápidamente se llega a un *ateísmo vital*. Los que llegan a esa situación quizá no se han planteado a sí mismos formalmente el problema intelectual de la existencia de Dios. Quizá sigan sosteniendo, acaso sintiéndolo también, que la «hipótesis» Dios tiene todavía validez; pero de hecho se las han arreglado para vivir como si Dios no existiera. Es decir, Dios ya no es la Realidad próxima, concreta y arrebatadora. Ya no es aquella Fuerza Pascual que los *saca* de los escondites de su egoísmo para lanzarlos, en un perpetuo «éxodo», hacia un mundo de libertad, humildad, amor, compromiso. Sobre todo —¡he aquí el signo inequívoco de la agonía de Dios!—, el Señor ya no despierta alegría en el corazón.

Ocurre, a veces, que el vacío de Dios les pesa como un cadáver. Y por eso se entregan a discutir, cuestionar y dialogar —con una frecuencia e insistencia como nunca antes— sobre la oración, su naturaleza, su necesidad. Ello puede ser un buen signo. Podría también significar que la sombra de Dios no les deja en paz.

Con una alegre superficialidad divagan hasta el infinito sobre las nuevas formas de oración: que el concepto de Dios

hay que «desmitificarlo», que la oración personal es tiempo perdido, un desperdicio egoísta y alienante, que vivimos unos tiempos seculares para los cuales ha caducado definitivamente el elemento religioso, que las formas clásicas de oración son una elucubración subjetiva, y así hasta el infinito. En una palabra, la oración se problematiza, se intelectualiza. Mala señal.

La oración es *vida*, y la vida es sencilla —no fácil— y coherente. Cuando la oración deja de ser vida, la convertimos en una complicación fenomenal. Se pregunta, por ejemplo: ¿cómo se debe orar en nuestro tiempo? Para mí es una pregunta sin sentido. ¿Acaso se pregunta cómo se debe amar en nuestro tiempo? Se ama —y se ora— igual que hace cuatro mil años. Los hechos de vida tienen su raíz en la sustancia inmutable del hombre.

Cuando se da esta situación existencial, rápidamente se desencadena una inversión de valores y un desplazamiento de planos. A Dios no hay que buscarlo ya en la montaña, sino en el hombre; no hay que buscarlo *en* «espíritu y verdad», sino en el fragor de las multitudes hambrientas. No existe la *salvación de mi alma*, sino la liberación del hombre de la explotación y de la miseria. Hay que superar la dicotomía entre la oración y la vida; el trabajo es oración..., «teologías» frívolas que se derrumban ante la primera saeta disparada desde la autenticidad.

Cuando se produce la crisis de Dios, se comienza a contabilizarlo todo con los criterios de *utilidad*. Y la Biblia nos recuerda que Dios está más allá de las categorías de lo útil y lo inútil. En el fondo, la Escritura afirma una sola cosa: *Dios es*. Y se eligió un pueblo cuyo destino final es proclamar a todos los pueblos y continentes que *Dios es*. Solamente «sirve» para adorarle, darle gracias, alabarle y para ser testigo suyo. Si echamos en olvido este destino «inútil» del Pueblo de Dios, siempre andaremos divagando por las ramas.

* * *

Cuando en un hermano se produce el vacío de Dios por el abandono de la oración, surge la necesidad de autoafirmarse desplazándose hacia actividades, por ejemplo, de tipo político. ¿De qué se trata? El se justificará con bonitas teologías, pero en el fondo se trata de dar un sentido a su vida, de cubrir un vacío interior con un quehacer que ciertamente tiene apoyos bíblicos.

No es el caso de todos, pero sí de muchos. Nunca hablan de vida eterna, del alma, de Dios, sino de explotación, de la injusticia social. Es un hecho sociológico ampliamente constatado que una buena parte de tales sacerdotes acaban secularizándose. No faltarán quienes digan que han dado ese paso para realizarse como hombres y como cristianos. ¡Razones para la exportación! Si «aquí» han sido incapaces de amar, «allá» seguirán siendo igualmente incapaces y no encontrarán el centro.

Sé que el trato con Dios puede convertirse en evasión. Este libro, sin embargo, hace ver que los verdaderos liberadores y los grandes comprometidos en la Biblia fueron los capaces de resistir la mirada de Dios en el silencio y la soledad. Y, por cierto, no un Dios de golosina sino Aquel que incomoda, desinstala y empuja al «adorador» por la pendiente de la paciencia y humildad hacia la aventura de la gran liberación de los pueblos. Si la contemplación no logra estos efectos, será cualquier cosa menos oración. Evasión y oración son términos excluyentes.

* * *

¿Qué será de la vida de un hermano en cuya alma Dios ha desfallecido?

Seguramente seguirá hablando «de» Dios, pero será incapaz de hablar «con» Dios. Sus palabras serán palabras de bronce: harán ruido pero no llevarán nada, ni mensaje ni vida ni fuego. Los creyentes jamás distinguirán en su frente el «fulgor de Dios» (Ex 34,28). Dirán: buscábamos un profeta y nos hemos encontrado con un profesional. Los hambrientos y sedientos de Dios que se acercan a él, se van a encontrar con un manantial agotado. No resucitará muer-

tos, no sanará enfermos. Definitivamente no será un «enviado».

No tomará nada en serio, porque el que no ha tomado en serio a Dios, en el fondo es un frívolo. Nada será importante para él, ni el pobre ni el enfermo ni el explotado ni el amigo. Sólo él será importante para sí mismo. Es más cómodo y menos comprometedor arreglárselas consigo mismo, y no con Alguien que nos sale al encuentro y pone al descubierto todo lo que tenemos, hacemos y somos.

Cuando en un grupo de cristianos se analizan las causas de la crisis de la oración, me llama la atención la frecuente coincidencia en señalar la siguiente: *el miedo a Dios*. ¿En qué sentido? Vienen a discurrir, más o menos, así: si tomo en serio a Dios, mi vida tendrá que ser otra. Dios me desafiará a no confundir carisma con capricho, a abrirme a este hermano que no me cae bien, a acabar con entretenimientos inútiles, a aceptar esta carga, a romper con aquella amistad, menos mundanismo, más penitencia, más obediencia... En una palabra, me va a poner como un arco tenso. Dios es algo serio. Mejor hacerme el distraído respecto a él. Es la frivolidad.

* * *

Desplazado Dios, la vida es como una flor que se deshoja. Todo pierde sentido y se cumple aquella terrible descripción de Nietzsche en su libro *Así hablaba Zaratustra*:

«¿No habéis oído hablar de aquel loco que en pleno día encendió una linterna, corrió al mercado y clamaba continuamente: "Busco a Dios, busco a Dios"? Como precisamente allí se hallaban reunidos muchos de los que no creían en Dios, fue recibido con grandes risotadas. Uno dijo: "¿Es que se ha perdido?" Otro respondía: "Se ha extraviado como un niño." Otros ironizaban: "¿Está escondido? ¿Tiene miedo de nosotros? ¿Se ha embarcado? ¿Ha emigrado?" Así se reían y se burlaban todos.

El loco se metió en medio de ellos, y atravesándolos con su mirada, clamaba: "¿Que dónde se ha ido Dios? Yo os lo voy a decir. Lo hemos matado, vosotros y yo. Todos

nosotros somos sus asesinos. Está bien; pero pensemos: ¿Qué hemos hecho? ¿Qué hemos hecho al cortar las ligaduras que unían esta tierra con su sol? Y nosotros, ahora, ¿adónde vamos? ¿No nos estamos despeñando continuamente hacia atrás, hacia adelante, hacia un lado, en todas las direcciones? ¿Hay todavía arriba y abajo? ¿No vamos errando a través de una nada infinita? ¿No sentimos el soplo del vacío? ¿No sentimos un frío terrible? ¿No va haciéndose de noche continuamente, y cada vez más de noche? ¿No es cierto que necesitamos encender linternas en pleno día?"

El loco calló y miró otra vez a sus oyentes. También ellos callaron y le miraban con extrañeza.»

Hemos dejado «morir» a Dios, pero nacen los monstruos: el Absurdo, la Náusea, la Angustia, la Soledad, la Nada... Como dice Simone de Beauvoir, al suprimir a Dios nos hemos quedado sin el único interlocutor que realmente valía la pena; y la vida viene a ser, como dice Sartre, una «pasión inútil», como un relámpago absurdo entre dos eternidades de oscuridad.

Con frecuencia no puedo evitar el dar vueltas en mi mente al siguiente interrogante: ¿Cómo será el final de quienes han vivido como si Dios no existiera? Es el momento cumbre de la vida. Cuando adviertan que ya no hay esperanza, que sólo les restan unas semanas de vida, ¿a quién clamar?, ¿a quién ofrendar ese holocausto?, ¿dónde sujetarse?, ¿a quién agarrarse? No habrá asidero.

COMO SI VIERA AL INVISIBLE

Y [Moisés] decididamente llevó adelante su gestión con la seguridad de quien ve al Invisible.

Hebreos 11,27

En el mundo entero se están efectuando, en estos últimos años, sondeos, encuestas y evaluaciones sobre el estado de la oración. Se habla de crisis y abandono de la oración, de las dificultades para entrar en comunicación con el Dios trascendente.

Sin embargo, en esta evaluación general se está llegando, con rara unanimidad, a la conclusión de que la decadencia de la oración proviene de una profunda crisis de fe. Se puntualiza en el sentido de que el centro de la crisis no está tanto en el cuestionamiento intelectual de la fe sino en la vivencia de la misma. Se trata, pues, de una crisis existencial de la fe. Las encuestas más serias llegan a la conclusión de que no se debe cargar el acento en el problema de las formas de la oración. La crisis de fondo no está en *cómo* expresarse en la oración sino en *qué* expresarse.

Buscando, según la intención que nos hemos propuesto, la utilidad práctica, solamente nos vamos a preocupar en la presente reflexión del acto vital de la fe que, en la Biblia, es siempre adhesión y entrega incondicional a Dios. Vamos a analizar también las dificultades que dicho acto entraña, especialmente cuando sobreviene el silencio de Dios, así como también los desalientos que amenazan constantemente la vida de fe. Esas dificultades, normales e invariables para todo el que trata de vivir «a» Dios, hoy día se ven acrecentadas debido a ciertas corrientes de ideas, que analizaremos con una cierta detención.

Con estas reflexiones habremos adelantado mucho en nuestro empeño de explorar el misterio de la oración, ya que ella no es otra cosa que una *puesta en movimiento* de la misma fe. Buscaremos, finalmente, algunos medios que nos ayuden a superar los desfallecimientos y situaciones difíciles.

Al abrir la Biblia y contemplar la marcha del Pueblo hacia Dios en la profundización, esclarecimiento y purificación de su fe, llegamos a experimentar vivamente ¡qué difícil es esta ruta que conduce al misterio de Dios, la ruta de la fe! Y no sólo para Israel; sobre todo para nosotros. Cada día estamos viendo que el desaliento, la inconstancia y las crisis nos esperan en cualquier esquina. Y esto, sin olvidar que la fe, en sí misma, es oscuridad e incertidumbre. Por eso hablamos aquí de *drama*.

Al entrar, pues, en este verdadero túnel, debemos recordar aquella valiente invitación de Jesús: «Esforzaos para entrar por la puerta estrecha» (Lc 13,24).

La prueba del desierto

En distintos momentos, el Concilio presenta la vivencia de la fe como una peregrinación (LG 2, 8, 65). Más aún, nos la presenta en un nivel paralelo a la travesía de Israel por el desierto. Ciertamente aquella marcha constituyó la prueba de fuego para la fe de Israel en su Dios. Sin embargo, aunque es verdad que de esa prueba salió fortalecida la fe de Israel, aquella peregrinación estuvo cuajada de adoración y blasfemia, rebeldía y sumisión, fidelidad y deserción, aclamación y protesta.

Todo ello es un símbolo real de nuestras relaciones con Dios mientras estamos «en camino» y, sobre todo, y esto es lo que aquí nos interesa destacar, es un símbolo de las

vacilaciones y perplejidades que sufre toda alma en su ascensión hacia Dios, más concretamente en su vida de fe. Pocos hombres, quizá nadie, se han visto libres de tales desfallecimientos, como lo veremos con la Biblia en la mano.

* * *

Llegado el momento oportuno, Dios irrumpió en el escenario de la historia humana. Entró para herir, liberar, igualar. Amigo de Dios y conductor de los hombres, Moisés se enfrenta al faraón, congrega al pueblo disperso, y lo pone en marcha hacia el país de la Libertad.

Salidos de Egipto, comienza la gran marcha de la fe hacia la claridad total. Pero, ya con los primeros pasos, la crisis de fe comienza a enroscarse como una serpiente en el corazón del pueblo. La duda sube hasta sus gargantas para gritar: «El desierto será nuestra tumba» (Ex 14,11). «¿No te decíamos que nos dejaras servir a los egipcios? ¿No era eso mejor que morir en el desierto?» (Ex 14,12). Se prefiere la seguridad a la libertad. En medio de la confusión, sólo Moisés mantiene viva la fe: no tengáis miedo, Dios «hará brillar su Gloria» y mañana mismo veréis resplandecer esa Gloria (Ex 14,17) porque Dios «combatirá» por nosotros y con nosotros.

Ante estas palabras, la fe del pueblo se enciende de nuevo. Y con sus propios ojos contemplan fenómenos nunca vistos. De pronto comenzó a soplar un viento recio del sur que cortó las aguas y las dividió en dos grandes masas. Y el pueblo pasó como en medio de dos murallas, mientras los egipcios quedaban atrapados como plomo en el fondo del mar. Ante semejante espectáculo «el pueblo creyó en Dios y en Moisés, su siervo» (Ex 14,31), y entonaron un canto triunfal (Ex 15,1-23). Sin embargo, una vez más, habían necesitado un «signo» para recuperar su fe: «Bieraventurados aquellos que, sin haber visto, creen» (Jn 20,29).

* * *

Avanzó la peregrinación durante tres días, internándose a fondo en el desierto del Sur. El desierto vuelve a poner de nuevo a prueba la fe del pueblo. El silencio de la tierra y, a veces, el silencio de Dios invade sus almas y sienten miedo. Se les han agotado las provisiones. ¿Qué comerán? Y, como aves rapaces, se abaten sobre el pueblo el desaliento, la nostalgia y la rebeldía. «¿Nos has traído al desierto para matarnos de hambre? Mucho mejor que hubiéramos muerto a espada, a manos de los egipcios» (Ex 16,3).

El pueblo sucumbe definitivamente a la tentación de la nostalgia y «se pusieron a llorar mientras decían: ¡oh aquella rica carne de Egipto!, ¡oh aquel sabroso pescado que comíamos de balde en Egipto, y aquellos melones, y aquellas sandías, y aquellos puerros, y aquellas cebollas, y aquellos ajos!» (Núm 11,5).

Moisés, cuya fe se mantenía inmovible porque a diario conversaba con Dios «como con un amigo», les dijo: No tengo nada que ver con vuestras murmuraciones, esas voces son quejas contra Dios. Pero os aseguro que «mañana mismo vais a ver otra vez la Gloria de Dios» y vuestras protestas quedarán reducidas a ridículas voces (Ex 16,5-9). Y al día siguiente por la tarde, una bandada de codornices cubrió todo el campo, y al otro día apareció sobre la tierra algo así como un rocío, con el que el pueblo se saciaba todas las mañanas (Ex 16,13-16).

* * *

La peregrinación siguió avanzando hacia Cades Barne bajo un sol de fuego, sobre un mar de ardiente arena. Y a medida que avanzaban, otra vez el desaliento y la tentación turbaron sus almas; la tentación definitiva de detenerse, abandonar la marcha y regresar a las comodidades antiguas, aunque fuera en estado de esclavitud. «Nos has traído al desierto para matarnos de sed a nosotros, a nuestros hijos y a nuestro ganado» (Ex 17,3).

Y en este momento una duda punzante echa por tierra el recuerdo de tantos portentos, muerde el fundamento de su fe y se expresa en aquella terrible pregunta: «¿Está Dios

con nosotros, sí o no?» (Ex 17,7). La duda había alcanzado la cumbre más alta. Por lo cual aquel lugar se llamó *Masá* (porque protestaron contra Dios) y *Meribá* (porque *desafiaron* a Dios). Esta fue la prueba del desierto en su marcha hacia Canaán.

Pocos hombres de Dios se han librado de alguna fuerte prueba.

Nuevas pruebas en nuevos desiertos

Si siempre fue áspera y difícil la ruta de la fe, en nuestros días han aumentado las dificultades. Hoy la Iglesia está atravesando un nuevo desierto. Las amenazas que acechan a los peregrinos son las mismas de antaño: desalientos por eclipses de Dios, la aparición de nuevos «dioses» que reclaman adoración, y la tentación de detener la dura marcha de la fe para regresar al confortable y «fértil Egipto».

Dificultades intelectuales

El hombre ha vivido durante miles de años bajo la tiranía de las fuerzas ciegas de la naturaleza, fuerzas que él divinizó. Para contrarrestar esas fuerzas divinizadas, el hombre acudió a los ritos mágicos. Aunque la Biblia es una purificación de esos conceptos y costumbres mágicas, en nuestro ancestro más profundo quedan de ese mundo encantado reminiscencias, muchas de las cuales las hemos endosado al Dios de la Biblia.

La técnica ha desplazado esas convicciones y costumbres. La ciencia explica lo que antes se atribuía a divinidades míticas o se consideraba atributo exclusivo de Dios. Y aquí nace un peligro: el de confundir lo mágico con lo sobrenatural, arrasar indiscriminadamente con lo uno y lo otro sin distinguir convenientemente el trigo de la cizaña, y llegar a la convicción de que todo lo que no sea ciencia-técnica, o no existe o es una proyección de nuestras impotencias y temores.

* * *

Efectivamente, en tiempos pasados muchos fenómenos de la naturaleza los explicábamos relacionándolos con Dios. Ahora, al comprobar que todo fenómeno natural se explica con los métodos propios de las ciencias, imperceptiblemente estamos desentendiéndonos de Dios. A medida que nuestra mente se despuebla de aquellas explicaciones, nuestra vida consciente se va vaciando gradualmente de la presencia de Dios. Muchos lo sienten íntimamente, y otros lo dicen abiertamente: que la ciencia acabará por explicar todo lo explicable y que, en adelante, Dios será una «hipótesis» innecesaria.

Sin embargo, ni la tecnología ni siquiera las ciencias socio-psicológicas jamás lograrán dar la respuesta cabal a la pregunta fundamental y única del hombre, la cuestión del sentido de la vida. Sólo cuando el hombre tropieza con su propio misterio, cuando experimenta hasta el vértigo la extrañeza de «estar ahí», de estar en el mundo como conciencia y como persona, sólo entonces se plantea esta cuestión central: ¿Quién soy yo? ¿Cuál es la razón de mi existencia? ¿De qué manantial provengo yo? ¿Hay un porvenir para mí, y qué porvenir?

Hoy no se llevan a cabo campañas, llenas de argumentos y de pasión, contra Dios. Simplemente se prescinde de él, se lo abandona como un objeto que ya no sirve. Es un ateísmo práctico, más peligroso que el sistemático, pues va inoculándose suavemente en los reflejos mentales y vitales.

* * *

Nuestra síntesis teológica no resiste la visión cósmica y antropológica que nos dan las ciencias. Las investigaciones sobre el origen del mundo y del hombre distan mucho de los datos de la Escritura, aunque hoy afirmemos que la Biblia no pretende dar explicaciones científicas.

Sin poder evitarlo, sentimos el contraste entre nuestra dificultad de expresar a Dios con signos y símbolos, y la expresión de las ciencias que son unas fórmulas diáfanas, evidentes y directas. Nos desconcierta la claridad de los mé-

todos científicos de investigación, en contraste con nuestros métodos inductivo-deductivos, por las vías analógicas para conocer a Dios.

Si no hemos madurado personalmente una fe coherente con los descubrimientos científicos, sobreviene la secularización que, sin duda, es un proceso purificador de la *imagen* de Dios. Pero como muchos no aciertan a distinguir las fronteras de este proceso conveniente y necesario, pasan al terreno de la secularidad hasta acabar en un secularismo profano en el que la fe en Dios se debate en una agonía próxima a la muerte. «Todo ello está dando origen a una ideología radical y exclusiva que sólo admite el siglo, el mundo, lo profano» (1).

Como consecuencia de estas ideas y hechos, surge el «horizontalismo», una ideología que debilita la fe y problematiza nuestros solemnes compromisos con Dios, porque viene a decir que cualquier esfuerzo aplicado a lo que no pertenece a este mundo es «alienación». La vida con Dios, tiempo perdido; cualquier «entretenimiento» religioso, tiempo malgastado; el celibato, absurdo y perjudicial; la única actividad válida, la promoción humana; el único pecado, la alienación.

* * *

Esta inspiración ambiental va penetrando en el alma de aquellos hermanos a quienes, en otro tiempo, una fe incondicional los ligó a Dios con una fuerte alianza.

Tengo la impresión de que el nuevo pueblo de Dios se ha atascado otra vez en Masá y en Meribá, donde la fe ha descendido a sus niveles más bajos, y ya se escuchan como allá los lamentos y desafíos. Hoy, la fe resulta para muchos una *palabra dura*, ¿y quién puede soportarla? (Jn 6,60). Y como en toda época de purificación se cumplirán

(1) Cf. CONSTANTINO KOSER, *Vida con Dios en el mundo de hoy*, Sevilla 1971, 27. Algunas de las presentes apreciaciones están tomadas de dicho libro.

aquellas trágicas palabras: «Desde entonces muchos de los suyos se retiraron, y ya no le siguieron más» (Jn 6,66).

Después del desconcierto, vendrá la maduración, es decir, una síntesis coherente y vital, elaborada personalmente y no extraída de los manuales de teología; síntesis en la que se fusionen los avances de las ciencias y una profunda amistad con Dios. Mientras tanto, este período que estamos atravesando ayudará a purificar la imagen de Dios. La fe, como dice Martín Buber, es una adhesión a Dios, pero no una adhesión a la imagen que uno se ha formado de Dios ni tampoco una adhesión a la fe «del» Dios que uno ha concebido, sino adhesión al Dios que existe.

«Como dice Rahner, el mundo moderno se ha entusiasmado con los grandes inventos de la ciencia, la técnica y la organización, como el niño que acaba de estrenar la bicicleta y por andar en ella deja la misa del domingo. La bicicleta se le ha convertido en ídolo, en algo absoluto.

Pero cuando después de darse varios trompazos con la bicicleta toma conciencia de que ésta no es algo absoluto, aunque sí un valor relativo, decide volver a misa, pero en bicicleta.

¿De qué le vale al hombre, decían los universitarios de París, tener muchas cosas o incluso llegar a resolver el problema del hambre, si después todos nos morimos de aburrimiento?» (2).

Dificultades vivenciales

Se han aceptado como criterios de vida la inmediatez, la eficacia y la rapidez. Por contraste, la vida de fe es lenta y exige una constancia sobrehumana, su adelanto es oscilante y no se lo puede comprobar con métodos exactos de medición; en consecuencia nos sentimos defraudados, confusos y como perdidos en la selva.

Bajo la influencia de las ciencias psicológicas y sociológicas, hoy prevalecen los criterios subjetivos. Aquello que

(2) A. HORTELANO, *La Iglesia del futuro*, Sígueme, Salamanca 1970, 80.

era «objetivo» como las verdades de fe, las normas de la moral o del ideal, ha perdido su actualidad y valoración, mientras se abre paso libre a los valores subjetivos e intuitivos. Hoy día está de moda lo emocional, lo afectivo y lo espontáneo.

De ahí deriva el hecho de que se hayan desvalorizado por completo ciertos criterios como el dominio de sí mismo, mientras la comodidad se va erigiendo en la nueva norma del comportamiento. Hoy día no tienen sentido la ascesis, la superación, la privación, elementos indispensables en la marcha hacia Dios; esas palabras a muchos les suenan hasta repugnantes; lo menos que piensan es que son perjudiciales para el desarrollo de la personalidad.

La norma que prácticamente han adoptado coincide en un todo con el ideal de la sociedad de consumo: disfrutar al máximo de la vida, consumir el mayor número de bienes, darse el máximo de satisfacciones dentro de aquel ideal «comamos y bebamos y coronémonos de rosas» (Sab 2,8). Claro está que esto no se dice con palabras tan desenvueltas. Se dice: hay que evitar la represión, hay que fomentar la espontaneidad, no hay que violentar la naturaleza, es necesario asegurar la autenticidad.

Hoy día no se sabe qué hacer con el silencio. La sociedad de consumo ha creado una variada industria para fomentar la distracción y la diversión, y de esta manera evitar al hombre el «horror al vacío» y a la soledad. De este modo se acomoda el objeto al sujeto, no se soportan las normas establecidas y se da rienda suelta a la espontaneidad, hija del subjetivismo.

* * *

Vivimos en el nuevo desierto. El camino de Dios está erizado de dificultades. Las tentaciones cambian de nombre. Antaño las tentaciones se llamaban las ollas repletas, el pescado frito, la carne asada, las cebollas y las sandías de Egipto. Hoy día las tentaciones se llaman el horizontalismo, el secularismo, el hedonismo, el subjetivismo, la espontaneidad, la frivolidad.

¿Cuántos de los peregrinos llegarán a la Tierra Prometida? ¿Cuántos abandonarán la dura marcha de la fe? ¿Tendremos que hacernos a la idea, también nosotros, de que sólo un «pequeño resto» habrá de llegar a la fidelidad total a Dios? ¿Cuál es y dónde está el *Jordán* que habremos de atravesar para entrar en la zona de la Libertad? Una vez más el horizonte se nos puebla de preguntas, silencio y oscuridad. Es el precio de la fe.

Estamos en un proceso de decantación. La fe es un río que avanza. Las impurezas se posan en el lecho del río, pero la corriente sigue.

La fe, en la Biblia, es un acto y una actitud que abarca todo el hombre: su confianza profunda, su fidelidad, su asentimiento intelectual y su adhesión emocional; y abarca también su vida comprometiendo su historia entera con sus proyectos, emergencias y eventualidades.

La fe bíblica, a lo largo de su desarrollo normal, encierra los siguientes elementos: Dios se pone en comunicación con el hombre. En seguida Dios pronuncia una palabra y el hombre se entrega incondicionalmente. Dios pone a prueba esa fe. El hombre se desconcierta y vacila. Dios se descubre de nuevo. El hombre da cima al plan trazado por Dios participando profundamente de la fuerza misma de Dios.

Esta fe es la que hizo a Abraham «caminar en la presencia de Dios» (Gén 17,1), expresión cargada de un denso significado: Dios fue la inspiración de su vida; fue también su fuerza y norma moral; fue, sobre todo, su amigo. Siguiendo esta misma línea, dice la Escritura que «creyó Abraham a Dios y le fue reputado a justicia» (Gén 15,6). Con estas palabras el autor quiere indicar no solamente que esa fe tuvo un mérito excepcional, sino que ella condicionó, comprometió y transformó toda su existencia.

Los elementos mencionados están vivamente expresados en la *Carta a los Hebreos*:

«Por la fe, Abraham, obediente a la llamada divina, salió hacia una tierra que iba a recibir en posesión, y salió sin saber adónde iba. Por la fe, vino a vivir en la tierra que se le había prometido como en una tierra extranjera,

viviendo en tiendas, así como Isaac y Jacob, herederos como él de la misma promesa; porque esperaba la ciudad de sólidos fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios...

En la fe murieron todos éstos sin haber alcanzado la realización de las promesas, pero habiéndolas mirado y saludado desde lejos y confesado que eran extranjeros y peregrinos en la tierra. Los que así hablan dejan ver claro que buscan una patria...

Por la fe sometieron reinos, ejercieron la justicia, obtuvieron las promesas, cerraron las fauces de los leones, apagaron la fuerza del fuego, escaparon del filo de la espada, cobraron poder en la debilidad, se hicieron valientes en la lucha y rechazaron las invasiones extranjeras.

Por la fe unos fueron martirizados, sin aceptar rescate, para encontrar mejor resurrección; otros recibieron la prueba de las injurias y los azotes, y además cadenas y prisión: fueron lapidados, aserrados, tentados y murieron con muerte de espada, erraron con pieles de oveja y de cabra, privados, oprimidos, maltratados, vagando por los desiertos y montañas y cavernas y cuevas de la tierra» (Heb 11,1-39).

La historia de una fidelidad

El Nuevo Testamento presenta a Abraham como prototipo de la fe, precisamente porque como en muy pocos creyentes, acaso como en ninguno, se cumplieron en él las alternativas dramáticas de la fe. Es el verdadero peregrino de la fe.

Dios da una orden a Abraham, que al mismo tiempo es una promesa: «Sal de tu tierra... hacia una tierra que yo te indicaré, y te haré padre de un gran pueblo» (Gén 12,1-4). Abraham cree. ¿Qué le significó este creer? Le significó extender un cheque en blanco, confiar contra el sentido común y las leyes de la naturaleza, entregarse ciegamente y sin cálculos, romper con toda una situación establecida y, a sus setenta y cinco años, «ponerse en camino» (Gén 12,4) hacia un mundo incierto «sin saber adónde iba» (Heb 11,8).

* * *

Pero esta entrega tan confiada le va a costar muy caro y le obligará a colocarse en un estado de alta tensión, no exenta de confusión y perplejidad. En una palabra, Dios somete a prueba la fe de Abraham.

Por de pronto, pasan los años y no llega el hijo de la promesa. Dios mantiene a Abraham en una perpetua suspensión como en una novela por entregas, o como en esos seriales televisivos que cada noche finalizan en el instante en que parecía se iba a producir el desenlace: así Dios, en seis distintas oportunidades le hace promesa de un hijo (Gén 12,16; 15,5; 17,16; 18,10; 21,23; 22,17). Pero pasan decenas de años y el hijo no llega. En este período, Abraham vive la *historia de una fidelidad* en la que se alternan las angustias con las esperanzas, como el sol que aparece y desaparece entre las nubes. Es la historia de la «esperanza, en fe, contra la esperanza» (Rom 4,18).

En todo este tiempo Abraham vive una ansiosa espera resistiendo, para no desfallecer en su fe, las reglas del sentido común y las leyes de la fisiología (Gén 18,11), haciendo el ridículo frente a su mujer: «Se reía Sara en el interior de la tienda de campaña, diciendo: Ahora que soy una vieja, ¿acaso voy a florecer en una nueva juventud? Además, mi marido es también un viejo» (Gén 18,12).

* * *

La soledad comienza a golpear las puertas del corazón de Abraham. Tiene que sufrir con pena la separación de su sobrino Lot (Gén 13,1-18). A pesar de las campañas victoriosas contra los cuatro reyes, del aumento de la riqueza y de la servidumbre, en su corazón comienza a flaquear la fe y la angustia va ganando terreno día a día.

Llega un momento en que su fe está a punto de desfallecer por completo. Y en medio de un profundo desaliento se le queja a Dios diciéndole: Es verdad que me has dado muchos bienes, pero ¿para qué? «Yo voy a morir pronto; no me has dado hijos y todos los bienes que me diste los va a heredar un criado, ese damasceno Eliezer» (Gén 15,2-4). Entonces mismo, Dios reafirma la promesa.

Pero la fe de Abraham, en este momento, se agita en una honda crisis: «Cayó Abraham sobre su rostro y se reía diciéndose en su corazón: Conque ¿a un centenario le va a nacer un hijo? Y Sara, que ya tiene noventa años, ¿va a parir?» (Gén 17,17). Por toda respuesta, Dios sacó a Abraham del interior de la tienda de campaña a la hermosa noche estrellada, y le dijo: «Levanta los ojos al cielo y, si eres capaz, cuenta las estrellas. Pues así de numerosa será tu descendencia» (Gén 15,5).

Pero siempre nos ocurre lo mismo. Cuando desfallece la fe, necesitamos un «signo», un asidero para no sucumbir. Dios, comprensivo y compasivo, concede el signo en consideración a la emergencia y debilidad que está sufriendo la fe de Abraham. «Preguntó Abraham: Señor Dios, ¿en qué conoceré que es verdad todo esto?» (Gén 15,8). Y Dios, «puesto ya el sol y en medio de una densa oscuridad», tomó la forma (signo) de «una antorcha resplandeciente que pasó por entre las mitades de las víctimas» (Gén 15,17).

«Era Abraham de cien años de edad cuando nació Isaac, su hijo» (Gén 21,5).

La prueba de fuego

Vislumbramos que, a raíz de estos acontecimientos, la fe de Abraham no solamente se recuperó en su totalidad, sino que se consolidó definitivamente; se profundizó hasta el punto de hacerle vivir permanentemente en una entrañable amistad y trato con el Señor, según lo que se le había dicho: «Anda en mi presencia y serás perfecto» (Gén 17,1). Nos lo imaginamos como un hombre curtido en la prueba, inmunizado contra toda posible duda, dueño de una gran madurez y consistencia interior. «Abraham plantó en Berseba un tamarindo, e invocó allí el nombre de Yavé, el Dios eterno» (Gén 21,33).

Dios, viendo a Abraham con una solidez tan definitiva, lo somete a una prueba final de fuego, a una de esas terri-

bles «noches del espíritu» de que habla san Juan de la Cruz. Vamos a ver con qué grandeza y serenidad supera la prueba.

«Después de esto, quiso Dios probar a Abraham, y llamándole, dijo:

— ¡Abraham!

Y éste contestó:

— ¡Aquí me tienes!

Y le dijo Dios:

— Anda, toma a tu hijo, el único, a quien tanto amas, marcha a Moriah y allá sacríficamelo sobre una de las montañas que yo te indicaré» (Gén 22,1-3).

En mi opinión, en este episodio la fe bíblica va a escalar su cumbre más alta.

Para comprender en su exacta dimensión el contenido y el grado de la fe de Abraham en el presente episodio, tenemos que pensar que el acometer un acto heroico puede resultar hasta atrayente, cuando ese acto tiene sentido y lógica, así como el dar la vida por una causa noble y bella. Pero para someterse a una orden heroica cuando la orden es absurda, o se necesita estar loco o la motivación de esa sumisión sobrepasa definitivamente nuestros conceptos y reglas de heroísmo.

Situémonos en el contexto vital de Abraham, y pongámonos a explorar el submundo de impulsos y motivos de este gran creyente. Siempre había suspirado Abraham por tener un hijo. Se sentía ya anciano y había perdido la esperanza de lograr descendencia. Sin embargo, un día Dios le promete el hijo. Como para Dios nada es imposible, Abraham cree. Pasados muchos años de esperanzas y desesperanzas, llega el hijo, el cual será depositario de las promesas y de las esperanzas. Ahora Abraham puede morir en paz. Pero a última hora Dios le pide que le sacrifique al muchacho.

Una exigencia tan bárbara y loca era como para echar por tierra la fe de toda una vida. El sentido común más elemental le tenía que asegurar que había sido víctima de una alucinación. Sin embargo, Abraham, una vez más, *cree*.

Este *creer* contiene un abandono-confianza en grado ilimitado. Podemos imaginar un diálogo consigo mismo:

- ¿Que soy un viejo y no podré tener más hijos?
Yo no sé nada. El lo sabe todo. El lo puede todo.
- ¿Que voy a morir pronto y quedo sin heredero?
El proveerá; El es capaz de resucitar muertos y hasta de convertir las piedras en hijos (Mt 3,9).
- ¿Que es ridículo y absurdo lo que me pide?
El es sabio, nosotros no sabemos nada.

Es decir, hay una disposición incondicional de entregarse, de abandonarse con una confianza infinita, un estar infaliblemente seguro de que Dios es poderoso, bueno, justo, sabio contra todas las evidencias del sentido común; es algo así como atarse de pies y manos y dejarse caer en un vacío porque él no permitirá que los pies golpeen contra el suelo. En mi opinión, ésta es la sustancia definitiva —y el momento cumbre— de la fe bíblica.

* * *

Veamos ahora cómo se desenvuelve Abraham, lleno de una paz infinita, de grandeza y ternura:

«Se levantó, pues, Abraham, muy de madrugada, preparó su asno, y tomando consigo dos criados y a Isaac, su hijo, partió la leña para el holocausto y se puso en camino para el lugar que le había señalado Dios.

Al tercer día, levantó Abraham sus ojos y vio a lo lejos el lugar. Dijo a sus dos criados:

—Quedaos aquí con el asno; yo y el muchacho iremos hasta allí, y después de haber adorado, volveremos aquí.

Y tomando Abraham la leña para el holocausto, se la cargó a Isaac, su hijo. Tomó él en su mano el fuego y el cuchillo y siguieron caminando juntos. Dijo Isaac a su padre:

—Padre.

—¿Qué quieres, hijo mío?

—Aquí llevamos el fuego y la leña; pero el cordero para el holocausto, ¿dónde está?

—Dios lo proveerá, hijo mío.

Y siguieron juntos. Llegado al lugar que le había señalado Dios, erigió Abraham un altar, preparó sobre él leña, ató a su niño y lo puso sobre el altar, encima de la leña. Tomó el cuchillo y levantó su brazo para degollar a su niño. Pero se escuchó una voz desde el cielo que le dijo:

—Abraham, Abraham, no hagas ningún daño a tu niño porque ahora he visto que de verdad amas a Dios, pues por mí no has perdonado a tu hijo, el unigénito» (Gén 22,3-12).

En la narración, la fe y el abandono adquieren relieves particulares. *Dios proveerá* es como una melodía de fondo que da sentido a todo. Es significativo que esta narración acabe con aquel versículo: «Denominó Abraham a este lugar "Yavé provee", por lo que hasta hoy se dice: "En el monte de Yavé se proveerá"» (Gén 22,14).

La esperanza contra toda esperanza

La historia de Israel es otra historia de la «esperanza contra la esperanza». En los largos siglos que van desde el Sinaí hasta la «madurez de los tiempos» (Gál 4,4), Dios aparece y desaparece, brilla como un sol o se esconde detrás de las nubes; hay teofanías clamorosas o largos períodos de silencio. Es una larga caminata de esperanzas y desalientos. Dios ha querido que la historia de Israel sea la historia de una experiencia de fe. Por eso, tanto allá como en nuestra propia vida de fe, nos encontramos frecuentemente con el silencio de Dios, la prueba de Dios, la noche oscura.

Israel es sacado de Egipto y lanzado a un interminable peregrinar hacia una patria soberana. Fue una larga ruta de arena, hambre, sed, sol, agonía y muerte. Se les prometió que se les iba a regalar una «tierra que mana leche y miel». Ningún regalo sino una conquista prolongada a costa de derrotas, humillaciones, sangre y sudor. Ninguna leche ni miel sino una tierra calcárea y hostil que han de cultivar con mil dificultades.

Llegó un momento en que Israel se convenció de que Dios, o no existía, o los había abandonado definitivamente, y

de que la nación era borrada del mapa para siempre. Fue en el año 587 a.C., cuando los sitiadores de Nabucodonosor lograron quebrar la resistencia de Jerusalén, que había aguantado 18 meses el asedio de los invasores. Por fin la ciudad cayó y la venganza fue horrible.

Jerusalén fue saqueada, arrasada y quemada. El famoso templo de Salomón se desplomó envuelto en llamas. Allí desapareció para siempre el arca de la Alianza. Tomaron a todos los habitantes de Jerusalén y gran parte de los habitantes de Judá, y los deportaron a Babilonia bajo la vigilancia de los vencedores, en una caminata de mil kilómetros, envueltos en polvo, sol, humillación y desastre.

Estas son las noches oscuras en la ruta de la fe. En medio de esa oscuridad, tanto Israel como nosotros nos inclinamos a abandonar a Dios, porque nos sentimos abandonados por él. Pero a la vuelta de un cierto tiempo, purificados nuestros ojos de tanto polvo, aparecerá su rostro más radiante que nunca. Lo pueden atestiguar el profeta Ezequiel y el tercer Isaías.

Y fuera del paréntesis imperial del reinado David-Salomón, la vida de Israel es una historia insignificante de la liga de las doce tribus, país avasallado en oleadas sucesivas por egipcios, asirios, babilonios, macedonios y romanos. Era como para no confiar más en su Dios, o como para pensar que su Dios era «poca cosa». Y, sin embargo, por esta ruta de engaños y oscuridades, Dios fue transportando a Israel desde los sueños de una grandeza terrestre hacia la verdadera grandeza espiritual, hacia las claridades de la fe en el Dios verdadero.

Tedio y agonía

Para los que nos esforzamos por vivir la fe total en Dios, nos resulta conmovedora e impresionante aquella crisis que sufrió el profeta Elías en su peregrinación hacia el monte Horeb.

Era Elías un profeta fogueado en las luchas con Dios, templado como una fiera en el torrente Querit, donde sólo

comía medio pan que le traían los cuervos y bebía del mismo torrente. Se había enfrentado a los reyes, había desmascarado a los poderosos, confundiendo y degollando a los adoradores de Baal en el torrente de Quisón.

De un hombre de semejante temple y fortaleza no esperaríamos un desfallecimiento; sin embargo, éste existió, ¡y de qué profundidad! Enterada la reina Jezabel de cómo Elías había pasado a espada a los sacerdotes de Baal, envió un emisario al profeta para anunciarle que al día siguiente lo pasarían también a él a cuchillo. Es de saber que Jezabel había introducido en Israel el culto a los dioses extranjeros.

Ante este anuncio, el profeta Elías emprende la marcha forzada hacia el monte Horeb, símbolo de la ascensión del alma, por el camino de la fe, hacia Dios.

«Elías se levantó y huyó para salvar su vida y llegó a Berseba que está en Judá. Y dejando allí a su siervo, él siguió caminando por el desierto durante un día entero y, cansado, se sentó a la sombra de un arbusto y sintió ganas de morir. Y dijo a Dios:

—Señor, ¡basta ya! Llévame de esta vida porque no soy mejor que mis padres.

Y tumbándose en el suelo, se quedó dormido.

Y un ángel le tocó diciéndole:

—Levántate y come.

Miró Elías y vio a su cabecera una torta cocida y una vasija de agua. Comió, bebió y volvió a acostarse. Pero el ángel vino por segunda vez y le tocó, diciendo:

—Levántate y come porque te queda todavía un largo camino que recorrer» (1 Re 19,3-7).

Sobrecoge esta profunda depresión del profeta. Sus palabras recuerdan aquellas otras palabras de Jesús: «Siento tristeza de muerte» (Mt 26,38; Mc 14,34). Para los que han tomado en serio a Dios y viven en su proximidad y presencia, esas depresiones tienen características de una verdadera agonía, según el testimonio de san Juan de la Cruz.

No hay hombre que con más o menos frecuencia, con una mayor o menor intensidad no sufra estos procesos de purificación que, fundamentalmente, son oleadas de oscuridad, nubes que cubren a Dios, como si una capa de cien

atmósferas oprimiera el alma. Y agrega san Juan de la Cruz que si Dios nos retira su mano, moriríamos.

Más allá de la duda

Francisco de Asís fue un creyente que gozó gran parte de su vida de la seguridad resplandeciente de la fe; sin embargo, unos años antes de morir cayó en una sombría depresión que sus amigos y biógrafos calificaron de «gravísima tentación espiritual», que duró aproximadamente unos dos años (3). «Sólo sabemos que fue una continua agonía, en la que el Pobrecillo, como si estuviera abandonado de Dios, caminaba entre tinieblas, tan atormentado de dudas y vacilaciones que casi estaba por desesperarse. Fue una inquietud de conciencia tan grave e invencible, que Francisco necesitó de una particular intervención divina para salir de la misma» (4).

En los primeros años de su conversión, «el Señor le había revelado que debía vivir según la forma del santo Evangelio» (Testamento). Con la fidelidad de un caballero andante y con la simplicidad de un niño, Francisco siguió literalmente el texto y contexto del Evangelio, arrojando el bastón, la bolsa, las sandalias (Lc 9,3). Desde entonces no tocó el dinero. No quiso para sí ni para los suyos conventos, ni casas, ni propiedades. Quiso que fueran peregrinos y extranjeros en este mundo, itinerantes sobre la tierra entera, trabajando con sus manos, depositando su confianza en las manos de Dios, sin llevar documentos pontificios, expuestos a las persecuciones.

Los quiso pobres, libres y alegres. No sabios sino testigos. No importaban los estudios, no se necesitaban bibliotecas, los títulos universitarios estaban de sobra; sólo el

(3) *Legenda antiqua*, 21; 2 *Celano*, 115; *Speculum*, 99.

(4) O. ENGLEBERT, *Vida de san Francisco de Asís*, Cefepal-Chile, Santiago de Chile 1973, 345.

Evangelio, viviéndolo simplemente, plenamente, sin glosas, sin epiqueyas, sin interpretaciones ni exégesis.

Este «estilo de vida» que le había revelado personalmente el Señor atrajo millares de hermanos al nuevo movimiento. Pero pronto en el movimiento franciscano nació, creció y dominó una gran corriente de hermanos que se avergonzaban de ser pobres, *pequeñitos*, «menores», y querían imprimir rumbos distintos a la incipiente (ya numerosa) Fraternidad. La corriente capitaneada por los sabios que habían ingresado en la Fraternidad y por el representante del Santo Padre, alentaba criterios diametralmente opuestos a los ideales y a la «forma de vida» de Francisco.

Ellos decían: necesitamos sabios y bien preparados.

Francisco respondía: necesitamos sencillos y humildes.

Ellos exigían: títulos universitarios.

Francisco contestaba: sólo el título de la pobreza.

Ellos reclamaban: grandes casas para estudios.

Francisco respondía: humildes chozas para «pasar» por el mundo.

Ellos afirmaban: la Iglesia necesita una poderosa y bien aceiteada máquina de guerra contra los herejes y sarracenos.

Francisco respondía: la Iglesia necesita penitentes y convertidos.

Francisco de Asís, un hombre que no había nacido para gobernar ni menos para luchar, se vio envuelto en medio de una tormenta, a la defensa del ideal evangélico.

Pero el fondo del drama era éste: mientras Francisco tenía absoluta seguridad interior de que el Señor le había revelado directa y expresamente la «forma de vida evangélica» en pobreza y humildad, el representante del Papa y los sabios afirmaban que era voluntad de Dios, expresada en las necesidades de la Iglesia y en los «signos» de los tiempos, el organizar la Fraternidad bajo el signo del orden, de la disciplina y de la eficacia.

Este es el quicio de su conflicto profundo: ¿A quién obedecer? ¿Dónde está *efectivamente* Dios y su voluntad:

en la voz de la Porciúncula donde se le señaló la ruta de la pobreza y humildad evangélicas como «forma de vida», o en la voz del representante oficial del Papa, que quería dar a la fraternidad rumbos de eficacia, organización e influencia, con una fuerte reglamentación, para el servicio de la Iglesia? ¿Dónde estaba *realmente* la voluntad de Dios?

Y en este terrible momento en que necesitaba oír la voz de Dios, Dios callaba; y el Pobrecillo se debatió en una larga agonía de dudas y preguntas en medio de una completa oscuridad: ¿Qué quiere Dios? ¿Lo que quiere el representante del Papa y los sabios es la real voluntad de Dios? Ellos dicen que hay que dar al movimiento una estructura monacal o al menos conventual, en cambio el Señor me ordenó expresamente que fuéramos una fraternidad evangélica de itinerantes, penitentes, pobres y humildes. ¿Ha podido inspirar el mismo Dios direcciones tan contrarias? ¿Dónde está Dios? ¿A quién obedecer?

¿No estaría él, Francisco, defendiendo «su» obra en vez de defender la obra de Dios? El era un ignorante, los demás eran sabios; la Jerarquía parecía señalar criterios contrarios a los suyos. Parecía lógico pensar que si alguien se había equivocado, era precisamente él, Francisco. Así que, ¿todo habría sido una alucinación? La voz de Espoleto, de San Damián y de la Porciúncula, ¿fueron, entonces, un delirio de grandeza? Luego, definitivamente, ¿nunca ha estado Dios con él? ¿No será Dios mismo una alucinación inexistente?

Y el pobre Francisco se refugiaba en las grutas de Rieti, Cortona y del Alvernia; golpeaba las puertas del cielo y el cielo no respondía. Clamaba llorando a Dios y Dios callaba. Perdió la calma. Aquel hombre, antaño tan radiante, se puso malhumorado. Comenzó a amenazar, a excomulgar. Tan alegre siempre, sucumbió a la peor de las tentaciones: a la tristeza.

Hubo momentos en su vida en que el desaliento adquirió alturas vertiginosas, como en aquella noche que yo llamaría «la noche transfigurada» de Francisco: en la cabaña de San Damián sintió todos los dolores físicos imagina-

bles (5); pero eso era lo de menos: una punzante y torturadora duda sobre su salvación lo llevó literalmente a la desesperación. Por fin, esa noche, el cielo habló. Dios reveló a Francisco que su salvación estaba asegurada. Y en esa negra noche de ratas y dolores compuso el himno más jubiloso y optimista que haya salido jamás del corazón humano: el *Cántico del Hermano Sol*.

* * *

¿Cómo desapareció la «gravísima tentación»? Con un *acto absoluto de abandono*, tal como en el caso de Jesús y de los grandes hombres de Dios. Un día en que se hallaba oprimido y con lágrimas, oyó una voz que le dijo:

—Francisco, si tuvieras tanta fe como un grano de mostaza, dirías a esa montaña que se alejara hasta el mar, y te obedecería.

—Señor, ¿qué montaña es ésa?

—La montaña de tu tentación.

—Señor —respondió Francisco—, hágase en mí según tu palabra.

Aquel día desapareció definitivamente la tentación. La paz regresó a su alma, la sonrisa a su rostro; y de nuevo y para siempre la alegría envolvió su vida.

(5) 2 Celano, 213; *Legenda antiqua*, 43; *Speculum*, 100.

3. El silencio de Dios

En este vivir día tras día en busca del Señor, lo que más desconcierta a los caminantes de la fe es el *silencio de Dios*. «Dios es aquel que siempre calla desde el principio del mundo: he ahí el fondo de la tragedia», decía Unamuno.

Adónde te escondiste

Estos ojos fueron estructurados para la posesión, esto es, para la evidencia. Cuando ellos acababan por dominar, distinta y posesivamente, ese mundo de perspectivas, figuras, colores y dimensiones, los ojos descansan satisfechos: han realizado su objetivo, han llegado a la evidencia.

Estos oídos, por su dinámica interna, están destinados para aprehender el mundo de los sonidos, armonías y voces. Cuando consiguen su objetivo, quedan quietos, se sienten realizados.

Y así, diferentes potencias arman la estructura humana: potencia intelectual, intuitiva, visual, auditiva, sexual, afectiva, neurovegetativa, endocrina... Cada potencia tiene sus mecanismos de funcionamiento y su objetivo. Alcanzado su objetivo, las potencias descansan. Mientras tanto se mantienen inquietas. En resumen, todas las potencias del hombre y el hombre mismo fueron estructurados para la evidencia (posesión).

Pero he aquí el *misterio*: el hombre pone en marcha todos los mecanismos, y, una por una, las potencias logran su objetivo: todas ellas quedan satisfechas y, sin embargo,

el hombre queda insatisfecho. ¿Qué significa esto? Quiere decir que el hombre es *otra cosa* y *más* que la suma de todas las potencias; y que el elemento específicamente constitutivo del hombre es otra potencia enterrada, mejor, una superpotencia que subyace y sostiene a las demás.

* * *

Me explicaré. Nacido de un sueño del Eterno, el hombre no sólo es portador de valores eternos sino que él mismo es un pozo infinito porque fue soñado y cavado según una medida infinita. Infinitas criaturas jamás alcanzarán a llenar ese pozo. Sólo un Infinito puede ocuparlo por completo.

Siendo fotografía del Invisible y resonancia del Silencioso, el hombre lleva en sus ancestros más primitivos unas fuerzas de profundidad que, inquietas e inquietantes, emergen, suspiran y aspiran, en perpetuo movimiento, hacia su centro de gravedad donde ajustarse y descansar, esperando dar «a la caza alcance».

Cada acto de fe y de oración profunda es un intento de posesión. Sucede lo siguiente: esas fuerzas de profundidad son puestas en funcionamiento mediante los mecanismos de fe. Me explico: el creyente, como una cápsula espacial, empujado sobre un poderoso cohete, que son aquellas fuerzas, va aproximándose a su universo para poseerlo y descansar. Y, en un momento determinado de la oración, al llegar ya al umbral de Dios, cuando el creyente tenía la impresión de que su Objetivo estaba al alcance de la mano, Dios se desvanece como en un sueño, se convierte en ausencia y silencio.

Y el creyente queda siempre con un regusto a frustración. Esa sutil decepción que deja el «encuentro» con Dios es intrínsecamente inherente al acto de fe. De esa combinación entre la naturaleza del hombre y la de Dios nace el *silencio de Dios*: nacidos para poseer un objetivo infinito, y encontrándose éste más allá del tiempo, nuestro caminar *en el tiempo* tiene que ser necesariamente en *ausencia* y *silencio*.

La vida de fe es al mismo tiempo una aventura y una

desventura. Sabemos que a la palabra *Dios* corresponde un contenido. Pero, mientras permanezcamos en camino, nunca tendremos la evidencia de poseerlo vitalmente o dominarlo intelectualmente. El Contenido siempre estará en silencio, cubierto con el velo del tiempo. La eternidad consistirá en descender ese velo. Mientras tanto, somos caminantes porque siempre lo buscamos y nunca lo «encontramos».

* * *

Fray Juan de la Cruz expresa admirablemente el silencio de Dios con aquellos versos inmortales:

«¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras ti clamando, y eras ido.»

La vivencia de la fe, la vida con Dios es eso: un éxodo, un siempre «salir tras ti clamando». Y aquí comienza la eterna odisea de los buscadores de Dios: la historia pesada y monótona, capaz de acabar con cualquier resistencia: en cada instante, en cada intento de oración, cuando parecía que esa «figura» de Dios estaba al alcance de la mano, ya «eras ido»: el Señor se envuelve en el manto del silencio y queda escondido. Parece un rostro perpetuamente fugitivo e inaccesible: como que aparece y desaparece, como que se aproxima o se aleja, como que se concreta o desvanece.

«¿Por qué siempre el alma, cuando ha encontrado a Dios, conserva o vuelve a encontrar el sentimiento de no haberlo encontrado? ¿Por qué ese peso de ausencia hasta en la más íntima presencia?

¿Por qué esa invencible oscuridad de Aquel que todo es luz? ¿Por qué esa distancia infranqueable frente a Aquel que todo lo penetra? ¿Por qué esa traición de todas las cosas que, no bien nos han dejado ver a Dios, en seguida nos lo ocultan otra vez?» (1).

(1) HENRI DE LUBAC, *Por los caminos de Dios*, 91.

El cristiano fue seducido por la tentación y se dejó llevar por la debilidad. Dios calla: no dice ni una palabra de reprobación. Supongamos el caso contrario: con un esfuerzo generoso supera la tentación. Dios calla también: ni una palabra de aprobación.

Pasaste la noche entera de vigilia ante el Santísimo Sacramento. Además de que solamente tú hablaste durante la noche y el interlocutor calló, cuando al amanecer salgas de la capilla cansado y somnoliento, no escucharás una palabra amable de gratitud o de cortesía. La noche entera el otro calló, y a la despedida también calla.

Si sales al jardín verás que las flores hablan, los pájaros hablan, hablan las estrellas. Solamente Dios calla. Dicen que las criaturas hablan de Dios, pero Dios calla. Todo en el universo es una inmensa y profunda evocación del misterio, pero el misterio se desvanece en el silencio.

De repente la estrella desaparece de la vista de los reyes magos y ellos quedan sumidos en una completa desorientación.

* * *

«De pronto el universo en torno a nosotros se puebla de enigmas y preguntas. ¿Cuántos años tenía esa mamá? Treinta y dos, y murió devorada por un carcinoma, dejando seis niños pequeños. ¿Cómo es posible? Era una criatura preciosa de tres años, una meningitis aguda la dejó inválida para toda su vida. Toda la familia pereció en el accidente, en la tarde dominical, de regreso de la playa. ¿Cómo es posible? Una maniobra calumniosa de un típico frustrado lo dejó en la calle, sin prestigio y sin empleo. ¿Dónde estaba Dios? Tenía nueve hijos, fue despedido por un patrón arbitrario y brutal, todos quedaron sin casa y sin pan. ¿Existe la justicia? Y esas mansiones orientales, tan cerca de ese bosque negro y feo de casuchas miserables... ¿Qué hace Dios? ¿No es todopoderoso? ¿Por qué calla?»

Es un silencio obstinado e insoportable que lentamente va minando las resistencias más sólidas. Llega la confusión. Comienzan a surgir voces, no sabes de dónde, si desde el inconsciente, si desde debajo de tierra, o si desde ninguna parte, que te preguntan: "¿Dónde está tu Dios?"

(Sal 41). No se trata del sarcasmo de un volteriano ni del argumento formal de un ateo intelectual.

El creyente es invadido por el silencio envolvente y desconcertante de Dios y, poco a poco, es dominado por una vaga impresión de inseguridad, en el sentido de si todo será verdad, si no será producto mental, o si, al contrario, será la realidad más sólida del universo. Y te quedas navegando sobre las aguas movedizas, desconcertado por el silencio de Dios. Aquí se cumple lo que dice el salmo 29: "Escondiste tu Rostro y quedé desconcertado."

El profeta Jeremías experimentó, con una viveza terrible, ese silencio de Dios. El profeta dice al Señor: "Yavé Dios, después de haber soportado por ti a lo largo de mi vida toda clase de atentados, burlas y asaltos, al final, ¿no serás tú quizá más que un espejismo, un simple vapor de agua?" (Jer 15,15-18)» (2).

La última victoria

¿Qué sucedió a Jesús en los últimos minutos de su agonía? Aquello tuvo todas las características de una crisis de desconcierto por el silencio de Dios. En este momento; el Padre fue para Jesús «Aquel que calla». Jesús, sin embargo, tuvo una magnífica reacción distinguiendo nítidamente el sentir y el saber.

Para medir y ponderar esta crisis, tenemos que examinar ciertos antecedentes de orden fisiológico y psicológico.

Según los entendidos en la materia, Jesús había perdido para este momento casi toda su sangre. El primer efecto de esa hemorragia fue una deshidratación completa, fenómeno en el que la persona sufre no un dolor agudo sino una sensación asfixiante y desesperada. Como efecto de esto, se apoderó de Jesús una sed de fuego que no sólo se siente en la garganta sino en todo el organismo, sed que experimentan los soldados que mueren desangrados en los campos de batalla. Ningún líquido del mundo puede apagar esa sed sino una transfusión de sangre.

Además, como efecto de esa pérdida de sangre, sobrevino a Jesús una fiebre altísima la cual, a su vez, originó

(2) I. LARRAÑAGA, *El silencio de María*, Paulinas, Madrid 1978⁵, 82-83.

el «delirium tremens» que, en este caso y en términos psicológicos, significa una especie de confusión mental: no se trata de un desmayo sino de una pérdida, en mayor o menor grado, de la conciencia de su identidad y de su ubicación en el entorno vital. En una palabra, a estas alturas, Jesús se encontraba hundido en profunda agonía.

Fuera de esto, y situándose en niveles más interiores, tenemos que tener en consideración que Jesús, obediente a la voluntad del Padre, moría en plena juventud, al comienzo de su misión evangelizadora, abandonado de las multitudes y de los discípulos, traicionado por uno, renegado por otro, sin prestigio ni honor, aparentemente sin resultados, con sensación de fracaso (Mt 23,37). Su panorama psicológico queda reflejado en esta sombría descripción:

«Sálvame, oh Dios,
porque las aguas me llegan hasta el cuello.
Hundido estoy en lo profundo del barro,
y no sé dónde apoyar el pie.
He llegado a alta mar
y las olas me ahogan.
Mi garganta está ronca de tanto gritar
y mis ojos desfallecen de tanto esperar» (Sal 68).

Mas en el ser humano hay niveles más profundos que el fisiológico y el psicológico. Estos dos niveles podían estar, en Jesús, arrasados. Pero allá en la zona del espíritu, Jesús había conseguido mantener una admirable serenidad a lo largo de la Pasión.

Sin embargo, a una cierta altura de su agonía, las circunstancias descritas lo arrastraron a un estado de desconcierto y confusión. ¿Crisis? ¿Caída en su estabilidad emocional? No se sabría cómo calificar o dónde encasillarlo. ¿Qué fue? ¿Desaliento? ¿Pesadilla? ¿Una momentánea *noche de espíritu*? ¿Aridez en grado extremo? ¿El peso del fracaso? ¿El espanto de encontrarse solo frente a un abismo?

Lo cierto es que, de repente, todas las luces se apagaron en el cielo de Jesús, como cuando se produce un eclipse total. La desolación extendió sus alas grises sobre el páramo infinito. A su alrededor, de horizonte a horizonte del mundo, nada se veía, nada se oía, nadie respiraba. La ausen-

cia, el vacío, la confusión, el silencio y la oscuridad se abatieron de improviso sobre el alma de Jesús como fieras implacables. ¿La nada? ¿El absurdo? ¿También el Padre estaría entre la masa de los desertores?

Era el juicio del Justo. Los injustos lo juzgaron injustamente y lo condenaron. Esto era normal. En el momento oportuno, el Padre apostaría por el Hijo, inclinando a su favor la balanza. Pero llegada la hora decisiva, nadie dio la cara por el Hijo. ¿También el Padre habría tomado asiento en el tribunal junto a Caifás y Pilato? ¿También el Padre se habría sentado a la puerta para ver pasar al condenado?

Como en todo pleito siempre le quedaba, en última instancia, el recurso de amparo apelando al Padre. Pero todo indicaba que el Padre había abandonado la causa del Hijo y se había pasado al bando contrario pidiendo su ejecución. Y ahora, ¿a quién recurrir? Todas las fronteras y todos los horizontes quedaban clausurados. Así que ¿la razón estaba contra el Hijo? Entonces, ¿Jesús había sido un entrometido y no un enviado? ¿Un soñador? ¿Todo había sido inútil? Al fin, ¿todo se desvanecía en una pesadilla psicológica, en un caleidoscopio alucinante?

Sobre los abismos infinitos el pobre Jesús flotaba como un naufrago perdido. A sus pies, nada. Sobre su cabeza, nada. «Padre mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27,46). Era el silencio de Dios que había caído sobre su alma con la presión de cincuenta atmósferas.

* * *

Sin embargo, todo eso fue la *sensación*. Pero la fe no es *sentir* sino *saber*.

Nunca estuvo Jesús tan magnífico como en los últimos tramos de su agonía. Abrió los ojos. Sacudió la cabeza como quien despierta y rechaza una maldita pesadilla. Se sobrepuso rápidamente al mal momento. La conciencia de su identidad emergió desde las brumas del «delirium» y tomó posesión de toda su esfera vital. Y ya sereno, libró el último combate: el combate de la certeza contra la evidencia, del

saber contra el *sentir*. Y del último combate nació la última victoria.

Sin decir, dijo: Padre querido, no te *siento*, no te veo. Mis sensaciones interiores me dicen que está lejos, que te has transformado en vapor de agua, en sombra fugitiva, en distancia sideral, en vacío cósmico, no sé, en nada.

Sin embargo, contra todas estas impresiones, yo *sé* que estás *aquí, ahora, conmigo*; y «en tus manos entrego mi vida» (Lc 23,46). En plena oscuridad dio Jesús el salto mortal en una profundísima sima sabiendo que allá abajo le esperaba el Padre con los brazos abiertos. Y no se equivocó: en los brazos del Padre despertó. Fue un final de gloria. El Padre no lo había preservado de la muerte pero bien pronto lo rescataría de sus garras.

Tres alegorías

No es fácil expresar el significado concreto del *silencio de Dios* en términos precisos. Mil veces dice la Biblia que Dios *está con nosotros*, y dice también que estamos (nos sentimos) «lejos del Señor» (2 Cor 5,6). ¿Contradicción? No. Simplemente se trata de vivencias profundas, llenas de contrastes que, al explicar, parecen contradictorias pero, al vivirlas, no lo son.

El vehículo más adecuado para explicar lo inexplicable es el de la alegoría. Por eso he imaginado —y las coloco a continuación— tres alegorías para transparentar el contenido del silencio de Dios.

Lejos del Señor

¿Qué hicieron conmigo? Me dejaron aquí. Me encontré, yo mismo a mí mismo, en esta pampa infinita con todos los cables cortados.

Desde subsuelos desconocidos me nacen impresiones vagas, recuerdos difusos que se parecen a sueños olvidados. Hay en mí un algo que me dice que, en tiempos pretéritos, viví en una patria remota y feliz. De aquello,

sin embargo, no queda nada: ni imágenes ni recuerdos, salvo la nostalgia. Sólo eso soy: una nostalgia como una llama al viento. Tengo el alma errante de los expatriados.

Desde la madrugada mi corazón comienza a buscar su rostro entre las brumas. A veces se dibuja en lo distante una efigie difusa de mi Anhelado. Es un rostro de niebla sobre la niebla.

De repente me gritan:

—¡Por aquí pasó anoche!

—¿Lo visteis? —les pregunto.

—No —me responden—, estábamos dormidos.

—Entonces, ¿cómo lo sabéis?

—Es que esta mañana aparecieron sus huellas. Míralas, aquí están.

Todo está claro: nadie lo vio pasar pero *sabemos* que El pasó anoche por aquí.

—¡En el mar! —me gritaron los ríos—. Sobre las aguas profundas y azules está dibujado su rostro.

Y en alas del deseo volamos hasta el mar. Entre la espuma y las olas comenzaron lentamente a dibujar un rostro nunca visto. Pero, con el movimiento de las aguas, en seguida se esfumó la figura.

Nos internamos en una selva tan espesa que, aun en pleno mediodía, sólo las sombras imperaban allí. Entre la espesura, sin embargo, se filtró de improviso un rayo de luz.

—¡Es el sol! —gritaron unos.

—No —respondieron otros—: es un pequeño reflejo del sol.

Desde ahora ya *sabemos* que detrás de esa negra espesura y sobre los anchos firmamentos brilla el sol aunque nadie haya visto su disco de fuego, salvo algún pequeño destello.

* * *

Acosado por la sed recorrí valles y estepas en busca de una fuente.

—¡Es inútil! —me dije—. No hay agua: aquí se acaba mi vida.

Al instante se levantaron desde la tierra mil voces para gritarme a coro:

—Caminante, si hay sed tiene que haber una fuente. Camina.

Sobre la pampa infinita, al atardecer, cruzan el cielo cóndores negros planeando hacia mundos ignorados. Si todas las tardes pasan los cóndores en esa dirección, es que más allá de esta llanura infinita se levantan las altas cordilleras, aunque nadie haya visto sus testas coronadas de nieve.

Si las grandes aves vuelan todos los días desde mis nidos hacia las Montañas Eternas, es señal de que éstas descansan a la espera de mis aves, aunque nadie haya divisado sus dormidas alturas.

* * *

Crucé valles y colinas. Grité mil veces:

—¿Dónde está Aquel que busca mi alma?

El mundo entero se transformó en una respuesta universal: el viento clamaba, los ríos cantaban, las estrellas reían, los árboles preguntaban, la brisa respondía... pero mi Amado callaba.

Seguí preguntando:

—¿Dónde mora Aquel que busco desde la aurora? ¿Más allá de las estrellas azules? ¿En aquel risco que toca el firmamento? ¿En el rumor del bosque? ¿En la soledad última de mi ser?

De nuevo el silencio levantó su cabeza sobre las piedras obstinadas.

De cordillera a mar, desde la aurora hasta el ocaso, el planeta se hinchó de preguntas y voces que me nacieron desde las raíces eternas:

—¿Dónde estás? ¿Por qué ese silencio? ¿Acaso no soy tu eco? ¿Por qué callas? ¿Acaso no soy la voz de tu voz? Soy una chispa de tu fuego. ¿Por qué no brillas? ¿Por qué no me quemas? ¿Por qué no me ciegas? ¡Ojalá te transformaras en un incendio sobre las espaldas del mundo y me consumieras por completo como un holocausto final! Me hiciste como aquella antigua zarza que siempre ardía y nunca se consumía. ¿Hasta cuándo? ¿Por qué tengo que ser siempre inquieta llama? Calma mis altas fiebres. Eres agua inmortal. ¿Por qué no apagas de una vez mi sed? ¡Ojalá te transformaras en un río o en un huracán y me arrastraras cuanto antes al fondo de tu

seno. Eres remanso y descanso, ¿por qué me mantienes eternamente en vilo, colgado siempre de un cable? Me hiciste como un bosque de mil brazos, abiertos para abrazar. ¿Por qué, cuando estoy a punto de alcanzarte, te transformas en una sombra eternamente errante? Tú eres el mar; yo soy el río. ¿Cuándo descansaré en ti? Tú eres el mar; yo soy la playa. Inunda y colma todo.

* * *

Me dijeron que alcanzara una estrella con la mano. Comencé por subir a los tejados, para alcanzarla. Continué escalando montañas. Me empiné sobre las crestas de las cordilleras, allá donde no llegan los cóndores. ¿Y la estrella? Cada vez más lejos de mi mano. Eso soy: simplemente un impulso, llama desprendida del leño, eterno peregrino que siempre busca y nunca encuentra. ¿Cuándo habrá para mí un planeta o una patria donde descansar y dormir? Te aclamo y reclamo. Te afirmo y confirmo. Te exijo y necesito. Te anhelo y conjuro. Te añoro y ansío. Mis alas están ya fatigadas de tanto volar. En este atardecer de oro, ahora que se apagaron los fuegos del día y la serenidad inunda la tierra, suba hasta ti mi humilde súplica: tú que sostienes los mundos en tus manos, calma y colma todas mis expectativas. Tengo sueño. Quiero dormir.

Agonía y éxtasis

Soy un hombre de 44 años y tengo 7 hijos. Con mi esposa formamos una pareja feliz y honorable. La gente piensa y dice que siempre brillaron las estrellas sobre mi cielo. ¡El hombre de la suerte!, así me definen en la calle. Ellos, sin embargo, no tienen ojos para entrar en mis más remotas latitudes.

Desde joven, casi desde niño, habita en mí una fuerza de contradicción que me turba y sosiega. Nunca me deja en paz y siempre me deja la paz. Molesta como la fiebre y refresca como la sombra. Es al mismo tiempo agonía y éxtasis. A veces me dan ganas de hacer con él lo que con un huésped impertinente: ponerlo en la calle. Pero no es posible: vino conmigo al mundo y conmigo bajará a la sepultura. Es tan mío como mi sangre.

No sé cómo llamarlo. ¿Sensibilidad divina? ¿Piedad? Hay un hecho concreto: no puedo vivir sin mi Dios. Yo no sé si el Señor expresamente encendió en mí esa llama o es una predisposición innata, combinación fortuita de códigos genéticos, resultado feliz de leyes hereditarias. Dicho de otra manera: no sé si es gracia o naturaleza. A veces lo considero como el mayor regalo de la vida. Otras veces me parece un «aguafiestas».

Tengo una certeza de acero. Dios *es* y está conmigo. Pero nunca vi un destello del resplandor de su rostro. Hay algo, sin embargo, dentro de mí que me dice que tal resplandor existe y brilla. Es una certeza más «cierta» que las evidencias geométricas.

Hace un par de años, una despiadada competencia profesional hizo que mis negocios se vinieran al suelo. En esa ocasión supe lo que era una noche sin estrellas. El rostro de mi Dios se esfumó como una sombra esquiva. El mundo se me convirtió en un inmenso desierto; y sobre el arrenal infinito caminaba yo solo, solamente yo. Clamaba a mi Dios y El me respondía con silencios. Esto duró no sé cuántas semanas. Cuando parecía que la desolación tocaba fondo, tuve una inesperada «visita» de mi Señor. Si contara lo que sucedió, nadie lo podría creer; por otra parte es imposible contarlo. Sólo diré que no hay en el mundo éxitos, conquistas ni emociones que den tanta alegría como una de esas «visitas».

* * *

A veces el absurdo se presenta a mis puertas, me dispara una insistente andanada de preguntas, y se va. Y yo quedo aturrido durante días y semanas sin saber adónde mirar. ¿Te acuerdas? ¿El niño de tres años atacado por la leucemia y condenado a morir? La señora vecina, después de años de martirio, abandonada ahora por un marido cruel. La familia amiga, desaparecida en un accidente; aquel asesinato; este robo; esa violación; aquella calumnia... ¿Te acuerdas? ¿Dónde está tu Dios?

Acudo a mi Dios para transmitirle estas preguntas y aliviarme un poco. A cada *porqué* hay un golpe de silencio. Como un eco, sólo queda silbando la risa del absurdo.

A veces me pregunto cómo sería más hermosa la vida, con la fe o sin la fe. Es evidente que, apagada la fe, se

encienden las luces verdes para todos los apetitos. Pero cuando lleguen los golpes, cuando invada el hastío o se aproxime la vejez, el hombre sin fe tiene que sentirse miserable, impotente y desarmado. No quisiera estar en su piel en esos momentos.

Conozco por dentro a mis amigos. Gran parte de ellos arrojaron la fe al rincón de los cacharros viejos como un objeto inútil, mejor, como una compañía molesta. No los envidio, sin embargo. Sé que ellos dan rienda suelta a todas sus apetencias. Sé también del infinito vacío de sus vidas.

Hace un mes aproximadamente la tentación, vestida de flores, se presentó a mis puertas. Me dijo que se vive una sola vez; que los ancianos nada apetecen y nadie los apetece; que ahora, todavía en pleno vigor, es la oportunidad para coronarse de rosas. En esos días me pareció que Dios era una sombra inconsistente e inexistente, que estoy perdiendo el tiempo, que el banquete de la vida no se repite. Tomando fuerzas no sé de dónde, invoqué a mi Señor para que me sacara de aquella desolada cima. Por toda respuesta, una vez más, el silencio levantó su obstinada cabeza.

Mi señora me decía el otro día que donde hay drama no hay hastío. Y me añadió: como la fe es drama, estamos salvados del supremo mal, el vacío de la vida. Yo le respondí: del vacío de la vida sí, pero del desconcierto no.

Hay, sin embargo, un meteoro que cruza mi cielo tanto en las noches estrelladas como en las noches sin estrellas: la *certeza*.

Estoy *seguro* de que mi Señor guardará el tesoro de mi vida en un cofre de oro hasta el día de la corona final. Tengo la certeza de que estamos destinados a una vida incorruptible e inmortal.

Sé que mi Redentor vive y que, al fin de los tiempos, se levantará sobre el polvo para hablar el último. Y, revestido de esta misma piel, yo veré a mi Dios en mi propia carne. Sí. Yo mismo lo veré con estos mismos ojos. Yo lo contemplaré, yo mismo. Es a él a quien contemplaré y no a otro. ¡Ojalá que estas palabras se grabaran en el bronce, o se esculpieran para siempre con un estilete en el granito! (Job 19,26).

Todas las noches oscuras, todos los silencios, todos los

desconcertos del mundo no serán capaces de derribar esta certeza.

¡Oh hermosa aventura de la fe!

Vaivén de la duda

Aquí estoy metido en la vida religiosa. Un día escuché claramente la voz de Dios que me invitaba a seguirlo. Salí tras él. Y me ha puesto en este desierto de la fe. En los primeros tiempos, el Señor es un Regalo. De día se transforma en una nube blanca: me cubre contra los rayos del sol. De noche toma la forma de una antorcha de estrellas toda resplandeciente: me protege contra la oscuridad y el miedo.

Van pasando los años. Todo sigue igual. Todos los días me levanto y comienzo a buscar el rostro del Señor. A veces siento cansancio de tanto buscar y no encontrar nada. Pregunto, y nadie responde.

Todavía soy joven. Llevo un corazón solitario y virgen. Dios es su *habitante*. A veces, sin embargo, siento que nadie lo habita. He pasado la noche entera ante el Santísimo. Al amanecer sentía sueño y decepción. Sólo yo he hablado. Dios ha sido «el que siempre calla».

Se me van los años. En mi alma se suceden los días claros y los días nublados. Por primera vez he sentido la mordedura de unas preguntas que, como un ejército en orden de batalla, han asaltado mi pobre alma. ¿No habré sido víctima de una alucinación? Esta aventura en la que estoy metido y comprometido, ¿no será una desventura? Se vive una sola vez, y el proyecto de mi vida que elegí para esta sola vez, ¿no será una «pasión inútil»? Estas preguntas se las he hecho al Señor con lágrimas. Pero tampoco he obtenido respuesta.

Se me fue para siempre la juventud. Con frecuencia me invade la depresión, algo así como el tedio de la vida. Se fueron para siempre los arrestos juveniles y comienzan a llegar los signos de decadencia. Muchas veces siento una extraña sensación: para no desfallecer intento agarrarme a Dios, pero tengo la impresión de palpar una sombra. Hoy he podido distinguir claramente el Rostro del Señor. En estas oportunidades siento que me nacen alas y unas ganas enormes de volar tan alto como las águilas.

Me siento como un saco de arena, tan cansado de

luchar contra la obstinada oscuridad de la fe. Dije: si esta noche me visitara el Señor para darme un poco de consuelo y fuerza... Pero esta noche tampoco bajó el Señor. Sin embargo, al amanecer, me he abandonado en sus manos, y he sentido una extraña alegría, profunda como nunca.

Han pasado muchos años. Estoy en el ocaso de la vida. No he tenido hijos. Mi sangre no se perpetuará en otras venas. ¿Me habré equivocado? ¿Habrá sido todo estéril? No. «Sé muy bien de quién me he fiado, y a quién he confiado la custodia del tesoro de mi vida, y estoy seguro de que no quedaré defraudado en el día final» (2 Tim 1,12). «Con estos mismos ojos habré de ver a mi Salvador» (Job 19,26).

Una señal

Son muchas las personas comprometidas a fondo con el Señor a quienes he oído desahogarse con expresiones parecidas a éstas.

Tengo en este momento la seguridad de tocar esta piedra y pisar este suelo. Si yo tuviera la misma seguridad en que mi Dios *es verdaderamente Dios vivo*, sería yo el hombre más feliz del mundo. Si el Silencioso se transformara en voz, siquiera en una voz más leve que la brisa, si el Invisible se transformara en una teofanía siquiera en el instante de un relámpago, si una gratuidad infusa marcara sobre la sustancia de mi alma la cicatriz de Dios siquiera una vez en la vida, yo sería valiente, alegre, fuerte, me metería en todos los combates, asumiría sin quebrarme los golpes de la vida, perdonaría con facilidad, superaría con felicidad las crisis, amaría sin medida.

Si hubiese para mí una «visitación» súbita, marcante e inefablemente consoladora, si por un solo instante el fulgor del Rostro del Señor rasgara como un relámpago la oscuridad de mi noche, habría en mi vida «más alegría que si hubiera abundancia en trigo y en vino» (Sal 4).

Pero no hay tregua. En la retaguardia mental del creyente siempre queda silbando un eco de incertidumbre. Una

cierta inseguridad parece pertenecer a la naturaleza misma de la fe. El creyente siempre tiene la impresión de correr un riesgo. De allá precisamente emana la grandeza de la fe.

* * *

A muchos hombres de la Biblia los sorprendemos frecuentemente dominados por ese clásico desconcierto que causa el silencio de Dios. También ellos se sienten naufragar sobre aguas inseguras y también ellos buscan una señal visible e inequívoca de Aquel con quien tratamos es *El Mismo* y no un producto mental subjetivo.

«Gedeón dijo a Dios: Si he hallado gracia a tus ojos, dame una señal de que eres tú quien me habla; y no te vayas de aquí hasta que vuelva yo con mi ofrenda y te la presente» (Jue 6,17).

Los derrotados por el silencio

Entre la gran variedad de situaciones producidas por el silencio de Dios, hoy día alcanzo a distinguir tres grupos bien diferenciados, sobre todo entre los hombres y mujeres consagrados completamente a Dios. El primer grupo es el de los *derrotados*.

Estos abandonaron definitivamente la vida con Dios y se las arreglaron para vivir como si Dios no existiera. Durante largos años se esforzaron por vivir su fe. Despertaban a medianoche, invocaban a Dios y Dios no respondía. Se levantaban por la mañana, clamaban al Señor; y tenían la impresión de que el Interlocutor estaba lejos, o simplemente no estaba. Cada intento de oración acababa en fracaso. Mil veces sintieron ganas de tirarlo todo por la borda. Mil veces reaccionaron contra esa tentación pensando que, después de todo, lo único que daba sentido a la vida era Dios. Nunca se plantearon formalmente para sí mismos el problema intelectual de la «hipótesis» Dios. Tenían miedo de encontrarse con el sepulcro vacío.

Hoy día se dan por perdidos. Se sienten en una situación contradictoria y singular: por una parte desean que Dios sea o fuese una realidad *real* y *viva* pero lo «sienten» como muerto. Ante sí mismos no niegan a Dios, menos aún ante los demás. Les gustaría creer. Pero les faltan fuerzas hasta para levantar la cabeza. Les parece que no hay nada que hacer.

Abandonaron la estructura eclesial o están en trámites de hacerlo. El síntoma específico de los derrotados es la agresividad en la línea de la típica reacción de todos los frustrados: la violencia compensadora. Se los ve amargados. «Necesitan» destruir. Sólo así consiguen paliar ante sí mismos y ante los demás su propia derrota. Critican sombríamente y sin tregua el edificio general de la Iglesia: las estructuras, las instituciones, la autoridad, sistemas de formación, doctrina social...

No hablan contra Dios. Al contrario, lo silencian sistemáticamente. Pero, según me parece, hacen una transferencia psicológica. Esto es: cuando atacan tan obsesivamente a la Iglesia, en el fondo lo están haciendo contra Dios, al que consideran como un enemigo inexistente pero alucinante que les agitó la fiesta de la vida. Su decepción y frustración van, pues, dirigidas, por vía de transferencia, a Dios mismo.

A alguno de éstos he escuchado las declaraciones más sombrías que pueden oírse en este mundo: Ya tengo cerca de cuarenta años; tengo que comenzar a vivir pero no se puede volver a la infancia o a la juventud para comenzar a proyectar y soñar. Se vive una sola vez, y esta sola vez me he equivocado... He despilfarrado los mejores años de la vida y no los puedo recuperar... Al oír éstas y semejantes declaraciones, uno no puede menos de sentir un reverente respeto por tales casos.

Los desconcertados por el silencio

Durante largos años mantuvieron en alto la antorcha. Hubo una sostenida luna de miel en la que Dios era para ellos una *fiesta*. Por aquellos años los ideales ondeaban al viento, las renunciaciones se tornaban en libertades y las privaciones en plenitudes, y ellos sentían que nada les faltaba en este mundo. Fue una época de oro.

Pasaron los años y la noche del silencio comenzó a oprimirlos. Las fuerzas de la juventud fueron esfumándose como en una cuenta regresiva. A estas alturas, el Señor ya no era para ellos aquella fiesta de antaño. La vida fue envolviéndolos y, como por ósmosis, sustrayéndoles el entusiasmo. Durante estos años nunca recibieron una extraordinaria gratitud infusa de lo alto, una de esas gracias que marca, afirma y confirma en la fe a las almas y las instala en la certeza. La rutina fue invadiendo sus días como una niebla invisible.

Larga, muy larga fue aquella noche del silencio. Apareció la fatiga que comenzó a hacer mella en los peregrinos. Ellos siguieron desfondándose lentamente hasta que se quedaron casi sin ganas de seguir en el camino. Fue (¿cómo decir?) una sensación entre desencanto, impotencia y fracaso, como quien dice: No tengo alas para tan altos vuelos. Pero la palabra más exacta para definir esa situación es ésta: *desconcierto*. «Escondiste tu rostro y quedé desconcertado» (Sal 29).

Se les murió la ilusión por el Señor y fue sustituida por la apatía. Abandonaron el esfuerzo por la oración personal, frecuentan algún sacramento más por rutina que por hambre, asisten a alguna oración comunitaria. El vacío de Dios lo sustituyen con fuertes dosis de compensaciones. Para evadirse de la sensación de fracaso se lanzan desordenada e impulsivamente a la actividad llamada apostólica y, dentro de la ley de los equilibrios, a mayor vacío interior, mayor actividad.

El síntoma típico de este grupo —además del desencan-

to— es la *nostalgia*. Sin pretender y sin poder evitarlo regresan estos desconcertados a los años del *primer amor*, años en los que el encanto por el Señor revestía todo de belleza y sentido.

«Recuerdo otros tiempos
y desahogo mi alma conmigo:
cómo marchaba a la cabeza del grupo
hacia la casa de Dios,
entre cantos de júbilo y alabanza
en el bullicio de la fiesta» (Sal 41).

Aun en medio de las alborotadas actividades les sigue y persigue una voz que no consiguen apagar: aquel antiguo reproche del Señor: «Me acuerdo de tu cariño juvenil» (Jer 2,2).

Darían todos sus éxitos profesionales actuales por recuperar aquel primer amor, aquel encanto vivo de antaño por el Señor. Lo que más sienten es que perdieron la alegría. Y allá, muy lejos, en alguna región perdida de sí mismos llevan la convicción de que, fuera de Dios, no existe fuente de alegría. Y siempre están dispuestos a reemprender el camino de regreso hacia esa fuente. La mayoría de los desconcertados acaban por recuperar, tarde o temprano, el encanto primitivo.

Los confirmados

Una larga y doliente historia cargan a sus espaldas estos confirmados. Hubo de todo en sus vidas: marchas y contramarchas, crisis, caídas y recaídas. Pero una fidelidad elemental cubrió con un manto las ruinas transitorias. Y «Aquel que siempre calla» fue curtiendo y endureciendo, forjando y confirmando en una madera noble y definitiva a los que se le entregaron en la luz y en la oscuridad.

Desde el principio se les dio la gracia de percibir nítidamente que, en la travesía de la vida, Dios y solo Dios podía dar sentido y solidez a su proyecto de existencia. Y, por años sin fin, elevaron su clamor ininterrumpido al Señor

Dios. «Por favor, no me escondas tu rostro; no me abandones» (Sal 26). «No escondas tu rostro a tu siervo» (Sal 68; 87; 101). «Haz brillar tu rostro sobre tu siervo» (Sal 30). «Caminaré a la luz de tu rostro» (Sal 88). «Brille tu rostro sobre nosotros y estamos salvados» (Sal 79).

Pero ¿cuál fue la receta secreta que instaló y confirmó a estos creyentes en la fe? Fue un profundo y universal *espíritu de abandono*. No resistir sino *entregarse*, ésa fue la clave de su confirmación. También para ellos Dios fue «aquel que calla». Pero nunca se impacientaron, no se irritaron, no se asustaron, nunca exigieron una garantía de credibilidad, una señal que *ver*, unas muletas para andar. Sin resistir se entregaron una y otra vez, en silencio, al silencio.

Atravesaron largos períodos de aridez y sequedad. No se dejaron abatir por eso. En medio de la más completa oscuridad permanecieron entregados. Les llegaron golpes inesperados que sacudieron su árbol hasta las raíces. No se agitaron, sin embargo. Se abandonaron en silencio al silencio.

Llegaron las crisis. Durante largos períodos el cielo permaneció mudo y el mundo parecía estar gobernado por el absurdo o la fatalidad. No se confundieron por eso ni se desalentaron sino que, atados de pies y manos, se dejaron llevar por la corriente del silencio y de la oscuridad, seguros de navegar en el mar de Dios. La brújula que orientó su navegación fue la certeza.

Igual que Abraham y otros hombres de Dios, estos confirmados comenzaron por quemar las naves, esto es, dejaron de lado las seguridades de retaguardia así como las reglas del sentido común y los cálculos de probabilidad, continuaron por desestimar las explicaciones que no explican y las evidencias que no aquietan y, cruzados los brazos y cerrados los ojos, acabaron por entregarse una y otra vez al Absolutamente Otro, repitiendo perpetuamente el ¡amén! Al estilo de los *pobres de Dios* se abandonaron sin apoyos, en plena oscuridad, confiados sin condiciones, a su Dios y Padre.

Y así, quedaron para siempre confirmados en la certeza de la fe.

Fortaleza en el silencio

En los tiempos modernos tenemos un alto exponente de esta fe de abandono: santa Teresa del Niño Jesús. De ella son estas palabras de grandeza patética y casi sobrehumana:

«La aridez más absoluta y casi el abandono fueron mi patrimonio. Jesús, como siempre, continuaba dormido en mi navecilla» (3).

Constituye un infinito consuelo para cualquiera de nosotros el pensar que un alma de tan alta calidad haya vivido con semejante paz y sonrisa el abandono de la fe, bajo la bóveda del espeso silencio de Dios.

Ese testimonio adquiere una nueva grandeza cuando lo completa con estas otras palabras:

«Puede ser que [Jesús dormido] no despierte hasta mi gran retiro de la eternidad. Pero esto, en lugar de entristecerme, me causa un grandísimo consuelo.»

Esta frágil mujer es de la estirpe de Abraham. Como veremos más tarde, algunas almas pasan por el mundo entre los consuelos de Dios. Pero para muchas otras Dios es tortura. Sólo el abandono —la fe absoluta— transforma la tortura en dulzura. A esta clase de almas pertenece santa Teresita. Sus declaraciones, unos días antes de morir, nos dejan mudos, y la encumbran por encima de muchos hombres de Dios que en la Biblia pedían un «signo» para tener la seguridad de que Dios es Dios. Nuestra santa rehusa esa «gracia».

«No deseo ver a Dios en esta tierra... Prefiero vivir de fe» (*Últimas conversaciones*).

Con palabras sencillas, en una bella comparación nos entrañará el misterio de la fe:

(3) *Obras completas*, 289.

«Yo me considero como un pajarillo débil recubierto sólo de un ligero plumón. No soy águila; sólo tengo de ella los ojos y el corazón, pero, a pesar de mi extremada pequeñez, me atrevo a mirar fijamente al sol divino, al sol del amor, y mi corazón siente en sí todas las aspiraciones del águila. El pajarillo quisiera volar hacia ese brillante sol que fascina sus ojos...

¿Qué será de él? ¿Morirá de pena viéndose tan impotente? ¡Oh, no! El pajarillo ni siquiera llega a afligirse. Con un abandono audaz quiere seguir mirando fijamente a su divino sol. Nada sería capaz de asustarle, ni el viento ni la lluvia. Y si oscuras nubes vienen a ocultarle el Astro de Amor, el pajarillo no cambia de sitio; sabe que más allá de las nubes su Sol sigue brillando, que su esplendor no podría eclipsarse ni un solo momento» (4).

He aquí el misterio final de la fe. Hemos sido *estructurados* para un Objetivo infinito. Pero la estructura ha sido deteriorada por un desastre que dificulta el objetivo original.

Somos apenas un gorrión, pero llevamos corazón de águila. Este es el terrible y contradictorio misterio del hombre: sentirse al mismo tiempo gorrión y águila; tener un corazón de águila y alas de gorrión.

¿Qué hacer? Sé que no puedo volar alto. Tampoco lo intentaré. Ni siquiera agitaré las alas sino que me abandonaré en las alas del viento: el viento es Dios. Lo demás lo hará El. Sé que no soy un gorrión, pero sé también que si, con una gran paz, me abandono en Dios, El puede prestarme unas poderosas alas de águila. ¿Hay algo imposible para El? Sé que soy un montón de ruinas y desolación; pero sé también que, si me abandono en Dios, El puede transformarme en una mansión deslumbradora. El es Poder y Gracia.

Si Dios se envuelve en un manto de silencio o se oculta detrás de las nubes, «con un abandono audaz» lo seguiré mirando aunque nada vea ni nada sienta. Aunque me asalten millares de voces que me hablen de ilusión, yo sé que detrás del silencio está él, seguiré mirándolo obstinadamente y con paz. Y aunque en mi nave Dios se quede «dormido»

durante toda mi vida, no importa. Yo sé que «despertará» en el Gran Día de la Eternidad.

«Tú crees que ahora, al dispersarse las nubes, ha aparecido la luna. Te equivocas. La luna brillaba detrás de las nubes durante largas eternidades» (*Refrán oriental*).

(4) *Ib.*, 251-252.

Eran como dos *viejos amigos*. Entre los dos estaban llevando a cabo una epopeya memorable. Luchando codo a codo en un combate sin igual, sin dar ni recibir cuartel, habían convocado a un pueblo oprimido. Luego lo sacaron a la patria de los libres que es el desierto. Y, caminando sobre las arenas de oro, lo pusieron en marcha hacia un sueño lejano y casi imposible. Los dos se trataban con la camaradería de dos veteranos de guerra. Eran Dios y Moisés.

Pero Dios había sido un «camarada» invisible. Moisés, sin embargo, como era ardiente contemplador, hacía largo tiempo que deseaba ver su rostro. Y, en un momento, cuando ya desfallecía de ansias, le soltó directamente esta súplica tanto tiempo retenida: «Señor, mi Dios, muéstrame tu Gloria.» Y el Señor le respondió:

«Yo haré pasar ante ti toda mi bondad... pero mi cara no podrás verla, porque ningún mortal puede verla y seguir viviendo.

Ahí cerca tienes un lugar apropiado; ponte sobre esa roca porque mi Gloria va a pasar delante de ti. Al pasar te taparé con mi mano mientras paso. Una vez que haya pasado, retiraré mi mano y entonces podrás contemplarme por la espalda, pero mi rostro no lo podrás ver» (Ex 33,19-23).

En esta escena tan rústica y casi cómica queda admirablemente desvelado todo el misterio de la fe: mientras dure el combate de la vida no es posible contemplar cara a cara al Señor. Solamente será posible vislumbrarlo en algún ves-

tigio fugaz, subiendo de los efectos a la causa, caminando por la vereda de las deducciones y analogías, entre penumbras, indirectamente; en una palabra, «por la espalda».

La noche oscura

Fray Juan de la Cruz no se cansa de decir, una y otra vez, con diferentes palabras, que la fe «es un hábito del alma *cierto* y *oscuro*». Siempre he considerado a fray Juan el gran *doctor de la fe*. Si en todos los caminos del espíritu es maestro y guía, lo es de manera especial en los caminos nocturnos de la fe. Entre tantos y tan altos conceptos como desarrolla en sus libros sobre esta materia, podrían considerarse como síntesis de todas sus ideas las siguientes palabras:

«...la fe es sustancia de las cosas que se esperan, y aunque el entendimiento consiente en ellas con firmeza y certeza, no son cosas que al entendimiento se le descubren porque, si se le descubrieran, no sería fe. Lo cual, aunque le hace cierto al entendimiento, no se le hace claro sino oscuro» (2 *Subida* 6,2).

Intentaré dar un amplio rodeo tratando de explicar estos dos conceptos que, vertebrados, constituyen la esencia de la fe: *oscuro* y *cierto*.

* * *

Se llama —con una palabra difícil— *proceso cognoscitivo*. De aquí arranca el misterio de la fe.

Por el viaducto de los sentidos entran en la mente humana las impresiones y sensaciones de los diferentes objetos. En realidad, la mente es eso: una red filtradora o una fábrica de elaboración. Efectivamente, de cada objeto detectado por los diferentes sentidos, la mente aparta lo que el objeto tiene de propio o individual, y extrae y retiene lo que tiene de común con todos los demás objetos de su especie. Esto es, deduce una idea común a todos los objetos y, por

consiguiente, universal. Es un trabajo de *universalización*. Vamos a un ejemplo concreto.

Aquí veo una silla. Allá lejos veo otra silla, pero ¡qué diferente a ésta! En ese rincón hay otra silla que no se parece nada a estas dos ni en tamaño ni en diseño. Y así, entraron en mi mente, supongamos, cincuenta sillas de cincuenta formas diferentes. Ahora comienza el trabajo elaborador de la mente. De todas las sillas, mejor, de las imágenes concretas de cada silla, la mente, dejando aparte aquello que le es propio a cada una, saca y se queda con lo que es común a todas: una idea universal de silla.

Una vez terminado este trabajo de elaboración, pueden presentar ante mis ojos mil sillas en medio de diez mil otros objetos. Mi mente toma, como un candil, aquella idea universal y, con su luz, voy distinguiendo, reconociendo e identificando las mil sillas entre los diez mil objetos, sin equivocarme.

Lo mismo sucede en otras áreas. Si me ponen delante otros cinco mil objetos, sabré decir con precisión cuáles son fríos, cuáles calientes o tibios. O, en otro orden, cuáles son duros o blandos; cuáles verdes, rojos o amarillos.

Así funciona y ésta es la génesis del pensamiento humano.

Pero aquí mismo comienzan nuestros desengaños. Como el Señor, nuestro Dios, no se viste de colores ni perfumes, ni tiene kilos ni centímetros, no puede ser aprehendido por los sentidos. Al no poder ser detectado por los sentidos, Dios no puede *pasar* a ese laboratorio de la mente para ser sometido a un proceso de análisis y síntesis. Por eso el Señor Dios nunca será propiamente *objeto de inteligencia*, porque nada hay en la mente que previamente no haya pasado por los sentidos. Como no puede ser objeto directo de inteligencia, el Señor sí es, en cambio, *objeto de fe*. Sólo en la fe puede «entendérsele» cabalmente.

Así, pues, Dios nunca entrará en nuestro juego. Queda siempre *afuera*, es trascendental: está *por encima* del proceso normal del conocimiento humano. Está en otra órbita. Dios es *otra cosa*.

Quiero decir: Dios no es para ser «entendido» analíticamente porque nunca entrará en nuestro juego acrobático de

silogismos, premisas y conclusiones, inducciones y deducciones. A Dios se le «entiende» de rodillas: asumiéndolo, acojiéndolo, viviéndolo. El «dar a la caza alcance» de fray Juan de la Cruz no se ha de entender en el sentido intelectual —que no es posible— sino vital. ¿Conquistar (intelectualmente) a Dios? En este sentido el Señor Dios es «inexpugnable». Lo difícil y necesario es dejarse conquistar por El.

Si no es posible «dar a la caza alcance» analíticamente, entonces Dios es *Misterio*. No se quiere decir que sea *cosa misteriosa* sino que es inaccesible a la potencia intelectual: como dice la Biblia, nunca podremos mirarlo cara a cara.

«En todos los sentidos, Dios es totalmente distinto. Un proceso que nos lleva a otros seres o a otras verdades, no sería capaz de llevarnos a él, lo mismo que las representaciones, aptas para expresar otros seres, no son capaces de expresarlo a él.

Aun después de que la lógica nos ha obligado a afirmar que Dios existe, su misterio continúa inviolado. Nuestra razón no llega hasta él. Dialéctica y representación no pueden pasar del umbral.

Pero aun antes de toda dialéctica y de toda representación, nuestro espíritu afirma ya que Aquél, al que se le alcanza por la dialéctica y la representación, está más allá de toda representación y dialéctica.

Y esta afirmación, pasando así de las tinieblas a la luz y de la luz a las tinieblas, permanece siempre en pie» (5).

Este hermoso párrafo subraya admirablemente el «obsequio» de la fe: antes, más allá y más acá de la dialéctica y representación, el verdadero creyente se *entrega* en la oscuridad, y sólo entonces comienza a entender el misterio y nace la certeza.

* * *

Es como si a un ciego de nacimiento, que nunca vio los colores, tratáramos de explicarle en qué consiste el color amarillo. Yo abro los ojos y veo una rosa amarilla. ¿Cómo transmitir a este ciego el hecho de que esta rosa sea amarilla?

(5) HENRI DE LUBAC, *Por los caminos de Dios*, 94.

Imposible. Cuando la comunicación se torna imposible, acudimos a las aproximaciones y otros puntos de referencia. Y así, le decimos al ciego: el color amarillo es algo aproximativo o intermedio entre... (¿qué?)... el rojo y el blanco... Es inútil continuar. El ciego no «sabe» qué es blanco, violeta, marrón..., nada. Los colores nunca entraron en su mundo. Respecto a ellos es *de noche*. Los colores lo trascienden. Y seguramente el ciego «entenderá» el amarillo por referencia a otras impresiones que tiene, recibidas por otros sentidos: el amarillo lo «entenderá» como tibio, blando, sensaciones suaves, por ejemplo. Y después de tanta explicación, cuando el ciego creyera haber «entendido» el color amarillo, tendríamos que acabar diciéndole: hijo mío, el amarillo no es nada de lo que has «entendido». Es *absolutamente otra cosa*.

Esta es exactamente nuestra situación respecto a Dios. Como El nunca entró ni entrará por los sentidos en el laboratorio mental, entonces, para conocerlo, echamos mano de otras referencias que, al menos, nos «aproximen» cognoscitivamente a El. Esto es, tomamos el camino indirecto. Así, por ejemplo, nosotros sabemos qué significa la palabra *persona*. Tomamos el contenido de esta palabra, lo transferimos y lo aplicamos a Dios, y decimos: *Dios es persona*. Pero, hablando con precisión, tendríamos que agregar: Pero Dios no es exactamente persona. Dios es absolutamente *otra cosa* distinta de persona. Dios está entre penumbras. Nuestros conceptos, aplicados a El, no concuerdan. En una palabra: Dios es absolutamente distinto de nuestras ideas, conceptos y prejuicios, representaciones e imágenes.

Dice san Agustín:

«¿Crees saber qué es Dios? ¿Crees saber cómo es Dios? No es nada de lo que te imaginas, nada de lo que abraza tu pensamiento.

Oh Dios, que estás por encima de todo nombre, por encima de todo pensamiento, más allá de cualquier ideal y de cualquier valor, oh Dios viviente» (6).

(6) *Contra Adimantum*, II.

Por eso las palabras humanas nunca serán propiamente «portadoras» de la sustancia real de Dios. Las palabras llevan y transmiten imágenes de las realidades que vivimos, oímos y sentimos. Al estar Dios fuera del alcance de los sentidos, nunca nos entenderemos, respecto a Dios, por intermedio de nuestra fonética. Todas las palabras referentes al Señor Dios tendrían que ir en negativo: in-finito, in-visible, in-menso, in-comprensible, in-creado, in-nominado... Las palabras no lo pueden abarcar. Esto es, el Señor es mucho más grande, admirable y magnífico que todo lo que nosotros podamos concebir, soñar, desear, imaginar. Realmente es el In-comparable.

A Dios se le *asume* en la fe. Más que objeto de intelección, es objeto de contemplación. Está muy bien profundizar en las cosas de Dios. Pero, originalmente, el acto de fe consiste en acoger el Misterio en la oscuridad de la noche. Fray Juan de la Cruz dice:

«El que se ha de venir a juntar en una unión con Dios, no ha de ir entendiendo sino creyendo... porque lo más alto que se pueda entender de Dios dista en infinita manera de Dios» (2 *Subida* 4,4).

Cuál es tu nombre

Los hombres de la Biblia no se atreven a definir ni a describir a Dios, ni siquiera a nombrarlo. Definir es, de alguna manera, abarcar algo, y el Señor Dios es in-abarcable. Nombre, para los semitas, equivale a persona; y nombrar es, en cierto sentido, aprehender y medir la esencia de la persona, y Dios no es mensurable.

Por todo lo cual la Biblia hace, respecto a Dios, un juego de elevación trascendental: pasa por alto y evita darle un nombre. Y en lugar de eso, la Biblia utiliza una manera tosca de designar a Dios: «El Dios de Abraham; el Dios de Isaac; el Dios de Jacob.» Siguiendo ese mismo estilo, Pablo hablará del «Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo». La manera más adecuada para representar o significar a Dios sería ésta: *Aquel* que se reveló a los pa-

triarcas; Aquel que se reveló en Jesucristo. Para referirse a Dios sólo vale el pronombre, no el nombre.

Por eso los israelitas no podían pronunciar el nombre de Yavé. Sólo bajo este detalle late una gran carga de profundidad: la trascendencia del Dios de Israel.

* * *

Según esto, para el israelita había tres preguntas reversibles y de idéntico contenido: *¿quién eres?*, *¿qué eres?*, *¿cómo te llamas?* En este contexto se comprende la siguiente escena bíblica.

Huyendo de las iras del faraón, Moisés se había refugiado en la región de Madián y guardaba las ovejas de su suegro. Dios le dijo: Sácame a este pueblo de la opresión de Egipto. Moisés le respondió: Está bien, mi Señor; pero tengo una duda. Cuando yo convoque y comunique: hijos de Israel, vuestro Dios me envió a libertaros de los trabajos forzados, y ellos me pregunten: ¿cómo se llama ese Dios? Cuando me pregunten esto, ¿qué les respondo, mi Señor? ¿Cuál es tu nombre? (cf Ex 3,13-19).

Dios esquivo la pregunta y se sale por la tangente: «Yo soy el que soy.» Sin embargo, Dios no se fue por la tangente. Este versículo 14 vale por un libro.

Se nos viene a decir que el verdadero Dios no tiene nombre. Si se le tuviera que dar un nombre concreto, sería éste: me llamo *Innominado*; me llamo *Sin-Nombre*. Es, precisamente, el *Inefable*. No se le puede clasificar. No se le puede calificar. Las palabras más altas e inesperadas no podrán encerrarlo en sus fronteras. No está en la órbita de la fonética articulada sino del Ser. ¿Acaso podríamos canalizar un río caudaloso por el surco de un arado? Dios no se deja manipular. No le alcanzan los silogismos. Las dialécticas jamás vislumbrarán un segmento del fulgor de su rostro bendito.

Esto mismo significa aquel episodio misterioso y dramático, el combate nocturno entre Jacob y el ángel de Dios (Gén 32,25-33). Al amanecer, Jacob pregunta: «Dime, por

favor, tu Nombre.» Y la respuesta, siempre evasiva, de Dios: «¿Para qué quieres saber mi Nombre?» Esto mismo se quiere subrayar en aquella respuesta que se dio a Manué: «¿A qué preguntas mi Nombre? Es misterioso» (Jue 13,18). En la Biblia, Dios es aquel que no se puede nombrar, esto es, aquel que trasciende, desborda y supera toda realidad, toda representatividad, toda palabra, toda idea.

Nuestro Dios es mucho más ancho que los horizontes de las pampas. Aunque juntemos los adjetivos más brillantes del lenguaje común, aunque saquemos todas las palabras del diccionario y las coloquemos una detrás de otra, o, con todo ello, armemos un monumento más profundo que los abismos, más ancho que los espacios y más alto que los cielos, es inútil, las palabras no valen nada. El es mucho más, es otra cosa, está en otra órbita. Es otra cosa y más inefable que las melodías que nos llegan desde otros mundos. No es sonido sino Ser.

En la noche profunda de la fe, cuando el alma, como tierra ciega y sedienta se extiende dócilmente a la acción divina y acoge el Misterio Infinito como lluvia mansa que cae e inunda y fecunda..., sólo así, entregados, receptivos, comenzaremos a «entender» al Ininteligible.

Cuando la música calla, cuando las palabras silencian, cuando la inteligencia enmudece y sólo quedan el silencio y la Presencia, en la fe pura, sin entender nada y entendiéndolo todo, sin decir nada y diciéndolo todo, cuando el abrazo se consuma no de idea a idea sino de ser a Ser, entonces la certeza y la oscuridad se elevan y se dan la mano como un arco iris, por encima de las dialécticas y las inducciones, para plantar un altar en medio del mundo, para así, mudos, adorar y ser asumidos por el Misterio.

Analogías, vestigios y símbolos

Caminantes de medianoche, sin tener siquiera el resplandor de las estrellas, ¿cómo evitar ser devorados por el

miedo? ¿Dónde agarrarnos para no sucumbir al desaliento? ¿Qué faros, qué indicadores tenemos para saber si estamos bien orientados? ¿Dónde está Dios? ¿Cómo contemplarlo siquiera «por la espalda»?

La Biblia nos ofrece imágenes y símbolos. El Invisible se transparenta a través de las fuerzas cósmicas, palabras escritas, acontecimientos históricos o fenómenos telúricos, los cuales son una invitación para enfrascarnos en las profundas aguas divinas, cuya naturaleza sólo comienza a entenderse cuando el creyente se sumerge allí.

Frecuentemente Dios toma la forma de fuego, signo muy adecuado para transparentarlo por el resplandor con que ilumina las oscuridades, y por la energía de su calor con el que calcina, cauteriza o vivifica. En el monte Horeb, Moisés es fascinado por el espectáculo de la zarza ardiente que no es *devorada* por el fuego (Ex 3,2). En el Sinaí, la montaña arde pero no se consume (Ex 19,18). Dios es un fuego que no destruye, sino que purifica. Son los símbolos.

* * *

Tenemos también los vestigios. Si yo fuese ciego, «sentiría», por medio de emanaciones, que cerca de mí hay un objeto. Abro los ojos y sigo sin saber qué objeto es, no veo nada, es de noche. Si tuviera buena vista, yo sabría de un golpe y directamente qué clase de objeto tengo delante. Al fallarme la vista, comienzo a tantearlo con las manos, siguiendo la vía indirecta de las exclusividades hacia las deducciones. Digo: esto *no es* tal cosa, tampoco tal otra cosa. Este resorte sirve para esta finalidad; aquí hay una manilla que sirve para tal otro objetivo. Y así, el ciego llega a la conclusión firme: lo que tengo delante *es tal cosa*. Hemos caminado por una vía oscura y fatigosa.

Esta mañana amaneció todo cubierto de nieve. Sabemos que por aquí pasó una manada de jabalíes. Aquí están las huellas. No son huellas de lobos ni de zorros. Las pezuñas son claramente de jabalí. Conclusión: aunque nadie vio pasar a los jabalíes, sabemos que por aquí pasó una manada esta noche de invierno.

Así, por el camino de las deducciones y vestigios, vamos fatigosamente descubriendo el ser y el rostro del Señor.

Basta hurgar un poco en la piel del hombre para descubrir que sus medidas son medidas infinitas. ¿Quién cavó aquí un pozo tan hondo? ¿Quién metió aquí ese fuego que siempre quema y nunca se apaga? ¿De dónde le viene esa hambre que todos los alimentos del mundo no son capaces de satisfacer? ¿Y esa sed que no la sacian todos los manantiales de las montañas? Aunque nadie diga nada, *tiene que haber* detrás de todo una fuente de vida, una causa original y una meta final.

Y ese espejo brillante que es el mundo... Detrás de tanta hermosura tiene que existir la Hermosura; detrás de tanta vida tiene que existir la Vida; detrás de tanta ternura tiene que existir el Amor.

Así vamos subiendo de las creaturas al Creador, de los efectos a la Causa, pero siempre por una vía ciega, conducidos de la mano por las analogías y deducciones, tanteando, entre penumbras, por la fe.

* * *

A pesar de que, llegada la madurez de los tiempos (Ef 1,10) Dios se manifestó con portentos y palabras de salvación, su misterio, sin embargo, queda velado y retenido en el silencio.

Mediante la Palabra fue descorrido aquel velo y «me fue comunicado por revelación... el conocimiento del Misterio de Cristo» (Ef 3,3). Sin embargo, la realidad profunda y última del Misterio sigue aún atrapada y retenida en las palabras y signos, y contemplamos la «gloria del Señor» solamente «como en un espejo» (2 Cor 3,18).

En adelante, a lo largo de los siglos, el destino de la Iglesia consiste en descubrir, cada vez con mayor claridad, ese Misterio, hasta que se descorra completamente el velo. En cada etapa de su historia, la Iglesia avanza hacia el corazón del Misterio: es un avanzar en el crecimiento, penetración, profundización y esclarecimiento del Misterio de Jesucristo.

La Revelación es un acontecimiento *histórico*, en el

sentido de que se produjo *en el pasado*. Pero esa Revelación no se agota en el pasado sino que sigue desplegándose a lo largo de la Historia. Esto es, el conocimiento del Misterio de Cristo no se agota con los datos de la Escritura, sino que se enriquece y se profundiza con el aporte contemplativo de los siglos y de las culturas. La Historia no es otra cosa sino un avanzar hacia el interior de la Palabra.

El gran salto en el vacío

El creyente «adulto» es aquel que cree *entregándose*.

Podríamos, pues, hablar de *fe adulta*. Para entenderla, comencemos por traer aquí los conceptos ordinarios del lenguaje común. *Niño*, en la vida, es el ser esencialmente dependiente: necesita apoyarse en alguien para andar, comer, vivir. *Adulto* es el capaz de mantenerse en pie, sin apoyarse en nadie: se basta a sí mismo para vivir, ganarse la vida, formar un grupo familiar...

Aplicando estos conceptos a nuestro caso, *fe infantil* será aquella que, para entregarse, necesita apoyos, seguridades, tranquilizantes. *Fe adulta* será aquella otra que, sin apoyos, sale de sí misma, corre todos los riesgos, confía, permite y se entrega. Se entrega en el vacío de seguridades, evidencias o tranquilizantes. Lo hace de pie, solo.

La persona que, para creer, necesita de las seguridades apoloéticas, tiene fe infantil. Es como si alguien se le presentara para decirle: Al parecer, lo que tú crees es insoportable para el sentido común; está en contra de las leyes del universo y, en fin, en contra de la razón. Pero tranquilízate. Aquí te traigo un libro que se llama *Apoloética*, del que te voy a sacar quince argumentos de razón demostrándote que lo que crees no es tanto disparate. Con estos argumentos te vas a convencer de que la fe no está en contra de la razón ni la razón en contra de la fe; voy a hacerte un razonamiento ordenado probándote que los milagros son posibles porque Aquel que colocó las leyes las puede descolocar, y, en fin, que las verdades fundamentales de la fe pueden sostener el desafío de las ciencias... Cálmate; y ahora ya puedes creer todo tranquilamente.

Es infantil esta fe porque para dar los pasos necesita de muletas. Bueno es que el creyente profundice intelectualmente en materias de fe; pero la fe que, para adherirse, necesite de tranquilizantes para suavizar el susto del salto, no es fe. En sí mismo, radicalmente hablando, el acto adulto de fe es dar un salto sin apoyos.

* * *

El creyente «adulto» no se preocupa de «meter» a Dios en la claridad de una inducción aristotélica. Sabe perfectamente que el Dios de la fe, aunque «demostrable» con absoluta certeza, seguirá siendo un misterio distante del que nuestra inteligencia jamás logrará «adueñarse» mientras vivamos.

¿Qué hace? El «adulto» en la fe supera todas las distancias y limitaciones inherentes a la fe, saliéndose de sí mismo; se descuelga de todos los asideros intelectuales que le proporciona el raciocinio, y da el gran salto en el vacío en plena noche oscura, abandonándose en el *absolutamente Otro*. Es salto en el vacío porque el creyente abandona las «razones» y se deja caer en esa sima profunda que es el misterio.

* * *

Me ha tocado en la vida tratar a fondo con miles de personas, sobre todo personas comprometidas completamente con Dios, recibiendo sus confidencias y problemas. A partir de eso, me he convencido de que son pocos los creyentes que a lo largo de sus años se libran de vacilaciones y perplejidades en la fe.

El creyente siempre tiene la sensación de correr un riesgo. No son pensamientos coordinados sino presentimientos ciegos e «irracionales» los que se apoderan del creyente para «decirle» cosas parecidas a éstas: Mira, apostaste todo por Alguien, ¿y si pierdes la apuesta? Hiciste de tu vida un holocausto, renunciaste a las cosas más soñadoras; se vive una sola vez y está por demostrarse si esa sola vez

acertaste o te equivocaste; te lo jugaste todo por un Alguien y está por demostrarse si ese Alguien es quimera o Sustancia. Todo queda al aire: que tu vida sea absurda o sublime, aventura o desventura depende de que ese Alguien sea solidez. ¿Quién te lo prueba? ¿Cómo se puede demostrar? ¿Quién ha venido del otro lado? Dices que la Palabra de Dios afirma todo eso: ¿Y cómo me demuestras que esa palabra no sea otra falacia? Te metiste en la gran aventura y todavía no sabes si acabarás en una gran desventura. Me dices: Vamos a remitir estas preguntas al tribunal de Dios para después de la muerte. Pero ¿y si también aquello es otra estafa, la última y la peor?

Y el creyente queda sin ningún agarradero sólido, sin ninguna prueba empírica, sin ninguna explicación que explique, sin ninguna evidencia que tranquilice... Este es el vacío sobre el cual hay que dar el gran salto, y no una vez sino permanentemente.

Este es el gran momento de la fe. He aquí el acto radical donde subyace todo su mérito y valor transformante. Sólo es bonito creer en la luz cuando estamos de noche. Creo que detrás de este silencio respiras Tú. Creo que detrás de esta oscuridad brilla tu rostro. Aunque todo me salga mal, aunque los infortunios me lluevan, creo que me amas. Aunque todo parezca fatalidad, aunque nos parezca que sólo el absurdo manda en el mundo, y vea a los hombres odiar y a los niños llorar, y a los malos triunfar y a los buenos fracasar, aunque la tristeza reine y haya sido degollada la paloma de la paz, aunque sienta ganas de morir..., yo creo, me entrego a ti. Sin ti, ¿qué sentido tendría esta vida? Tú eres la vida eterna.

Esta es la fe que traslada montañas y da a los creyentes una consistencia indestructible. Con este «salto» se comprende que el acto de fe sea *obsequio*. Sin duda, la fe, de parte de Dios, es *don*, el primer don. Pero, según me parece, de parte del creyente hay un hermoso y fundamental acto de *gratuidad*. Es gratuito de parte del hombre porque, para dar esa adhesión vital, el creyente no dispone de motivos empíricos ni de razones aquietantes. En plena oscuridad, se lanza a los brazos del Padre, a quien no ve, sin tener otro motivo y otra seguridad que su Palabra. Hay

mucha *gratuidad* (y mérito), de parte del hombre, en el acto de fe. Y, repetimos, es el máximo acto de amor.

De todo lo dicho se desprende claramente que la fe adulta no es principalmente adherencia intelectual a las verdades, doctrinas y dogmas sino adhesión vital y comprometedor a una persona. Se trata de asumir una Persona, y, al asumirla, se asume también toda su Palabra que condiciona y transforma la vida del creyente.

«Fe significa no sólo tener por verdadero algo, ni tampoco mera confianza.

Creer significa decir *amén* a Dios, afianzarse y basarse en él. Creer significa dejar a Dios ser totalmente Dios, o sea, reconocerlo como la única razón y sentido de la vida. La fe es, pues, el existir en la receptividad y en la obediencia» (7).

Noche transfigurada o certeza

Si es verdad que el acto de fe abarca *todo el hombre* (sentimientos, pensamientos, comportamientos), fundamentalmente, sin embargo, es un acto de voluntad porque se trata de una adhesión vital. En las cosas evidentes la voluntad no interviene para nada. La luz de este mediodía está a la vista que es luz, y se acabó la discusión.

Pero allí donde una verdad o realidad no puede ser *comprobada* analítica o empíricamente, y donde, por otra parte, se ponen en juego los intereses personales y la posición vital, para entregarse a esa verdad o realidad (que de tal manera compromete todo) se necesita mucho coraje y mucha voluntad.

En el proceso de la fe, la *razón pura* no es la *vedette* que actúa como señora indiscutible aceptando o rechazando las verdades según el grado de racionalidad, ponderando la pureza de los principios y la exactitud lógica de las premisas entre sí, para, al final, dar su asentimiento a la con-

clusión diciendo: Todo está en orden; ahora podemos creer. Principalmente, repetimos, son la decisión y la convicción las que preparan y fundamentan la entrega.

* * *

Pues bien: con esta entrega el creyente consigue franquear de un golpe la noche entera de la fe, y suple esa incapacidad radical de nuestra inteligencia para «dominar» intelectualmente a Dios. El creyente que se entrega, salta por encima de los procesos mentales, por encima de los problemas sobre fórmulas y contenido... y «alcanza» a Dios, y, así, el Señor se transforma en certeza.

La seguridad que no nos pudo dar el raciocinio, nos la dará Aquel mismo que es el Contenido de la fe, a condición de que haya sido *aceptado* por medio de una entrega «obsequiosa» e incondicional.

Y así la noche de la fe es *vencida* y, sin dejar de ser noche, se transfigura, toma la figura de luz, mejor, hace las veces de luz: es la certeza. *Rayo tenebroso*, llama a la fe san Dionisio: un haz de oscuridad penetra en el mundo y todo lo «ilumina», no con una visión ni con evidencias sino con seguridades que vienen de dentro y son otra cosa que claridad. En la fe no hay claridad pero sí seguridad («a oscuras y segura»). Esta seguridad no es producto derivado de las verdades evidentes sino que procede de la misma entrega. Y así, el salmista nos afirmará que

«la noche no es oscura para ti,
la noche es clara como el día» (Sal 138).

Y entonces Dios, transformado ya en luz (certeza) para el creyente adulto, precede y preside la caravana de los creyentes por el desierto de la vida, caminando en la luz y en la esperanza (Ex 13,30). Y, a fin de que el pueblo no se desconcierte por la oscuridad de la noche, Dios mismo tomará la forma de una antorcha de fuego para alumbrarlos (Ex 13,21-22).

* * *

(7) WALTER KASPER, *Jesús el Cristo, Sígueme*, Salamanca 1976, 265.

Con esa palabra, pues, podemos calificar la fe: *certeza*. Siendo la fe, repetimos, el primer don de Dios, la certeza es también la *primera gracia* del Dador de toda gracia. Sin embargo, mirando la certeza como fenómeno humano (y espiritual) buscamos aquí los resortes fontales que la originan.

Fray Juan de la Cruz nos descubre, en inmortales versos, cómo la noche de la fe se transforma en la luz del mediodía:

«... sin otra luz y guía
sino la que en el corazón ardía.
Aquesta me guiaba
más cierto que la luz del mediodía.»

La certeza («más cierto») no proviene de los vestigios de la creación ni de las deducciones analógicas sino de la estructura interna de la misma fe («la que en el corazón ardía»). Sin creer, nada se entiende. Sin entregarse, nada se cree. Y nadie se entrega sin decisión vital. Para el que se entrega no hay conflictos intelectuales de fe. De la vida nace siempre la seguridad.

El creyente comienza por no asustarse de la oscuridad ni resistir el silencio. Seducido por la voz de Aquel que lo llama desde la profunda y brillante oscuridad, el creyente sale de sí mismo, supera las perplejidades e inseguridades de quien nada ve y pisa tierra desconocida. Así como las estrellas alumbran con tenue resplandor las tinieblas de medianoche, así la luz semivelada del Rostro va iluminando los pasos del creyente. Había, además, «otra luz y guía»: era «la que en el corazón ardía».

La confluencia de ambas luces (que no evitaban que la noche continuara oscura) hizo que el caminar del creyente fuera más firme y seguro que si brillara la luz del mediodía. Era una noche misteriosa y brillante como una noche de bodas: el creyente se entregó, lo confesó, lo afirmó, sin verlo lo «vio», sin sentirlo lo aclamó, le entregó las llaves y se unieron los dos en alianza eterna, transfiguradora alianza. Y, ¡oh prodigio!, al instante se disiparon todas las inseguridades, y el cielo y la tierra y el mar y lo que está

debajo del mar, todo se cubrió de certeza, una certeza serena como el atardecer, y el creyente fue confirmado para siempre en la fe.

Realmente, de la vida nace la certeza. Es fruto del corazón, no de la cabeza.

Qué bien sé yo

Una vez más fue fray Juan de la Cruz quien nos hizo un juego genial entre la certeza y la oscuridad en su *Cantar del alma que se huela de conocer a Dios por la fe*. Transcribo unos fragmentos:

«Qué bien sé yo
la fonte que mana y corre
aunque es de noche.

Aquella eterna fonte está escondida,
¡qué bien sé yo do tiene su manida,
aunque es de noche!

En esta noche oscura desta vida,
¡qué bien sé yo, por la fe, la fonte frida,
aunque es de noche!

Su claridad nunca es escurecida,
y sé que toda luz de ella es venida,
aunque es de noche.

Aquesta viva fuente que deseo
en este pan de vida yo la veo,
aunque de noche.»

El profundo misterio de la fe está precisamente en esas dos expresiones antitéticas que recorren, alternan y dominan el cantar: *bien sé yo* (certeza) *aunque es de noche* (oscuridad). El acto de fe consiste en esa fuerza contrastante y unitiva que deja de ser paradoja en el momento en que se comienza a vivirla.

ITINERARIO HACIA EL ENCUENTRO

Aunque la injusticia levante su martillo vengador, aunque los hospitales no den abasto y en el psiquiátrico no haya vacantes y en los cementerios necesiten contratar más personal..., bien sé yo que fueron la Sabiduría y el Amor los que organizaron la vida.

Aunque nadie haya vuelto del otro lado y los que mueren permanezcan terriblemente silenciosos..., bien sé yo que somos portadores de un alma indivisible e inmortal y al otro lado está la verdadera Vida.

Aunque sé que existe la ley de la transmutación universal por la que las moléculas que arman este mi cuerpo se desintegrarán pero no se irán al vacío sino que formarán parte de otros innumerables cuerpos..., bien sé yo que, en esta misma carne y revestido de esta misma piel, mis ojos contemplarán a mi Redentor.

Aunque las tristezas se vistan de sonrisas y el egoísmo tenga a veces cara de amor y con la palabra paz en sus bocas organicen guerras crueles y la sociedad parezca un circo de payasos..., bien sé yo que Jesús pasó por el mundo vestido de sinceridad.

Aunque no se oiga otro idioma que el de la fuerza y levanten monumentos sólo a los que tienen fama o belleza y sólo los campeones sean rodeados y adorados..., bien sé yo que los niños, los pobres y los enfermos fueron los favoritos de Jesús...

Aunque el tedio visite a viejos y jóvenes y el odio ponga su nido en los corazones, aunque se estrujen la cabeza tramando venganzas y las flores vayan al basurero y las campanas doblen a muerto y sea el suicidio la única salida para algunos y la fatalidad, la crueldad y la deslealtad parezcan las únicas reinas del mundo..., bien sé yo que el amor gobierna el mundo y que, si mi Dios es todopoderoso, es, también y ante todo, un Padre todocariñoso que cuida con la ternura de una madre.

*«El que se ha unido a Dios,
adquiere tres grandes privilegios:
la omnipotencia sin poder,
la embriaguez sin vino,
y la vida sin fin.»*

KAZANTZAKI

*«Descubre tu presencia,
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura.»*

FRAY JUAN DE LA CRUZ

«Tu faz es mi única patria.»

SANTA TERESITA

Al escribir estos capítulos, lo hago pensando de manera especial en los cristianos que no pueden disponer de guías u orientadores para alimentar y canalizar sus hondas aspiraciones.

Queriendo facilitarles todo, he colocado las orientaciones en un orden práctico, a fin de que puedan hacer por sí mismos, sin necesidad de ayuda, su caminar hacia el interior del misterio infinito de Dios, transformando sus vidas en amor.

Sentido de este capítulo

La paciencia, la constancia y la esperanza serán como tres ángeles guardianes que permanentemente nos acompañarán en el camino, sin permitir que la noche de la desolación nos sorprenda.

Necesitamos *paz*. Un cristiano poblado de cargas agresivas, resistencias secretas y rechazos viscerales no puede entrar en el templo de la paz que es Dios. Para pacificar el alma, hemos colocado un proceso de purificación profunda, con ejercicios prácticos de abandono.

Necesitamos *calma*. Un cristiano, dominado por la dispersión interior, desintegrado por la agitación y el nerviosismo no puede llegar a la unión transformante con Dios. Para calmar el nerviosismo hemos colocado una serie de ejercicios, fáciles de practicar.

Necesitamos, además, *unidad interior*. Grandes olas se levantan en la navegación espiritual: distracciones, sequedades, arideces... ¿Qué hacer? Señalamos medios prácticos para superar tales escollos.

Para dar los primeros pasos nos vamos a apoyar en la

palabra como puente de unión entre el alma y Dios. Como medios prácticos hemos puesto la oración vocal, la lectura meditada, etc.

Hay aspectos que, aparentemente, son secundarios y que, sin embargo, inciden en el resultado de la oración: ¿Dónde, cuándo, cómo orar? Posición, respiración... Damos orientaciones prácticas para problemas concretos.

Orar no es fácil

En mi opinión, una cosa que perjudica y desorienta a los cristianos es el asegurar que orar es cosa fácil, tan fácil como hablar con el padre, la madre o el amigo. Comprendo que sea fácil hacer una oración vocal, unas peticiones comunitarias, unas jaculatorias o una superficial comunicación con Dios.

Pero profundizar en los inescrutables misterios de Dios, habitar y habilitar las facultades psicológicas para el crecimiento de la gracia, condicionando este crecimiento a los vaivenes de la estructura humana, continuar avanzando por las cuevas oscuras y fatigantes de las exigencias de Dios hasta la unión transformante..., todo este proceso es de una lentitud y dificultad exasperantes. Entre las operaciones humanas, el avanzar a fondo en la vida con Dios es la operación más compleja y difícil. Orar no es fácil.

La gracia ofrece un abanico ilimitado de posibilidades, desde el cero hasta el infinito. No a todos se les ha dado la misma capacidad de desarrollo; no a todos se les exigirá la misma medida; a cada cual según la medida de la donación. La cuestión es que nadie puede decir: a mí se me ha dado tal potencia y solamente se me reclamará tal resultado. Sólo Dios es el dador, sólo El tiene la medida. A nosotros nos corresponde ser fieles totalmente, sin elucubrar sobre cuánto se me ha dado y cuánto debo corresponder.

Sea como fuere, con un algo de oración, sin apenas perseverancia y disciplina, no esperemos una fuerte experiencia de Dios, tampoco esperemos vidas transformadas ni, por consiguiente, profetas que resplandezcan.

Orar es un arte

Aunque orar es fundamentalmente obra de la gracia, es también un arte, y como arte está sometido, a nivel psicológico, a las normas de todo aprendizaje como en cualquier actividad humana. El orar bien exige, pues, método, orden y disciplina. En una palabra, técnica.

Comprendo que a una simple campesina, sin necesidad de técnica alguna, Dios, por la vía de gracias infusas y gratitudes extraordinarias, puede descubrirle insondables panoramas del misterio de su ser y su amor. Pero esas gracias ni se merecen ni se consiguen a pulso. Se «reciben» fuera de todo cálculo y lógica porque son gratitud absoluta.

La técnica, sin la gracia, no logrará ningún resultado. Pero, en sentido inverso, he observado también muchas veces y a simple vista que *fuertes llamadas*, almas dotadas de alta potencia, han quedado en las primeras rampas de la vida con Dios por falta de esfuerzo o disciplina, cuando en realidad habían «recibido» alas y fuelles para ascensiones extraordinarias.

Pensemos cuántos años se necesitan, cuántas energías, métodos y pedagogías, para cualquier formación humana: un pintor, un compositor, un profesional, un técnico. Si el orar es, entre otras cosas, un arte, no soñemos con alcanzar un alto estado en la vida con Dios sin energía, orden y método.

Es cierto que aquí contamos con un pedagogo original que puede echar por la borda todos los métodos, meternos en las veredas más sorprendentes saltando por encima de las leyes psicológicas y pedagógicas.

Pero normalmente Dios se somete a las leyes evolutivas de la vida, igual que en el caso del grano de mostaza: es una semilla insignificante, casi invisible. Se siembra. Pasan los días y semanas, y, al parecer, no ocurre nada. Sin embargo, al cabo de un cierto tiempo, comienza a asomar algo así como un proyecto de planta que casi no se ve. Pasan los meses, crece y crece hasta que se forma un tupido arbusto, echa ramas y vienen los pájaros a poner sus nidos (Mc 4,30-33).

Este proceso lento y evolutivo es válido para toda vida,

para el crecimiento en la oración, en la vida fraterna, para plasmar en nuestra vida la figura de nuestro Señor Jesucristo.

A vista de pájaro

Si miramos a vista de pájaro la marcha de la vida con Dios desde la oración vocal hasta las comunicaciones más profundas, tendremos el siguiente panorama general. En las primeras etapas, Dios deja la iniciativa al alma, con el funcionamiento normal de los mecanismos psicológicos. La participación de Dios es escasa. Deja al hombre que se busque sus propios medios y apoyos, como si sólo él fuera el albañil de su casa. Y aunque es verdad que en estas etapas abundan las consolaciones divinas, la oración parece una edificación apoyada exclusivamente en un andamiaje humano.

En la medida en que el alma avanza hacia grados más elevados, paulatina y progresivamente Dios va tomando la iniciativa e interviene directamente, mediante apoyos especiales. El alma comienza a sentir que los medios psicológicos que tanto la ayudaban anteriormente, son ya muletas inútiles. Dios, cada vez con mayor decisión, arrebata al alma la iniciativa; la va sometiendo a la sumisión y al abandono, en la medida que va entrando en escena otro sujeto, el Espíritu, el cual finalmente queda como el único arquitecto hasta transformar el alma en «hija» de Dios, imagen viva de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo.

«Y el mismo Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza porque no sabemos pedir lo que nos conviene; mas el mismo Espíritu aboga por nosotros con gemidos inefables, y el que escudriña los corazones conoce cuál es el deseo del Espíritu, porque intercede por los santos según Dios» (Rom 8,26-28).

Los primeros pasos son complicados. El alma, como niño que comienza a andar, necesita apoyos psicológicos, métodos de concentración, maneras de relajarse, puntos de reflexión.

Pero cuando Dios irrumpe en el escenario, el alma, ante la proximidad de Dios, siente el contraste entre su «faz» y la «faz» de Dios, y se siente arrastrada a sucesivas puri-

ficaciones por medio de una desapropiación general. Lograda la pureza, la libertad y la paz, el alma no siente impedimento alguno para avanzar velozmente a velas desplegadas bajo la conducción de Dios hacia la unión transformante, mientras sobre ella se va esculpiendo llena de madurez, grandeza y servicialidad, la figura de nuestro Señor Jesucristo.

«Estas transformaciones interiores tienen un eco que repercute en la conciencia psicológica. Independientemente de los favores extraordinarios, que causan verdaderos choques en la conciencia y dejan en ella una herida saludable, crea la gracia en el alma, silenciosa y lentamente, a través de los gozos pasajeros y algunas veces desbordantes, a través de los sufrimientos violentos y hasta con ellos mismos, una región de paz: refugio al que no llegan sino excepcionalmente el ruido y las tempestades, oasis de fuentes de fuerza y gozo» (1).

La paciencia

Muchos emprenden la ruta de la oración. Algunos la abandonan casi de entrada, diciendo: Yo no nací para esto. Dicen también: Es tiempo perdido; no veo los resultados. Otros, fatigados, se detienen en las primeras rampas, se estacionan en la mediocridad, continúan en la actividad orante pero a ras de tierra. Hay también quienes avanzan, entre dificultades, hasta las regiones insondables de Dios.

El enemigo principal es la inconstancia, la cual nace de la sensación de frustración que sufre el alma cuando se da cuenta de que los frutos no llegan o no corresponden al trabajo desplegado. Tantos esfuerzos y tan pequeños resultados, dicen. Tantos años dedicados asiduamente a la oración y tan poco progreso.

Estamos acostumbrados a dos típicas leyes de la civilización tecnológica: la rapidez y la eficacia. En cualquier actividad humana, el circuito dinámico funciona así: a tal causa, tal efecto; a tanta acción, tanta reacción; a tales esfuerzos, tales resultados. Los resultados saben a premio y estimulan

(1) P. EUGENIO DEL NIÑO JESÚS, *Quiero ver a Dios*, Madrid 1951, 170.

el esfuerzo. Continuamos en el esfuerzo porque palpamos los resultados positivos, mientras los resultados dinamizan el esfuerzo. Y así se desarrolla la corriente circular de la actividad humana, sin cortocircuitos. Pero en la vida de la gracia no sucede lo mismo. Nos parecemos, más bien, a aquellos pescadores que durante toda una noche se mantuvieron en vigilia con las redes extendidas, y en la madrugada se encontraron con que las redes estaban completamente vacías (Lc 5,5).

Necesitamos *paciencia* para aceptar el hecho de que con grandes esfuerzos habrá pequeños resultados o, al menos, para aceptar la eventual desproporción entre el esfuerzo y el resultado.

Dicen unos que la paciencia es el arte de esperar. Otros responden que es el arte de saber. Nosotros podríamos completar, combinando ambos conceptos: es el arte de saber esperar. Se espera porque se *sabe*. Con otras palabras: la paciencia es un acto de espera porque se sabe y se acepta con paz la realidad tal como es.

¿Cuál realidad? En nuestro caso se trata de dos realidades. La primera, que Dios es esencialmente gratuidad y, por consiguiente, que «su conducta» es esencialmente desconcertante. Y la segunda, que toda vida avanza lenta y evolutivamente.

* * *

Lo más difícil, para los que se han embarcado en la milicia de la fe, es tener paciencia con Dios. La «conducta» del Señor para con aquellos que se le entregaron es, muchas veces, desorientadora. No hay lógica en sus «reacciones». Por eso mismo no hay proporción entre nuestros esfuerzos por descubrir su rostro bendito y los resultados de ese esfuerzo; y muchos pierden la paciencia y, confundidos, lo abandonan todo.

Dios es el manantial donde todo nace y todo se consume. Es el pozo inagotable de toda vida y gracia. Todo lo dispone y dispensa según su beneplácito. En el dinamismo ge-

neral de su economía, sólo existe una dirección: la de *dar*. Nadie puede exigirle nada. Nadie puede cuestionarlo, enfrenándolo con preguntas.

Las relaciones con El no son de la naturaleza de nuestras relaciones humanas. En nuestras interrelaciones hay contratos de compraventa, trabajo y salario, mérito y premio. En la relación con Dios no existe nada de eso. Sólo hay regalo, gracia, dádiva. El es de otra naturaleza: El y nosotros estamos en diferentes órbitas. El que se decide a tomar en serio a Dios, lo primero que necesita hacer es tomar conciencia de esta diferencia y aceptarla con paz. Eso significa tener paciencia con Dios.

Sí. El está en otra órbita; en la órbita de la pura gratuidad. Nosotros no podemos trazar coordenadas paralelas, como quien dice: Después de hacer millares de experimentos en materia pedagógica, se ha llegado a esta *constante*: en quince horas de enseñanza de matemáticas, con esta pedagogía, un alumno de coeficiente intelectual normal aprende (es una constante) nueve lecciones. Es un experimento científico: a tal causa, tal efecto. Está comprobado.

Nosotros no podemos ahora levantar un paralelismo diciendo: quince horas de oración, con este método y estas circunstancias, tienen que dar, en una persona normal, el siguiente y palpable resultado: cinco grados de paz y dos grados de humildad. No podemos sacar tales deducciones: estamos en diferentes órbitas. Al contrario, pueden suceder cosas completamente imprevisibles, por ejemplo, que quince horas de oración nos den por resultado un grado de paz y que, al día siguiente, una hora de oración nos dé quince grados de paz.

Si en la vida con Dios hubiese *constantes*, no habría en este mundo gente que dejara de rezar. Por ejemplo, si por una hora de oración se consiguiera *normalmente* dos grados de paz, todo el mundo encontraría tiempo para orar. Pero en el mundo de la gracia no hay ley de proporcionalidad ni cálculo de probabilidades ni constantes psicológicas. Es bueno caminar hacia Dios por métodos de oración ya experimentados, pero sin perder de vista el telón de fondo que es el misterio de la gracia. Paciencia significa tomar conciencia y aceptar con paz el hecho de tener que movernos en esta dinámica ex-

traña, desconcertante e imprevisible que, no raras veces, pone en jaque la paciencia y la fe.

* * *

Nuestro Dios es desconcertante. En el momento menos previsto, como en un asalto nocturno, Dios cae sobre una persona, la abate con una presencia poderosa e inefablemente consoladora, la confirma para siempre en la fe, y la deja vibrando quizá por todos los días de su vida. Ante operaciones tan espectaculares y gratuitas, muchos quedan preguntándose: ¿Y por qué no a mí? A Dios no se le pueden formular preguntas. Hay que comenzar por aceptarlo tal como es.

A otras personas las lleva el Señor por las arenas del desierto, en una eterna tarde de aridez. A otras les dio una notable sensibilidad para con las cosas divinas como predisposición innata de personalidad, y, sin embargo, nunca les concedió una gratuidad infusa propiamente tal. Hubo hombres en la historia que jamás se preocuparon de Dios ni para atacarlo ni para defenderlo; no obstante el mismo Dios salió al encuentro de ellos con gloria y esplendor. Hay quienes navegan sobre un mar de consolaciones, de horizonte a horizonte de su existencia. Hay almas destinadas a hacer su peregrinación a través de una perpetua noche, y noche sin estrellas. Personas hay que caminan entre altibajos y vaivenes, bajo el brillante sol o espesas nubes. Para otros, su vida con Dios es un día perpetuamente gris. Cada persona es una historia, y una historia absolutamente única y singular.

El que quiera alistarse entre los combatientes de Dios, debe comenzar por aceptar esta realidad primaria: Dios es así: gratuidad.

Usted se fue a pasar una tarde con Dios a un bosque lleno de soledad y paz; y resultó una tarde negra: total dispersión interior, aridez completa, incapacidad de concretar un pensamiento o un afecto. Al día siguiente, viajando en un tren, abarrotado de gente loca y gritona, comenzó a pensar en su Dios y pronto quedó inundado de su pre-

sencia. Fue una oración sin precedentes; como nunca en su vida. Todo es así: imprevisible.

* * *

Nadie puede cuestionar a Dios, diciendo: ¿Qué es eso, Señor? A este que trabajó una hora, ¿le estás pagando el mismo salario que a este otro que cargó con el peso del día? El va a responder: Lo que di a éste y a ése no es salario sino regalo, y de lo mío puedo hacer lo que considere conveniente.

En este reino, continúa Dios, no existe el verbo *pagar* ni el verbo *ganar*. Aquí nada se paga porque nada se gana. Todo se recibe. Todo es regalo, gracia. Tomad conciencia de esto: estamos en órbitas diferentes. Aquí no rigen los cánones de vuestra justicia equitativa. Mis medidas no son vuestras medidas. Mis criterios son otros porque mi naturaleza es *otra*.

Si las almas que acometen la subida a Dios —repetimos— no comienzan por darse cuenta y aceptar con paz la naturaleza gratuita y desconcertante de Dios, van a hundirse muchas veces en la confusión más completa. La observación de la vida me ha llevado a la conclusión de que la razón más común para el abandono de la oración es ésta: en la vida con Dios, a muchos, a veces, todo les parece tan sin sentido, tan sin lógica, tan sin proporcionalidad, que acaban teniendo la impresión de que todo es irreal, irracional... y lo abandonan todo.

* * *

Hay más: así como en la actuación de Dios para con las almas no hay lógica, tampoco existe lógica en las reacciones de la naturaleza. Y la vida con Dios se consuma en la frontera entre la naturaleza y la gracia.

Esta persona durmió muy bien esta noche y, sin embargo, amaneció malhumorada y tensa. En la noche anterior no pudo dormir debido a los ruidos y mosquitos y, en cambio, despertó tranquila y relajada. En las vivencias hu-

manas no hay líneas rectas. Por eso, el ser humano es tan imprevisible en sus reacciones.

En un solo día, un mismo hombre puede ir saltando por los estados de ánimo más variados y hasta contradictorios: ahora se siente seguro, más tarde temeroso, después feliz, y al caer la tarde ansioso; y no estamos hablando de naturalezas clínicamente inestables o perturbadas. Un escritor o un compositor se pone a trabajar, y en doce horas de trabajo no produce nada; y de pronto, en sesenta minutos consigue mayor producción que normalmente en doce horas. ¿Quién entiende eso? Somos así.

Naturalmente, todo fenómeno tiene su causa o serie de causas. No existe el azar. Pero normalmente las razones de los humores y estados anímicos no son detectables. Y cuando no es posible detectar las causales de un hecho, decimos que estamos ante un *imponderable*.

En el espíritu sucede lo mismo: en una misma tarde, un cristiano, retirado a un tranquilo eremitorio para orar, puede ir pasando por el prisma más variado de situaciones anímicas desde momentos de completa aridez hasta los de mayor consolación, pasando por momentos de apatía. ¿De qué se trata? ¿De situaciones biológicas, de reacciones psicológicas, de diferentes respuestas a la gracia? Es imposible discernir. Se trata, sin duda, de una gran complejidad de causas comenzando por los procesos bioquímicos. La vida, por su propia naturaleza, es movimiento. Y el movimiento es versátil. Y por eso mismo los estados de ánimo están siempre cambiando.

* * *

Y sin darnos cuenta ya estamos metidos en una cuestión que preocupa a muchos: un mismo fenómeno espiritual, por ejemplo una fuerte consolación, ¿hasta qué punto es cosa de Dios y hasta qué punto es producto biopsíquico proveniente del fondo vital? Dicho de otra manera: ¿hasta dónde es naturaleza y hasta dónde es gracia?

Siempre pienso que nadie puede saberlo. Es inútil pretender discernir esto porque no existen instrumentos de medición para puntualizar las fronteras. Pienso también que

esa preocupación, además de inútil, es nociva, porque centra a la persona en sí misma, con peligro de una camuflada compensación narcisista.

Sin embargo, hablando en términos generales, podríamos establecer un criterio aproximativo, el criterio de los frutos: lo que induzca a la persona a salirse de sí misma y a darse, es cosa de Dios. Todo lo que produzca no sólo una sensación de calma sino un estado de paz es don de Dios. Incluso podríamos avanzar más lejos: vamos a suponer que una determinada emoción sea, en su raíz original, un producto estrictamente biopsíquico. Aun en este caso, si de hecho impulsa a la persona a salirse para darse, podríamos considerarla como don de Dios. De todo esto se hablará en otro capítulo.

La perseverancia

La paciencia engendra la perseverancia.

En la esfera general de la vida no hay saltos: ni en la biología ni en la psicología ni en la vida espiritual. El grano de trigo se sembró esta tarde; y no se nos ocurre ir, a la madrugada siguiente, para observar si el trigo nació. Necesita noches y días para morir. Después de varias semanas asoma tímidamente como una pequeñísima miniatura de planta. Luego, durante meses, aquella plantita va escalando los espacios hasta transformarse en un hermoso tallo.

Paciencia significa saber (y aceptar) que no hay saltos sino pasos. Y ella, la paciencia, arrastra la perseverancia.

Estamos dirigiéndonos a los que se esfuerzan por conseguir la amistad con Dios o por recuperarla. Los unos y los otros, especialmente los segundos, vienen marcados por un denominador común: la atrofia de las energías espirituales y un vivo deseo de salir de esa situación.

Estos sujetos emprenden decididamente la búsqueda del rostro del Señor. Y, al dar los primeros pasos, toman conciencia, lamentándolo profundamente, de que les es imposible caminar, se les olvidó andar en Dios, sus pies no obedecen a los deseos, no aciertan a establecer una corriente cálida

y dialogal con el Dios vivo, sus alas están heridas para este vuelo, Dios está «muerto».

Hablan con el Señor, y tienen la impresión de no tener interlocutor y de que sus palabras se las traga el vacío. Esto les sucede particularmente a los que perdieron la familiaridad con el Señor y desean recuperarla. Es una noche espiritual.

Estas personas inmediatamente se ven dominadas por un profundo desaliento, y al instante aparece la impaciencia con la consabida y desconsolada frase: no consigo nada.

¿Qué significa *no conseguir*? El que buscó ya encontró, dice san Agustín. El que trabajó ya consiguió. Siempre arrastran consigo la misma comparación, diciendo: Tantas horas de pesca y las redes vacías. Para los ojos de la cara, y para los ojos del sentimiento, ciertamente las redes estaban vacías. Pero, para los ojos de la fe, que ven lo esencial, las redes estaban llenas de peces. Es que lo esencial siempre está invisible. Mejor, lo invisible sólo es visible a los ojos de la fe.

¿Qué les sucede a estos que dicen que «no consiguen nada»? Es el drama de siempre: una espiral fatal. Me explico: no comen porque no tienen ganas de comer; no tienen ganas de comer porque no comen. Y viene bajando la muerte por los cables de la anemia. ¿Cómo o por dónde romper este círculo mortal? Comiendo sin ganas para que aparezcan las ganas de comer.

Mucha gente, entre los creyentes, por no haber rezado durante mucho tiempo, no tienen ganas de rezar. Y por no tener ganas de rezar, no reza. Y así vamos entrando en el círculo: las facultades se anquilosan, Dios es cada vez más un ser extraño y distante, y acaba por cerrarse el círculo mortal, atrapándonos en su seno. ¿Cómo salir de ahí? Rezan-do con perseverancia y sin ganas para que afloren las ganas de rezar y el sentido de Dios.

Persevere el cristiano en el trato personal con el Señor aunque tenga la impresión de estar perdiendo el tiempo. Apoyado en la oración vocal y en la lectura meditada, establezca esa corriente de comunicación con el Señor, en la fe pura y desnuda, repita las palabras que serán puente de

unión entre su atención y la persona del Señor, y perseverare aunque sienta la impresión de que no hay nadie al otro lado de la comunicación.

Si un cristiano ha vivido en la periferia de Dios durante años, es locura pretender entrar en una semana a cuatrocientos metros de profundidad en el Misterio Viviente e Insondable. Hay pasos, no saltos.

Basta asomarse a un hospital para aprender sabiduría de vida. Aquí hay un convaleciente, después de un accidente gravísimo. Estuvo sin moverse durante seis meses. Ahora está incapacitado para caminar porque sus músculos habían perdido toda consistencia. Después de hacer, día a día, innumerables sesiones de masaje, sus músculos comienzan a recuperar lentísimamente un poco del antiguo vigor, y después de mucho tiempo recomienza a dar heroicamente los primeros pasos.

La perseverancia es el alto precio que hay que pagar por todas las conquistas de este mundo.

El cristiano necesita de la perseverancia obstinada de un trigal en una región fría. Llega el invierno y caen sobre el pobre trigal, recién nacido, toneladas de nieve. El trigal se agarra obstinadamente a la vida, sobrevive y persevera. Llegan temperaturas bajísimas, capaces de quemar toda vida. El trigal aguanta y sobrevive. Hasta que, llegado el verano, ese trigal, ya dorado, es la esperanza de la humanidad.

Todo lo más grande de este mundo se ha conseguido con una ardiente perseverancia.

* * *

Todo crecimiento es un misterio. Una plantita, asomada tímidamente sobre la tierra, extrae los elementos orgánicos y los transforma en sustancia viva. Apenas da señales de crecimiento, pero crece. En cambio, el crecimiento de la gracia no es detectable a simple vista ni aun con instrumentos de medición u observación como un *test*. ¿Para cuántos fue patente la naturaleza y la potencia divinas de Jesús, Hijo de Dios? ¿Habremos de imaginar que las nazarenas veneraban a su paisana María como un ser excep-

cional? ¡Qué desconcertante e inexplorable es el misterio de la gracia!

Se me podrá replicar: El crecimiento es observable en los efectos, cuando el hombre avanza en el amor, en la madurez, en la humildad, en la paz. Es verdad, pero hasta cierto punto nada más. Sabemos por experiencia propia cuántas energías desplegamos muchas veces para superar defectos congénitos y parecernos a Jesús. Sin embargo, sólo Dios y uno mismo somos testigos de tales esfuerzos. Los demás ni lo notan.

Por otra parte, la gracia se adapta a las distintas naturalezas, operando al estilo del que la recibe. La gracia no hace estallar las fronteras del hombre: de un charlatán no hace un taciturno, a un expresivo no lo transforma en un reservado. Respeta los límites humanos; siempre perfecciona, pero al charlatán dentro de sus fronteras de charlatán, al comunicativo dentro de sus cualidades personales.

* * *

En el crecimiento de la vida de oración nos encontramos con síntomas muy especiales: las dificultades siempre son iguales y aun mayores. Diríase que a medida que avanzamos la meta está cada día más lejana; a menudo, en el camino, encontramos zonas profundas de desniveles y altibajos, nos cercan frecuentes y largas temporadas de aridez... ¡Tanta energía para tan pequeños resultados!... Y el desaliento comienza a caer sobre el alma como una blanca niebla que paraliza la marcha de muchos o los instala definitivamente en la mediocridad, o simplemente les hace abandonar la ruta.

Sin embargo, la alta Cima sigue llamando. Los peregrinos presienten que sólo allá arriba habrá «descanso sabático», el gozo del Tabor y la victoria final. El alma se levanta, engendra nuevas energías, aprieta el paso y continúa la ascensión hacia Dios. Cada alma es una «historia», una historia llena de contrastes, marchas, contramarchas, vacilaciones, generosidades.

I. Por el abandono a la paz

Al entrar, o al querer entrar, en la intimidad transformante con el Señor, el cristiano comienza a percibir la existencia de ciertas interferencias en su esfera interior, que interrumpen la marcha de la atención afectiva hacia Dios. Ahora se da cuenta de que no le es posible «quedarse», en fe y paz, con el Señor. ¿Por qué precisamente ahora?

El hombre, en su actividad diaria, normalmente anda alienado, es decir, salido de sí mismo. Consciente o inconscientemente es un fugitivo de sí mismo, evadiendo el enfrentamiento de su propio misterio.

Pero al entrar en profundidad con Dios, entra también en sus propios niveles más profundos, y toca necesariamente su misterio que se condensa en estas preguntas: ¿Quién soy? ¿Cuál es el proyecto fundamental de mi vida? ¿Cuáles son los compromisos que mantienen en pie ese proyecto?

Entonces, al confrontarse con el Dios de la paz y al quedar interiormente iluminado por el rostro del Señor, el cristiano constata que su subsuelo se agita como cuando se presiente un temblor de tierra: siente que allá abajo se acumuló mucha energía agresiva. Y, como consecuencia, se experimenta a sí mismo como un acorde desabrido, como si en el templo de la paz alguien gritara: ¡Guerra!

Se da cuenta de que el egoísmo ha desencadenado en su interior un estado general de guerra. Llamas altas y vivas de resentimientos se respiran por doquier en contra de sí mismo principalmente, en contra de los hermanos, en contra

del misterio general de la vida, e, indirectamente (en inconsciente transferido), en contra de Dios. Cuanto más abre los ojos de la sensibilidad y se asoma analíticamente a sus mundos más recónditos, el hombre se encuentra, no sin cierta sorpresa, con un estado general lamentable: tristezas depresivas, melancolías, bloqueos emocionales, frustraciones, antipatías alimentadas, inseguridades, agresividad de todo estilo... Esa persona se parece, por dentro, a un castillo amenazado y amenazador: murallas y antemurallas defensivas, trincheras de escondite o de defensa, fosos de separación, enemistades, resistencias de toda clase...

El cristiano advierte que con semejante turbulencia interior no le será posible establecer una corriente de intimidad pacífica y armónica con el Dios de la paz. En consecuencia, siente vivos deseos de purificación, y percibe claramente que tal purificación sólo puede llegarle por la vía de una completa reconciliación.

Siente necesidad y deseo de apagar las llamas, cubrir los fosos, silenciar las guerras, sanar las heridas, asumir historias dolientes, aceptar rasgos negativos de personalidad, perdonarse a sí mismo, perdonar a los hermanos, abandonar todas las resistencias. En una palabra: reconciliación general. Y como fruto de eso, la paz.

Génesis de las frustraciones

Sin pretenderlo ni tomar la iniciativa, el hombre se encuentra a sí mismo ahí en la vida, como una conciencia que, de pronto, despierta por primera vez y se encuentra en un mundo que nunca conoció anteriormente. El hombre no buscó la existencia. Fue empujado a este campo y se encuentra consigo mismo, ahí.

Al despertar a la existencia, el hombre toma conciencia de ser *él mismo*. Mira a su derredor y observa que también existen otras realidades que no son él. Y, aun sin salir de la esfera de su conciencia, se encuentra con elementos

constitutivos de su ser como morfología, carácter, popularidad...

En este momento el hombre comienza a *relacionarse* con *lo demás*, con *lo otro*. Al establecer las relaciones, aparece en seguida y entra en juego el primer motivo de la conducta humana: el principio de placer. El hombre encuentra realidades (dentro de sí o fuera de sí) que le gustan: le causan una sensación agradable. Encuentra también otras realidades que no le gustan: le causan desagrado.

Ante este panorama, el hombre establece dos clases de relaciones. En primer lugar, para con las realidades agradables, le nace espontáneamente el deseo, la adherencia o la apropiación, según los casos. Con otras palabras: lo que le causa placer lo conceptúa como *bien*, se lo apropia emocionalmente, y establece con ello un enlace posesivo.

Cuando el *bien* que ya posee, o intenta apropiarse, es amenazado (existe el peligro de perderlo), entonces nace el temor: el sujeto se turba, esto es, libera una determinada cantidad de energía defensiva para retener aquella realidad agradable que se le escapa.

En segundo lugar, ante las realidades, de cualquier nivel, que no le causan agrado, sino desagrado, el sujeto resiste: es decir, libera y envía una descarga emocional para agredirlas y destruirlas.

Según esto, tendríamos tres clases de relación: adherencia posesiva, resistencia y temor. Las tres, sin embargo, están íntimamente condicionadas.

Los «enemigos» del hombre

Todo lo que el hombre resiste se le transforma en «enemigo», y también todo lo que teme, porque el temor es de alguna manera resistencia.

El hombre teme y resiste una serie de enemigos, por ejemplo: la enfermedad, el fracaso, el desprestigio... y engloba en esta resistencia a las personas que concurren y colaboran con tales «enemigos». En consecuencia, un hom-

bre puede comenzar a vivir universalmente sombrío, temeroso, suspicaz, agresivo...: se siente rodeado de enemigos porque todo lo que resiste se le declara enemigo. En el fondo, esta situación significa que esa persona está llena de adherencias y apropiaciones. Ahora bien, para entrar a fondo en Dios, el hombre tiene que ser pobre y puro.

La resistencia emocional, por su propia naturaleza, tiene por finalidad anular al «enemigo», una vez que la emoción es concretada en hechos. Ahora bien, ciertamente existen realidades que, resistidas estratégicamente, son neutralizadas parcial o totalmente; así, por ejemplo, la enfermedad, la ignorancia...

Sin embargo, una buena parte de las realidades que al hombre le causan disgusto y las resiste, no tienen solución; por su naturaleza son indestructibles. Es lo que, en lenguaje común, llamamos un *imposible*, o un *hecho consumado*, en el que no cabe hacer nada.

Si unos males tienen solución y otros no, delante de los ojos se nos abren dos caminos de conducta: el de la locura y el de la sabiduría.

Es locura resistir mentalmente o de otra manera las realidades que, por su propia naturaleza, son completamente inalterables. Mirando con la cabeza fría, el hombre descubre que gran parte de las cosas que le disgustan, le entristecen o le avergüenzan no tienen absolutamente ninguna solución, o la solución no está en sus manos. ¿Para qué lamentarse? En este momento nadie puede hacer nada para que lo que ya sucedió no hubiera sucedido.

La sabiduría consiste en discernir lo que puedo cambiar de lo que no puedo, y en poner los reactores al máximo rendimiento para alterar lo que todavía es posible, y en abandonarse, en fe y en paz, en las manos del Señor cuando aparecen las fronteras infranqueables.

Experiencia del amor oblato

La experiencia de Dios contiene diferentes facetas. Una cosa es la experiencia del amor del Padre. En este caso la persona se siente de improviso inundada de una presencia inequívocamente paterna, con sabor a ternura. Se trata de una impresión profundamente libertadora, en la que el hijo amado siente un ímpetu irresistible de salirse de sí mismo para tratar a todos como el Padre lo trata a él. Me parece que esta experiencia es, siempre, un don, una gratitud infusa, sobre todo cuando viene revestida de ciertas características como sorpresa, desproporción, viveza y fuerza liberadora. Es decir: cuando no es el resultado normal de una adquisición lenta y evolutiva, sino una irrupción sorprendente.

Existe también la experiencia de la intimidad contemplativa: ella tiene características específicas y frecuentemente se reviste de vestidura emotiva. De ella se hablará en otra parte.

Existe también la experiencia del amor oblato, del cual hablaremos ahora. Digo oblato y no emotivo. A nadie le gusta fracasar, o que le derriben al suelo la estatua de su popularidad. A nadie le causa emoción el ser destituido del cargo, ser pasto de maledicencia o víctima de la incompreensión.

Pero éstas y otras eventualidades podemos asumirlas no con agrado emocional, sino con paz y con sentido oblato, como quien abandona en las manos del Padre una ofrenda doliente y fragante...

Es un amor puro (oblato) porque no existe en él compensación de satisfacción sensible. Además, es un amor puro porque se efectúa en la fe oscura: el cristiano, remontándose por encima de las apariencias visibles de la injusticia, contempla la presencia de la voluntad del Padre, permitiendo esta prueba.

* * * *

La purificación liberadora que estamos proponiendo aquí no es, pues, una terapia psíquica sino una experiencia religiosa de la más alta calidad.

En las capas más profundas de la persona sucede lo siguiente: ante cualquier injusticia o agravio, inmediatamente se encienden las más variadas llamas: deseo de venganza, aversión, antipatía, no sólo contra el hecho en sí sino sobre todo contra las personas que originaron esta situación.

Se dan también en la vida situaciones más dolorosas, en las que no hubo participación culpable de otras personas; así, por ejemplo, un accidente, una deformación física, un fracaso en la propia historia... y, en general, todos los *imposibles*. La reacción humana normal ante todos los imposibles, repetimos, es la de la violencia en una gama variadísima: sensación de impotencia y furia al mismo tiempo, vergüenza y rabia contra sí mismo, frustración, tristeza...; en una palabra, la resistencia.

Frente a tanta cosa negativa, en lugar de violencia el cristiano puede adoptar una actitud de paz, si se decide a tomar la vía oblativa. En el momento en que se hace presente la situación inevitable y dolorosa, el cristiano se acuerda de su Padre, se siente gratuitamente amado por él; al instante le nace un sentimiento entre agradecido y admirado para con ese Padre de amor: la violencia interior se calma; el hijo asume con sus manos la situación dolorosa; la entrega y se entrega en la voluntad del Padre con el «yo me abandono en ti»; y la resistencia se transforma en un obsequio de amor puro, en una ofrenda. Esta oblación no produce emoción sino paz. Esta es la experiencia del amor oblativo.

En espíritu de fe

Ahora: ¿qué tienen que ver los disgustos con el Padre? ¿Por qué meter al Señor entre nuestras mezquindades o injusticias? La actitud de abandono depende de esto: si

las cosas constitutivas o históricas se miran o no en la perspectiva de fe. De esto depende la paz. Vamos a explicarnos.

Dios Padre organizó el mundo y la vida dentro de un sistema de leyes regulares. Así, la marcha del universo la basó en las leyes del espacio, y la conducta humana la condicionó a la ley de la libertad. Normalmente el Padre respeta las estructuras cósmicas y humanas tal como él las organizó, y así, ellas siguen en su marcha natural y, como consecuencia, sobrevienen los desastres y las injusticias.

Sin embargo, hablando en términos absolutos, para Dios no hay imposibles. El Padre, metafísicamente hablando, podría interferir en las leyes del mundo, descolocando lo que antes había colocado, e irrumpir en la libertad humana, y de esta manera, evitar este accidente o aquella calumnia. Sin embargo, repetimos, el Padre respeta la propia obra que es la creación y permite las desgracias de sus hijos aunque no las quiera.

Ahora bien: si El, pudiendo evitar todo mal, no lo evita, es señal de que lo permite. Y así, nunca podríamos decir que una calumnia haya sido deliberadamente pretendida o deseada por el Padre pero sí permitida. Cuando hablamos de la voluntad de Dios, se quiere significar que el cristiano se coloca en esta órbita de fe en la que las cosas y los hechos se ven en su raíz, más allá de los fenómenos.

* * *

Sí. El último eslabón de la cadena lo retiene el dedo del Padre. La última cosa que me sucedió fue la más agria. ¡Cuántas noches sin poder dormir! Yo sé que el tipo es el clásico resentido que, por «profesión», se dedica a destruir. El hecho es que casi acabó conmigo. Pero desde la noche pasada todo cambió. Desligué mi atención del tal resentido, relacionando aquella desgracia con mi Padre: de él dependía el último eslabón. El lo permitió todo. Quedé en silencio. Se apagaron las llamas. Tomé aquel hecho con mis manos. Lo deposité con cariño entre sus manos benditas, diciendo: Ya que tú lo has permitido, estoy de acuerdo con

todo, Padre mío. Hágase tu voluntad. Una paz inefable, como la paz de la aurora del mundo, impregnó todo mi ser. Nadie lo podía creer. Me sentí el hombre más feliz del mundo.

Escondida en el dorado cofre de la fe, llevamos la varita mágica del abandono. A su toque, los fracasos dejan de ser fracasos, la muerte deja de ser muerte, las incomprendiones dejan de ser incomprendiones. Todo lo que toca, se transforma en paz.

Abandono

A este proceso de purificación llamamos abandono.

Esta palabra, y también su concepto, están cuajados de ambigüedades. En cualquier auditorio que uno pronuncie esta palabra, ella desencadena en los oyentes el rosario más variado de equívocos: para unos se está hablando de pasividad; para otros se está recomendando resignación. Es de saber que la resignación nunca fue cristiana sino estoica; por consiguiente, la actitud resignada se aproxima mucho a la fatalidad pagana. Lo genuino y específicamente evangélico es el abandono.

En todo acto de abandono hay un *no* y un *sí*. *No* a lo que yo quería o hubiese querido. ¿Qué hubiese querido? Venganza contra los que participaron en tal confabulación, vergüenza por ser yo así, resentimiento porque todo me sale mal; hubiese querido que nunca hubiera sucedido aquello. *Sí* a lo que tú, de hecho, quisiste o permitiste, oh Padre.

No a una voluntad que resiste, entendiendo por voluntad el deseo de que no hubiera sucedido aquello. ¿Qué se abandona? Se abandona una carga de energía enviada desde mi voluntad contra aquel hecho o persona. Sólo con eso se apaga una guerra y llega la paz. Eso sí: se supone que el acto de desligar ese enlace de energía se efectuó en la fe y en el amor; y en este caso el abandono viene a constituirse en la vía más rápida de sanación liberadora.

* * *

Si lo que se resiste es lo que llamamos un *imposible*, entonces el hombre entra en un proceso de insania autopunitiva, en una espiral suicida. ¿Qué diríamos de un hombre que se arrimara a un muro de granito y comenzara a darse de cabeza contra él con toda la furia?

Cuanto más se resiste a un imposible, más oprime sobre la voluntad. Cuanto más oprime, más se le resiste, generándose un estado de angustia acelerada, entrando el hombre, poco a poco, en un furioso círculo autodestructivo.

Así se generan los estados depresivos, obsesivos y maniáticos. Mucha gente vive completamente dominada por ideas fijas y manías: son víctimas infelices de su falta de sabiduría, aquella sabiduría que enseña que la única manera de neutralizar un imposible es precisamente aceptándolo, abandonándose en la fe y en el amor.

Al parecer, el recuerdo obsesivo se transforma en un martillo que golpea en el yunque de la mente. Pero eso es la apariencia. En realidad sucede lo contrario: somos nosotros los que nos golpeamos la cabeza contra aquel recuerdo, que, a medida que más lo resistimos mentalmente, más se nos fija como aguda pesadilla. Toda resistencia genera energía. En este caso la energía se llama angustia. Cuanto más resistimos, hay mayor acumulación de angustia.

Si el cristiano abandona la resistencia y se abandona en las manos del Padre, aceptando con paz aquellas realidades que nadie puede alterar, mueren las angustias y nace la paz de un sereno atardecer.

Repetimos: la sabiduría se reduce a una pregunta extremadamente simple: ¿Puedo cambiar esto que no me gusta? Si todavía cabe hacer algo, ¿por qué sufrir? Saquemos energías desde los sótanos y hagamos el cien por cien para neutralizarlo o transformarlo, parcial o totalmente. En caso contrario, si ya no cabe hacer nada, si todos los horizontes están clausurados, ¿para qué preocuparse? Silenciemos las preguntas, cerremos la boca, abandonemos toda resistencia, inclinemos la cabeza apoyándola en las manos benditas y amantes del Padre, y la paz será nuestra herencia. Como dicen los orientales: Si tiene remedio, ¿por qué lamentarse? Si no tiene remedio, ¿por qué lamentarse?

Ahora bien, ¿cuáles son las cosas que no podemos cambiar?

Los imposibles

Leyes inexorables circundan, como anillos de fuego, nuestra existencia: la ley de la precariedad, la ley de la transitoriedad, la ley del fracaso, la ley de la mediocridad, la ley de la soledad, la ley de la muerte.

¿A quién se le ha dado la posibilidad de optar por la vida? La existencia, ¿me la propusieron o me la impusieron? ¿Quién escogió alguna vez a sus progenitores? ¿Les gustan a todos los hijos sus padres y el condicionamiento socio-económico del hogar en que nacieron? ¿Quién hizo, antes de ser embarcado en la existencia, una selección prolija de su sexo, estructura temperamental, figura física, tendencias morales, coeficientes intelectuales? ¿Quién pudo disponer alguna vez de sus códigos genéticos, de su constitución endocrina o de las coordenadas en la combinación de cromosomas?

He ahí el manantial de tantas frustraciones, resentimientos y violencia generalizada. ¿Qué puede hacer el hombre frente a tanta frontera absoluta, tanta *situación-límite*?

En una proporción altísima, el ser humano está radicalmente incapacitado para anular o transformar las realidades que se levantan ante sus ojos. Somos esencialmente limitados. Los sueños de omnipotencia son destellos de insensatez y fósiles de la infancia. La sabiduría consiste en tener una apreciación objetiva y proporcional del mundo que está dentro de mí y del mundo que está fuera de mí: de toda la realidad.

Después de medir el mundo (de dentro y de fuera) en su exacta dimensión, el cristiano debe aceptarlo tal como es. Aceptar con paz el hecho de que somos tan limitados, el hecho de estar apretados por todas partes de fronteras absolutas.

Debe colocarse en la órbita de la fe y aceptar con paz el misterio universal de la vida. Aceptar con paz el hecho de que con grandes esfuerzos vamos a conseguir pequeños

resultados. Aceptar con abandono el hecho de que la subida a Dios sea tan lenta y difícil. Aceptar con paz la ley del pecado: hago lo que no quisiera hacer, y dejo de hacer lo que me gustaría hacer. Aceptar con abandono la ley de la insignificancia humana. Abandonarnos al hecho de que los ideales sean tan altos y las realidades tan cortas. Abandonarnos con paz al hecho de que seamos tan pequeños e impotentes. Padre mío, me abandono en ti.

* * *

Otra de las fuentes de frustración es la irreversibilidad del tiempo. Posiblemente estamos ante la limitación más absoluta. Todo lo que sucedió desde este minuto para atrás, está irreversiblemente anclado en las raíces del tiempo, y transformado en una sustancia esencialmente inamovible. Se llaman *hechos consumados*.

Los hijos de los hombres se avergüenzan, se acomplejan, se encolerizan por mil recuerdos de sus archivos, envolviendo a las personas en el círculo de los hechos y de la cólera. Y se pasan días y noches dándose de cabeza contra los muros de cíclope: aquella incompreensión que se le vino encima con la que su popularidad decayó notablemente; aquel rumor que corrió y nadie supo su origen; aquellas autoridades que subestimaron su capacidad y desestimaron sus proyectos; aquella represalia miserable, hace siete años; aquella reacción de envidia capitaneada por aquel acomplejado; aquel esfuerzo que ni lo reconocieron ni lo agradecieron; aquel fracaso; aquella equivocación de juventud...

Hay personas que, siempre que miran hacia atrás en su vida, es para rememorar los sucesos o personas que más vergüenza y rabia les causan. ¿Por qué lamentarse de la leche derramada? ¿Para qué quemar inútilmente energías por sucesos que están consumados o por cosas que no pueden alterarse un milímetro?

Es necesario remontarse por encima de los primeros planos. Fue el Padre quien lo permitió todo. Para él todo era posible: pudo haberlo evitado; si los hechos se consu-

maron fue porque el Padre lo permitió. ¿Por qué lo permitió? ¿Para qué hacer preguntas que no van a recibir respuestas? Y, aunque en una hipótesis imposible, uno pudiera recibir respuestas satisfactorias y consoladoras, yo quiero hacer el homenaje de mi silencio a mi Dios y mi Padre.

Sólo sé una cosa: que El sabe todo y nosotros no sabemos nada. Sé también que me quiere mucho y que, lo que El permite, es lo mejor para mí. Cierro, pues, la boca y acepto, en silencio y paz, todos y cada uno de los acontecimientos que, en su día, me hicieron sufrir tanto. Hágase su voluntad. Padre mío, yo me abandono en ti.

Necesitamos sanar las heridas. Somos los sembradores de la paz y de la esperanza en el mundo. Si no sanamos, una por una, las heridas, pronto comenzaremos a respirar por ellas, y por las heridas sólo se respira resentimiento.

El sujeto que rememora los sucesos dolorosos se parece al que toma en sus manos una brasa ardiente. La persona que alimenta el rencor contra el hermano es como la que atiza la llama de la fiebre. ¿Quién se quema? ¿Quién sufre más: el que odia o el que es odiado; el que envidia o el que es envidiado? Como un *bumerang*, lo que siento en contra del hermano me destruye a mí mismo. ¡Cuánta energía inútilmente derramada!

Es ridículo que yo viva encendido en ira contra el que me hizo aquello, cuando él sigue feliz «bailando» en la vida, tan despreocupado de mí que ni siquiera le interesa si estoy vivo o muerto. ¿A quién perjudica esa ira?

La vida se nos ha dado para ser felices y hacer felices. Haremos felices en la medida que seamos felices. El Padre nos puso en un jardín. Somos nosotros los que transformamos el jardín en valle de lágrimas con nuestra falta de fe, de amor y sabiduría.

Ventanas de salida

Reiteramos. Hay quienes dicen por ahí: No metáis para nada a Dios en estos conflictos. El Padre no tiene nada que ver con esto. Son leyes biológicas en su funcionamiento

natural, es un puente normal **entre la frustración y la violencia**, son constantes socio-políticas...

Hablan así: Mira, Fulano es un tipo fracasado en todos los frentes. Todos lo conocemos. Esta clase de personas, por un misterioso dispositivo reactivo, necesita destruir a los que hacen algo; y sólo destruyendo se sienten realizados. En aquella sociedad, sólo a ti te sonreía el éxito y te encajaron sobre el pedestal. Fulano necesitaba un triunfador para hacerlo víctima. Y te tocó a ti. Por eso aquella calumnia y tu prestigio por el suelo. Esta es la única explicación. Dios nada tuvo que ver con este hecho infeliz. Fue la clásica *violencia compensadora*: los fracasados se compensan a sí mismos destruyendo a los que hacen algo.

Y en todas las demás materias discurren de manera semejante buscando el fenómeno de superficie, la explicación socio-psico-biológica, añadiendo que Dios no entra en nuestros mequinos juegos.

Yo me pregunto: ¿Qué sucedería si agarráramos a un gato y lo metiéramos en un cuarto sin puertas ni ventanas? Al verse encerrado y sin salida, la angustia se apoderaría de él y comenzaría a arañar paredes y techos, presa de pánico y desesperación.

Eso sucede con tales explicaciones superficiales: te introducen en un círculo sin salida. Te dicen: El no tiene culpa. Para él el destruir fue una «necesidad» psicológica. ¿Qué consuelo puede constituir esta explicación si a ti te despedazaron para siempre? ¿Cómo salir de ese círculo?

Te dicen: No hay otra explicación sino ésta: el carcinoma fue sigilosamente invadiéndolo todo, como un ladrón nocturno, y cuando nos dimos cuenta, ya todo estaba perdido. ¿Qué consuelo podrá darte esta explicación biológica si a ti te dan dos meses de vida? ¿Cómo salir de ahí?

Nunca me cansaré de repetir: La única salida libertadora y consoladora que pueda encontrarse en este mundo frente a los rudos golpes de la vida es la fe. La única ventana de trascendencia que podemos abrir cuando se clausuran todos los horizontes es la ventana de la fe. Lo único que nos puede dar consuelo, alivio y paz cuando la fatalidad inexorable se abate sobre el hombre es la visión de la

fe. Esa fe que nos dice que detrás de los fenómenos y apariencias está aquella mano que organiza y coordina, permite y dispone todo cuanto sucede en el mundo.

Contemplada la vida en esta perspectiva, jamás la fatalidad ciega se enseñoreará sobre nuestros destinos. Yo sé que más allá de las explicaciones de primer plano, aquella desgracia fue querida o permitida por el Padre. Cierro, pues, la boca; beso su mano, quedo en silencio, asumo todo con amor, y una profunda paz será mi herencia. No habrá en este mundo eventualidades imprevisibles o emergencias dolorosas que puedan desequilibrar la estabilidad emocional de los que se abandonaron en las manos de Dios Padre.

Qué sabemos nosotros

Otra gente habla así: ¿Cómo puede ser? Si él es poderoso y es realmente Padre, ¿cómo consiente que sus pobres hijos sean arrastrados por el vendaval de los infortunios?

El hombre habla así porque ignora. Ignora porque es superficial. Es superficial porque contempla, analiza y juzga los hechos y las realidades por el ángulo de la superficie. Nosotros no sabemos nada; por eso abrimos la boca para protestar o soltar palabras necias. Somos los míopes que vemos y analizamos todo con nuestra nariz apoyada en la pared sin un palmo de perspectiva, y la pared se llama el tiempo. No disponemos de suficientes elementos ni de perspectiva de tiempo para ponderar la realidad proporcional y equitativamente. Y por ignorantes, somos atrevidos.

¿Qué sabemos nosotros de lo que nos sucederá dentro de tres días o tres años? ¿Qué sabemos de los abismos más profundos del mundo de la fe: por ejemplo, del destino transhistórico por el que muchas almas siguen vitalizando el cuerpo de la Iglesia más allá de su existencia biológica?

Hay personas marcadas por Dios con un destino mesiánico, destinadas a participar de la redención de Cristo y a redimir junto con El: nacieron para sufrir por los otros y para morir en lugar de los demás. ¿No está la vida llena

de enigmas, que sólo se descifran a la luz de la fe? Siempre tenemos que recordar esto: lo esencial es invisible. Y como vivimos mirando a la superficie, no sabemos nada de lo esencial. Por eso resistimos y protestamos como los ignorantes.

Esta mujer se siente quemada por los complejos porque su figura es insignificante y deforme. Está bien. Pero si hubiera nacido llena de encantos y hubiese sido una cortésana infeliz, ¿qué tal? ¿Qué sabemos nosotros? Este se queja de haber nacido tímido y sin personal simpatía. Pero yo digo: ¿Qué tal si hubiera aparecido en el mundo lleno de encantos, y al mismo tiempo hubiese llevado una existencia complicada e infeliz, como tantos? ¿Qué sabes tú? ¿Te quejas de que no tienes brillo intelectual? ¿No has conocido por ahí personas cien veces más inteligentes que tú y cien veces más infortunadas? Nosotros no sabemos nada.

Frente al mundo ignoto de las eventualidades, es mucho mejor detenerse y permanecer en silencio, abandonados en las manos del Padre, asumiendo con gratitud el condicionamiento personal y el misterio de la vida. Yo he conocido gentes para las que una enfermedad que de improviso apareció y les acompañó hasta la muerte, resultó ser la mayor bendición de su vida.

* * *

Este sujeto llora y protesta porque le arrojaron a la cara el barro de la calumnia, y el Padre quedó quieto y tranquilo, permitiéndolo todo. La gente ignora que hay cosas peores que la calumnia: en un movimiento centrífugo y narcisista, ese sujeto se estaba enroscando sin darse cuenta sobre sí mismo, adorando su propia estatua: cada día tenía más temor de perder el brillo de su efigie y vivía progresivamente ansioso y cada vez más desdichado. Ahora, en cambio, desde que perdió la popularidad se siente mucho más libre y tranquilo. Lo que parecía crueldad fue, en el fondo, una actitud de misericordia de parte del Padre. ¿Qué sabemos nosotros?

Por rotura de unas vértebras, esta persona quedó semi-paralizada, en silla de ruedas. Desde la nada comenzó a su-

bir en un proceso doloroso y transformante; acabó por aceptar, en fe y en paz, esta tan limitadora situación. Hoy, entre todos los hermanos casados de la familia, es la criatura más feliz. ¿Qué sabemos nosotros?

Esta mujer fracasó en el matrimonio. «¡Pobrecita separada!», decían todos. La gracia la guió hacia extraordinarias profundidades de contemplación. Hoy será difícil encontrar en la ciudad una señora tan realizada y radiante como ella. ¿Qué sabemos nosotros?

Lo que le sucedió a este hombre da mucho que pensar. Hace unos diez años cayó sobre él, como tormenta de verano, la situación más injusta y bárbara. Aquello desarboló por completo su vida. Simplemente, como dicen, acabaron con él. A partir de ese momento tuvo que emigrar a otro país, o a otro continente.

Después de muchos meses de aturdimiento, comenzó poco a poco a medir su historia con criterios de eternidad; y así, consiguió progresivamente la estabilización emocional, dando un salto olímpico en el crecimiento de la madurez. Hoy es un hombre lleno de paz y riqueza interior, plenamente ajustado. Mirando desde la atalaya de este momento en que estamos, lo que hace diez años parecía la desgracia mayor hoy es valorado como el mejor regalo del Padre. Si no hubiera sucedido aquello, ese sujeto podría ser hoy cualquier cosa. Nosotros no sabemos nada.

Estoy seguro: si tuviéramos la perspectiva de eternidad que tiene el Padre, todas las cosas adversas que nos suceden cada día las habríamos de considerar como cariños especiales del Padre para con nosotros, sus hijos, para liberar, sanar, despertar, purificar...

Frente al futuro

El abandono se vive en dos tiempos: el pasado y el futuro.

Respecto al *tiempo pasado*, el abandono toma el nombre y la forma de reconciliación. El cristiano que quiera avanzar hacia latitudes muy remotas en el interior de Dios, necesita

ejercitarse de antemano, con frecuencia y prolongadamente, en la purificación general, apagando las angustias, suavizando las tensiones, aceptando todo lo que tiene las fronteras clausuradas. Para facilitar esta purificación hemos colocado más abajo algunos ejercicios prácticos.

Respecto al *tiempo futuro*, el abandono podría recibir el nombre de *sabiduría*, según la cual —repetimos una vez más— todo lo que me va a acontecer desde este instante hasta el fin de mis días puede encerrarse en la simplicidad de las mismas preguntas: ¿Cabe hacer algo? ¿Depende de mí? En este caso, ¡manos a la obra! ¿Todo está consumado? ¿Están las fronteras clausuradas? Entonces, yo me abandono en ti, Padre mío.

* * *

Ahora vamos a imaginar que las posibilidades están abiertas. Las presentes reflexiones se hacen sobre ese supuesto.

En toda la historia que me resta de vida, desde ahora hasta la sepultura, la sabiduría me aconseja discernir entre el esfuerzo y los resultados.

La etapa del *esfuerzo* es nuestra hora: organizamos el frente de batalla; hacemos cuenta de que el Padre no entra en este juego; no es la hora del abandono sino de la acción, como si todo dependiera de nosotros; buscamos colaboración armando grupos compactos; no descuidamos detalle ni ahorramos esfuerzo...

Pero ¿qué sucede? Sucede que si el esfuerzo depende de nosotros, el *resultado* del esfuerzo no depende de nosotros sino de una compleja combinación de causalidades, cuyo análisis se nos escapa casi siempre: estado de ánimo, deficiente preparación, clima desabrido, descuido de detalles, y sobre todo las mil reacciones psicológicas de las personas a las que iba dirigida mi acción...

Pero, situados en la óptica de la fe, nosotros sabemos que todas las cosas, en última instancia, dependen del Padre, como ya queda explicado. De aquí emerge nítidamente una conclusión práctica: si el esfuerzo no depende de mí y el resultado no depende de mí, estamos comprometidos con

el esfuerzo y no con el resultado. Con otras palabras: a la hora del esfuerzo, damos la batalla, y a la hora de los resultados, nos abandonamos, depositándolos en las manos del Padre.

* * *

En nuestros proyectos, nosotros pretendemos el máximo resultado, digamos el ciento por ciento. Es legítimo y así tiene que ser. Sin embargo, una vez terminada la batalla, nos encontramos con resultados muy variados y, a veces, inesperados. A veces conquistamos un setenta por ciento de lo que pretendíamos; otras veces un cuarenta por ciento o un quince. Desde cien hacia abajo comienza la ley del fracaso. Mejor, el resultado negativo en diferentes grados lo transformamos en fracaso en cuanto comenzamos a resistirlo. Cuanto más bajo es el resultado, más nos avergonzamos, y así lo transformamos en un fracaso mayor. No existe el ridículo para el que se abandona.

Una vez que se ha hecho lo posible, y que acabó la batalla, y no podemos volver atrás, la sabiduría dice que es insania pasar las noches de claro en claro, avergonzados por los resultados negativos. En el fondo, el hombre no es sabio: no quiere abrir los ojos y se resiste a aceptarse a sí mismo en su exacto calibre.

La gente tiene con frecuencia una imagen inflada de sí misma: desea ardientemente que los resultados de su actuación estén a la altura de la efigie que se tiene de sí misma. Y, como generalmente no se da esa adecuación, la gente reacciona entre frustrada y resentida. Estamos al borde de la locura, metidos en la neblina de la alucinación.

Mucha gente, obsesionada por el brillo de los resultados, aun antes de comenzar el proyecto o durante su realización, vive angustiada pensando qué será, en qué acabará, atormentándose con un eventual resultado negativo, resultado que no depende de él. Y si el resultado es realmente negativo, al menos en comparación con lo que se esperaba, la gente vive mucho tiempo oprimida por el recuerdo del fracaso, un *hecho consumado* que las muchas

lágrimas derramadas no podrán alterar un milímetro. Una locura.

Así se queman inútilmente tantas energías. Los complejos se hacen presentes. Estos sujetos comienzan a actuar en la vida con sensación de inseguridad. Si se le presentan nuevos proyectos para el futuro, no los aceptan por miedo al fracaso. Personas que pudieron rendir en la vida como noventa por ciento, están rindiendo como veinte por ciento. Por eso se sienten irrealizados. La frustración arrastra consigo, como mecanismo de compensación, la violencia. Y así, como una serpiente de mil anillos, se extiende sobre su vida una cadena de tantos males.

En cualquier actividad o profesión: educación de los hijos, formación de los jóvenes, profesión, apostolado... el cristiano debe darse al máximo. Ahora bien, si a pesar del esfuerzo las cosas no resultan, no debe destruir energías, humillándose a sí mismo; antes debe aceptar la realidad con sabiduría y, en la fe, entregarse en las manos del Padre.

Camino de alta velocidad

Resumimos todas las ideas.

Abandonarse es, pues, renunciarse, desprenderse para confiarse todo entero, sin medida ni reserva, a Aquel que me ama.

El abandono es el camino más seguro porque es extraordinariamente simple. Es también universal porque todas las posibles emergencias de la vida están incluidas ahí. No hay peligro de ilusiones, ya que, en esta óptica, se contempla la realidad pura y desnuda, con objetividad y sabiduría. Donde hay sabiduría, no hay ilusiones. La ilusión de la omnipotencia infantil y todas las hijas de la impaciencia se vienen al suelo como las flores del almendro al golpe del cierzo.

El abandono hace vivir en alto voltaje la fe pura y el amor puro. Fe pura, porque atravesando el bosque de las apariencias descubre la realidad invisible, fundante y sustentadora. Amor puro porque se asumen con paz los golpes que hieren y duelen.

El abandono hace vivir permanentemente en espíritu de oración porque en cada momento de la vida nos llegan pequeñas molestias, decepciones, frustraciones, desalientos, calor, frío, dolor, deseos imposibles... y todo esto el hijo amado lo va relacionando con el Padre amante. La vida misma, pues, obliga al hijo «abandonado» a vivir perpetuamente entregado, nadando siempre en completa paz. El mayor disgusto se esfuma con un «hágase tu voluntad». No hay analgésico tan eficaz como el abandono para las penas de la vida.

En este camino se muere con Jesús para vivir con el Padre. Jesús murió a «lo que yo quiero» en Getsemaní para aceptar «lo que tú quieres». El «abandonado» muere a la propia voluntad que se manifiesta en tantas resistencias, apaga las voces vivas del resentimiento, apoya su cabeza en las manos del Padre, queda en paz y vive allí, libre y feliz. Viene a ser como esa hostia blanca, tan pobre, tan libre, tan obediente que, ante las palabras consagradoras, se entrega para convertirse en el cuerpo de Cristo. Viene a ser como esas gotitas de agua que se entregan sin resistencia para perderse por completo en el vino del cáliz.

El abandono plenifica la vida porque los complejos desaparecen, nace la seguridad, se lucha sin angustia, no se preocupa por los resultados que sólo dependen del Padre y todas las potencialidades humanas rinden al máximo.

Suaviza la muerte. He visto en la vida prodigios de transformación: Era una persona tensa porque sabía que se iba. Parecía una fiera herida y temerosa. Al final, se entregó con el «hágase» y depositó su vida en las manos del Padre. Y, casi repentinamente, aquel rostro se iluminó con la dulzura y belleza de un atardecer. Fue un final envidiable y admirable. ¡Cuántos casos de éstos!

«El abandono engendra un espíritu sereno,
disipa las más vivas inquietudes,
endulza las penas más amargas.
Hay simplicidad y libertad en el corazón.
El hombre abandonado está dispuesto a todo.

Se ha olvidado de sí mismo.
Este olvido es su muerte y nacimiento
en el corazón que se ensancha y dilata.»

BOSSUET

Solamente en Dios Padre, el hijo amado quiere olvidarse, morir y perderse, como quien se deja caer en un abismo de amor, y allí encuentra el descanso completo. Pueden llegar pruebas, dificultades, crisis, enfermedades... El hijo amado se deja llevar sin dificultades por cada una de las voluntades que se van manifestando en cada detalle.

Por eso, el hijo «abandonado» nunca está *abandonado*. El Padre tiende la mano al hijo, y más fuerte se la aprieta cuanto más difíciles son los trances.

Por eso desaparece toda ansiedad por el porvenir incierto. ¿Qué será? ¿Qué no será? Será lo que el Padre quiera. En las alternativas inciertas de enfermedad o salud, de estima o de olvido, del triunfo o del fracaso, de las desolaciones o de las consolaciones, será lo que mi Padre quiera. El hijo hará todo lo posible para luchar y vencer en la medida de sus posibilidades. En lo demás se abandona con serena paz. Hágase su voluntad. Aunque se hunda el mundo, el hijo descansa en completa paz.

Vive en los brazos del Padre. Estos brazos pueden conducirlo a cualquier parte, quizá al fondo de un abismo, o al fondo de un torrente. No importa: está en los brazos de Alguien que lo ama mucho. Por eso, el hijo no conoce el miedo.

El torrente puede llamarse muerte. No importa. También este torrente lo atraviesa el hijo, llevado en los brazos potentes y amantes. Puede que la muerte sea el golpe más duro. También este golpe queda amortiguado como quien cae en un mar de lino blanco.

El abandono es la ruta más rápida y segura de toda liberación.

Aceptación de los progenitores

Generalmente los hijos son demasiado exigentes para con sus padres, como si éstos tuvieran la obligación de ser seres perfectos. Este concepto (prejuicio) viene desde la época de la infancia, en la que el niño mitifica fácilmente a los padres.

Hay historias concretas cuyo recuerdo les causa a los hijos un sentimiento de aversión respecto de los padres. Estos, con frecuencia, carecen de belleza, inteligencia, éxito económico, personalidad creativa... Por todo lo cual, a los hijos, a veces, les nace un sentimiento como de complejo de tal manera que muchos sienten vergüenza de que sus amigos conozcan a sus progenitores.

Otras veces los padres tienen defectos de personalidad o una determinada conducta incorrecta: todo lo cual causa a muchos hijos indignación mal disimulada y difícilmente perdonan aquellos defectos.

Hay también quienes sienten rechazo por el hogar en que nacieron y crecieron, un hogar económicamente tan pobre, sociológicamente tan insignificante.

Este conjunto de rechazos hace que muchas personas arrastren, a lo largo de su vida, una corriente subterránea, latente pero palpitante, de frustración y resentimientos generalizados. Por eso, a veces, nada les alegra y no saben por qué; todo les entristece y no saben por qué; en cualquier momento sienten desprecio frente a la esfera total de la vida y no saben por qué. La explicación es ésta: aquella corriente latente aflora, sin darse cuenta estas personas, al primer plano en forma derivada de insatisfacción y de otras formas de violencia.

Muchos cristianos, para su encuentro con Dios, necesitan reconciliarse profundamente con las fuentes de la vida.

* * *

Colócate en la presencia de Dios. Déjate compenetrar por el Espíritu del Señor. Lentamente ve quedándote en calma y paz.

Haz presentes, mentalmente, a tus progenitores. Especialmente trae a tu memoria aquellas historias o rasgos de personalidad que te causan aversión. Si tus padres ya fallecieron, hazlos surgir en tu mente como si estuvieran vivos.

Repite varias veces las palabras de esta oración hasta experimentar paz y una completa reconciliación:

¡Padre mío, me abandono en ti! En este momento acepto con paz y amor a mis padres, con sus defectos y limitaciones. Si alguna vez sentí secreta aversión en contra de ellos, quiero reconciliarme por completo ahora mismo.

Padre Santo, delante de ti quiero aceptarlos tal como son. Si ya han fallecido, surja desde la sepultura su recuerdo sagrado y bendito. En tu presencia y de tus manos los recibo hoy, los abrazo y los amo con gratitud y cariño.

Los acepto profunda y totalmente en el misterio de tu voluntad, porque tú los constituiste como fuente de mi existencia. Gracias por el regalo de mis padres. Hágame tu voluntad. Me abandono en ti. Amén.

Aceptación de la figura física

Nuestras enemistades, respecto de nosotros mismos, comienzan por la periferia. Hay personas que hicieron de su vida una profesión de disparar y destruir. Es que había en sus almacenes una excesiva acumulación de energía reactiva, originada por el rechazo permanente de sí mismos, comenzando por la figura física, y necesitaban descargarla.

Alimentaron una no-declarada «enemistad» en contra de su color, estatura, ojos, cabello, dientes, peso y otras partes de su anatomía. Sienten vergüenza de ser así. Experimentan inseguridad general. Atribuyen el fracaso de su vida a la carencia de atributos físicos.

Esta antipatía contra sí mismos es ridícula por artificial. Se constituyen en víctimas y verdugos de sí mismos,

lo cual es la actitud más insensata. Hay que despertar de estas locuras y tomar conciencia de la palabra de Jesús: ¿Quién, preocupándose, puede añadir un centímetro a su estatura? Esta observación debe ser aplicada a la esfera total de la morfología. En esta esfera poco o nada podemos cambiar. Entonces, ¿para qué resistir?

En la reconciliación general consigo mismo, muchas personas necesitan hacer un acto profundo y reiterado de aceptación de su figura física, con sentimiento de gratitud.

* * *

Colócate en la presencia del Señor. Quédate en completa calma. Ve tomando conciencia y deteniendo expresamente tu atención en cada miembro con el que estás «enemistado».

Al decir la siguiente oración, *siente cariño* por cada miembro rechazado, uno por uno, nominalmente, detenidamente. *Siéntelos* como partes integrantes de tu identidad personal.

Repite muchas veces la oración hasta llegar a sentir gratitud y gozo por haber tenido la suerte de vivir, gracias a ese cuerpo.

¡Padre mío: me abandono en ti! Muchas veces he sentido vergüenza contra esta figura mía. Alimenté dentro de mí guerras inútiles, resistencias artificiales. Fueron locuras. Después de todo, rechacé un regalo tuyo. Perdona mi insensatez y mi ingratitude.

En este momento quiero reconciliarme conmigo mismo, con esta figura. De ahora en adelante nunca jamás sentiré tristeza de ser así.

Ahora mismo acepto, con gratitud y amor, esta figura que es parte de mi personalidad. Una por una, amo y acepto cada parte de mi cuerpo... Hágase tu voluntad. Me abandono en ti. Amén.

Aceptación de la enfermedad, la vejez y la muerte

Son tres negros corceles que arrastran al hombre por un plano inclinado hacia el fondo del abismo. Son tres fieras que aprietan en la garganta del hombre hasta asfixiarlo.

Lo mismo que el día está a las puertas de la noche, de la misma manera todo lo que comienza está destinado a terminar. Y todo lo que nace, muere; pasando normalmente por la antesala de la enfermedad o de la vejez.

Al llegar a este mundo, el hombre levanta la cabeza, abre los ojos y se encuentra con el telón de fondo que ya nunca desaparecerá de su vista: la muerte. Se siente esencialmente limitado y destinado a morir. De ahí nace la angustia. La única manera de vencer la angustia es abandonando toda resistencia y aceptando las fronteras inquebrantables, entregado en las manos del Padre, que organizó así la existencia.

* * *

Se vive una sola vez. Cómo nos gustaría hacer esta única excursión con plena sensación de bienestar y salud. Sin embargo, las enfermedades acechan al hombre como viejas sombras en cualquier esquina, esperando cada una su turno: desaparece una para aparecer otra, desaparece ésta y aparece otra, en una incesante rueda voltaria. Total: siempre hay en qué gastar y de qué preocuparse: médicos, medicinas, régimen alimenticio... Tantos años en pie de guerra contra tal enfermedad que tanto me limita, y hoy estoy peor que nunca. Y es muy probable que tal molestia me acompañe hasta mi caída final.

En la travesía de la vida, es la enfermedad una de las más sensibles limitaciones. Y es el abandono el remedio más eficaz y, quizá, el único que nos pueda librar de la tristeza que normalmente producen las enfermedades.

El problema de la enfermedad no es el desequilibrio biológico sino la resistencia mental. Lucharé, pues, con todos los medios para estar sano: cambiaré de médico, me esmeraré en el régimen alimenticio, buscaré medicinas más eficaces. Pero si aun así los resultados de mis esfuerzos son negativos, los acepto, desde ahora, entregado a mi Padre. A la hora de la lucha estoy yo; a la hora de los resultados está el Padre: este último es el momento del abandono. En resumen: lucha en cuanto al esfuerzo, abandono en cuanto a los resultados. Lucha con abandono. Hágase tu voluntad.

* * *

Se le podría llamar la *parábola biológica*. Se nace. Se escala el firmamento azul hasta el cenit; comienza la declinación, se va bajando y bajando hasta desaparecer por completo.

Entre la enfermedad, la vejez y la muerte, el peor trago es el de la vejez, porque es en la ancianidad cuando se «vive» la muerte. La vejez es la sala de espera de la muerte. En sí misma, la muerte es vacía e insustancial. Es en la ancianidad cuando se «llena» ese vacío con fantasías y temores.

La muerte es la despedida total. Pero es en la ancianidad donde y cuando el hombre se va *despidiendo* lentamente de todo. Mejor, todos los bienes van abandonando al anciano: el vigor, la belleza, la salud, las diferentes potencialidades hasta que se transforma en un ser inútil para todo y carente de todo bien.

Sí. La muerte es «vívida» en la ancianidad. Las enfermedades y el desgaste general van enrosándose como serpientes vivas al cuello del anciano. Uno vivía tan feliz. Y de repente aparecen las canas, se pierde la vista; cada año que pasa es un nuevo paso hacia el desenlace. Y en el momento menos pensado nos hallamos en el umbral mismo.

Ante tanta limitación, el cristiano debe ejercitar de manera frecuente y profunda su actitud de abandono, aceptando el misterio doloroso de la vida y su curva biológica. Las limitaciones aceptadas lanzarán al cristiano en los brazos del Infinito; la temporalidad aceptada, en los brazos del Eterno. La angustia se trocará en paz. Y ahora, sí, podremos ser sembradores de la paz.

* * *

Toma una posición recogida. Practica algún ejercicio de pacificación. Haz presente al Señor en la fe.

Centra la atención en tus actuales enfermedades, o en las que más te preocupan o temes. Detén tu atención en cada una de ellas; acepta, en el misterio de la voluntad del Padre, una por una, lentamente, cada una de las dolencias hasta que los temores desaparezcan y llegues a experimentar una paz completa.

Imagínate en los últimos años de tu vida: marginado e

inútil para todo. Y al rezar la siguiente oración, experimenta el amor oblativo en este sentido: porque el Padre organizó así la vida, acepto en el amor del Padre el inevitable descenso, el misterio doloroso de la curva biológica, la incapacidad para todo y la espera de la muerte.

Haz lo mismo con la muerte. Imagínate estar en vísperas de la partida. Como Jesús, abandónate una y otra vez. No resistas. Déjate llevar. Acepta la voluntad del Padre que, en su sabiduría, organizó de esa manera la vida. Imagina que la muerte es como un torrente que atraviesas llevado en los brazos de tu Padre.

¡Padre mío: me abandono en ti! Tanta limitación me causa tristeza y me dan ganas de protestar. Pero no. Porque te amo, cierro la boca, quedo en silencio, acepto en paz el misterio doloroso de la vida que es el misterio de tu voluntad. Dios mío, lucharé con todos los medios para estar sano, pero si los resultados son negativos, ¡no resisto más! Desde ahora me abandono en ti. Lo acepto todo. Estoy dispuesto a todo. Una por una acepto con amor, Dios mío, las dolencias que en este momento me aquejan.

Acepto con paz los días de mi ancianidad, la limitación completa y la incapacidad para todo. Acepto que la vida sea así porque tú así la organizaste. Hágase tu voluntad.

¡Padre mío! ¿Qué está escrito en tu libro sobre mi final: muerte con agonía lenta? Dame fuerzas para no resistir y para pronunciar mi «¡hágase!». ¿Qué está escrito: muerte repentina o violenta? Cierro la boca para decirte con mi silencio: si así está escrito, si así va a suceder, ¡está bien! Hágase tu voluntad. Acepto. Estoy dispuesto a todo.

En tus manos entrego mi vida y mi muerte. Amén.

Aceptación de la propia personalidad

De repente amanecemos sobre el mundo y nos encontramos con que todo, casi todo, está determinado. No tenemos nada que escoger. Con lo que nos han puesto encima tenemos que correr una carrera. A algunos les tocó un cor-

cel dócil y veloz. A otros, un caballo lerdo. A otros, un potro indómito. Todos tenemos que atravesar el circo necesariamente.

El manantial donde nacen las frustraciones más profundas es el propio condicionamiento personal. La desgracia más grande es sentir vergüenza de sí mismo. La tristeza más triste es el sentir tristeza de ser uno así, sin poder remediarlo. De esta manera puede el hombre comenzar a rodar por una pendiente insana y suicida.

La gente sufre horriblemente consigo misma y no sabe por qué. Todo es sumamente sutil porque esta sombría frustración nace en los niveles más remotos de la personalidad. Generalmente las gentes no tienen conciencia de lo que sucede y por qué sucede. Tampoco tienen capacidad analítica. Sufren instintiva y confusamente. Y aunque un analista las ayudara a descubrir las raíces, no adelantaríamos nada porque quedamos con las heridas al rojo vivo sin posibilidad de una terapia sanadora.

* * *

El hombre hubiera querido disponer de un elevado coeficiente intelectual. Y lo que sucedió fue otra cosa.

Este sujeto, cuando todavía era un niño de escuela, por un vago presentimiento y por la deducción de lo que oía a su derredor, llegó instintivamente a la conclusión de que, en este mundo, sólo los hombres inteligentes triunfan. Y como nuestro niño ocupaba los últimos lugares de la escuela, se convenció de que él nunca triunfaría en nada y de que pasaría por el mundo como una mediocridad. Y ya desde entonces el fracaso se hizo presente a sus puertas, aun antes de emprender la carrera.

Avergonzado de sí mismo, resentido por tanta limitación intelectual, este hombre, desde niño, se dejó arrastrar de manera inconsciente y confusa por toda clase de complejos. Permitió que en su suelo naciera, creciera y lo inundara todo la roja planta del rencor contra sí mismo. Hoy es un hombre amargado, que lleva a flor de piel una carga de dinamita para disparar contra cualquiera.

* * *

Sin embargo, los hontanares más caudalosos están en otro lugar.

El hombre se da cuenta de que su conducta no corresponde a sus ideales sino que ella le llega desde vertientes desconocidas, impulsada por fuerzas ancladas en el fondo vital. Los impulsos no obedecen a sus deseos. Hace lo que no quiere y deja de obrar lo que le gustaría hacer.

Hubiera querido tener un temperamento alegre y, frecuentemente, se apoderan de él pesadas melancolías: nada le alegra, todo le entristece. Y esas manías depresivas, que le duran largos períodos, vienen a ser como sombras que nadie consigue ahuyentar. Hubiese querido ser equilibrado y con frecuencia se deja llevar por accesos neuróticos. Quisiera ser suave y es agitado. Quisiera ser humilde y es orgulloso. Quisiera ser puro y es sensual.

Siente envidias y sufre. Siente rencores y sufre. Quisiera ser encantador y no puede. Es tímido y sufre impulsos de fuga y miedo a todo. Es de una sensibilidad enfermiza, y lo que tiene el tamaño de una aguja lo siente como herida de una espada.

Para una sola vez que se vive, tener que cargar auestas tan pesado andamiaje es cosa triste. Así como uno se quita un vestido y se pone otro, ¿por qué no podríamos hacer lo mismo con esta indumentaria?

Si el cristiano quiere llegar a la alta intimidad con el Señor, necesita ejercitarse en el abandono hasta llegar a una profunda reconciliación con toda la esfera de su personalidad.

* * *

Toma una posición cómoda. Ejercítate en las prácticas de relajación. Déjate envolver por la presencia del Señor.

En una tranquila introspección, ve tomando conciencia de los rasgos de personalidad que más te duelen por lo contradictorios y negativos. Ve aceptando una por una las cosas que no te gustan, y que quisieras cambiar y no puedes.

Imagínate a ti mismo cargando a auestas la cruz de tu personalidad. Sigue imaginando que este *via crucis* de tu vida, Jesús, como un cirineo, arrima el hombro para ayudarte a llevar la cruz de tu personalidad.

Repíte muchas veces la oración, aplicándola a cada rasgo. Perdónate muchas veces a ti mismo. Ve depositando todos los aspectos de tu personalidad, uno por uno, como ofrenda de amor, en las manos del Padre hasta experimentar la más completa reconciliación.

¡Padre mío: me abandono en ti! En tus manos me entrego con lo poco que soy. Acepto y amo esta pequeña luz de mi inteligencia. En tu voluntad acepto y amo el misterio de mis limitaciones. No quiero sentir más tristezas por mi insignificancia. Te doy gracias por haberme hecho capaz de pensar que pienso. Gracias por la memoria.

En tus manos, Padre mío, me entrego con lo poco que soy. Durante muchos años almacené rencor y frustración contra mi modo de ser. ¡Sentía en mí tanta melancolía y depresión, tanta timidez y orgullo! Dios mío, yo no escogí nada de esto. Depositaron en mis hombros una pesada cruz. No me gusta este mi modo de ser. Pero no puedo desprenderme de él como quien se desprende de una ropa. Dios mío, no quiero más guerras interiores; quiero paz y reconciliación.

En tu amor acepto y amo esta extraña y contradictoria personalidad. Hágase tu voluntad. En tu amor acepto y amo tantas cosas de mí mismo que no me gustan, una por una, lentamente... Jesús, sé tú para mí el buen cirineo que me ayude a llevar mi cruz. Gracias por la vida. Gracias por el alma. Gracias por mi destino eterno. Padre mío, me abandono en ti. Amén.

Aceptación de los hermanos

Los mismos muros que separan a los hermanos entre sí son también los muros de interferencia entre el alma y Dios. Es locura soñar en conseguir una alta intimidad con el Señor, si el alma está en pie de guerra contra el hermano.

Cuando Dios levanta la mirada sobre el hombre, el primer territorio que el hombre siente desafiado es el de la fraternidad, con una sorprendente pregunta: ¿Dónde está tu hermano? Es imposible la unión transformante si el cristiano lleva víboras escondidas entre los pliegues, como estiletes para las peleas fraternas.

La armonía fraterna está entretejida con una constelación de exigencias fraternas como respetar, comunicarse, dialogar, acoger, aceptar... Pero hay una condición primera e imprescindible: perdonar. Urgentemente necesitamos la paz. Sólo en la paz se consuma el encuentro con Dios. Y sólo por el perdón viene la paz.

Aquí, cuando hablamos de *aceptar a los hermanos*, lo entendemos exclusivamente en el sentido de perdonar. Perdonar es abandonar el resentimiento contra el hermano. Con el acto de abandono se deposita en las manos del Padre la resistencia, al hermano y a mí mismo en un único acto de adoración, en el que y por el que todos somos *uno*.

Perdonar es extinguir los sentimientos de hostilidad como quien apaga una llama, como homenaje de amor oblativo al Padre.

Existe un perdón *intencional*. En este caso, el cristiano perdona de verdad pero con un perdón de voluntad. Uno *quiere* perdonar. Querría arrancar del corazón toda hostilidad y no sentir ninguna malevolencia. Se perdona sinceramente pero se trata del caso de los que dicen: Perdono pero no puedo olvidar. Este perdón es suficiente para aproximarse a los sacramentos, pero no cura la herida.

Existe también el perdón *emocional*. Esto no depende de la voluntad porque la voluntad no tiene dominio directo sobre el mundo emocional. La hostilidad tiene hundidas sus raíces en el fondo vital instintivo. El perdón emocional sana las heridas.

* * *

Hay tres modos de conceder el perdón emocional. El primero se da en estado de oración con Jesús.

Toma una posición de oración. Paso a paso ve calmándote. Concéntrate. Evoca, por la fe, la presencia de Jesús. Cuando hayas entrado en plena intimidad con él, evoca el recuerdo de tu hermano «enemistado». Lentamente, durante unos treinta minutos, tratando de sentir cada palabra, di esta oración:

Jesús, entra dentro de mí, hasta las raíces más profundas de mi ser. Jesús, toma posesión de mí. Calma este mar de emociones adversas. Jesús, acepta mi corazón con todas sus hostilidades. Arráncalo y sustitúyelo por el tuyo.

Jesús, quiero sentir en este momento lo que tú sientes por aquel hermano. Perdona tú dentro de mí. Perdónale tú en mí, y por mí. Sí, Jesús, quiero «sentir» los mismos sentimientos que tú tienes por aquel hermano. Quiero perdonarlo, Jesús, como tú perdonas. En este momento yo quiero «ser» tú. Quiero perdonarlo como tú. Quiero perdonarlo...

Imagina cómo desaparece la oscuridad en presencia de la luz. Así, *siente* cómo ante la presencia de Jesús los rencores se esfuman. Siente cómo la paz, como aire fresco, entra y llena tu alma. Imagina cómo, en este momento, te aproximas a tu «enemigo» para abrazarlo.

Cuando la herida queda sanada y nunca vuelve a abrirse, es señal de que el perdón emocional fue un don del Espíritu, una gratuidad extraordinaria e infusa.

Normalmente, sin embargo, después que haya pasado ese momento de intimidad con Jesús, lo probable es que vuelvas a sentir aversión contra aquel hermano, aunque menos intensa. No olvides que cualquier herida necesita muchas sesiones para sanar por completo.

Puede suceder también otra cosa. Has perdonado. El rencor, al parecer, se apagó por completo. De repente, sin embargo, después de mucho tiempo, al amanecer una mañana cualquiera, no se sabe cómo ni por qué, vuelve todo: de nuevo se levantan, altas y vivas, las llamas de la malevolencia.

Es tan desagradable sentir otra vez la fiebre, cuando vivías tan libre y feliz...

No te asustes ni te impacientes. Las emociones no dependen de la voluntad. Vuelve a repetir actos de perdón en la intimidad con Jesús y, lentamente, acabarán curando completamente tus llagas.

* * *

El segundo modo de perdonar emocionalmente es *comprendiendo* (1).

Si comprendiéramos, no haría falta perdonar.

Piensa en tu «enemigo». En cuanto tu atención esté fija en él, aplícale las siguientes reflexiones.

Fuera de casos excepcionales, en este mundo nadie actúa con mala intención, nadie es malo. Si él me ofendió, ¿quién sabe qué le contaron? ¿Quién sabe si estaba pasando una grave crisis? Lo que en él parece orgullo es timidez. Su actitud para conmigo parece obstinación pero es otra cosa: necesidad de autoafirmación. El pobre se siente tan poca cosa... A veces su conducta me parece agresiva; en realidad se trata de golpes secos para darse a sí mismo seguridad.

Si es *difícil* para mí, mucho más difícil es para él mismo. Si con ese su modo de ser sufro yo, mucho más sufre él mismo. Si hay una persona en el mundo que desea no ser así, esa persona no soy yo, es él mismo. Le gustaría ser constante y es versátil. Le gustaría ser encantador y es antipático. Le gustaría vivir en paz con todo el mundo y siempre está en conflicto con todos. Le gustaría agradar a todos y no lo consigue. El no escogió ese modo de ser.

Después de todo esto, ¿tendrá el «enemigo» tanta culpabilidad? ¿Qué sentido tiene el irritarse contra un modo de ser que él no escogió? No parece repulsa sino comprensión. A fin de cuentas, ¿no seré yo el equivocado y el injusto con mi actitud y no él? ¿No pedimos todos los días la misericordia del Padre?

Si supiéramos comprender, el sol de la ira declinaría, y la paz, como sombra bendita, ocuparía nuestras estancias interiores.

* * *

El tercer modo de perdonar es *desligándose*.

Se trata de un acto de dominio mental por el que uno desliga y desvía su atención.

El sentimiento de malevolencia es una corriente emo-

(1) Cf mi libro *Sube conmigo*, Paulinas, Madrid 1979, 172-185.

cional establecida entre mi atención y mi «enemigo». Por mi parte, es una resistencia atencional y emocional lanzada contra él.

Perdonar consiste, pues, en interrumpir o desligar ese vínculo de atención agresiva, quedar yo atencionalmente desligado del otro, y en paz.

En este modo de perdón se puede ejercitar en cualquier momento. No hace falta tomar una actitud recogida.

Cuando adviertas que estás dominado por el recuerdo del otro, haz un acto de control mental y desliga su atención: simplemente corta ese vínculo de atención. Vacíate interiormente suspendiendo por un instante tu actividad mental. Luego comienza a pensar en otra cosa y vuela con tu mente en cualquier dirección.

Aprovecha toda oportunidad para repetir este ejercicio de perdón. Pronto sentirás que ya no te molesta el recuerdo de aquella persona.

Aceptación de la propia historia

¡Los archivos de la vida! Solemos decir que la historia es un campo de batalla cubierto de hojas muertas.

Muchas personas, sin embargo, llevan vidas atormentadas porque siempre están con la mirada vuelta hacia atrás, y fija precisamente en las rojas heridas. La desgracia de mucha gente es que reviven las páginas muertas, reabren viejas cicatrices que nunca dejan sanar del todo. Llevan una vida triste porque rememoran hechos precisamente tristes. Sus propios archivos son el surtidor más abundoso de sentimiento.

Como hemos explicado más arriba, el tiempo no vuelve atrás ni un instante. Los archivos constan de hechos consumados que nuestros rencores y lágrimas jamás alterarán. El hombre puede vivir, repetimos una vez más, dándose de golpes de cabeza contra las murallas inalterables de los hechos consumados, en un estado de alucinante locura, quemando inútilmente tanta energía.

El cristiano necesita ejercitarse frecuente y profunda-

mente en esta purificación: en aceptar una y cien veces, en la fe, las historias dolorosas que el Padre permitió.

* * *

Toma una postura recogida. Colócate en la presencia del Señor, y consigue un estado de intimidad con el Padre.

Haz lentamente una introspección y una retrospectiva, zambulléndote en las páginas de tu historia. Uno por uno, ve aceptando los recuerdos dolientes en el amor del Padre, con un «me abandono en ti».

Comienza desde la época de la infancia. Ve escalando tu vida: adolescencia, juventud, edad adulta... Aquellas personas que influyeron tan negativamente. Aquella crisis de la adolescencia. Aquel hecho, en sí mismo insignificante, pero que me marcó tanto. Las primeras enemistades declaradas. El primer fracaso. La primera equivocación que tanto lamenté después. Aquella persona que nunca me comprendió, por lo menos no me apreció.

Aquel grupo de presión, capitaneado por aquel amigo que luego me traicionó: me combatieron para derribar un prestigio que tanto me costó levantar. Aquella crisis afectiva que sacudió el proyecto de mi vida. Aquel fracaso, y aquel otro. Aquel descalabro en la economía doméstica. Aquellos proyectos que se vinieron al suelo ya sabemos por culpa de quién. Aquella actitud arbitraria e injusta de aquel grupo.

Aquella situación de pecado, cuyo remordimiento aun ahora no me deja en paz. Aquellos ideales que no pude realizar...

Ve asumiendo todo en la fe y extiende sobre el campo de batalla la paz del abandono.

Señor de la historia, Dueño del futuro y del pasado, me abandono en ti. Para ti nada es imposible. Permítete que todo sucediera así. Hágase tu voluntad. Porque me amas y te amo, extendiendo mi homenaje de silencio sobre todas las páginas de mi historia.

En este momento asumo, en el misterio de tu voluntad, todos los hechos cuyo recuerdo me molesta. Uno por uno, como rosas rojas de amor, quiero depositar en tus

manos todos los acontecimientos dolorosos desde la lejana infancia hasta este momento.

A tus pies dejo también la carga pesada de mis pecados. Envía a tu ángel para que transporte ese fardo negativo y lo sepulte para siempre en el fondo del mar. Y que yo nunca me acuerde de eso.

Acepto con paz el hecho de querer ser humilde y no poder. Acepto con paz el hecho de no ser tan puro como quisiera. Acepto con paz el hecho de querer agradar a todos y no poder. Acepto con paz el hecho de que el camino hacia la santidad sea tan lento y difícil...

Acepta, oh Padre, el holocausto de mi corazón. Amén.

Radiografía del abandono

Voy a hacer a continuación una descripción imaginaria, para explicar cómo la vivencia del abandono da por resultado la paz y la liberación.

El otro día tenía un compromiso importante. Apreté los codos y me preparé esmeradamente. Estuve más torpe que nunca. Me abandoné en las manos del Padre diciendo: «Padre mío, hágase tu voluntad.» La decepción se me trocó en una completa paz.

Soy un joven pequeño, insignificante y opaco en todo sentido. Sufro complejos. Siempre he resistido esos límites. Como efecto de esa resistencia nació en mí una fuerte amargura. Estos últimos años mi oración no ha sido otra cosa que clamar: Padre amado, yo no he escogido nada de lo que soy y tengo. Tú has puesto en mí tan estrechos límites y fronteras. Acepto tu voluntad, me abandono a tus designios. Desde hace tiempo no me importa ser pequeño ni feo. El abandono me ha liberado de todo complejo e inhibición.

«Señor, tú eres mi lámpara,
Dios mío, tú alumbras mis tinieblas.
Fiado en ti me meto en la refriega.

Fiado en mi Dios asalto la muralla» (Sal 17).

Este año me han tocado circunstancias muy dolorosas: dificultades, desengaños, deserciones, fracasos. Luché como

un león contra todas las adversidades. Todo fue inútil. Durante semanas no he hecho otra cosa que repetir: «Alma mía, descansa sólo en Dios, porque él es mi esperanza. Sólo él es mi roca y mi salvación, mi alcázar: no vacilaré» (Sal 61). Hoy sigo manteniendo la misma lucha, pero con una paz tan grande, con una seguridad tan serena que los que me ven se preguntan: ¿qué le ha pasado?

¡Límites humanos! Soy una mujer que siempre he deseado agradar a todos, ser simpática. Vano esfuerzo. Cuanto más empeño pongo, más torpe y amanerada aparezco. Durante largos años fui «enemiga» de mí misma, víctima y verdugo de mí misma. ¡Cuánto me castigué! En estos tres años, en mi oración he repetido millares de veces a Dios: Dios mío, no me hiciste como yo hubiera querido sino como tú has querido. Me abandono a tu voluntad, me acepto tal como me hiciste, y bendito seas por haberme creado. Hoy —parece un prodigio— me dicen que aparezco natural y agradable.

Hace siete semanas que me siento enfermo. Los médicos no aciertan en el diagnóstico. Cada día me siento peor. Gastos van, remedios vienen. Aburrido, ya sentía los primeros síntomas de desesperación. He dicho a Dios: «Refugio mío, alcázar mío, Dios mío, me abandono a ti» (Sal 9). No hay mejoría pero mi alma ya no sufre. Estoy en paz.

En los últimos meses, casi he caído en una bancarrota económica. He tocado todas las puertas y ensayado todas las soluciones. A veces me siento ahogar como un naufrago. Dije a Dios: «Mi suerte está en tu mano, contigo a mi derecha no vacilaré y mi carne descansa serena» (Sal 15). En ningún momento he pedido a Dios que me saque de este pozo en que estoy hundido, sino que diariamente me abandono en sus manos mientras sigo luchando como si todo dependiera de mí. Pero ahora es un combate tan lleno de paz, que nadie lo podría creer.

He vivido metido en el fragor de las luchas sociales y reivindicaciones económicas. Pero vivo completamente entregado en las manos de mi Padre. Ni siquiera me inmutan los resultados. Es un fenómeno extraño: parezco un fanático revolucionario; en mi interior, sin embargo, rei-

na inextinguiblemente la paz. «No temeré al pueblo innumerable que acampa a mi alrededor» (Sal 13).

Soy una mujer que ha conocido el gusano amarillo de la envidia. Sufría desde el colegio porque tantas me superaban, me sacaban cien codos de diferencia. Un día dejé de resistir mis propios límites. Dije miles de veces: Padre mío, son las fronteras que tú has puesto en mí. Las acepto. Lentamente el gusano se debilitó y murió.

Llegará el ocaso. Ser viejo es cosa triste. No queda ni belleza ni fuerza y esperanza. Un viejo es como un objeto inútil: estorba en todas partes. Sin embargo, aceptaré como voluntad de mi amado Padre el avance inexorable del tiempo y de la vida. Me abandonaré sin resistencia alguna en los brazos de mi Padre. Combatiré la tristeza con el abandono y la aceptación. Yo sé que mi ocaso será como un atardecer dorado, lleno de serena dignidad. Acaso los que me vean dirán: ¡Mirad qué atardecer más bello! Será obra de la gracia.

Un día se me complicará la salud. Vendrán biopsias, análisis, diagnósticos. Estos darán un resultado positivo: carcinoma maligno. Tres meses de vida. Por encima de todas las resistencias de la naturaleza impondré el grito de Jesús: «No se haga lo que yo quiero sino lo que tú.» Pasarán las semanas como en un plano inclinado. Me abandonaré con más docilidad que nunca en los brazos del Padre como un río caudaloso que acaba en la muerte. No resistiré a la muerte. Me entregaré como Jesús, y la muerte no obtendrá la victoria sobre mí. Yo venceré a la muerte, aceptándola, y diciendo: «Padre amado, en tus manos entrego mi vida.»

Aunque tenga que caminar por rutas desconocidas y por oscuros despeñaderos,

«nada temo, porque tú vas conmigo.
Tu bondad y misericordia me acompañan
todos los días de mi vida» (Sal 22).

No criaré ambiciones que enloquecen, no incubaré manías de grandeza, no alentaré sueños imposibles:

«No pretendo grandezas
que superen mi capacidad,
sino que acallo y modero mis deseos
como un niño en los brazos de su madre» (Sal 130).

Y cuando logre abandonarme completamente en los poderosos brazos de mi amado Padre, disfrutaré de los efectos de liberación: no habrá red cazadora que alcance tus alas, ni el espanto nocturno ni la flecha voladora; ni la peste que se escurre furtivamente ni la epidemia que ataca a la luz del mediodía. Aunque caigan mil a tu derecha y diez mil a tu izquierda, a ti no te pasará nada malo. Y atravesarás el mundo sobre las alas de los ángeles por encima de áspides, víboras, leones y dragones (Sal 90).

ORACION DE ABANDONO

«Padre,
me pongo en tus manos.
Haz de mí lo que quieras.
Sea lo que sea,
te doy las gracias.
Estoy dispuesto a todo,
lo acepto todo,
con tal que tu voluntad se cumpla en mí
y en todas tus criaturas.
No deseo más, Padre.

Te confío mi alma,
te la doy
con todo el amor de que soy capaz.
Porque te amo
y necesito darme a ti,
ponerme en tus manos,
sin limitación,
sin medida,
con una confianza infinita,
porque tú eres mi Padre.»

CHARLES DE FOUCAULD

A poco que uno haya tratado con personas de oración y a poco que uno mismo haya hecho una zambullida introspectiva en sus aguas interiores, al instante advertirá que el primer obstáculo para sumergirse en el mar de Dios son las olas de superficie, es decir: el nerviosismo, la agitación y la dispersión general.

Para ser verdaderos adoradores en espíritu y verdad, necesitamos, como condición previa, el control, la calma y el silencio interior.

* * *

En lo alto de la montaña, Jesús había dicho que para adorar y contemplar al Dios vivo, no se necesitan grandes voces ni abundante palabrería. Hace falta crear el silencio interior. Hay que entrar en el recinto más secreto, desatenderse de los ruidos, establecer el contacto con el Padre y luego, simplemente, «quedarse» con El (Mt 6,6).

Si la oración es un encuentro, y el encuentro es la convergencia de dos interioridades, para que exista tal convergencia es indispensable que las dos personas salgan previamente de sus interioridades y se proyecten en un punto, en un momento determinado.

Sin embargo, la salida del hombre para su encuentro con Dios no es, paradójicamente, una salida sino una entrada; es decir, un avanzar en círculos concéntricos hacia el centro de sí mismo para «alcanzar» a Aquel que es «*interior íntimo meo*», más entrañable que mi propia intimidad (san Agustín). Entonces, y «allí», se da el encuentro.

Hay que comenzar por calmar las olas, silenciar los ruidos, sentirse dueño y no dominado, ser «señor» de la productividad interior, controlar y dejar en quietud todos los movimientos, sin permitir que los recuerdos y las distracciones lo lleven de un lado a otro. Este es el «aposento interior» (Mt 6,6) en «donde» es necesario *entrar* para que se dé el verdadero encuentro con el Señor.

Jesús añade: «Cierra las puertas» (Mt 6,6). Cerrar las puertas y ventanas de madera es fácil. Pero aquí se trata de unas ventanas mucho más imprecisas y sutiles, sobre las cuales no tenemos dominio directo.

El cristiano no tiene dificultad en desentenderse del mundo exterior. Le basta subir a un cerro, internarse en un bosque o entrar en una capilla solitaria y, con eso, ya se siente instalado en un entorno recogido. Pero lo difícil, imprescindible y urgente es otra cosa: desligarse (y desligándose, dominarla) de esa horda compacta y turbulenta de recuerdos, distracciones, preocupaciones e inquietudes que asaltan y destrozan la unidad y degüellan el silencio interior.

Los maestros espirituales nos hablan constantemente de las dificultades casi invencibles que tuvieron que soportar durante largos años para conseguir esa «soledad sonora», atmósfera indispensable para la «cena que recrea y enamora».

Dispersión y distracción

Este es el problema de los problemas para quien quiere internarse en la intimidad con Dios: la dispersión interior. Si conseguimos atravesar este verdadero «rubicón» sin ahogarnos, ya estamos metidos en el recinto sagrado de la oración.

¿En qué consiste la *dispersión interior*?

Venimos de la vida trayendo una enorme carga de esperanzas y desconsuelos. Nos sentimos íntimamente avasallados por tanto peso. Las preocupaciones nos dominan. Las ansiedades nos desasosiegan. Las frustraciones nos amargan. Hay por delante proyectos ambiciosos que turban la quietud. Llevamos sentimientos, resentimientos vivamente *fijados* en

el alma. Ahora bien, esta enorme carga vital acaba lentamente por destrozar y desintegrar la unidad interior del hombre.

Vamos a la oración, y la cabeza es un verdadero manicomio. Dios queda ahogado en medio de un ruido infernal de preocupaciones, ansiedades, recuerdos y proyectos. El hombre debe ser *unidad*, como Dios es *unidad*, ya que el encuentro es la convergencia de dos *unidades*. Pero en la dispersión el hombre se «percibe» como un amasijo incoherente de «trozos» de sí mismo que tiran de él en una y otra dirección: recuerdos por aquí, miedos por allá, anhelos por este lado, planes por el otro. Total, es un ser enteramente dividido, y por consiguiente dominado y vencido, incapaz de ser *señor* de sí mismo.

Además, el hombre es una red complejísima de motivaciones, impulsos, instintos que hunden sus raíces en el subconsciente irracional. El consciente es una pequeña luz en medio de una gran oscuridad, una pequeña isla en medio del océano.

En la complejidad de su mundo, el hombre (como conciencia libre) se siente golpeado, zarandeado, amenazado por un escuadrón de motivos e impulsos afectivos, que provienen desde regiones ignotas de uno mismo, sin enterarnos nunca por qué, cómo y dónde han nacido. No me extraña aquella patética descripción que hace san Pablo en la *Carta a los Romanos* (7,14-25), bocado exquisito para teólogos y psicólogos.

«Orar supone un pensamiento puro, un dominio de la mente, que el que ora trata de sustraer a las impresiones exteriores así como al oleaje del subconsciente, para fijarla, centrarla en un punto, donde se establece el contacto con el Señor de la paz y del silencio.

Por definición, la actividad mental es algo que bulle, que se mueve a través del campo del recuerdo, del conocimiento para realizar sus asociaciones de ideas de donde brota el pensamiento para deducir e inducir.

Es un peregrino que siempre está en trance de hacerse errante, de desviarse, de olvidar el fin, de perderse entre los matorrales de las representaciones confusas y des-

ordenadas. Aun al cabo de sus investigaciones, la mente sigue agitada. A la menor invitación, vuelve a caminar vagabunda» (2).

* * *

La distracción tiene las mismas características que la dispersión, y ambas palabras encierran un significado casi idéntico.

La mente humana, por su naturaleza dinámica, está en perpetuo movimiento cuando dormimos y sobre todo cuando estamos en vigilia. La mente, cabalgando sobre la asociación de imágenes, va brincando de recuerdo en recuerdo como inquieta mariposa. A veces, la lógica nos lleva sobre los eslabones de una cadena razonada. Otras veces no existe lógica alguna, ni patente ni latente; y la mente da saltos acrobáticos sin tino ni sentido; y de repente nos sorprendemos a nosotros mismos pensando en los más locos disparates.

Otras veces, aunque la mente se dispare en direcciones aparentemente descontroladas, no obstante subyace una lógica latente o inconsciente.

En todo caso, la mente danza en un perpetuo movimiento, pisando todas las latitudes.

Orar significa retener la atención, y mantenerla centrada y fija en un *Tú*.

El cristiano, cuanto más se ejercite en las prácticas de control mental, está facilitando directamente la capacidad concentradora de su mente en Dios. Las distracciones, eterna pesadilla de los orantes, irán desapareciendo en la medida en que, con paciencia y perseverancia, se ejercite el cristiano en las prácticas que indicaremos más adelante.

«Dios no está en el barullo», dice la Biblia (2 Re 19,11). Diré más exactamente: A Dios no se le encuentra en el barullo. Este barullo puede ser externo; éste no tiene im-

portancia. Cualquiera puede tener un gran momento con Dios en la agitación de un aeropuerto o en un hervor de una calle. Pero es el barullo interior el que pone en jaque el silencio.

Cuando decimos silencio interior, queremos indicar la capacidad de lograr el vacío interior, con el consiguiente señoría, de tal manera que uno sea sujeto y no objeto, capaz de centrar todas las fuerzas atencionales en el Objeto, que es Dios, en completa quietud. Y el barullo interior es el que impide el silencio.

Esta dificultad, a veces imposibilidad de lograr la unidad y el silencio conlleva consecuencias trágicas para muchos de los que han sido llamados a una alta unión. No se les ha enseñado o no han tenido la paciencia para ejercitarse en las prácticas del dominio mental.

En consecuencia no consiguieron esa «soledad sonora», recipiente del misterio. Nunca llegaron a un cruce e integración de los dos misterios, el de Dios con el mío. Jamás llegaron a experimentar «cuán suave es el Señor» (Sal 33; 85; 99; 144). Y sienten en su intimidad una extraña frustración que no aciertan a explicarse ni siquiera a sí mismos. Pero la explicación es ésta: una loca dispersión interior arrolló y degolló todas las buenas intenciones y todos los esfuerzos, y ellos quedaron al margen de una fuerte experiencia de Dios.

Y entonces toman diferentes direcciones: unos abandonan completamente la vida con Dios, con serias repercusiones para su estabilidad psíquica y para el problema elemental del *sentido de su vida*. Otros tranquilizan, no su conciencia, sino su *fuerte aspiración*, haciendo un poco de oración litúrgica o comunitaria (como si a un hambriento le diéramos unas migajas de pan). Otros se lanzan en brazos de una actividad desenfrenada, gritando a todos los vientos que el apostolado es oración.

Yo me he encontrado con hermanos a quienes sólo la palabra *oración* les da alergia: sienten por ella, y expresan, una viva e indisimulada antipatía. Y siempre están listos para disparar contra la oración flechas envenenadas: alienación, evasión, sentimentalismo, tiempo perdido, infantilismo y otras palabras. Yo los comprendo. Ellos han intentado miles de

(2) DECHANET, *El camino del silencio*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1966, 152.

veces ese encuentro, y siempre han naufragado en las corrientes de las aguas de la dispersión interior. La palabra *oración* va asociada, para ellos, a una doliente y larga frustración.

EJERCICIOS PARA CALMARSE

Aquí tenemos, pues, al hombre atrapado entre las redes de su fantasía, sin poder controlarse, concentrarse y orar. ¿Qué hacer?

Los místicos cristianos tuvieron altas experiencias espirituales que nos transmitieron en forma de reflexiones teológicas. Pero ellos no nos hablan —ni sabemos si se ejercitaron— de los medios prácticos para superar la dispersión y conseguir ese silencio interior, indispensable condición previa para vivir la unión transformante con Dios.

Ellos vivieron en una sociedad tranquila de fe o, quizá, en eremitorios o monasterios solitarios, lejos de las tormentas del mundo. Nosotros, en cambio, vivimos en una sociedad acosada por el vértigo, el ruido y la velocidad. Si no tomamos precauciones, no sólo será frustrada nuestra *llamada* a la unión con el Señor sino que fracasaremos en el destino más primitivo y fundamental del hombre: ser unidad, interioridad, persona.

No me cansaré de repetir: Los que sienten que Dios vale la pena (y, en fin de cuentas, *sólo El* vale la pena y, sin El, nada tiene sentido), los que desean tomar en serio el camino que conduce a la experiencia transformante con el Padre, harán bien en ejercitarse frecuentemente en las diferentes prácticas que van a continuación. Además, sin éstas o parecidas prácticas no habrá, normalmente, progreso en la oración.

* * *

Los ejercicios que van a continuación están tomados de mi libro *Sube conmigo*, con pequeñas variantes y aplicaciones a la oración.

Quiero hacer constar que todos los ejercicios que voy a describir a continuación los he utilizado yo mismo numerosas veces, con miles de personas, en los *Encuentros de Experiencia de Dios*, a fin de preparar a los grupos para el momento de la intimidad con Dios.

A lo largo de estos años he ido puliéndolos, cambiando muchos detalles según los resultados que yo mismo observaba, buscando siempre la mejor practicidad. Expresamente voy a omitir aquí ejercicios complicados. Entrego unos medios, simples y fáciles, que cualquier principiante puede practicar por sí mismo, sin necesidad de guía y con resultados positivos.

Advertencias

1. Todos los ejercicios deben hacerse lentamente y con gran tranquilidad. No me cansaré de repetirlo. Cuando no se consigue el fruto normal, generalmente es porque falta serenidad.

2. Todos estos ejercicios pueden hacerse con los ojos cerrados o abiertos. Si se hace el ejercicio con los ojos abiertos, conviene tenerlos fijos (no rígida sino relajadamente) en un punto fijo, sea en la lejanía o en la proximidad. A cualquier parte que mire, lo importante es «mirar hacia adentro».

3. La inmovilidad física ayuda a la inmovilidad mental y a la concentración.

Es muy importante que durante todo el ejercicio se reduzca la actividad mental al mínimo posible.

4. Si en el transcurso de un ejercicio comienzas a agitarte, lo que al principio sucede con frecuencia, déjalo por el momento. Cálmate por un instante y vuelve a comenzar. Si alguna vez la agitación es muy fuerte, levántate y abandona todo por hoy. Evita en todo momento la violencia interior.

5. Ten presente que en un principio los resultados serán exiguos. No te desalientes. Recuerda que todos los primeros pasos, en cualquier actividad humana, son dificultosos. Necesitas paciencia para aceptar que el avance sea lento, y mucha constancia.

Los resultados suelen ser muy dispares. Habrá días en que consigas con facilidad el resultado esperado. Otras veces todo te será difícil. Acepta con paz esta disparidad y persevera.

6. Casi todos estos ejercicios producen sueño, cuando se consigue el relajamiento. Es conveniente practicarlos en las horas más desveladas.

Para los que sufren de insomnio, se aconseja hacer cualquiera de los tres primeros ejercicios, sobre todo el primero, al acostarse. Diez minutos de ejercitación lo sumarán en un plácido sueño.

7. Después de experimentar todos los ejercicios, puedes quedarte, según el fruto que percibas, con aquel o aquellos que te vayan mejor. Puedes también introducir modificaciones en cualquiera de ellos, si observas que así te va mejor.

8. Después de un grave disgusto, de un momento fuertemente agitado o de una fatiga depresiva, retírate a tu cuarto. Quince minutos de ejercitación pueden dejarte parcial o totalmente aliviado.

Para perdonar, para librarte de obsesiones o estados depresivos, utiliza estos ejercicios. Al principio no conseguirás resultados. Más tarde sí, sobre todo si te dejas envolver por la presencia del Padre.

9. Algunas de las prácticas presentes ponen al cristiano directamente en la órbita de la quieta unión con Dios. Otras, son terapias que lo preparan para la oración.

En cuanto a la manera de combinar el ejercicio terapéutico con la oración misma: de qué manera, en qué momento, a partir de qué ejercicio pasar de la terapia a la oración propiamente tal, nosotros no podemos dar aquí ninguna orientación. Todos los ejercicios son experiencias de

vida, y la oración lo es mucho más. Ahora bien, la experiencia se vive de forma única e inédita. Nuestro consejo es el siguiente: que el cristiano experimente los diferentes ejercicios; vea cuáles surten para él mejor efecto. Vea si una combinación de ellos da mejor resultado. Ensaye diferentes saltos: de la terapia a la oración, de la oración a la terapia. Experimente todo y quédese con lo mejor.

Preparación

A cada ejercicio debe preceder esta preparación. Siéntate en una silla o en un sillón. Toma una postura cómoda. A ser posible no recuestes las espaldas. Haz que el peso de tu cuerpo caiga equilibradamente sobre la columna vertebral recta. Pon las manos sobre las rodillas, con las palmas hacia arriba y los dedos sueltos.

Estáte tranquilo. Ten paz. Siente calma. Sin demorar mucho, ve «tomando conciencia» de los hombros, cuello, brazos, manos, estómago, pies... y «siéntelos» sueltos.

Sé un «observador» de tu movimiento pulmonar. Acompaña mentalmente el ritmo respiratorio. Distingue la inspiración de la expiración. Respira profundo pero sin agitarte.

Cálmate. Ve poco a poco desligándote de recuerdos, impresiones interiores, ruidos y voces exteriores. Toma posesión de ti mismo. Permanece en paz.

Esta preparación debe durar unos cinco minutos y nunca debe faltar al principio de cualquier ejercicio.

* * *

Puedes hacer estos ejercicios, si quieres, sentado en el suelo, sobre algún cojín, cruzadas las piernas (si eso te molesta, con las piernas estiradas) apoyándose ligeramente en la pared con todo el tronco (la cabeza inclusive) de tal manera que te sientas completamente descansado, y haz la preparación indicada.

Se puede hacer, también, acostado en el suelo (sobre una alfombra: eso beneficia a la columna) o en la cama, boca arriba, extendidos los brazos junto y a lo largo del cuerpo, a ser posible sin almohada.

Si en cualquiera de estas posturas sientes molesto algún músculo o miembro, debes cambiar de posición hasta encontrar la postura descansada.

Algo de esto puede hacerse también en la capilla, por ejemplo, cuando deseas orar y no consigues hacerlo porque te sientes disperso y agitado.

Primer ejercicio: vacío interior

¿Qué se pretende con este ejercicio? Sucede que las tensiones son acumulaciones nerviosas, localizadas en los diferentes campos del organismo. La mente (el cerebro) las produce, pero se sienten en los diferentes lugares del organismo. Si paramos el motor (la mente), entonces aquellas cargas energéticas desaparecen y la persona se siente descansada, en paz.

Este ejercicio consigue, pues, dos cosas: relajamiento y control mental.

¿Cómo se practica? Puede practicarse de cualquiera de estas tres maneras:

1. Una vez hecha la preparación, después, con gran tranquilidad, detén la actividad mental, «siéntete» como si tu cabeza estuviera vacía, «experimenta» como si en todo tu ser no hubiera nada (pensamientos, imágenes, emociones...), páralo todo. Te ayudará a conseguir esto el ir repitiendo suavemente *nada, nada, nada...*

Haz eso durante unos treinta segundos. Luego descansa un poco. Después vuelve a repetirlo. Y así, practícalo unas cinco veces.

Después de practicar bastante, tienes que sentir que no solamente la cabeza, sino también el cuerpo, todo está vacío, sin corrientes nerviosas, sin tensiones. Sentirás alivio y calma.

2. Tras la preparación, y en el primer momento, cierra los ojos, imagínate estar ante una inmensa pantalla blanca. Con esto, tu mente queda en blanco, sin imágenes ni pensamientos durante unos treinta segundos más. Abre los ojos. Descansa un poco.

En el segundo momento, cierra los ojos, imagina estar ante una pantalla oscura. Permanece en paz. Tu mente quedará a oscuras, sin pensar ni imaginar nada, durante unos treinta segundos o más. Abre los ojos. Descansa un poco.

En el tercer momento, imagina estar ante una piedra grande. Esa piedra «se siente» pesada, insensible, muerta. Mentalmente, haz como si fueras esa piedra, «siéntete» como ella y quédate así inmóvil durante medio minuto o más. Abre los ojos. Descansa.

En el cuarto momento, imagina «ser» como ese gran árbol, «siéntete» por un minuto como ese árbol: vivir sin sentir nada. Abre los ojos. Te encontrarás aliviado y descansado.

3. Hecha la preparación, toma el reloj en las manos, quédate inmóvil, mirándolo.

Con gran tranquilidad, fija tus ojos en la punta del segundero. Sigue con la vista el girar del segundero, durante un minuto, sin pensar ni imaginar nada. Tu mente está vacía.

Repítelo unas cinco veces.

Si se interfieren distracciones, no te impacientes. Elimínalas y continúa tranquilamente.

* * *

Con gran tranquilidad, di: ¡Señor, Señor!, y quédate con la atención paralizada y fija en el Señor durante unos quince segundos. Repítelo varias veces.

Con gran serenidad, di en voz suave la palabra *paz*. Y quédate durante unos quince segundos en completa inmovilidad interior. Te sentirás inundado de paz.

* * *

El control directo se te escapará muchas veces, las facultades intentarán recobrar su independencia y, en una cadena asociada, las imágenes tratarán de perturbar la quietud. No te asustes ni te impacientes.

En esta tarea, tanto la terapia preparatoria como en la oración misma, los resultados serán sumamente diversos y oscilantes. A veces, sin esfuerzo alguno, a los pocos minutos, el alma se hallará en una quieta paz. En otras oportunidades, en cambio, pasará media hora en una lucha estéril, sin cosechar frutos. Hay que aceptar con paz esa variabilidad oscilante.

* * *

Este primer ejercicio, en cualquiera de sus cuatro modalidades, pretende que el ejercitante llegue a «sentirse» como una piedra o como un pedazo de madera. Este estado momentáneo de absoluta ausencia de actividad mental trae como consecuencia la relajación nerviosa, la desaparición de las ansiedades y la percepción de la unidad interior. Todo ello, repito, a condición de que el sujeto se ejercite en detener momentánea y progresivamente el curso de la mente y se desligue de toda la masa de pensamientos, imágenes y percepciones.

Entonces la persona llega a experimentar la sensación de «in-sistencia»: es decir, llega a sentir la realidad individual *toda-en-sí*. A eso llamamos percepción de la unidad interior en la que la conciencia se hace presente a sí misma.

Aunque no se llegue a esta perfección, si el cristiano se ejercita progresivamente en esta *suspensión mental*, sentirá que la casa se sosiega, que el trato con el Señor resulta una actividad mucho más fácil y agradable de lo que creía. Y, casi sin darse cuenta, se encontrará a sí mismo introducido en una profunda inter-relación de conciencia a Conciencia, en quietud y recogimiento.

Segundo ejercicio: de relajamiento

¿Qué se pretende? Este ejercicio pretende, directamente, relajar y pacificar todo el ser. Indirectamente, consigue el dominio de sí y la concentración mental.

Consigue también —cuando se hace bien— eliminar las molestias neurálgicas y aliviar los dolores orgánicos.

¿Cómo se practica? En primer lugar, haz la preparación.

Cierra los ojos, hazte presente *todo tú* (tu atención completa) en el cerebro, identificándote con tu masa cerebral. Con atención y sensibilidad detecta el punto exacto que te molesta o está tenso. Con gran tranquilidad y cariño, muy identificado con ese punto, comienza a decir, pensando o hablando suavemente: *Cálmate, sóségate, quédate en paz...*, repitiendo varias veces esas palabras, hasta que la molestia desaparezca.

Luego pasa (con tu atención) a la garganta, y haz lo mismo hasta que todo esté relajado.

Después pasa al corazón. Identifícate atencionalmente con ese noble músculo, como si fuera una «persona» diferente. Es necesario tratarlo con gran cariño, ya que lo maltratamos frecuentemente (cada euforia y cada disgusto es una agresión). Quédate inmóvil y, con paz y cariño, «ruégale»: *Cálmate, funciona sosegadamente, más despacio...* Repite esas palabras varias veces hasta que el ritmo cardíaco se normalice.

Los tesoros más grandes de la vida serían estos dos: control mental y control cardíaco. ¡Cuántos disgustos se evitarían! Estarían de sobra muchas de las consultas médicas, se prolongaría la vida y se viviría en paz. Con paciencia y constancia pueden adquirirse.

Pasa luego al área grande del estómago y pulmones. Recuerda dónde se siente el miedo, la ansiedad y la angustia: en la boca del estómago. Quédate inmóvil, detecta, con atención y sensibilidad, las tensiones y las acumulaciones nerviosas, y tranquilízalo todo diciendo las mismas palabras de arriba.

Si en este momento sientes algún dolor orgánico, pasa mentalmente ahí y alivia ese dolor con las palabras de arriba.

Reinando la calma en tu interior, haz un paseo rápido por la periferia del organismo. «Siente» que la cabeza y el cuello, en su parte exterior, están relajados. «Siente» que están sueltos y relajados los brazos, las manos, espalda, abdomen, piernas, pies...

Para terminar, experimenta, de un golpe e intensamente, lo que voy a decir en este momento: *en todo mi ser reina una completa calma.*

Tercer ejercicio: de concentración

¿Qué se pretende? Dos cosas: la facilidad para controlar y dirigir la atención y, en segundo lugar, unificar la interioridad.

¿Cómo se practica? Haz la preparación.

Quieto, tranquilo, con la actividad mental reducida al mínimo posible, percibe el ritmo respiratorio. No pensar, no imaginar, no forzar el ritmo, simplemente percibir el movimiento pulmonar durante unos dos minutos. Sé espectador de ti mismo.

Después, más inmóvil y tranquilo todavía, quédate atento y sensible a todo tu organismo y detecta en alguna parte de tu cuerpo los golpes cardíacos. Repito: en cualquier parte de tu cuerpo. Cuando los hayas localizado (vamos a suponer, por ejemplo, en el tacto de los dedos, o en otra parte), quédate «ahí», centrado, atento, inmóvil durante unos dos minutos, «escuchando».

Finalmente llegamos al momento más alto de la concentración: *la percepción de tu identidad personal.* ¿Cómo se hace? Es algo simple y posesivo. No pensar, no analizar sino percibirse. Percibes y, simultáneamente, eres percibido. Y te quedas concentradamente contigo, identificado contigo.

Para conseguir esta impresión, que es la cima de la concentración, te ayudará el decir suavemente varias veces: *Fu-*

lano (di mentalmente tu nombre), *yo soy Juan Pérez... Yo soy mi conciencia.*

Cuarto ejercicio: auditivo

¿Qué se pretende? El control y la concentración.
¿Cómo se practica? Haz la preparación.

Quédate inmóvil, mirando a un punto fijo, toma una palabra y ve repitiéndola lentamente durante unos cinco minutos. En cuanto todo vaya desapareciendo de tu interior, sólo queda la palabra y su contenido.

Las palabras pueden ser éstas: *paz, calma, nada...*

Para ayudar a la oración, puede ser: *mi Dios y mi todo.*

Quinto ejercicio: visual

¿Qué se pretende? Concentración y unificación.
¿Cómo se practica? Haz la preparación.

Toma una imagen (por ejemplo, una figura de Cristo, de María, o un paisaje). En una palabra, una estampa que tenga para ti gran poder de evocación.

Colócala en las manos, delante de tus ojos. Con gran tranquilidad y paz, extiende tu mirada sobre la imagen durante un minuto.

En segundo lugar, durante unos tres minutos, trata de «descubrir» los sentimientos que la imagen te evoca: intimidad, ternura, fortaleza, calma...

En tercer lugar, trata de identificarte con esa imagen y sobre todo con los «sentimientos» que has descubierto. Y acaba el ejercicio «impregnado» con esos mismos «sentimientos».

Para solucionar el mal del siglo, que es la ansiedad profunda (*stress*) y para asegurar la vida con Dios no basta ejercitarse, metódica y ordenadamente, con las diferentes prácticas de pacificación. Necesitamos remedios de largo alcance.

En mi opinión, hoy más que nunca, es indispensable alternar la actividad profesional o apostólica con el retiro total por tiempos determinados. Se trata de que el cristiano organice de tal manera su vida que pueda disponer de tiempos fuertes para el trato exclusivo con Dios.

Después de hacer numerosos ensayos con diferentes grupos de personas consagradas, llegué a la convicción de que *la solución* para asegurar permanentemente una elevada vida con Dios son los tiempos fuertes.

Dijimos un día: Vivifiquemos el Oficio Divino; sea éste el alimento fuerte para la vida de fe. Con la mejor voluntad, trató la comunidad de vivificarlo por todos los medios: todo era preparado esmeradamente; se le daba todos los días gran variedad. Después de varios meses, volvió de nuevo la monotonía y la rutina acabó con la variedad. El problema es vitalizar. Y la vitalidad no entra de fuera para dentro, sino que sale de dentro para fuera. Cuando el corazón está vacío, las palabras de los salmos y la misa están vacías. Cuando el corazón está rebosante de Dios, las palabras quedan pobladas de Dios. En este caso, un mismo salmo repetido cien veces, la última vez puede tener más novedad que la primera.

Supongamos que, en una tarde de «desierto», una persona vive la intimidad con Dios sirviéndose de las palabras del salmo 30, por ejemplo; cuando este mismo salmo salga en el Oficio Divino común, esas palabras ya están vivificadas para aquella persona, y su rezo será para ella como un banquete espiritual. Los tiempos fuertes son, en mi opinión, el instrumento más adecuado para renovarse, reafirmar la fe y mantenerse en la fidelidad.

Por otra parte, los tiempos fuertes no son ninguna novedad. Con ellos regresamos a los tiempos de Jesús y de los

profetas, en que los hombres de Dios se retiraban a la soledad completa, generalmente a los desiertos o a las montañas, para entrenarse intensamente en la familiaridad con Dios; se sanaban de las heridas recibidas en el combate del espíritu y volvían a la lucha, fuertes y sanos.

* * *

Los tiempos fuertes no sólo son para crecer en la amistad con Dios, sino también para recuperar el equilibrio emocional, dado que la estabilidad interior está presionada y combatida como nunca antes.

«Nuestra cultura lleva a una forma de vida difusa y desconcentrada que casi no tiene paralelos. Se hacen muchas cosas a la vez: se lee, se escucha la radio, se habla, se fuma, se come, se bebe. Esa falta de concentración se manifiesta claramente en nuestra dificultad para estar a solas con nosotros mismos.

Quedarse sentado sin hablar, sin fumar, sin leer o beber, es imposible para la mayoría de la gente. Se ponen nerviosos e inquietos, o deben hacer algo con la boca o con las manos. Fumar es uno de los síntomas de la falta de concentración; ocupa la mano, la boca, los ojos y la nariz» (3).

Es necesario retirarse cada cierto tiempo a la soledad completa para recuperar la unidad interior. Si no organiza repliegues frecuentes, el hombre de Dios será arrastrado por la corriente de la dispersión y naufragará como «llamado y elegido» y también como proyecto fundamental de vida.

En el camino de la vida me encontré con personas que no parecían *personas*. Persona significa ser *señor* de sí mismo, y éstas no lo eran. Lanzados a la vorágine descontrolada de la actividad (que siempre llaman apostólica y no siempre lo es), fueron desintegrándose interiormente hasta perder el señorío y, a veces, el sentido de la vida. Gente excitada, nerviosa, vacía.

(3) ERICH FROMM, *El arte de amar*, Paidós, Buenos Aires, 129.

Gente incapaz de parar unos minutos para preguntarse: ¿Quién soy yo? ¿Cuál es el proyecto fundamental de mi vida y cuáles son los compromisos que mantienen en pie ese proyecto? Como no querían enfrentarse con estas preguntas, siempre andaban escapándose de su misterio: eran fugitivos de sí mismos, y la actividad llamada apostólica era su refugio alienante. Necesitaban andar saltando todo el día de actividad en actividad, de grupo en grupo para nunca pararse, porque si paraban, en seguida aparecerían las preguntas sobre el misterio de su vida. Mejor cerrar los ojos, no parar para no toparse con el enigma desafiante de su misterio. Naturalmente, estas personas no tenían riqueza alguna que comunicar al mundo, sólo palabras vacías.

Es indispensable detenerse y retirarse periódicamente, para recuperar la integridad y el señorío.

* * *

Tiempos fuertes —repetimos— para transformarnos en *hombres de Dios*. En la frente de estos hombres el pueblo divisa y distingue desde lejos un brillo especial: son los que hablan sin hablar.

En el yunque de la soledad se forjan los profetas de Dios: allá, sobre las estepas ardientes, soportaron sin pestañear la mirada de Dios, y cuando bajan a las llanuras transmiten resplandor, espíritu y vida. En el silencio del desierto «vieron y oyeron» algo, y al presentarse en medio del pueblo innumerable, nadie puede silenciar su voz. *Presenciaron* algo, y no hay en el mundo verdugo que pueda degollar su testimonio, y necesariamente se transforman en trompetas insobornables del Invisible. El pueblo sabe distinguir al enviado y al entrometido.

Es necesario retirarse para ser hombres de Dios.

¿Que no hay tiempo para estos repliegues periódicos? Tiempo hay para todo cuanto se quiere.

El tiempo no es impedimento. El mal es otro. Nos parecemos a esos enfermos que tienen miedo y evitan enfrentarse con los médicos o con los rayos X. La dispersión, la

distracción, la diversión entretienen en un primer momento, pero no queremos enterarnos de que, a la postre, traen desasosiego y frustración porque disocian al hombre. Además cuesta mucho remontar la vida con Dios. Por añadidura, Dios es un temible Desafiador. Mucho más tranquilo se vive lejos de su fuego.

«Desierto»

Llamamos *momentos fuertes* a aquellos fragmentos de tiempo, relativamente prolongados, reservados exclusivamente para el encuentro con Dios. Por ejemplo, en la organización de la propia vida, uno puede reservar espontáneamente unos treinta o cuarenta minutos diarios para el Señor.

Cuando una vez al mes, por ejemplo, se marca un día entero para dedicárselo a su Dios, a ese tiempo fuerte lo llamamos «desierto».

La vivencia o celebración del «desierto» tiene características particulares. Es sumamente conveniente, casi necesario, que, para vivir un día «desierto», salga el cristiano del contorno normal donde vive y actúa, y vaya a un lugar solitario, sea campo, montaña o casa de retiro.

Para estímulo mutuo, es conveniente que esta salida al «desierto» se efectúe en grupos de tres o cuatro, por ejemplo; pero una vez llegados al lugar donde van a pasar el día, es imprescindible que el grupo se disperse y se mantenga todo el tiempo en completa soledad. También es conveniente que el «desierto» tenga carácter penitencial en cuanto a alimento. En resumen: «desierto» sería un tiempo fuerte dedicado a Dios en silencio, soledad y penitencia.

* * *

Para que el «desierto» no se transforme en un día temible (en este caso no se repetiría por segunda vez) es necesario que el cristiano lleve una pauta orientadora para ocupar productivamente todas las horas de ese día. Sepa de antemano de qué instrumentos puede echar mano: determinados

salmos, textos bíblicos, ejercicios de concentración, un cuaderno para anotar impresiones, oraciones vocales, lecturas meditadas, etc.

Damos algunas sugerencias. Una vez llegados al lugar donde va a transcurrir el día, es conveniente comenzar por el rezo de unos cuantos salmos para afinar la sensibilidad de la fe y crear el ambiente interior adecuado. En caso de encontrarse en estado disperso, debe el cristiano ejercitarse en las diferentes prácticas para calmarse, concentrarse, controlarse. Lo más importante del «desierto» es el diálogo personal con el Señor, diálogo que no es cruce de palabras sino de interioridades. El máximo del tiempo posible debe dedicarlo a establecer esa corriente dialogal *yo-tú*, a estar «cara a cara» con el Señor. A lo largo del día puede haber lecturas meditadas, reflexión sobre la vida propia, sobre problemas pendientes de fraternidad u otros. En este día deben aceptarse tantas cosas como uno rechaza, sanarse, con ejercicios de perdón y abandono, de las heridas de la vida, de tal manera que el hombre de Dios baje de la montaña completamente sanado y fuerte.

Dése cuenta el cristiano de que, a lo largo de un día o de una tarde, el alma puede pasar por los estados de espíritu más variados y hasta contradictorios. No se asuste. Ni se ponga eufórico con las consolaciones ni deprimido en las arideces. La impaciencia es la hija más sutil del yo. Donde está la paz, allí está Dios. Recuérdalo: si tienes paz, aun en plena aridez Dios está contigo.

Nunca te dejes llevar de la ilusión. Ella tiene una cara semejante a la esperanza pero es contraria a ella. Sí; has de saber discernir el esfuerzo de la violencia y la ilusión de la esperanza. Nunca sueñes en conseguir emociones fuertes. Porque si no las consigues, vas a impacientarte; la impaciencia generará violencia, y tratarás de conseguir por la fuerza aquella impresión. La violencia generará fatiga, y la fatiga degenerará en frustración. Sería lástima que el cristiano, en lugar de regresar del «desierto» a la vida fortalecido y animado, regresara frustrado. Una vez más, los ángeles guardianes del «desierto» son la paciencia, la constancia y la esperanza. No te olvides de que Jesús hacía tantos «desiertos»;

organiza tu vida y reserva para Dios ciertos días del año, y con eso estarás demostrando que Dios es importante en tu vida.

* * *

Lo dicho hasta aquí son medios válidos para los primeros pasos. Más adelante, estos mismos medios resultarán mulas inútiles. Cuando ya se da el hábito de la oración y se vive en su espíritu, el ponerse en trance de orar y «quedarse» con Dios es una misma cosa, salvo en tiempos de sequedades.

Y, en la medida en que el alma va adelantando, es Dios quien va tomando la iniciativa. Desde las profundidades surge la acción de Dios y toma posesión del castillo. El Uno unifica, y el centro concentra todo.

Aquí y ahora, no hacen falta ni gimnasias mentales ni estrategias psicológicas. El castillo es tomado incondicionalmente y sus huestes se rinden al nuevo Dueño. Pero todo esto se consuma después de un largo proceso de purificación.

3. Posiciones y circunstancias

Una vez más, tenemos que recordar que cada persona experimenta las cosas de manera singular e irrepetible. No hay enfermedades sino personas enfermas, y una misma receta aplicada a diferentes enfermos produce diferentes efectos.

Vamos a dar aquí unas sugerencias concretas, pero es cada cristiano el que tiene que ensayar las diferentes recetas; hacer eventualmente, con ellas, combinaciones diversas y, al final, quedar con lo mejor.

* * *

No somos ángeles. Muchas veces pensamos a partir de una dicotomía y de unos conceptos dualistas. Hablamos de la gracia y el alma. No se trata del alma sino de la naturaleza, es decir, cuerpo y alma. Ambos están integrados en unidad tan indisoluble que no hay bistrú en el mundo que pueda señalar las fronteras entre el uno y la otra.

Para orar, hay que contar con el cuerpo. Una postura corporal adecuada puede solucionar un estado de aridez. Una respiración, hecha con lentitud y profundidad, puede desaparecer la ansiedad. Una posición correcta puede ahuyentar las distracciones. Cuando, por diferentes motivos, es absolutamente imposible orar, el cristiano puede adoptar corporalmente posiciones que signifiquen adoración, por ejemplo, prosternarse en tierra y permanecer así, adorando, sin expresar nada ni mental ni vocalmente. Podría ser una excelente oración para un determinado momento.

Cuando el cristiano se encuentre sumamente dolorido y

enfermo, en cama, no pretenda rezar nada, no diga nada. Simplemente extienda los brazos como Jesús en la cruz; entréguese como ofrenda. Será la adoración de su cuerpo doliente.

Cualquier posición que, como señal exterior, indique receptividad, acogida o abandono, ayuda para que el alma tenga la misma actitud.

Naturalmente, las posiciones exteriores son extrínsecas a la oración misma, y por consiguiente tienen una importancia secundaria. No obstante, en momentos determinados, pueden constituir una ayuda sustancial para el encuentro con Dios.

Muchos cristianos se quejan de sus dificultades y distracciones, casi invencibles, para recogerse en la presencia del Señor. ¿No sucederá esto, muchas veces, por descuidar los factores exteriores? Por ejemplo, con una respiración agitada o superficial, difícilmente llegará el cristiano a un encuentro profundo.

Posiciones para orar

Anda por ahí un precioso folleto que se titula *Le corps et la prière* (Editions du Feu Nouveau, Paris). Algunas de las presentes sugerencias están inspiradas ahí.

De pie.—No olvidemos que los judíos —y por tanto Jesús también— oraban de pie.

Colócate de pie. Las puntas de los pies pueden estar más o menos abiertas, sin estar necesariamente juntas. Los que sí deben estar juntos, y tocándose, son los talones, de tal manera que el peso del cuerpo caiga equilibradamente por la arboladura de la columna vertebral, sintiendo distensión muscular y serenidad nerviosa. La cabeza erguida pero no rígida. Esta posición regula la respiración, activa la circulación y neutraliza el cansancio muscular.

Los *brazos* pueden estar en diferentes posiciones: *abiertos y extendidos* hacia adelante, en actitud receptiva. *Abiertos y levantados* hacia arriba para expresar una súplica intensa o

cualquier impresión fuerte, sea de gratitud o exaltación. *Abiertos*, los antebrazos en cruz y los brazos y manos levantados hacia arriba, palmas hacia adelante para expresar disposición y prontitud. Brazos-manos *recogidos* y cruzados sobre el pecho para expresar recogimiento o intimidad. *Manos juntas* y dedos cruzados, apoyado todo (o no) sobre el pecho para manifestar interiorización, gratuidad, súplica. Brazos completamente *abiertos* en forma de cruz para la oración de intercesión, de carácter universal.

No olvidemos cuántas veces los salmos hacen referencia a los brazos extendidos: «Todo el día estoy clamándote, Dios mío; y extendiendo mis manos hacia ti» (Sal 88; cf 62 y 118).

Los *ojos* pueden estar completamente cerrados. Esto, de por sí, significa intimidad. De hecho, esto ayuda a muchos a recogerse. A otros, en cambio (de ojos cerrados) les asaltan toda clase de imágenes. Pueden estar (los ojos) *entornados* y recogidos, focalizados sobre las puntas de los pies, la boca del estómago u otro lugar fijo, con tal que siempre miren, de alguna manera, «hacia dentro». Pueden estar (los ojos) completamente *abiertos*, dirigidos hacia arriba, hacia adelante, mirando un punto fijo o mirando al infinito. La inmovilidad ocular (y corporal, en general) ayuda la quietud interior.

Según en qué entorno se encuentre, el orante puede mirar una imagen, el sagrario, el crucifijo...

Sentado.—Si está sentado en un banco o en una silla, debe apoyar la espalda en el respaldo del asiento, de tal manera que el peso caiga equilibradamente, teniendo presentes las normas generales sobre los brazos, manos y ojos.

Se puede, también, sentar a la manera llamada «carmelitana»: se arrodilla, se sienta sobre los talones, con las puntas de los pies levemente juntas y los talones un tanto separados. Los brazos deben caer libre y suavemente, apoyadas las manos (palmas hacia arriba o hacia abajo) sobre los muslos.

Para el que no está acostumbrado esta posición puede resultarle, al principio, un tanto incómoda. Cuando el cuerpo se habitúa, resulta una posición descansada y expresiva: indica humildad, disponibilidad, acogida. Para evitar la mo-

lesta, muchos utilizan unos *banquitos*, de la siguiente manera: una vez que está de rodillas, coloca el banquito encima de las piernas, junta las puntas de los pies, distancia los talones y las rodillas; se sienta, lenta y completamente, sobre el banquito. Es una posición sumamente cómoda.

Existen, también, otras maneras de sentarse.

Postrado.—Postrarse en el suelo es la posición de máxima humildad e indica y fomenta la adoración más profunda. Sus compañeros sorprendieron muchas veces a san Francisco en esta posición, en la sagrada montaña de Alvernia.

Primer modo: Con movimientos lentos, arrodíllate. Quédate así durante unos momentos. Después, inclínate (siempre con lentitud), curvando todo el cuerpo hasta tocar (apoyar) la frente en el suelo. Los brazos y las manos se apoyan en el suelo cerca de la cabeza. El peso del cuerpo cae, pues, sobre cuatro apoyos: pies, rodillas, frente, brazos-manos. Mantente en esta posición, respirando profunda y regularmente, hasta sentirte completamente cómodo. Al terminar la oración vuelve, con lentitud y suavidad, a sentarte o ponerte de pie.

Segundo modo: Arrodíllate primero; después, con movimientos lentos, acuéstate completamente de bruces en el suelo, con los brazos extendidos en cruz o recogidos a lo largo y junto al cuerpo, o colocando las manos como apoyo de la frente.

* * *

En los comienzos, se ha de ejercitar gradualmente. En los primeros ensayos no se ha de permanecer mucho tiempo en una misma postura. Deben evitarse posiciones que resulten forzadas o incómodas. Si te sientes a gusto, es señal de que la posición es correcta y de que se ha logrado una buena distensión muscular y nerviosa.

Es el mismo cristiano quien tiene que ejercitarse en las diversas combinaciones hasta encontrar las posturas más adecuadas a su naturaleza.

A cada actitud corporal debe corresponder una determinada actitud interior.

¿Dónde orar?

Hay quienes entran mejor en comunicación con el Señor estando en un templo recogido o en una capilla solitaria, en penumbra.

Hay quienes lo hacen mejor saliendo a una terraza, al jardín o al campo en una noche profunda, bajo el cielo estrellado, cuando ya se apagaron las voces del mundo.

Otros se sienten más unidos a Dios mirando atentamente a una flor, o con la mirada perdida o divagando sobre un bello panorama, o en la soledad de un cerro.

Hay quienes nunca sintieron tan fuerte la presencia de Dios como cuando estaban visitando a un enfermo que despedía hedor desagradable, o al internarse en las negras barriadas para llevar una sonrisa o una palabra a los pobres.

Hay quienes no pueden recogerse si están en medio de un grupo orante; otros, en cambio, necesitan el apoyo del grupo.

¿Cuándo orar?

Hay quienes por la mañana amanecen descansados, inundados de paz. Es su mejor hora para concentrarse y orar.

En cambio, a los que tienen intensa vida subconsciente, les sucede lo siguiente: durante el sueño, aprovechándose de la ausencia del vigilante que es la conciencia, el inconsciente irrumpe desde latitudes desconocidas, asalta e invade como ladrón toda la esfera de la persona donde gran parte de la noche actúa a su antojo. A consecuencia de esta invasión nocturna, esas personas despiertan cansadas y malhumoradas, más cansadas que cuando se acostaron, como si hubiesen estado toda la noche luchando contra no sé qué enemigos.

Debido a ese fenómeno, he conocido personas que sienten

profunda aversión a toda oración, comenzando por su nombre. No saben por qué. Pero pronto se descubre una asociación inconsciente entre el mal humor y el sueño por un lado, y la oración por el otro, ya que ambas cosas fueron juntas durante muchos años, todas las mañanas.

El anochecer, en general, es la mejor hora para orar. Se calmó la agitación. La luz brillante declinó. Parece que todas las cosas se aquietan y descansan. Se acabó el combate. Es la hora de la paz y de la intimidad.

Hay también quienes prefieren hacerlo de noche. Ciertamente hay personas que, llegada la noche, no valen para nada; sólo para dormir. Para las personas que no les sucede esto, la noche puede resultar la mejor hora para orar: se acabaron los compromisos; el mundo duerme; el silencio lo llena todo; todo convida a la intimidad con el Señor. En la tradición bíblica, los hombres buscan y usan la noche como el momento ideal para sus comunicaciones con el Señor. Así lo hacía Jesús.

¿Completa espontaneidad?

Vivimos la era de la espontaneidad. Hoy no se tolera ninguna imposición. Se huele en el aire la repugnancia instintiva contra todo cuanto signifique autoridad, paternidad... Desde los días de Bonhoeffer corre un mito que domina los ambientes y que es aceptado como verdad absoluta: la madurez de la humanidad y, por consiguiente, la madurez del individuo. Dos mitos —uno solo— que no resiste el análisis.

Hay ciertos axiomas evidentes y comunes: el que se siente adulto no lo proclama. El que publica a los cuatro vientos su categoría adulta es señal de que no la tiene. Un hombre maduro nunca se siente tratado como niño. Si uno se siente tratado como niño, es señal de que es efectivamente infantil.

¿Orar? Y responden a coro: Siempre y cuando tenga ganas. Esto, que tiene cara de madurez, encierra mucho infantilismo. ¿Qué tal si seguimos sacando todas las conclusiones? ¿Estudiar? Cuando tenga ganas. ¿Trabajar? Cuando tenga ganas. ¿En qué acabaría el mundo con esta espontaneidad?

En una anarquía infantil en nombre de la madurez adulta.

En los diálogos y comunicaciones espontáneas son muchos —casi la mayoría— los que confiesan que si no hacen oración en la comunidad, nunca rezan después en privado, y que, si no rezan en el horario establecido por el reglamento, ya no rezan ni en común ni en privado.

Aquello de que el hombre ha llegado a la madurez es un mito sin consistencia alguna. Basta mirar un poco dentro de nosotros y otro poco fuera de nosotros, y comprobaremos en todas partes la incoherencia y la incapacidad para sostener en pie los compromisos asumidos; comprobaremos también que, muchas veces, la palabra es escritura en el agua.

Conocí personas consagradas que, en el terreno profesional, eran un portento de eficacia y organización: capaces de llevar adelante con alta eficacia colegios de miles de alumnos y hospitales complejos. Allá, en eso, eran realmente adultos: había orden, puntualidad, responsabilidad.

Estas mismas personas, sin embargo, según confesaban ellas mismas, eran pura irresponsabilidad en sus compromisos religiosos. ¿Quién entiende esta dicotomía?

Pienso que si no se dedican ciertos tiempos fuertes a la oración común, organizada por la comunidad, fácilmente se puede llegar a abandonar totalmente la oración misma. Es necesario establecer una jerarquía de valores, organizar la vida según esa jerarquía, dar a Dios lo que es de Dios, y que la comunidad venga en ayuda de la fragilidad individual, estableciendo horarios comunes de oración. Esto no impide que cada uno, espontáneamente, organice sus propios *tiempos fuertes*.

Debemos tener presente, como ya dijimos, que orar no es fácil y exige esfuerzo; y el instinto del hombre se agarra a la ley del menor esfuerzo. Por ese instinto, el hombre prefiere cualquier actividad exterior —porque es más fácil— que la actividad interiorizante de la oración. Ya que el instinto huye la oración, tiene que imponerse la convicción.

Muchos buscan, también, en la fraternidad una presión psicológica, voluntariamente buscada. Me explico: hay personas que buscan otra persona para estimularse mutuamente

en la vida con Dios. Intercomunicándose sus experiencias espirituales, se animan a continuar buscando con fidelidad al Señor. Conozco mucha gente que, mediante esta ayuda, se han mantenido muchos años en una elevada órbita.

Tratar ¿con Jesús o con el Padre?

A algunos se les hace difícil el ponerse en comunicación con el Dios trascendente.

Estas mismas personas, en cambio, entran rápida y fácilmente en diálogo con Jesús resucitado y presente. Esta facilidad es más notable todavía cuando conversan con Jesús en la Eucaristía.

Se ponen en oración e, inmediatamente, sienten a Jesús como un ser concreto y próximo, como un buen amigo. Lo adoran, lo alaban, le piden perdón, fuerza o consuelo; con él y en él asumen sus compromisos y dificultades; se perdonan y perdonan a los demás, y así curan las heridas de la vida. Uno no sabría dónde encuadrar esta oración o cómo definirla: ¿representación imaginaria?, ¿mirada simple de fe? Aunque se ha de recomendar la mayor libertad para cada personalidad, sin embargo, para los primeros pasos, es aconsejable este trato familiar con Jesús en la simplicidad de la fe.

En cambio, hay otras personas que, desde el principio, sienten una atracción oscura e irresistible hacia el Invisible, Eterno y Omnipotente. No se sabe si esto es una predisposición personal o una gracia particular.

Ahora bien: cuando el alma va avanzando en zonas contemplativas más profundas, señalan los maestros espirituales que el alma tiende a superar las formas imaginarias y corpóreas —de Jesús Amigo— y avanza hacia el encuentro directo del Dios Simple y Total que nos penetra, nos envuelve, nos sostiene y mantiene, en que las palabras son sustituidas por el silencio, en la fe pura.

Contra esta doctrina, generalmente admitida por todos los maestros espirituales, se yergue santa Teresa con resuelta energía, afirmando que en todos los estadios de la vida espiritual

hay que fijar la mirada contemplativa en la humanidad de Jesús resucitado.

Sea como fuere, nosotros, en esto como en lo demás, aconsejamos al cristiano dejarse llevar por la gracia con docilidad y abandono porque ella puede tener un camino diferente para cada persona, y para una misma persona diferentes caminos para diferentes momentos.

Como toda gracia es movimiento filial hacia el Padre, lo importante y urgente es abrir un cauce para canalizar esa aspiración, dando pasos concretos.

Nosotros siempre nos dirigimos a dos grupos. El primero es el de aquellos que realmente son principiantes en las cosas de Dios y quieren conseguir por primera vez la intimidad con el Señor. El segundo es el de aquellos que vivieron largos años la amistad divina. Más tarde, no obstante, la descuidaron: echaron tanta tierra y arena sobre ella que se les apagó la llama divina. Hoy sienten el peso de la tristeza y el vacío. Y quieren recuperar, a cualquier precio, el tesoro perdido.

Los unos y los otros, los primeros para conseguir y los segundos para recuperar, necesitan dar los primeros pasos. En el camino de la vida, los primeros pasos resultan siempre vacilantes y desgarbados. No importa. Hay que pasar por ahí y pagar el precio de dos monedas: la paciencia y la constancia.

Oración vocal

En todo el espectro de la vida, los primeros pasos se dan siempre con apoyos. En nuestro caso, el apoyo es el de la oración vocal.

Como ya se explicó, la mente humana, por su naturaleza, es inquieta mariposa, errante como el viento. Necesita moverse, volar perpetuamente saltando del pasado al futuro,

del recuerdo a las imágenes, de las imágenes a los proyectos. La verdadera adoración, en cambio, consiste en sujetar la atención centrándola en el Señor. ¿Cómo hacerlo con una mente tan loca?

Necesitamos muletas para caminar. El apoyo es la oración verbal; mejor, la oración escrita. Se supone que la palabra está escrita en forma dialgal. ¿Cómo hacerlo?

El cristiano posa sus ojos en la oración escrita. Esa palabra retiene la atención y establece un enlace entre el hombre y Dios. Si leo, por ejemplo, «tú eres mi Dios», y trato de hacer *mias* esas palabras identificando mi atención con el contenido de la frase, mi mente ya está «con» Dios. La palabra fue puente de enlace.

Pero la mente se desliga muy pronto del centro y se dispersa en mil direcciones. El hombre posa de nuevo sus ojos en la oración escrita; y de nuevo la palabra escrita agarra y retiene la atención del hombre. Al quedar centrada la atención en el contenido de la oración escrita —como tal contenido «es» Dios mismo—, la mente «queda con» Dios. Dada su naturaleza, otra vez la mente se desprende y vuela. De nuevo, con paciencia, los ojos del hombre se sujetan a la palabra escrita y la palabra sujeta la mente del hombre. Dicho de otra manera: la palabra evoca y despierta a Dios «para» el hombre. Esto es: la palabra toma la mente humana y la deposita, como un vehículo, en la meta que es Dios.

A esto no lo llamo oración escrita, a pesar de serlo, sino oración vocal. ¿Por qué? Porque el cristiano comienza por leer la oración escrita; al leerla, vocaliza; al vocalizarla, «mentaliza»; y, de esta manera, el hombre «queda» en oración. En realidad no se trata de una oración prolongada. Esto es: la atención queda propiamente con Dios durante instantes intermitentes. Pero esos instantes intermitentes pueden prolongarse a lo largo de treinta minutos, por ejemplo. En ese caso podemos decir que el cristiano tuvo media hora de oración *real*.

* * *

Hoy día existen preciosos folletos con selecciones de las mejores oraciones. Hay, además, libritos con salmos especiales. Están, también, los salterios al alcance de cualquiera. Tenlos a mano donde rezas normalmente. Llévalos al «desierto».

¿Cómo rezar?

Toma una oración que te satisfaga. Colócate en actitud orante. Pide la asistencia del Espíritu Santo. Comienza a leer. Al leer las frases, hazlas «tuyas»: trata de identificar tu atención con el contenido de las frases. Habrá expresiones que te llenen desde el primer momento. Repítelas una y otra vez, hasta que esas frases y su «Contenido» inunden por completo tu ser.

Continúa leyendo (rezando) despacio, muy despacio. Para. Vuelve a repetir las frases de arriba. Repítelas en voz alta —si el caso lo permite—, más alta o más suave según las circunstancias. Puedes tomar actitudes exteriores que te ayuden, como extender los brazos... Deja impregnar tu esfera interior, tus sentimientos y decisiones con la Presencia que emana de aquellas palabras.

Si en un momento dado sientes que puedes caminar sin «muletas», abandona a un lado las oraciones escritas y permite que el Espíritu clame dentro de ti y resuene por tu boca con expresiones espontáneas e inspiradas. Acaba con un propósito de vida.

Para muchas personas tiene excelente eficacia la siguiente manera de oración vocal: Toma una postura orante. Selecciona una o varias expresiones fuertes, por ejemplo: «Tú me sondeas y me conoces»; «desde siempre y para siempre tú eres Dios»; «mi Dios y mi todo»; «tú eres mi Señor». Toma una de estas frases u otras. Comienza a repetirla en voz alta y suave. Dila muy despacito, tratando de entrar lo más a fondo posible en la «Sustancia» de la frase con gran serenidad, sin violencia. Di las frases cada vez más distanciadamente.

Puede llegar un momento en que el silencio descoloque las palabras y sólo queden la Presencia y el silencio. En

ese caso, quédate en silencio *en* la Presencia. Acaba con una decisión de vida.

* * *

A los que quieren tomar en serio a Dios les doy siempre este consejo: aprende de memoria varios salmos, versículos de salmos, diversas oraciones breves. Cuando uno va viajando en vehículo o caminando por las calles o está en trabajos domésticos, y siente deseos de decir algo al Señor, y no le «sale» nada, constituye una excelente ayuda espiritual el unirse al Señor mediante estas oraciones vocales memorizadas.

Salmos

En mi opinión, no existe un vehículo tan rápido para llegar al corazón de Dios como el rezo de los salmos.

Ellos son portadores de una densa carga experimental de Dios. Han sido enriquecidos por el fervor de millones de hombres y mujeres, a lo largo de tres mil años. Con esas mismas palabras se comunicaba con su Padre, Jesús niño, joven, adulto, evangelizador, crucificado. Son, pues, oraciones que están saturadas de gran vitalidad espiritual, acumuladas durante treinta siglos.

Entre los salmos hay comunicaciones de insuperable calidad. Salmos que no nos dicen nada. Otros nos escandalizan. En un mismo salmo, de pronto nos hallamos con versículos de bellísima interioridad y otros en que se pide anatemas y venganzas. Se puede pasar por alto los unos y detenerse en los otros.

* * *

¿Cómo rezarlos? Hay que advertir que no estamos hablando del rezo del Oficio Divino sino de cómo utilizar los salmos como *instrumentos de entrenamiento* para adquirir la experiencia de Dios, para dar los primeros pasos como forma de oración vocal.

Toma los salmos o versículos que más te llenan. Repite las expresiones que más te «digan». Mientras repites lentamente las frases más cargadas, déjate contagiar por aquella vivencia profunda que sentían los salmistas, los profetas y Jesús. Esto es: trata de experimentar lo que ellos experimentarían. Déjate arrebatar por la presencia viva de Dios, envolver por los sentimientos de asombro, exaltación, alabanza, contrición, intimidad, dulzura u otros sentimientos de que están impregnadas esas palabras.

Si en un momento dado llegas a sentir en una estrofa determinada la «visita» de Dios, detente ahí mismo, repite la estrofa; y aunque durante una hora no hicieras otra cosa que penetrar, sentir, experimentar, asombrarte de la riqueza retenida en ese versículo, quédate ahí y no te preocupes de seguir adelante. Acaba siempre con una decisión de vida.

Es cierto que hay salmos llenos de anatemas y maldiciones. En ciertos casos, si el cristiano se deja llevar de la libre espontaneidad, sentirá cómo el Espíritu le sugiere aplicar esos anatemas contra el «enemigo» —único y múltiple— que es nuestro egoísmo con sus innumerables hijos como el orgullo, la vanidad, la ira, el rencor, la sensualidad, la injusticia, la explotación, la ambición, la irritabilidad...

* * *

Yo aconsejo siempre que cada cristiano haga un «estudio» *personal* de los salmos.

Siendo el hombre un misterio único, su modo de experimentar y experimentarse es singular y no se repite. Lo que a mí me «dice» mucho, al otro no le dice nada. Lo que a éste le «dice» tanto, a mí me dice poco. Por eso, se necesita un «estudio» personal. ¿Cómo hacerlo?

Comienza desde los primeros salmos. En un día determinado «trata» con el Señor con el primer salmo, en un tiempo fuerte de oración; quiero decir, habla con Dios mediante esas palabras. Si hay en el salmo un versículo, quizá una estrofa completa o una serie encadenada de frases que te «dicen» mucho, después de repetirlas varias veces, márcalas con una raya de lápiz.

Si te parece que una expresión encierra una riqueza particularmente fecunda, puedes subrayarla con varias líneas, según el grado de riqueza que percibas. Coloca al margen una indicación según lo que te inspire aquella estrofa, por ejemplo, *confianza, intimidad, alabanza, adoración...*

Puede suceder que un mismo salmo, o una misma estrofa, un día te diga poco y otro día mucho. Es que una misma persona puede percibir una misma cosa de diferentes maneras en diferentes momentos.

Si no te dice nada el salmo, déjalo en blanco.

Otro día «estudia» el salmo segundo de la misma manera. Y así los ciento cincuenta salmos. Al cabo de un año o dos, tendrás «conocimiento personal» de todos ellos. Cuando quieras alabar, ya sabrás a qué salmos acudir. Cuando quieras meditar sobre la precariedad de la vida, o necesites consolación, o desees adorar, cuando busques confianza o sientas «necesidad» de entrar en intimidad, ya sabrás a qué salmos o estrofas acudir.

De esta manera, irás poco a poco aprendiendo de memoria estrofas cargadas de riqueza, que te servirán de alimento para cualquier circunstancia. Acaba con un propósito de vida.

* * *

Ofrecemos aquí una lista orientadora de salmos con sus correspondientes sentimientos.

Salmos que expresan confianza, abandono, intimidad, nostalgia y anhelo de Dios:

3, 4, 15, 16, 17, 22, 24, 26, 30, 35, 38, 41, 50, 55, 61, 62, 68, 70, 83, 89, 90, 102, 117, 122, 125, 129, 130, 138, 142.

Salmos que expresan asombro ante la contemplación de la Creación con el sentido de gozo personal y gloria a Dios:

8, 18, 28, 64, 88, 91, 103.

Salmos que expresan alabanza, exaltación, acción de gracias:

3, 66, 91, 112, 134, 135, 144, 146, 148, 149, 150.

Salmos que expresan la fugacidad de la vida frente a la eternidad de Dios:

38, 89, 92, 101, 102, 134, 138.

Los números en cursiva indican que el tema señalado se da en ellos en grado más intenso. En cuanto a la numeración, se ha seguido la de la Biblia Vulgata. Como punto de referencia, indicamos que el salmo 50 es el *Miserere*.

Lectura meditada

La meditación es una actividad mental en la que se manejan conceptos e imágenes, saltando de las premisas a las conclusiones, distinguiendo, induciendo, deduciendo, explicando, aplicando, combinando diferentes ideas sobre un tema previamente señalado, con variados fines: para clarificar una verdad, para conocer mejor a Dios, para profundizar en la vida de Jesús y así poder imitarlo; en fin, para tomar una resolución con vistas a transformar una vida.

La meditación enriquece el alma con conocimientos de la vida divina. Pero, en mi opinión, es una vía demasiado complicada para iniciar a los principiantes en el trato con el Señor Dios. Es como una navegación a fuerza de brazos y remos, y el hombre de hoy difícilmente llega por esta vía al puerto que es Dios mismo porque vivimos unos tiempos intuitivos y no discursivos, estamos inclinados más a los enfoques emocionales que racionales. La misma santa Teresa sentía poca simpatía por la meditación discursiva:

«... tomando a los que discurren (meditan) les digo que no se les vaya todo el tiempo en esto, porque, aunque es meritorio... no es oración sabrosa... Se presenten delante de Jesucristo y, sin cansancio del entendimiento, se estén hablando y regalando con él, sin cansarse en componer razones, sino presentar necesidades...»

Sin embargo, la meditación es una actividad espiritual absolutamente necesaria para profundizar en los misterios de Dios y para crecer en la vida divina.

Ahora bien: si la meditación es tan necesaria como difícil, ¿dónde hallaremos la solución? Primeramente en la lectura meditada. Y, en grado menor, en la meditación comunitaria.

* * *

Repetimos una vez más: Necesitamos apoyos para dar los primeros pasos con el fin de adquirir o recuperar el sentido de Dios.

Muchos cristianos tienen vivos deseos de volar hacia el sumo vértice de Dios pero no tienen todavía suficiente consistencia y fortaleza para navegar sobre aguas tan profundas y mal conocidas. Se sienten incapaces de estar a solas a los pies del Maestro por un tiempo más o menos largo. Necesitan muletas para caminar. Quisieran pero no aciertan a hablar, como los infantes. No encuentran corrientes afectivas que los arrastren, en círculos convergentes, hacia el centro. Necesitan apoyos. Y ningún apoyo tan válido, para ellos, como la lectura meditada.

Todo lo que hemos dicho de la oración vocal, tenemos que aplicarlo aquí: es la palabra escrita la que va a sujetar a la mente y conducirla por los senderos de una reflexión ordenada y fecunda.

Es conmovedora la declaración de santa Teresa:

«Yo estuve más de catorce años que nunca podía tener aún meditación sino junto con lectura.»

Con gran espontaneidad y sin ninguna inhibición sigue diciendo la santa que, a no ser inmediatamente después de comulgar, nunca se atrevía a entrar en el atrio de la oración si no estaba acompañada de un libro. Y si pretendía orar sin tener a mano un libro, se sentía a sí misma como si estuviera en trance de entrar en recia batalla con un ejército numeroso. Si tenía a mano el libro, era éste como un escudo que recibía los golpes de las distracciones, y ella quedaba tranquila y consolada. Confiesa que la sequedad nunca le dio guerra. Sin embargo, al faltarle el libro caía en árida impotencia. Sólo con abrir el libro, sus pensamientos entraban

en orden, dirigiéndose dócilmente hacia el Señor. Unas veces leía poco, otras mucho, según el espíritu.

* * *

¿Cómo practicarla?

En primer lugar, tenga el cristiano un libro esmeradamente seleccionado que facilite al mismo tiempo la reflexión y el afecto, un libro que ponga y retenga al alma en presencia del Señor Dios. Sin embargo, el primer libro para la lectura meditada es, naturalmente, la Biblia.

Yo aconsejo siempre que el cristiano tenga hecho su «estudio» personal sobre diferentes materias de los diferentes libros bíblicos. Es muy útil que, después de hacer sus «investigaciones» personales, disponga el cristiano de un cuadernito donde tenga anotadas sus propias indicaciones, de tal manera que si quiere meditar, por ejemplo, sobre el amor de Dios, la esperanza, vida eterna, consolación, fe, fidelidad, etcétera, sepa con certeza a qué libro de la Biblia acudir.

En segundo lugar, para hacer, propiamente, la lectura meditada, haga así.

Tome una posición descansada. Pida la luz del Señor. Sepa exactamente sobre qué argumento quiere meditar o, al menos, en qué parte de la Biblia va a centrar su atención. Supongamos que se trata de un capítulo de las cartas paulinas. Comience a leer. Lea despacio, muy despacio. En cuanto lee, medite. En cuanto medita, lea.

Supongamos que una idea le parece interesante. Deténgase; levante sus ojos del libro. Profundice la idea. Continúe leyendo despacio. En cuanto lee, siga meditando. Supongamos que no entiende un párrafo. En ese caso vuelva atrás. Haga una amplia relectura y vea cuál es el contexto de aquella idea, y por el contexto entenderá seguramente el sentido del párrafo. Siga leyendo despacio.

Supongamos que, de pronto, surge un pensamiento que le impresiona fuertemente. Levante sus ojos y exprese todo el jugo a aquel pensamiento, aplicándolo a la vida...

Si de pronto siente ganas de conversar con el Señor, dirigirle un afecto adhesivo, adorar, asombrarse, agradecer,

pedir perdón, fuerza..., hágalo con calma. Si no se produce nada especial, siga con la lectura reposada, concentrada, tranquila.

Hay que tener presente, sin embargo, que lo ideal es que esa lectura «agarre» al cristiano y lo arroje efectivamente en los brazos del Señor para, finalmente, transformarlo en imagen viva de Jesús y testigo suyo en medio del mundo.

Si a lo largo de la lectura meditada se produce una «visita» del Señor, no se le ocurra seguir remando. Abandone a un lado los remos y déjese llevar del viento de Dios, conformándose con estar cabe el Señor.

Es muy conveniente que cada lectura meditada acabe con un propósito concreto de vida según el rumbo de las ideas que se han meditado.

Este método no sólo es provechoso para los principiantes sino también para los muy avanzados en los misterios de Dios, sobre todo en las temporadas de sequedades, arideces, pruebas y noches.

Meditación comunitaria

El segundo camino, relativamente fácil y provechoso para meditar, es la meditación comunitaria.

Ella consiste en que un pequeño grupo de personas se reúne para reflexionar sobre diferentes temas de la vida cristiana.

Se comienza por la lectura de un fragmento bíblico o de un capítulo de un libro que circunscriban la materia que se va a meditar. De esta manera, además, queda ambientado e iluminado el tema. Es conveniente también rezar una oración común, como un salmo o una invocación al Espíritu Santo.

Luego, cada persona hace su reflexión espontánea delante de los demás asistentes, comunicando lo que le sugiere el tema mismo o su aplicación a la vida, pudiendo hacerse también un rodeo por otros campos paralelos, afines al tema central. Y así, sucesiva y espontáneamente, van participando todos.

Para que la meditación comunitaria dé su fruto, es im-

prescindible que, en el grupo, haya tranquilidad, sinceridad y confianza mutua. De otra manera, queda bloqueada la espontaneidad y la acción del espíritu. Es necesario también evitar a toda costa el *vedetismo*, esto es, el afán de lucir, de decir cosas originales o de hacerlo con más brillo que los demás.

Es conveniente que los asistentes, además de enriquecerse mentalmente, afinen criterios prácticos, tomen en común decisiones concretas para la vida fraterna o pastoral. Así, la lectura meditada se transforma en una escuela de vida y amor.

He conocido cristianos a los que el Evangelio se les caía de las manos porque no les decía nada. Pero una vez ingresados en un grupo meditante descubrieron insospechadas riquezas y, ¡cosa extraña!, arrastrados por el espíritu comunitario han «sacado» de su interior, y comunicado a los demás, grandes *novedades* sobre Jesús, descubrimientos que, más que a nadie, les han extrañado a sí mismos. Si en este momento se establece una corriente afectuosa con el Señor a nivel personal y grupal, entonces puede darse una hermosa oración comunitaria.

Oración comunitaria

Entiendo por oración comunitaria el hecho de reunirse varios cristianos para orar espontáneamente y en voz alta, uno después de otro.

Para que la oración comunitaria sea convincente es necesario que las personas que allá participan hayan vivificado anteriormente su fe y se hayan «entrenado» en el trato personal con el Señor. De otra manera, se va a dar la impresión de que allá «suenan» palabras, y a veces palabras bonitas, pero, como aquellas palabras de Ionesco, serán incapaces de mantenerse en pie porque les falta contenido.

Es necesario también que no existan cortocircuitos emocionales entre los orantes comunitarios. Aunque estos orantes estén personalmente llenos de fervor, ocurre un fenómeno curioso: los estados conflictivos entre los hermanos congelan el fervor personal y bloquean al individuo en su relación con

Dios: en una palabra, la distancia entre los hermanos se convierte en distancia entre el alma y Dios.

Sin embargo, no sería necesario, como condición indispensable, la existencia de una gran confianza entre los asistentes. Más de una vez he presenciado hermosos resultados entre los participantes que no se conocían anteriormente. Lo importante es que no haya situaciones conflictivas entre los asistentes.

Algunas personas, por su temperamento reservado, sienten un *no sé qué* frente a esta clase de comunicaciones. Es bueno invitar, aun a éstos, a comunicarse, pero sin violentar su natural reservado.

Existe también una ley de psicología general por la que cualquier intimidad exige reserva, y a mayor intimidad, mayor reserva. Así como los amantes de este mundo se alejan para sus encuentros de toda presencia y miradas humanas, así los grandes contempladores como Moisés, Elías, Jesús, buscan la soledad completa para sus encuentros con Dios. Francisco de Asís no sólo iba a las altas montañas para sus comunicaciones con el Señor sino que, aun allá, se escondía en las grutas solitarias y oscuras.

A pesar de esto, si en un grupo orante se produce el contacto vivo con Dios, ese grupo se transforma en un nuevo cenáculo, y esa plegaria comunitaria encierra el ímpetu y la fecundidad de Pentecostés. Eso sí, para derramarse ante el Señor y ante los hermanos es necesario que los orantes provengan del «desierto», cargados de fe y amor.

Oración litúrgica

La plegaria litúrgica, para el presente caso en que buscamos medios pedagógicos para adquirir o recuperar el sentido de Dios, está en la misma línea de la oración vocal. Ciertamente tiene una dignidad y eficacia particulares por tratarse de la plegaria oficial de la Iglesia. Por otra parte, sus ritos los envuelve en una belleza excepcional, ofrece los textos más selectos de la palabra de Dios, y en todo mo-

mento está presente un alto sentido comunitario. Todo lo cual convierte a la oración litúrgica en la gran plegaria del Pueblo de la Alianza.

Sin embargo, la oración litúrgica, que es alimento para las multitudes y solemne homenaje del pueblo a su Dios, necesita interioridad y devoción personal para llegar a ser la verdadera adoración «en espíritu y verdad» (Jn 4,24). Aquí es aplicable lo que decía el dramaturgo Ionesco: Las palabras son como los sacos: vacías, se caen. Lo que las mantiene en pie es su contenido.

Quiere decirse: si el alma viene «entrenada» en el trato con Dios, «cargada» de Dios, entonces la oración litúrgica será para ella como un plato exquisito, un banquete insuperable que no solamente vigorizará a esa alma sino que, por contagio comunitario, estimulará a las multitudes transformándolas en un Pueblo de adoradores en espíritu y verdad (Jn 4,24).

Pero si el alma llega vacía, o no da pleno sentido a las ceremonias, podría ocurrir que la plegaria litúrgica no llegue a ser un *encuentro* con Dios ni con los hermanos, cumpliéndose aquellas palabras: «Este pueblo me honra con sus labios, pero su corazón está lejos de mí» (Is 29,13).

Oración carismática

En estos últimos años ha surgido un movimiento de oración en todo el mundo. Recibe diferentes nombres: *oración carismática* (debido al despliegue de los carismas del Espíritu Santo), *oración pentecostal*... Sus efectos suelen ser los de una mañana de pentecostés: embriaguez sin vino, conversiones fulgurantes y una inundación irresistible del Espíritu. Han aparecido muchos libros sobre esta materia.

En mi opinión, es uno de los medios más eficaces para vivificar la fe, para experimentar la proximidad arrebatadora de Dios y para que las almas queden marcadas, posiblemente para siempre, por el fuego vivísimo de Dios. Además, existe la ventaja de que todo este proceso se desarrolla a nivel comunitario.

A estos encuentros de oración se llega con una espontaneidad admirable y arriesgada, sin ninguna preparación; nadie se preocupa de lo que va a decir o hacer quien va a hablar. No hay orden del día o tabla de materias, ninguna planificación. Todas esas preocupaciones se depositan en las luces del Espíritu Santo.

Los orantes llegan con un espíritu alegre, fraterno y comunicativo. Se comienza con un canto, con una lectura o con un grito de alabanza, según lo que «dicte» el Espíritu. Todos rezan a la vez y en voz alta; y el clamor de los orantes sube y baja como oleadas sucesivas.

Allí reina la espontaneidad más completa. Se grita, se reza, se llora, se produce una alegría indescriptible en una gran apertura frente a Dios y frente a los hermanos, sobre todo a la hora de los testimonios. Los gritos son de alabanza, súplica, júbilo y exaltación espiritual. Toda esa oración es dirigida generalmente a Jesús.

A veces, los orantes no hacen sino repetir una y otra vez una sola exclamación. Hay quienes no salen de dos o tres frases. Otros, en cambio, son arrebatados por la ola de la inspiración y manifiestan expresiones que de ninguna manera podrían explicarse humanamente.

Todo esto se desenvuelve en un verdadero tumulto, en medio de un enorme desconcierto. Pero, paradójicamente, parece un verdadero concierto en el que el rumor de los orantes sube y baja en un flujo y reflujo, como las olas que van y vienen. Las horas van pasando y nadie siente fatiga.

De pronto alguien se levanta, habla espontáneamente bajo el impulso del Espíritu, sus palabras son acompañadas por las aclamaciones de los asistentes y gritos de alabanza. A veces, personas incultas en materia religiosa dicen sublimidades que están fuera del alcance de los teólogos profesionales.

Reina una sinceridad radical, una apertura en la que se abren todas las ventanas del alma, absolutamente todas, se hacen confesiones públicas con humilde arrepentimiento, pero sin sentirse humillados. Se exteriorizan promesas, rotundas decisiones de conversión.

Deja en los asistentes ganas de orar más, de salir a la calle y hacer inmediatamente el bien a todos, tratarlos como hermanos, perdonar, servir, amar.

Sé que no todo es oro puro. En todo esto hay alguna dosis (¿quién podría precisar su grado?) de contagio colectivo (psicosis). En algunos grupos existe una exagerada preocupación por el *don de lenguas*, curación de enfermedades, recepción espectacular del Espíritu Santo...

No obstante, a pesar de las reservas, lo considero como el método ideal para llegar, quemando muchas etapas, a la experiencia de Dios. Lo considero como un movimiento providencial para la Iglesia católica, tan ritualista en otros tiempos y de tanta depresión de la fe entre algunos eclesiásticos de nuestros días. Tengo la impresión de que se avecina una gran era del Espíritu para la Iglesia de Dios.

Devoción

Fácilmente se la confunde con la emoción o con cualquier factor sensitivo. Ciertamente la devoción contiene algunos elementos afectivos pero, en su esencia, es otra cosa.

Es un don especial del Espíritu que habita y dispone al alma para todo bien obrar. A veces es el resultado de una «visita» de Dios que sobreviene en la oración y la sostiene.

La devoción nos hace sentir fuertes para superar las dificultades, ahuyenta la tibieza, llena el alma de generosidad y audacias, pone claridad en la mente, acrecienta el entusiasmo por Dios, se apagan los apasionamientos mundanos, se superan con facilidad y felicidad las tentaciones; en fin, pone en el corazón del hombre prontitud, decisión y alegría.

La esencia de la devoción no es, pues, sentimiento sino prontitud. Jesús sentía náuseas en Getsemaní; sin embargo, tenía devoción filial para dar cima a la proposición del Padre.

* * *

Sin embargo, la devoción contiene una cierta dosis de emotividad que, a veces, se debe al temperamento; pero esa emoción no está necesariamente en proporción al verdadero amor, cuyo termómetro exacto es la disposición para cumplir la voluntad del Padre.

«Es ya cosa sobrenatural y que no la podremos procurar nosotros por diligencias que hagamos. Porque es un

ponerse el alma en paz, o ponerla el Señor con su presencia, porque todas las potencias se sosiegan. Entiende el alma que está ya junto a su Dios que, con poquito más, llegará a estar hecha una misma cosa con El en unión...

Siéntese grandísimo deleite en el cuerpo, y gran satisfacción en el alma. Está tan contenta de sólo verse cabe la fuente que, aun sin beber, está ya harta. No le parece hay más que desear. Las potencias sosegadas... La voluntad es aquí cautiva» (1).

Por su propia naturaleza, el amor es siempre una fuerza ardiente; y en la medida en que crece en profundidad, se hace más sensible. El amor es inevitablemente «sentido» tanto en el gozo de la unión como en el vacío doloroso de la ausencia. En ciertas espiritualidades, como en la franciscana, los rasgos sensitivos sobresalen por su intensidad. Toda devoción gozosa que impele a la superación de sí mismo a través de la negación, buena es. De otra manera encierra peligros sutiles de narcisismo, glotonería espiritual y egoísmo alienante. Se puede buscar a Dios por la paz y consuelo que su Presencia origina, y no por Sí Mismo. Se puede buscar la dulzura de Dios en vez de buscar al Dios de la dulzura, retardando o dejando de lado definitivamente la unión transformadora.

Sin embargo, la «visita» (Presencia «sentida» de Dios) produce siempre «suavidad» y «delicia» (Sal 33; 85; 99; 144). Así como el comer y beber traen satisfacción y deleite, así cualquier facultad que fue estructurada para un objetivo determinado, logrado el objetivo, se produce la sensación plenificante o satisfacción. Creado el hombre a imagen y semejanza de Dios (como una saeta disparada hacia un blanco divino), es inevitable que cuando ese hombre haya alcanzado en algún grado su Objetivo, sienta un gozo sensible (devoción).

Sin embargo, justamente para evitar buscarnos sutilmente a nosotros mismos con la devoción sensible, Dios muchas veces retuerce esa ley natural: a pesar de que el alma ha alcanzado a Dios en grado bastante subido, no obstante

ese Dios deja a veces al alma ansiosa, vacía... He ahí la razón de las arideces y de las noches purificadoras.

Se comprende que a las almas que vienen de la dura batalla de la vida, la palpitación de Dios les sepa a refrigerio; necesitan de la devoción sensible como de la respiración. Si no hay gozo sensible para ellas, es como si al navegante le faltaran los remos.

Consolación

En la tristeza, en la enfermedad, en el luto, en la persecución, el hombre tiene necesidad de consolación. Sus familiares y amigos acuden a consolarlo cuando los demás lo abandonan. Pero aun esas palabras son tan sólo un tenue alivio. El hombre se queda solo con su dolor. En los momentos decisivos estamos solos.

En la Biblia el caso típico, símbolo de todas las desolaciones, es el abandono total de Jerusalén, arrasada, saqueada, quemada, deportada al exilio y olvidada de Dios: «Dios me ha abandonado, el Señor se ha olvidado de mí» (Is 49,14). Pero tanto el profeta Jeremías como el profeta Isaías ofrecen el «libro de las consolaciones». Dios se presenta como un padre cariñoso anunciando que «por un breve instante te abandoné, pero con gran compasión te recogeré» (Is 54,1-9).

Hay ciertos momentos en que nada ni nadie es capaz de consolarnos. La desolación alcanza niveles demasiado profundos: ni amigos ni familiares ni amantes pueden llegar a esa profundidad. A veces se dan situaciones indescriptibles, incluso indescifrables para nosotros mismos; no se sabe si es soledad, frustración, nostalgia, vacío o todo junto. Sólo Dios puede llegar hasta el hondón de esa sima.

No hay alma que no tenga la experiencia de que, hallándose en ese estado, repentinamente y sin saber cómo, uno siente una profunda consolación como si un aceite suavísimo se hubiera derramado sobre las heridas. Dios bajó sobre el alma herida como una blanca y dulce enfermera.

Otras veces el hombre llega a sentirse como un niño impotente: desengaños, una grave enfermedad, un fracaso

(1) SANTA TERESA, *Camino de perfección*, 31, 1-3.

definitivo, la proximidad de la muerte... La desolación es demasiado grave, sobrepasa todas las medidas. ¿Quién podrá consolarlo? ¿El amigo? ¿La esposa? «Como una madre consuela a su niño, así os consolaré yo» (Is 66,10-14). El consuelo de Dios sabe a aceite derramado que llega hasta las heridas de la desolación.

Y si la desolación es debida a la ausencia de Dios, entonces una «visita» de Dios es capaz de «trocar la oscuridad en luz; brotarán manantiales de agua y los montes se transformarán en caminos y los desiertos en jardines» (Is 43,1-4).

* * *

Toda ausencia produce tristeza. Jesús se va a ausentar. Los suyos sentirán sensación de orfandad. En la oración ocurre otro tanto: la sensación de oscuridad, la impresión de lejanía, ausencia o silencio de Dios deja en el alma algo así como orfandad, tristeza, desolación. En ambos casos, «no os preocupéis», les dice Jesús. Os enviaré a Alguien que, por naturaleza, es «el Consolador». Por aquellos días los grupos cristianos «progresaban en el amor de Dios y vivían desbordantes de consolación del Espíritu Santo» (He 9,31).

San Pablo descubrió que la consolación brota de la desolación. Había sobrevivido a una tribulación desgarradora hasta el punto de sentir en su carne la garra de la muerte; allá mismo comprobó al Dios de toda consolación que consuela sobre toda medida. Su *Segunda carta a los Corintios* es la Carta Magna de la consolación bíblica. La introducción al capítulo primero es un juego alternado de consolación y desolación. Da la impresión de que ambas impresiones acababa de «sufrirlas» de manera vivísima.

«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para poder nosotros consolar a los que están en toda tribulación mediante el consuelo con que nosotros somos consolados.

Si somos atribulados, lo somos para consuelo y salva-

ción nuestra. Si somos consolados, lo somos para el consuelo vuestro, que os hace soportar con paciencia los mismos sufrimientos que también nosotros soportamos.

Es firme nuestra esperanza respecto de vosotros; pues sabemos que como sois solidarios con nosotros en los sufrimientos, así lo seréis también en la consolación» (2 Cor 3-8).

Y en el capítulo séptimo sentimos a Pablo triturado por dentro y por fuera, combatido por luchas y temores. Pero, una vez más, vemos cómo desde las heridas de la tribulación nace la llama de la consolación.

«Efectivamente, llegando a Macedonia no tuvo sosiego nuestra carne; antes bien, nos vimos atribulados en todo: por fuera luchas, por dentro temores.

Pero Dios, que consuela a los débiles, nos consoló con la llegada de Tito, y no sólo con su llegada sino también con el consuelo que le habíais proporcionado, comunicándonos vuestra añoranza, vuestro pesar, vuestro celo por mí hasta el punto de colmarme de alegría» (2 Cor 7,5-8).

Si la oración es la concentración de todas las facultades, la distracción es la dispersión de la mente en mil direcciones, evadiéndose momentáneamente al control de la voluntad y de la conciencia. Al hablar del *silencio interior*, hemos explicado la naturaleza de la distracción y señalado los caminos para la superación.

Sequedad

Cuando la distracción no es un acto pasajero sino una impotencia completa para centrarse en el Señor, y esto llega a ser habitual por una temporada, se llama *sequedad*. La sequedad va acompañada, normalmente, de una sensación de incapacidad depresiva y de un cierto enervamiento de facultades. El pesimista tiende a pensar que no nació para orar, o que todo está perdido.

La sequedad puede llegar, en algunas personas, a producir tristeza y hasta desolación debido, generalmente, a la completa impotencia, aunque momentánea, para el trato con el Señor. En ciertos casos la sequedad puede aproximarse peligrosamente a los linderos de la aridez.

Aunque son palabras diferentes, no obstante están mutuamente condicionadas, de tal manera que es difícil distinguir dónde comienzan y dónde acaban las fronteras de la distracción, la sequedad y la aridez.

Los maestros de espíritu, al descubrir sus experiencias, abundan en descripciones extraordinariamente vivas sobre las sequedades que tuvieron que soportar. Al leerlas, uno que-

da suspendido entre el temor y la admiración. Santa Teresa nos asegura de ella haber echado muchas veces el caldero en el pozo y otras tantas veces haberlo sacado sin una gota de agua.

Con frecuencia le sucederá al alma —continúa la santa— no tener fuerzas ni para levantar los brazos para agarrar el caldero: en esos momentos será incapaz hasta de ordenar un solo pensamiento. La sequedad exige un alto precio. La que pasó años en esta situación lo sabe por propia experiencia. Recuerdo que había veces —añade la santa— en que me sentía feliz cuando conseguía sacar una gota de agua de ese bendito pozo, lo que consideraba un privilegio especial del Señor.

Para seguir en pie en las épocas de sequedad se necesita más coraje que para otros trabajos de gran envergadura de este mundo. Hubo años en que andaba yo más preocupada del reloj —en el coro— que de la oración misma, calculando cuánto tiempo faltaba y deseando que todo se acabara luego. Y muchas veces hubiera estado dispuesta a someterme a cualquier penitencia pesada antes que empezar a recogerme para la oración.

Yo no sé si era el demonio o mi ruin naturaleza, pero el hecho es que sólo el pensar que tenía que ir a la oración ya me daba pesadez. Y, al entrar en el oratorio, se me caía el alma a los pies y me invadía una gran tristeza y yo misma tenía que infundirme ánimo. En fin —termina la santa—, ya se acabaron aquellos tiempos con la gracia de Dios.

He aquí por qué millares de personas abandonan casi del todo la oración. Hicieron esfuerzos sobrehumanos y prolongados, y no alcanzaron a sacar ni una gota de agua de ese bendito pozo. Entonces se sintieron abrumados por la desproporción entre los esfuerzos y los resultados, y acabaron pensando que la cosa no valía la pena.

Sin embargo, siempre están dispuestos a reemprender el camino porque presienten que la oración es cuestión de vida o muerte para el proyecto de su vida.

* * *

Las causas de la sequedad son de diversa índole.

1. Un activismo descontrolado que descompone la unidad interior.

2. La naturaleza misma de la oración en la que entran: el silencio de Dios, la oscuridad de la fe, la tendencia de la mente humana a la multiplicidad y a la diversificación, la influencia de los sentidos sobre las facultades interiores.

3. Las tendencias patológicas de cualquier orden, que escapan al diagnóstico; las disposiciones corporales; las posturas fatigosas e incómodas. Sin tener una enfermedad concreta, puede uno sentirse mal, de mal humor, con momentos de depresión, con una fuerte inestabilidad, melancolías o un «no sé qué» indefinible. Ciertos defectos hereditarios que en la marcha normal de la vida pasan desapercibidos, sobre todo en la línea de la sequedad y de la versatilidad.

4. La oración bien llevada es una actividad muy compleja, en la que hay una tarea intelectual pero sobre todo hay una labor sensitiva que afecta a las energías emocionales. Se necesita un elemental equilibrio emocional.

5. Las sequedades pueden ser pruebas expresamente promovidas por el Señor. En la Biblia es una ley constante el someter a prueba la fe del que se le ha entregado: «Tengo para mí que quiere el Señor dar muchas veces al principio, y otras a la postre, estos tormentos y otras muchas tentaciones para probar a sus amadores, y saber si podrán beber el cáliz y ayudarle a llevar la cruz, antes que ponga en ellos grandes tesoros» (2).

* * *

¿Qué hacer?

Cuando llegan las épocas de sequedad, a los principiantes les viene la tentación de desplegar poderosas energías para remontar la sequedad. Vano intento. La sequedad no se vence con brazos y remos. «Mientras más la quieran forzar en estos tiempos, es peor y dura más el mal», dice santa Teresa.

He conocido personas a quienes un gran despliegue de

(2) *Ib.*, c. 11, n. 11.

energías las ha dejado fatigadas. Luego se apodera de ellas la ansiedad y la impotencia. Todo ello, en vez de solucionar la sequedad, la recrudece. Metidos en esta espiral hay muchos que, en la práctica, optan por abandonar la oración como irremediablemente fracasados.

Una vez más, los tres ángeles que nos acompañarán por la tierra desierta, para no ser envueltos y vencidos por la noche del desaliento, son la paciencia, la perseverancia y la esperanza.

La *paciencia* para aceptar con paz una disposición que tanto nos limita y nos quita las ganas de seguir caminando. Nada se consigue, repetimos, con resistir soltando grandes cantidades de energía para derrotar la sequedad. No es echando encima ejércitos compactos como se vence este enemigo, sino, paradójicamente, rindiéndose, abandonándose. Con otras palabras, aceptándolo.

«... no se fatigue, que es peor, ni se canse en poner seso a quien por entonces no lo tiene, sino rece como pudiere: y aun mejor, no rece sino, como enferma, procure dar alivio a su alma» (3).

«... no la ahoguen a la pobre [alma]. Pasen como pudieren este destierro, que harta mala ventura es de una alma que ama a Dios, ver que vive en esta miseria» (4).

La *esperanza* nos dice que todo pasará, que nada es eterno. La esperanza nos hace saber que las primeras leyes del universo son las de la contingencia y la transitoriedad. Todo está en un perpetuo movimiento. Nada es estático. Si todo es efímero y nada permanece, mañana será mejor, pasará la sequedad, vendrán tiempos mejores. El cristiano debe tomar conciencia de esto, y sólo ello será suficiente para abandonar la resistencia, aceptar la sequedad y, aceptándola, vencerla.

En la travesía de este páramo, la que nos va a acompañar con asistencia muy especial es la *perseverancia*, hija de la esperanza.

(3) SANTA TERESA, *Camino de perfección*, c. 24, n. 3.

(4) *Vida*, c. 11, n. 16.

Hay que tomar conciencia de que las grandes conquistas de la humanidad se han logrado con una tenaz perseverancia. Y ella queda a prueba, precisamente, en los momentos difíciles. Perseverar cuando los resultados saltan a la vista no tiene mérito. Mantenerse en pie cuando arrecian las tempestades y envuelven las tinieblas; avanzar cuando la niebla impide ver a dos metros, he ahí el alma de la perseverancia.

Seguir aferrado a la luz cuando uno se encuentra en el seno de la noche cerrada; brillar incansablemente como las estrellas eternas cuando la gente pregunta: ¿Para qué sirve ese brillo?; seguir faenando con las redes extendidas cuando no cae ni un solo pez; echar tantas veces el caldero al pozo a pesar de no sacar ni una gota de agua... Eso es perseverar.

El grano de trigo, al asomarse sobre la tierra, persevera, aferrado a la vida, defendiéndose contra las heladas y las bajas temperaturas. El niño que aprende a caminar, cae y se levanta; vuelve a caer y vuelve a levantarse con obstinada perseverancia hasta que, después de mucho tiempo, consigue mantenerse en pie, correr y saltar. Asimismo los inventores, los sabios, los artistas: todo lo que hay de grande en la tierra se ha conseguido con una ardiente esperanza.

Nuestra generación tiene una dificultad especial para perseverar porque está acostumbrada a la rapidez, productividad y eficacia, características de la sociedad tecnológica. Quiere resultados palpables; los exige casi automáticos. La vida de oración, en cambio, presenta síntomas totalmente opuestos: los resultados son siempre imprevisibles; el crecimiento no es armónicamente evolutivo; la acción de Dios es desconcertante, por ser gratuita, y la respuesta del hombre es versátil como su naturaleza. Y así, en seguida aparece el desaliento. ¿Resultado? La perseverancia se torna mucho más difícil en este terreno. Lo importante es no abandonar la empresa y continuar.

La fe y la esperanza encienden la llama de la perseverancia; y la perseverancia es la garantía del éxito progresivo y final. Para sacar fuerzas de flaqueza y para sacar perseverancia de la esperanza, el cristiano necesita apoyarse decididamente en la fe, que consiste no en *sentir*, sino en *saber*: saber

que, a pesar de que no se ve el movimiento, la gracia se mueve; se mueve porque la gracia es vida y la vida es movimiento. Yo no siento el movimiento de mi hígado, riñones, intestinos...; sin embargo, sé, tengo la certeza de que todo eso está en perpetuo movimiento. Es la certeza de la fe.

La fe toma al cristiano y lo lleva al abandono: abandono en las manos de la sequedad, de la oscuridad, de la impotencia para rezar; no resistir nada, dejarse llevar lleno de paz por la corriente de la insensibilidad y de la apatía. Vendrán días mejores.

Atrofia espiritual

Los maestros espirituales tan sólo nos hablan de tres disposiciones: distracción, sequedad, aridez. Sin embargo, la observación de la vida me ha llevado a «descubrir» otra disposición, posiblemente peor que las anteriores, muy frecuente en nuestros días: la atrofia espiritual.

A los músculos les sucede lo siguiente: de no usarlos, pierden consistencia y elasticidad. No mueren pero pierden vitalidad. Ya no sirven para desarrollar energías, levantar pesos, correr. Se atrofian. No es la muerte pero sí la antesala.

La inmovilidad es signo de muerte y produce muerte. Si la vida deja de ser movimiento, deja de ser vida: los tejidos se endurecen y son dominados por la rigidez. Una planta, si la dejan de regar y abonar, se pone mustia, pierde vigor y cae lentamente por la pendiente de la agonía.

A muchas personas les sucede lo mismo. Durante años no hicieron un esfuerzo ordenado, metódico, paciente y perseverante para entrar en la comunión profunda y frecuente con el Señor. Hicieron durante largo tiempo una oración esporádica y superficial. Inventaron mil racionalizaciones para justificar esta situación: que el que trabaja ya reza; que a Dios hay que buscarlo en el hombre... Con eso tranquilizaron su conciencia, al menos hasta cierto nivel. Sustituyeron la reflexión por la oración y la charla compartida por la meditación. Paulatinamente fueron perdiendo el sentido de Dios y el gusto por la oración. En su intimidad

sucedió esto: aquellas energías que los místicos llaman potencias o facultades, al no ser activadas, fueron lentamente perdiendo elasticidad. Al perder su vigor, eran utilizadas cada vez menos. Al no ser utilizadas, fueron entrando en la cuenta regresiva hacia la extinción.

Esas energías son el nudo de enlace entre el alma y Dios: es por ese puente por donde va y viene la corriente afectiva, vestida de intimidad, entre el alma y Dios. Al extinguirse esas energías de profundidad, quedó interrumpida la comunicación con el Señor. Así se perdió la familiaridad con él. Dios fue tornándose cada vez más lejano, vaporoso e inexistente. Y, naturalmente, en estas circunstancias a nadie le apetece rezar.

* * *

En estas condiciones llegan muchos a los *Encuentros de Experiencia de Dios*. Yo me he encontrado, con frecuencia, con casos que dan pena.

Llegan con un vivo deseo de recuperar el sentido de Dios y el hábito de la oración. Dentro de la pedagogía de tales *Encuentros*, los asistentes comienzan a dar los primeros pasos, apoyados en la oración vocal; y, casi desde el primer momento, estas personas se sienten mal, como fuera de órbita.

Mientras hacen lecturas, manejan la Biblia, escuchan conferencias y piensan un poco en sus vidas, todo les va más o menos bien. Pero en cuanto intentan entrar en mayor profundidad divina, les sucede algo raro, difícil de describir. Se sienten como perdidos en un mundo extraño: como si todo fuese mentira, como si nada tuviera consistencia, como si no pisaran tierra firme...

Sienten que su cabeza está llena de confusión: leyeron en su vida tantos libros y revistas, escucharon tantas teorías, asimilaron ideas tan contradictorias... Por otra parte, su vida está llena de fragilidades; los compromisos vitales y las ideologías mentales los condicionaron y configuraron. Todo ese confuso submundo emerge ante su mente precisamente ahora que pretenden entrar en sí para el encuentro

con el Señor; y, familiarizada su cabeza con mil cosas dispares y disparatadas, la fe y su contenido los encuentran etéreos e inconsistentes.

No tienen problema alguno en reflexionar haciendo acrobacias teológicas sobre mil tópicos del Evangelio. Tampoco sienten dificultad en tratar las materias de fe para las aplicaciones pastorales. Su dificultad —impotencia— comienza al querer —ellos— vivir personalmente esa misma fe.

Y, en este momento, «descubren» que su fe está golpeada. Orar en esta situación es como pretender volar con las alas heridas. Escucharon y leyeron mil disparates sin pestañear en estos últimos años. Todo el mundo se sentía con derecho a opinar. Llamaban progresismo al aventurarse más allá de las fronteras del dogma y de la ortodoxia. Derribaron a hachazos los conceptos de autoridad y tradición. Con toda tranquilidad se tragaron cantidades de errores. Su fe fue recibiendo golpes y más golpes. Ellos ni se daban cuenta porque vivían en la periferia. Pero ahora, al querer entrar en niveles más profundos para el encuentro con el Señor, por primera vez toman conciencia de su impotencia para volar.

Es una situación que les sorprende a ellos mismos. Es un amargo descubrimiento que no esperaban: les es imposible orar. Están inválidos. Sienten, por otra parte, que la vida con Dios es, para ellos, asunto de vida o muerte en que se juega el sentido de su vida. Y comienzan a navegar entre el deseo y la impotencia.

A muchos de ellos les he escuchado las confidencias más tristes: he sido un frívolo; he dilapidado las esmeraldas más preciosas. Me dijeron muchas veces que la fe es un tesoro frágil, que hay que rodearla de cuidados; la descuidé como si fuera un objeto de tercera necesidad. Y ahora, ¿qué me queda? No puedo remontar el vuelo. Sin oración, mi vida no tiene sentido, y no puedo orar.

* * *

Estos, por lo menos, están inquietos, tienen deseos de empezar otra vez y ponen los medios. Pero hay otros que

se han estacionado en una mediocridad espiritual y no sienten deseos de salir de ese estado. No sufren por encontrarse así. Están satisfechos con sus éxitos. El apostolado y otras actividades de tipo profesional les dan una amplia compensación. Se sienten realizados y no echan de menos nada. La vida con Dios les tiene sin cuidado. Les basta un temperamento bien estructurado para equilibrarse entre los vaivenes de la vida. ¿Para qué más? Y se las han arreglado para vivir como si Dios no existiera.

Para éstos no se vislumbra solución alguna. El escollo insalvable es su propia satisfacción. En cambio, existe «salvación» para los otros, los inquietos. ¿Qué hacer?

Deberán tener en consideración las orientaciones que hemos entregado en los diferentes lugares de este libro sobre la paciencia, la constancia y la esperanza, así como sobre la naturaleza de la vida de la gracia y su crecimiento. Necesitan dar los primeros pasos como quien reaprende a caminar. Deberán apoyarse en la oración vocal, salmos, lectura meditada, etc. Y, con infinita paciencia y obstinada fidelidad, seguir subiendo y subiendo. Les servirán también las orientaciones prácticas que presentamos aquí sobre la sequedad y la aridez.

Aridez

La aridez es una prueba de impotencia y desgana para aplicarse al trato con Dios, cosa que en otras oportunidades causaba tanto gozo y devoción. Generalmente suele darse en las almas que han emprendido en serio la ascensión a Dios.

En mi opinión la aridez, tal como vamos a describirla aquí, es equiparable casi totalmente a las «noches del espíritu» de san Juan de la Cruz.

Se trata de una verdadera desolación. Las almas situadas en este estado, hablan así: No siento nada. Todo me aburre, hasta me repugna. Como Cristo en Getsemaní, «siento tedio» (Mt 26,37). Es un tormento ponerse a orar. ¡Hubo

tanta felicidad en tiempos pasados con Dios...! Han pasado dos meses en este estado de aridez, y me siento como una piedra. Dios está lejos, ausente, no sé siquiera si existe. Si yo supiera que después de un año la aridez asomara al rostro de Dios... Pero ¿quién sabe si nunca jamás «vuelve» el Señor?

No hay noche que pueda compararse con esta oscuridad. El alma hasta puede llegar a sentir la tentación de decir: ¡Ojalá nunca hubiera «conocido» a Dios! En momentos podría llegar a repetir las palabras de Jesús: «Me muero de tristeza» (Mt 26,38).

«La primera purgación o noche es amarga y terrible para el sentido... La segunda no tiene comparación, porque es horrenda y espantable para el espíritu» (5).

Estas pruebas las reciben las almas adelantadas, y si no tuvieran el recuerdo de los felices encuentros con Dios en el pasado, darían para siempre las espaldas a la vida con Dios. Y si el alma ha experimentado muy vivamente en tiempos pasados la dicha del trato con Dios, la prueba de la aridez podría parecerse al mismo infierno.

«Porque de éstos son los que de veras descienden al infierno, pues aquí se purgan a la manera de allí...» (6).

A mi entender, así como la distracción y la sequedad son fenómenos que ocurren en los primeros pasos y generalmente son explicables por principios psicosomáticos, la aridez, en cambio, es una prueba enviada expresamente por Dios; es profundamente purificadora y se da en las almas habituadas a una gran familiaridad con el Señor. Son muchas las personas, un tanto superficiales en la oración, que cuando llegan las sequedades abandonan definitivamente la oración; incluso, si en este momento de fragilidad les agarra una fuerte crisis, abandonan la institución religiosa o sacerdotal. En cambio las almas envueltas en la tormenta de la

(5) SAN JUAN DE LA CRUZ, *Noche oscura...*, l. 1, c. 8, n. 2.

(6) *Ib.*, l. 2, c. 11, n. 6.

aridez, aunque sufran espantosa y prolongadamente, no abandonan la oración.

La aridez es fundamentalmente una sensación de ausencia. Si una persona desconoce o es diferente a otra, y ésta se ausenta, la primera se queda insensible. Pero si se ama intensamente, al ausentarse una de ellas, la otra queda triste y desolada. Y a mayor amor, mayor desolación.

«Apaga mis enojos,
pues que ninguno basta a deshacellos,
y véante mis ojos,
pues eres lumbre de ellos
y sólo para ti quiero tenellos.

Descubre tu presencia,
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura» (7).

Lo trágico de la aridez es que el alma sufre tal desconcierto interior que no entiende que la causa de todo es la ausencia de Dios. Más bien tiene la impresión de que todo es mentira, o que todo sucede por una fatalidad irracional, o que Dios es nada. Psicológicamente hablando, la sensación de aridez es, probablemente, equiparable a lo que los antiguos llamaban el «tedio de la vida» aunque con una intensidad mucho más aguda.

Generalmente estas tormentas purificadoras suelen ir acompañadas de incomprensiones sociales, calumnias, acusaciones injustas, deserciones de amigos, y todo envuelto en enigma y oscuridad. Dios hace converger distintas casualidades para desarraigar al alma de las mil ataduras que la retienen atrapada a sí misma. No hay alma selecta que se vea libre de estas pruebas purificadoras.

«Por eso no penséis, hermanas, si alguna vez os viereis así, que los ricos y los que están en libertad tendrán para estos tiempos más remedio. No, no, que me parece a mí

(7) SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*.

es como si a los condenados les pusiesen cuantos deleites hay en el mundo delante, no bastaría para darles alivio, antes les acrecentaría el tormento. Así acá: viene de arriba y no valen nada las cosas de la tierra» (8).

Es cierto que en el terreno psicológico pueden darse fenómenos parecidos a la aridez como el hastío y las ganas de morir. En las almas muy avanzadas en el misterio de Dios, un temperamento de esta tendencia podría acrecentar hasta la exasperación la aridez espiritual. Será imposible precisar hasta dónde influye Dios y hasta dónde influye el factor temperamental. Pero no olvidemos que temperamentos radiantes como san Francisco de Asís y santa Teresa han sufrido agudamente la embestida de la aridez y de la oscuridad.

Así, pues —sin desconocer la posible influencia del temperamento—, la aridez es una prueba de Dios para purificar, liberar, sanar, quemar, transformar y unir. El misterio opera muy por debajo de las apariencias, y los mecanismos psicoanalíticos no pueden llegar ni siquiera al umbral del misterio.

Para consuelo de las almas que han pasado o pueden pasar por situaciones semejantes, voy a transcribir este hermoso párrafo de santa Teresa:

«¿Pues qué hará esta pobre alma, cuando muchos días duran así? Porque si reza, es como si no rezase, para su consuelo digo; que no se admite en lo interior, ni aun se entiende lo que reza ella misma, aunque sea vocal, que para mental no es este tiempo en ninguna manera, porque no están las potencias para ello; antes hace mayor daño la soledad, con que es otro tormento por sí estar con nadie, ni que le hablen.

Y así, por mucho que se esfuerce, anda con un desabrimiento y mala condición en lo exterior, que se echa mucho de ver. ¿Sabrá decir lo que tiene? Es indecible porque son apretamientos y penas espirituales, que no saben poner nombre» (9).

* * *

(8) SANTA TERESA, *Moradas*, l. 6, c. 1, 12.

(9) *Moradas*, l. 6, c. 1, n. 13.

La aridez es la prolongación del drama de Getsemaní. Sobre el Monte de los Olivos, en una noche clara del mes de Nisán, una noche oscura se apoderó de Jesús. Su alma tocó el fondo de la aridez. Las almas que la han experimentado en «alto voltaje», suelen manifestarse con expresiones muy parecidas a las de Jesús en aquella noche (Mt 26,30-46; Lc 22,39-45; Mc 14,26-43). Todos los que se debaten en el combate de la noche árida participan de aquella depresión crítica de Jesús.

¿Qué hacer?

Seguir en pie, estar despiertos, velar junto a Jesús, con Jesús, aunque nuestra alma esté desgarrada y anonadada. La fe y la esperanza deben alumbrar como un tenue candil la noche del Monte de los Olivos, esa fe y esperanza que nos dicen que detrás de toda noche hay una aurora. Sí, mañana saldrá el sol.

¿Qué hacer? No dejarse abatir por el desaliento. Esperar contra toda esperanza. Resistir la oscuridad aceptándola. Vencer el desconcierto con el humilde abandono. No quebrarse si la noche se prolonga. Velar, sin dormir, a lo largo de la noche junto a Jesús, acompañándolo con amor, con esperanza, con cariño.

Una «reina» para las «noches»

Llaman la atención las descripciones sublimes que hace san Juan de la Cruz sobre las noches purificadoras. Hemos visto la concreción femenina con que santa Teresa las describe.

Pero no cabe duda de que en el terreno de las noches áridas, el modelo y la reina es la santita de Lisieux. Y esto, no sólo por la claridad con que se expresa o por la fuerza simple y dramática de sus descripciones, sino sobre todo por la entereza con que las vivió en una perpetua actitud de abandono. Como hay tantas almas en este purgatorio de la aridez (ellas se imaginan quizá hallarse en el «infierno»

por la atroz ausencia del Amado), para su consuelo voy a traer unos cuantos testimonios conmovedores de Teresita.

Antes de tomar el hábito, recién retirada del mundo, escribe a una monja, en enero de 1889:

«Al lado de Jesús, nada. ¡Sequedad!... ¡Sueño!»

Denominándose a sí misma *corderito*, evoca el trágico silencio de Dios con un lenguaje infantil, en otra carta del mismo año:

«El pobre corderito no puede decir nada a Jesús; y sobre todo, Jesús no le dice absolutamente nada a él.»

En el mismo año, entre finas ironías y simbolismos, conjugando la simplicidad de la expresión con la grandeza patética, dice:

«El cordero se equivoca creyendo que el juguete de Jesús no está en tinieblas; está abismado en ellas... Tal vez, y el corderito está de acuerdo, estas tinieblas son luminosas, pero no obstante son tinieblas...»

Han pasado 18 meses. Va a comprometerse con Dios con la alianza de la profesión. Se prepara para la emisión de los votos con el fervor que todos hemos experimentado en estas oportunidades, pero ella se siente como una fuente agotada en medio del desierto:

«No creáis —escribe a una hermana— que no pienso en nada. En una palabra, estoy en un subterráneo muy oscuro.»

Ninguno de sus directores espirituales es capaz de conjurar su aridez. Dios es para ella «Aquel que siempre calla», pero sigue en paz, absolutamente abandonada; y aunque nada ve, nada siente, por debajo de todas las apariencias vislumbra la presencia del Amado que inspira y edifica:

«Mi amado instruye mi alma, le habla en medio del silencio, entre tinieblas.»

Todavía está en su primera juventud, apenas tiene 19 años y vislumbramos en ella una madurez desproporcionada a su edad. Es una frágil mujer pero dispone de una sabiduría acabada. Hay en su vida un misterio que desconcierta: posee una inteligencia privilegiada y, sin embargo, no entiende lo que lee:

«No creáis —escribe a una hermana— que nado en medio de consolaciones. ¡Oh, no! Mi consolación es no tenerla en la tierra. Sin mostrarse, sin hacerme oír interiormente su voz, Jesús me instruye en secreto; no por medio de libros, pues no entiendo lo que leo.»

Es una mujer de una fortaleza única. No hay en su vida hechos extraordinarios. Lo único extraordinario es la densidad y persistencia del silencio de Dios sobre su vida. Pero ella vive sosegada. Se siente pobre y confiada como un niño. Se deja llevar. Ni siquiera se queja de la oscuridad ni de la aridez. Las acepta hasta con alegría. Con una vertiginosa rapidez va devorando las distancias de la santidad; con el simple abandono va quemando etapa tras etapa. Imaginándose a sí misma como una prometida, describe así su itinerario:

«Antes de partir, parece haberle preguntado su Prometido a qué país quería ir y qué ruta quería seguir... La pequeña Prometida ha contestado que no tenía más que un deseo: el de alcanzar la cumbre de la montaña del amor. Para llegar a ella se le ofrecían muchos caminos...»

Entonces Jesús me tomó de la mano y me hizo entrar en un subterráneo donde no hace frío ni calor, donde no luce el sol, al que ni la lluvia ni el viento llegan.

Un subterráneo donde no veo más que una claridad semivelada, la claridad que derraman a su alrededor los ojos bajos de la Faz de mi Prometido... No veo que avancemos hacia la cumbre de la montaña, pues nuestro viaje se hace bajo tierra; pero, sin embargo, me parece que nos acercamos sin saber cómo» (10).

He ahí el modelo y la conducta a seguir en la aridez. No dejarse dominar por el desaliento. Creer y esperar contra todas las apariencias. Caminamos por un subterráneo; sin embargo, estamos escalando la cumbre. ¿Cómo? Yo no lo sé; pero El sí lo sabe. Dios calla. Pero yo sé que, sin que nadie lo perciba, el Señor instruye mi alma en medio del silencio. ¿Consuelos? Quizá no los haya hasta el día de la eternidad. El consuelo es la esperanza. Abandonarse, esperar y velar con Jesús en la larga noche de la aridez, he ahí la actitud.

ADORAR Y CONTEMPLAR

*«Cierra los ojos y verás.
Haz silencio y escucharás.»*

Refrán oriental

*«La noche sosegada,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora...»*

FRAY JUAN DE LA CRUZ

*«Atención: estoy a la puerta y llamo.
Si alguien oye mi voz y abre la puerta,
entraré,
y cenaré con él, y él conmigo.»*

Apocalipsis 3,20

*«Año de gracia, 1654,
lunes 23 de noviembre, día de san Clemente.
Desde las diez y media de la noche aproximadamente
hasta las doce y media, más o menos, de medianoche,
¡el fuego!
Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob,
no de los filósofos y sabios.
Certidumbre, alegría,
certidumbre, sentimiento, alegría,
paz.»*

PASCAL

Un mediodía ardiente, Jesús, cubierto de polvo y sol, atravesaba la provincia de Samaría por la agreste garganta que se abre entre los montes Ebal y Garizim. Sobre la cumbre de este último, los cismáticos de Israel que eran los samaritanos, habían erigido un templo relativamente modesto, como réplica y desafío al templo de Jerusalén, y en torno a este monte se desarrolla la vida religiosa de los samaritanos. La rivalidad entre los judíos y los samaritanos se remontaba a los lejanos días del retorno desde la cautividad de Babilonia.

Al salir de la garganta, entró Jesús en el valle que se extiende desde Siquem hasta Naplus. A la entrada del valle se levantaba Sicar, ciudad adornada de leyendas que se remontaban a los días de Jacob. Cerca de la ciudad había un pozo manantial de unos 30 metros de profundidad. Jesús, cansado, se sentó sin más junto al pozo. Era mediodía.

Y sucedió una escena extraña. Con un cántaro a la cabeza, llegó desde la ciudad una mujer con mucha vida y largas historias en su haber. Jesús le pidió agua para aliviar su sed. Ella halló extraña esta petición. Rápidamente, sin embargo, entraron los dos en una conversación de alto vuelo. Y, a cierta altura de la conversación, sonó por primera vez, en este entorno tan singular, una palabra con gran peso de eternidad: *adorar*.

Entre digresiones y desviaciones del tema general, Jesús vino a decir: Mujer, vosotros los samaritanos decís que

es en la cumbre de Garizim donde se debe adorar al Padre. Los judíos, por el contrario, replican diciendo que es el templo de Salomón el lugar de la adoración. Yo, a mi vez, te digo: ni aquí ni allí. En otro «templo», hija mía. Mira: Dios es espíritu; tú no eres espíritu pero tienes espíritu por haber sido plasmada a imagen y semejanza de Dios; eres portadora de un aliento divino e inmortal. Ahora bien, si Dios es espíritu y tú tienes espíritu, es el espíritu el verdadero «lugar» del encuentro con el Padre. Los verdaderos adoradores, de ahora en adelante, deben adorarlo «más allá» de los ritos, templos, ceremonias y palabras: lo harán en espíritu y verdad. Son éstos los adoradores que el Padre necesita y desea (Jn 4,1-27).

Hacia el interior

Un poema oriental dice así:

«Dije al almendro:
hermano, hálame de Dios.
Y el almendro floreció.»

Sin embargo, el Rostro no florecerá tan fácilmente. Ese Rostro bendito está cubierto de densas neblinas, siempre lejos, allá en el mar del tiempo. Necesitamos hacernos a la vela y remar sin tregua entre las hostiles olas de la dispersión, distracciones y sequedades; avanzar siempre mar adentro del silencio con la ayuda de métodos psicológicos, para dar alcance al Centro que concentrará y aquietará todas las expectativas del corazón.

Los vestigios de la creación, las reflexiones comunitarias y las oraciones vocales pueden hacernos presente al Señor, pero de manera refleja y difuminada. La fuente viva y profunda está lejos. Uno puede apagar la sed en las aguas frescas del torrente, pero el origen de esas aguas está allá arriba, en el glaciar de eternas nieves.

El alma, cuanto más experimenta a Dios, suspira por la Fuente misma, por el Glaciar.

«No quieras enviarme
de hoy ya más mensajero,
que no saben decirme lo que quiero.»

Como se ve no hay cosa que pueda curar su dolencia sino la presencia y vista de su Amado, desconfiada de cualquier otro remedio, pídele en esta canción le entregue posesión de su presencia (1).

Más allá de los vestigios, dones y gracias, el alma busca, pretende no el agua sino el Manantial mismo. Busca esa quietud, identificante e inefable relación yo-Tú. Busca —¿cómo decirlo?— esa comunicación profunda de presencia a Presencia, esa inter-acción e inter-relación de conciencia a Conciencia.

Pero, una vez más, a través de sombras, Dios comienza a manifestarse al alma, pero lo hace como cuando el sol se derrama a través de una espesa arboleda en un bosque muy tupido. Es el sol pero no es el sol: son partecitas de sol derramado a través de la espesura.

«Oh cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibujados» (2).

Este es, con otras palabras, el ardiente anhelo expresado innumerables veces por los hombres de Dios en la Biblia, y que da título a este libro: *Muéstrame tu rostro*. El rostro de Dios es una expresión bíblica para significar la presencia viviente de Dios; y esa presencia se engrosa, se condensa cuando la fe y el amor hacen que las relaciones del alma con Dios sean más profundas e íntimas.

El alma tiene que entender muy bien que esa presencia es siempre oscura, pero permaneciendo oscura se hace más viva. Quiero decir que cuando la fe y el amor se intensi-

(1) SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico*, 6, 2.

(2) *Ib.*, *Canción* 12.

fican, entonces los rasgos de Dios se perciben no más claros, sino más vivos. La claridad no se refiere a las formas, que Dios no las tiene, sino a la densidad y seguridad de su presencia. Puedo estar en una oscura noche «con» una persona; aunque no nos veamos, aunque no nos toquemos y estemos en completo silencio mirando las estrellas, puedo «sentir» vivamente su presencia, «sé» que está ahí.

* * *

Cuando el alma intenta entrar en la comunicación con el Señor, lo primero que tiene que hacer es vivificar la presencia del Señor, después de dominar y recoger las facultades.

El alma ha de tener muy claro que Dios está objetivamente presente en su ser entero al que comunica la existencia y la consistencia.

Habrà que recordar que Dios nos sostiene. No es el caso de la madre que lleva a la criatura en sus entrañas, sino que, en nuestro caso, Dios nos penetra, envuelve y sostiene.

Está más allá y más acá del tiempo y del espacio. Está en torno mío y dentro de mí, y con su presencia activa alcanza las más lejanas y profundas zonas de mi intimidad. Dios es el alma de mi alma, la vida de mi vida, la realidad total y totalizante dentro de la cual estamos sumergidos; con su fuerza vivificante penetra todo cuanto tenemos y cuanto somos.

En un poema intentaré decir todo esto.

No estás. No se ve tu rostro.

Estás.

Tus rayos se disparan en mil direcciones.

Eres la Presencia Escondida.

¡Oh Presencia siempre oscura y siempre clara!

¡Oh Misterio Fascinante

al cual convergen todas las aspiraciones!

¡Oh Vino Embriagador

que satisfaces todos los deseos!

¡Oh Infinito Insondable
que aquietas todas las quimeras!

Eres el Más Allá de todo y el Más Acá de todo.
Estás sustancialmente presente en mi ser entero.
Tú me comunicas la existencia y la consistencia.
Eres la esencia de mi existencia.

Me penetras, me envuelves, me amas.

Estás en torno de mí y dentro de mí.
Con tu Presencia activa alcanzas
hasta las más remotas y profundas zonas
de mi intimidad.

Eres el Alma de mi alma, la Vida de mi vida,
más «Yo» que yo mismo,
la realidad total y totalizante
dentro de la cual estoy sumergido.
Con tu fuerza vivificante
penetras todo cuanto soy y tengo.

Tómame todo entero,
oh Todo de mi todo,
y haz de mí una viva transparencia
de tu Ser y de tu Amor.

A pesar de tan estrecha vinculación, no hay simbiosis ni identidad, sino una presencia activa, creadora y vivificante. Esta realidad última del hombre la expresa el salmista con una incomprensible expresión poética: «Todas nuestras fuentes están en ti» (Sal 86). La recitación pausada de algunos salmos, al comienzo de la oración, puede servir para hacer «presente» al Señor.

* * *

Es necesario avanzar hacia el interior porque sólo el hombre interior percibe a Dios. «La sabiduría de esta contemplación es el lenguaje de Dios al alma, de puro espíritu

a espíritu puro. Todo lo que es secreto y no lo saben ni pueden decir, ni tienen gana porque no lo ven» (3). Las personas que se mueven en el mundo de los sentidos y dominadas por ellos, no serán capaces de la experiencia religiosa, al menos mientras estén bajo ese dominio.

El doctor místico distingue como una periferia del alma, que él imagina como unos arrabales bulliciosos; serían los sentidos y la fantasía, un mundo que con su agitación impide observar los pasajes más interiores. Y avanzando más adentro, el santo distingue la región del espíritu que es una «profundísima y anchísima soledad..., inmenso desierto que por ninguna parte tiene fin» (4).

Es lo que llamamos el *alma*, una región fronteriza entre el hombre y Dios, quiero decir, es simultáneamente realidad humana y teatro de la acción divina, un universo realísimo como la pared que tocamos, pero cuya percepción a la generalidad de los hombres nos escapa completamente porque vivimos en la periferia; los hombres interiores lo distinguen y perciben nítidamente aunque también ellos andan apretados para traducirlo en palabras.

«El centro del alma es Dios, al cual cuando el alma hubiere llegado según toda la capacidad de su ser, y según la fuerza de su operación e inclinación, habrá llegado al último y más profundo centro suyo en Dios, que será cuando con todas sus fuerzas entienda y ame y goce a Dios...» (5).

Cómo el alma sea la región fronteriza entre Dios y el hombre, el santo lo explica de la forma siguiente: viene a decir que la profundidad del alma es proporcional a la profundidad del amor. El amor es el peso que inclina la balanza hacia Dios porque mediante el amor se une el alma con Dios, y cuantos más grados de amor tuviere, tanto más profundamente el alma se concentra con Dios. Para que el alma esté en su centro (que es Dios) basta que tenga un

grado de amor. Y cuantos más grados de amor tuviere el hombre, en esa misma proporción va centrándose y concentrándose en Dios, tantos círculos adentro. Y si llega hasta el último grado de amor divino, se habría abierto el último y más profundo centro del alma.

Puede ocurrir, pues, que se vayan cavando sucesivas profundidades en la sustancia del alma. Y en cada profundidad, el rostro de Dios brilla más, su presencia es más patente, el sello transformante más hondo y el gozo más intenso. Entiéndase bien: necesariamente tengo que hablar en figuras, quiero decir *percibir, distinguir*. El alma (así como también Dios) es inalterable. En la medida en que se va viviendo la fe, el amor y la interioridad, se distinguen nuevas zonas.

Esta grandiosa realidad la simboliza santa Teresa con las diversas moradas de un castillo, como dependencias cada vez más interiores.

Por eso dice Jesús: «Si alguno me ama, guardará mi palabra y mi Padre le amará y vendremos a él, y haremos morada en él» (Jn 14,13). Y a mayor amor, una morada más interior y entrañable. En esas regiones profundas de sí mismo es donde el alma experimentará la presencia activa y transformadora de Dios.

(3) SAN JUAN DE LA CRUZ, *Noche oscura...*, I. 2, c. 17, 4.

(4) *Ib.*, n. 6.

(5) *Llama de amor viva*, I, 12.

La oración de intercesión, también la de alabanza, se hallan pobladas de gentes: roguemos por los enfermos, los misioneros, por el santo Padre... En la *adoración* desaparece todo el mundo y quedamos solos El y yo. Y si no conseguimos quedarnos *a solas* El y yo, no hay encuentro verdadero. Podría estar yo en una asamblea orante, entre cinco mil personas donde todas oran y aclaman. Si yo, en mi última instancia y estancia, no quedo a solas con mi Dios, como si nadie respirara en el mundo, no habrá encuentro real con el Señor.

Comencemos diciendo por adelantado que todo encuentro es intimidad, y toda intimidad es recinto cerrado. Todo lo decisivo es solitario. Las grandes decisiones se toman a solas: se muere solo, se sufre solo; el peso de una responsabilidad es el peso de una soledad, el encuentro con el Señor se consuma a solas, aun en la oración comunitaria.

El encuentro es, pues, la convergencia de dos «soledades».

He aquí el gran desafío para lograr el encuentro de adoración: de qué manera llegar, a través del silencio, a mi *soledad* y a la «soledad» de Dios. Y a fin de conseguir esto, qué hacer para acallar (aislarme, desligarme) los clamores de fuera, los nerviosismos, las tensiones y toda la turbulencia interior hasta percibir, en pleno silencio, mi propio misterio. Y en segundo lugar, de qué manera sobrepasar el bosque de imágenes, conceptos y evocaciones sobre Dios y quedarme con el *mismísimo* Dios, con el Misterio, en la pureza total de la fe.

Más allá de la evocación

Al caer la tarde escuchamos una música evocadora. Esta melodía, arropada con ese colorido orquestal, en este momento de fe, no sé por qué misteriosos resortes, despierta en mí vivamente a mi Dios. Pero si yo, centrada toda mi atención, consigo «quedarme con» el *mismísimo* Señor, se esfuma la música, aunque ella siga sonando. El Señor Dios está más allá de la evocación. Mejor, al conectarme con el Evocado, desaparece la evocación. ¿Cómo ligarme con la «soledad» pura de mi Dios?

En este amanecer nos sumergimos en el corazón de la naturaleza. Este conjunto de color, formas y tonalidad, esta embriagadora variedad de armonía y vida despierta en mí, no sé por qué inefable encanto, la presencia vibrante y amante de mi Dios y mi Padre. Pero si yo, concentrando las energías dispersas, y en la fe pura, establezco con mi Dios una ligadura atencional quedándome a solas con él, ya desaparecieron las montañas, las flores y los ríos aunque sigan brillando al sol. Dios está «más allá», lo que no quiere decir que esté distante sino que *El mismo* es algo distinto de la imagen con que lo revestimos. Al aparecer el Evocado, desaparece la evocación.

En esta noche serena salimos al descampado. Contemplamos largo rato, en silencio, esa bóveda profunda, y decimos: Ese firmamento estrellado, más allá de los años-luz y de las distancias siderales, evoca para mí el misterio palpitante de mi Dios, eterno e infinito. Pero si, en la fe pura, entro en una corriente de comunicación personal con el *mismísimo* Eterno, se esfuman las estrellas como por arte de magia. He aquí el problema: ¿Cómo llegar a la «soledad» de Dios y quedarnos con *El mismo* en la simple y total presencia? ¿Cómo establecer la sintonía de misterio a Misterio?

Debido a su naturaleza trascendente y a nuestros procesos cognoscitivos, revestimos a Dios con imágenes y formas conceptuales. Pero *El mismo*, repetimos, es distinto de nuestras representaciones sobre él. Para adorarlo en espíritu y verdad, tenemos que despojar al Señor de todos esos ropa-

jes que, si bien no son falsos, al menos son imperfectos o ambiguos. Tenemos que «silenciar» a Dios.

Bueno será apoyarse en la creación para orar, y para algunos puede ser la manera más eficaz de adoración. Buena cosa será asistir a aulas de teología donde el misterio de Dios es transmitido en conceptos. Pero los profetas provienen de los desiertos, allá donde sobre la plataforma inapela-ble de la monotonía emerge el Señor en su «soledad», en su Sustancia ineludible, en su Persona inalienable. En el jardín o en el campo mil reflejos distraen, los sentidos se entretienen y el alma se conforma con destellos de Dios que danzan entre las criaturas; pero en el desierto, en la fe pura y en la naturaleza desnuda, Dios refulge con la luz absoluta.

No queremos decir con esto que, para adorar, debemos buscar las arenas ardientes de un desierto. Hablamos en figura. Necesitamos, sí, ciertos elementos de lo que significa «desierto»: la desnudez en la fe, el silencio y la soledad. Y esto, si no todos los días, al menos para los encuentros de los tiempos fuertes.

Dios *es* «solo», el hombre *es* «solo». Avancemos hacia la convergencia de esas dos «soledades».

Última estancia

Sentirse solo es como sentirse solitario. Algo negativo. Pero *percibirse solo* es tomar conciencia de que, como yo, no hay ni habrá otro en el mundo: *sólo yo y sólo una vez*. ¡Mi misterio! Algo inefable, singular, inédito. Por el silenciamiento de los clamores exteriores, y sobre todo de los interiores, se llega a la percepción de la propia *soledad* (interioridad, identidad). Lo que impide, pues, la percepción (posesión) de mi propia identidad es la dispersión interior en que la persona es disociada en recuerdos, sensaciones, proyectos, preocupaciones que la disgregan de tal manera, que acaba por sentirse como un montón de pedazos de sí mismo. Si no se es (se siente) unidad, no se puede «poseer» su

misterio. En este caso es imposible el encuentro real con Dios, que siempre se consume de unidad a unidad.

* * *

El hombre no es un ser acabado, sino un ser «por hacerse», por obra de su libertad (GS 17).

Una piedra, un árbol, son seres plenamente realizados dentro de las fronteras o límites de su esencia. Quiero decir que no pueden dar más de lo que dan, no pueden ser más perfectos de lo que son. Igualmente un gato, un perro. Son seres encerrados, acabados, «perfectos» dentro de sus posibilidades.

El hombre, no. El hombre, originalmente, es un «poder-ser». Es el único ser de la creación que puede sentirse irrealizado, insatisfecho, frustrado. Y por eso es, entre los seres creados, el único que tiene capacidad para superar las barreras de sus limitaciones. Por otra parte, es también el único ser capaz de autotransparencia, de trascendencia y libertad. En una palabra, es un ser abierto, capaz de un encuentro personal con Dios, de un diálogo con su Creador.

* * *

El Concilio presenta al hombre como un ser magnífico, «centro y cima de todos los bienes» (GS 12), que lleva en sus profundidades la imagen de Dios, portador de gérmenes ilimitados de superación y, sobre todo, «con capacidad para conocer y amar a su Creador». El hombre se distingue particularmente de los demás seres en que lleva una zona interior de soledad, que es el «lugar» del encuentro con el Absoluto y Trascendente.

«Por su *interioridad* es superior al universo entero. A estas profundidades [de sí mismo] retorna cuando entra dentro de su corazón, donde Dios le aguarda, escrutador de los corazones y donde él, personalmente, bajo la mirada de Dios, decide su propio destino» (GS 14).

Se trata, pues, de una zona interior y secreta, adonde el hombre deberá bajar, si desea el encuentro cara a cara con

Dios; lugar, por otra parte, donde nadie más puede asomarse: «... el núcleo más secreto y el sagrario del hombre en el que éste se siente *a solas* con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo de él» (GS 14).

Con esto parece estar indicando el Concilio que, si esa zona de soledad no está poblada por Dios, el hombre sentirá una soledad despoblada y vacía. Y es entonces cuando la palabra soledad adquiere un sentido trágico y se convierte en el enemigo número uno del hombre.

Es en este «espacio de soledad», donde Dios espera al hombre para el diálogo, para hacerlo participar de su vida y para plenificar y dar cauce a las altas energías de la criatura.

Esto significa a su vez —siempre según el concilio—, que el valor máximo en cuanto a la estructura psíquica del hombre es el Dios que en la interioridad lo invita al diálogo. Hacia ese valor máximo tienden las energías vitales del hombre, cuando busca el silenciamiento para la contemplación (GS 8). Todo lo cual conduce a la sabiduría, que es el resultado final de la plenificación de ese «espacio de soledad»: «Imbuido por ella, el hombre se alza por medio de lo visible a lo invisible» (GS 15), es decir, al Dios absoluto.

* * *

Voy a completar estas ideas con otras palabras. Cuando la persona *se capta* experimentalmente a sí misma, percibe que «consta» de diferentes niveles de profundidad o interioridad, como si tales niveles fueran los diferentes pisos de un edificio.

Entre esos niveles y más allá de ellos, el hombre percibe en sí mismo algo así como una *última estancia* donde nadie puede hacerse presente salvo Aquel al que no le afecta el espacio, justamente porque esa estancia no es lugar sino *algo*. Cuando se elaboraba la teología escolástica y todos buscaban la definición de la persona, Escoto dijo que la persona es la *última soledad del ser*.

En sus momentos decisivos, el hombre percibe vivamente *ser soledad* (identidad inalienable y única), por ejemplo en la agonía. En ese momento, el que se va puede estar rodeado, imaginemos, de las personas más queridas

que, con su presencia, palabras y cariño, tratan de «estar con» él, acompañándolo en esta travesía decisiva. Los cariños y las palabras no pasarán de su piel o de su tímpano. En su última estancia, allá donde es *él mismo* y diferente a todos, el que se va está completamente solitario, y no hay consuelos, palabras o presencias que lleguen hasta «allá». Todo queda en la periferia de la persona. Pueden estar junto a él. «Con» él —en su última y definitiva profundidad— nadie está ni puede estar. Es como si él dijera: Amigos, me voy, y ninguno de vosotros puede venir conmigo. Es en las horas decisivas cuando se transparenta el hecho de ser soledad (*mismidad*, ella misma).

Hay, pues, en la constitución de la persona un algo que le hace ser ella misma, diferente a todos, y que, como una franja de luz, atraviesa y ocupa toda la esfera de la personalidad, dándole propiedad, diferenciación e identificación. Esta soledad (ser *él mismo*) se percibe, repetimos, cuando se silencia todo el ser: su mundo mental, corporal y emocional. De tal manera que, a la hora de experimentar, se confunden o se identifican dos expresiones: silencio y soledad. La percepción de sí mismo (soledad) es el resultado del silenciamiento total.

La percepción posesiva de su misterio es el «lugar» de la adoración. Es en ese «templo» donde se adora en espíritu y verdad, como pedía Jesús, y se llega a la convergencia profunda de los dos misterios.

Entra y cierra las puertas

En lo alto de la montaña, erguido Jesús sobre una roca frente a una muchedumbre anhelante, había proclamado el programa del Reino. Y ahora estaba diciendo que, para adorar, no es necesaria abundante palabrería ni fimbrias largas ni trompetas de plata. Basta entrar en el aposento interior, cerrar bien las puertas, encontrarse con el Padre, que está en lo más secreto, y quedarse con El (Mt 6,6).

Estas palabras quiero traducirlas a otro lenguaje, am-

pliando el horizonte de su significado. Después de todo, no se trata de un encuentro de personas de carne y hueso, que se aprietan la mano para saludarse, y se sientan en sendos sillones para conversar. Fácil cosa es cerrar las puertas de madera y entornar las ventanas de vidrio. Pero en nuestro caso se trata de algo mucho más impalpable. Ese aposento interior es otro «aposento», esas puertas son otras «puertas», y ese entrar es otro «entrar».

Hemos dicho que todo encuentro es intimidad; y toda intimidad es recinto cerrado, y recinto cerrado significa silenciamiento de todo y alumbramiento de una «soledad» (presencia de sí mismo o «in-sistencia»). Es un encuentro singular de dos sujetos singulares que se hacen mutuamente presentes en un aposento particularmente singular: en espíritu y verdad. Nunca me cansaré de repetir lo siguiente: Para que «aparezca» Dios, para que su presencia, en la fe, se haga densa y consistente, es necesaria una atención abierta, purificada de todas las adherencias circundantes, preparando de esta manera una acogedora «sala de visitas», vacía de gentes. En una palabra, un recipiente de acogida del Misterio. Cuanto más silencien las criaturas y las imágenes, cuanto más despojada esté el alma, tanto más puro y profundo será el encuentro.

Impresionan las insistencias de fray Juan de la Cruz al respecto en todos sus libros.

«Aprended a estaros vacíos de todas las cosas, es a saber interiores y exteriores, y veréis cómo yo soy Dios» (1).

Según entiendo, la mayoría de los cristianos queda fuera de las experiencias fuertes de Dios por no hacer este difícil e imprescindible trabajo previo al encuentro. Comprendo que, a nosotros, pobres mortales zarandeados en el torbellino de la vida, no nos sea fácil hacer todos los días un encuentro de profundidad con el Señor Dios Padre, pero sí es factible hacerlo en los *tiempos fuertes*. Cuanto más

(1) *Subida del monte Carmelo*, l. 2, c. 15, 5.

frecuentes sean estos tiempos fuertes, más fácil será vivir en permanente presencia de Dios.

* * *

La tarea tiene dos vertientes. Primero, el *silenciamiento*. Segundo, la *percepción del propio misterio*. Nos ocuparemos, en primer lugar, del silenciamiento. Ya hemos colocado en el capítulo anterior una serie de ejercicios para silenciarlo todo. No obstante, voy a agregar aquí nuevas orientaciones prácticas.

Advierta el cristiano que tenemos que silenciar tres zonas bien diferenciadas.

a) *El mundo exterior*. Un conjunto de fenómenos exteriores, sucesos y cosas son, o se convierten, en diferentes estímulos que, según el grado de sensibilidad de cada cual, perturban la quietud interior, excitan y disocian al sujeto, y le hacen perder el sentido de unidad. Para salvarse de esas olas disociantes, el hombre necesita *alienarse, ausentarse, desligarse* (tres palabras y un solo contenido) de todo eso, de tal manera que lo circundante no le robe la paz ni perturbe su atención.

b) *El mundo corporal*. Se trata de tensiones o acumulaciones nerviosas que, a su vez, producen encogimientos musculares, instaladas en diferentes partes del cuerpo. Ellas consumen inútilmente excesivas cargas nerviosas, y originan la fatiga depresiva y un estado general de desasosiego. En este caso, el silenciamiento se llama *relajarse*.

c) *El mundo mental*. Es una masa de actividad mental en la que es imposible distinguir lo que es pensamiento y lo que es emoción. Todo está entremezclado: recuerdos, imágenes, proyectos, presentimientos, sentimientos, resentimientos, pensamientos, criterios, anhelos, obsesiones, ansiedades... Todo eso tiene que ser cubierto con el manto del silencio. El silenciamiento se llama, aquí, des-prendimiento, des-ligamiento.

Se trata de una completa purificación. Al posarse tan

gran polvareda, queda como resto la paz, y aparece en toda su pureza mi misterio: mi *mismidad*. Y, colocándonos en la órbita de la fe, «aquí» y ahora emerge el misterio, y se consume el encuentro de misterio a Misterio, lográndose el encuentro en espíritu y verdad.

* * *

Hay que comenzar por *silenciar el mundo exterior*. Considere el cristiano que los pájaros seguirán cantando, los motores zumbando y los humanos gritando. Pero desligue su atención de todo eso, de tal manera que oiga todo y no escuche nada. Silenciar significa, pues, en este caso, sustraer la atención a todo lo que bulle, de tal manera que el cristiano quede *ausente o alienado* de todo, como si nada de eso existiera. Hágalo con suma tranquilidad. Para sustraer la atención lo más fácil es suspender la actividad mental o hacer el vacío interior como se enseñó en el capítulo anterior.

Sentado en una posición cómoda, respirando tranquilo y profundo, ejércitese en el desligamiento. Despréndase: no permita que *se le prendan* los barullos. No permita que los agentes exteriores, que normalmente golpean los sentidos, lo perturben o le causen impacto. Aproveche cualquier circunstancia para ejercitarse en el desligamiento.

En segundo lugar, *relaje las tensiones*. La palabra clave es *soltar*. Se suelta lo que está atado, o también lo que tengo agarrado o lo que se me agarra. Sentirá la sensación de que los nervios están atados, de que los músculos se le agarran. Soltar los músculos y nervios es relajarse, y relajarse es silenciar.

Siéntese cómodo, con el tronco recto. Respire profundo y tranquilo. Como un señor que recorre todos sus territorios, recorra todo su organismo imponiendo la calma.

Quieto, concentrado y tranquilo, comience por soltar los músculos de su frente (al decir músculos, estamos refiriéndonos a los nervios que agarran los músculos), hasta que la frente quede relajada y tersa.

Suelte los músculos de la cabeza, los que rodean el cráneo.

Suelte los músculos (y nervios) de la cara, mandíbula...

Suelte los músculos de los hombros y cuello hasta que los sienta relajados.

Suelte el antebrazo, brazo y manos.

Suelte los músculos del pecho y vientre, piernas y pies.

Y ahora, de un solo golpe experimente vivamente cómo el exterior de todo su organismo está en calma.

En seguida comience a soltar los nervios y músculos interiores. Hágalo primeramente en el cerebro. Luego con la garganta. Continúe con el corazón y el vientre, sobre todo en lo que se llama *boca del estómago* o plexo solar. Y acabe con los intestinos. Para terminar, experimente vivamente una sensación profunda y simultánea: en todo mi organismo reina un completo silencio.

Finalmente tenemos que *silenciar el mundo mental*. Es lo más difícil y decisivo. Otra vez necesitamos usar el verbo *soltar* o *desprenderse*. El cristiano percibirá que los recuerdos y deseos se le agarran, se le prenden. Suéltelos y déje-los que desaparezcan entre las brumas del tiempo en la región del olvido. Haga como quien borra en un instante una pizarra escrita. Sentado, tome una posición cómoda. Respire bien. Comience por el pasado de su vida.

Apague de un golpe todos los recuerdos: los que le alegran, los que le entristecen, los indiferentes. *Nada hacia atrás* en su vida: personas, conflictos... Haga el vacío completo como quien apaga la luz de la habitación y queda todo oscuro. Cubra con el manto del olvido total ese pozo hirviente del inconsciente, cementerio vivo de todas las impresiones de una vida. Si le vienen los recuerdos a la memoria, que los suelte uno por uno.

Nada hacia adelante en su vida. Suéltelos todo: planes, expectativas, temores, ideales, anhelos... Borre todo de un golpe. Haga el vacío mental. Si le perturban los proyectos, con gran tranquilidad suéltelos uno por uno. Suelte y desprenda el miedo general que penetra el pasado y el futuro.

Nada fuera de este momento. Suelte los problemas actuales, emociones.

Nada fuera de este lugar. Suelte personas ausentes, su lugar de trabajo, su familia ausente...

* * *

Silenciado todo, sólo queda el *presente*:

un darme cuenta de mí mismo,

aquí y ahora.

Yo soy yo mismo: percepción de mí mismo como sujeto y objeto de mi experiencia.

El que percibe soy yo; lo percibido soy yo.

Pensar que pienso. Saber que sé.

Soy uno y único,

diferente a todos.

Soy yo solo y sólo una vez,

unidad, «soledad», *mismidad*,

misterio.

Diríamos que la adoración es una convergencia de dos *presentes*: dos *presencias* integran una sola *presencia*.

Dos presencias mutuamente abiertas y acogedoras, en quietud dinámica,

en movimiento quieto.

Dos presentes proyectados mutuamente, introyectados en una intersubjetividad.

* * *

Este vivir el *presente* no significa desinterés por los demás. No es egoísmo camuflado. Al contrario, este *presente* encierra una gran carga explosiva de irradiación; se extiende dinámicamente de horizonte a horizonte de mi vida: el pasado se hace presente, el futuro se hace presente, aquí y ahora, y, como un núcleo de átomo, en este *presente* están encerradas todas las virtualidades de transformación y amor.

Se me dirá: Orar así es cosa complicada. Bien sabemos que toda oración es don de Dios, y mucho más lo es el don de la contemplación. Sé muy bien que el Señor

Dios, sin ninguna ambientación, puede ocupar todas las habitaciones de un alma. Pero de ordinario no sucede así.

Al contrario: son muchas las almas que, por falta de preparación sistemática, quedaron estancadas en una áurea mediocridad. Los que viven en la superficie de la oración es porque no se preparan, y no se preparan porque les falta real interés. No podemos cruzarnos de brazos, levantar los ojos y esperar la lluvia. Al colocar los medios, estamos manifestando nuestra disposición y demostramos que, *de verdad*, buscamos el rostro del Señor. Nosotros preparamos el terreno; el Señor dará lluvia e incremento.

Quedarse con el Padre

Llegué y entré en la soledad más profunda de mi ser. Encendí la luz de la fe y, ¡oh prodigio!, aquella soledad estaba ocupada por un Habitante: el Padre.

Si el Padre y yo nos encontramos en una habitación cerrada, ¿qué hacemos ahora? ¿Cómo adorar? Jesús viene a responder: ¡Cuidado con las muchas palabras! Ahora que el Padre está ahí en lo más secreto, *quédate con El* (Mt 6,6).

Quedarse con el Padre significa establecer una corriente atencional y afectiva con El, una apertura mental en la fe y en el amor. Mis energías mentales (lo que *yo soy* como conciencia, como persona) salen de mí, se proyectan en El y quedan con El. Y todo mi ser permanece quieto, concentrado, compenetrado, paralizado en El, con El.

Pero no sólo se trata de una salida mía hacia El, no sólo es apertura. Simultáneamente es acogida porque existe también otra salida —en el amor— de El hacia mí. Si El sale hacia mí y yo salgo hacia El, si El acoge mi salida y yo acojo su salida, el encuentro viene a ser un cruce y cristalización de dos salidas y dos acogidas. De esta manera se produce una unión convergente, profunda y transformante, en la que el más fuerte asume y asimila al más débil, sin perder la identidad ninguno de los dos.

Y así, desde el primer momento comienza el proceso transformante. Cuanto más profundo es el encuentro, la Presencia comienza a hacerse presente, impactar, iluminar e inspirar la persona en sus realidades más profundas como son el fondo vital, el inconsciente, los impulsos, los reflejos, los pensamientos, los criterios... Cuanto más vivo y profundo sea el encuentro, repito, en esa misma proporción la Presencia embiste, penetra y alumbra los tejidos más entrañables y decisivos de la persona.

El hombre comienza a caminar en la presencia del Señor (la Presencia está encendida en la conciencia). Los impulsos y reflejos, al salir afuera, salen *según Dios*. Y así, el comportamiento general del cristiano (su estilo) aparece ante el mundo revestido de la «figura» de Dios. Su figura se hace visible a través de mi figura, y así el cristiano se convierte en una transparencia de Dios mismo. De esta manera, el Señor sigue avanzando en la conquista de nuevos espacios, y, como en círculos concéntricos cada vez más amplios, comienza la divinización de la humanidad. Pero todo comenzó en el núcleo de la intimidad. Allá están encerradas todas las potencialidades.

* * *

Ese *quedarse con el Padre* equivale a la expresión *hablar con Dios*.

Es diferente hablar con Dios que pensar en Dios. Siempre que se piensa en alguien, ese alguien está ausente. Pensar en alguien es hacer presente (re-presentar) a ese alguien que está ausente mediante una combinación de recuerdos e imágenes que tengo sobre él.

Pero si ese alguien ausente se hace, de repente, presente temporalmente ante mí, yo ya no pienso en él sino que se establece con él una corriente dialogal, no necesariamente de palabras sino de interioridades.

Cuando dos presencias mutuamente conocidas y amadas se hacen presentes, se establece sin más una corriente circular de dar y recibir, de amar y ser amado, en una función simultánea y alternada de agente y paciente.

Es un circuito vital de denso movimiento que, no obs-

tante, se consume en la máxima quietud. En este diálogo no es necesario que se crucen palabras (ni mentales ni vocales) sino que son las *conciencias* las que se cruzan en una introyección inter-subjetiva, en una proyección nunca identificante y siempre unificante.

* * *

Todo lo dicho se resume en esta expresión: *estás conmigo*.

Las tinieblas no te ocultan, las distancias no te separan. No hay interferencia en el mundo que me pueda apartar de ti. Estás conmigo. Salgo a la calle y caminas conmigo. Me enfrasco en el trabajo, y a mi lado te quedas. Mientras duermo, velas mi sueño. No eres un detective que vigila, eres un Padre que cuida. A veces me vienen ganas de gritar: Soy un niño perdido en la selva, estoy solo, nadie me quiere. En seguida oigo tu respuesta: Yo estoy contigo, no tengas miedo.

En ti se alimentan mis raíces. Me envuelves con tus brazos. Estás conmigo. Con la palma de tu derecha cubres mi cabeza. Con la luz de tu mirada penetras mis aguas. Soy un niño que tiene frío y me calientas con tu aliento. Sabes perfectamente cuándo termina mi descanso y dónde comienza mi caminar. Mis senderos y andanzas son más familiares para ti que para mí. Casi no lo puedo creer pero es verdad: adondequiera que yo vaya, estás conmigo.

Si yo fuese un águila invencible y escalara el firmamento para escaparme de tu aliento, si yo fuese un delfín de aguas profundas y en un descenso vertical me sumergiera hasta los abismos para evadirme de tu presencia, es imposible, no hay en el mundo madre tan presente a su niño como tú a mí. Estás conmigo.

Si la aurora me prestara sus alas de luz, y fuese yo volando hasta la esquina del mundo, es inútil, también allí me tomarás con cariño con tu derecha. Estás conmigo. Si yo dijera: La noche será mi refugio. Cúbreme, oh noche, con tu manto negro para desorientar a este perseguidor.

Prestadme, oh tinieblas, vuestras alas negras para ocultarme a esta mirada, es imposible, no lo puedo evitar. Tu presencia es fulgor que taladra y transfigura las sombras. Estás conmigo. Bendita sea tu presencia (Sal 138).

Trato de amistad

Santa Teresa nos da la ya famosa definición de la oración.

«No es otra cosa... sino tratar de amistad, estando muchas veces a solas con quien sabemos nos ama.»

Tratar es una expresión castellana que, en este contexto, presupone, significa y contiene un estado interior —siempre interpersonal— afectuoso, en un movimiento recíproco y oscilante de dar y recibir.

Es en el verbo *tratar* donde hay que cargar el acento. Siempre que hay *trato con Dios*, hay oración; para que haya oración tiene que haber *trato de amistad*, y esto, en cualquier clase de oración, desde la recitación de una plegaria aprendida de memoria hasta las cumbres más altas de la mística.

Siguiendo a la santa diremos que el encuentro es una comunicación —una vez más inter-comunicación—, algo así como un comercio en el que la mercancía que se inter-comunica es el amor: el que Dios nos ofrece y el que nosotros le devolvemos en correspondencia. Se trata de un intercambio afectuoso en el que sabemos que se nos ama y que amamos. «Estar», tratar, mirar, sentirse recíprocamente presentes, serían unas cuantas palabras que nos aproximarían a lo que es la esencia de la oración. Podríamos hablar también de un intercambio de miradas. Santa Teresa, mujer ella y por consiguiente afectiva, hace hincapié en el lado afectivo más que en el discursivo.

Siendo Dios amor, habiéndonos creado por amor, habiéndonos revelado por amor, el destino final de todas sus intervenciones no puede ser sino transformarnos en el amor. El amor es una acción dinámica; Dios, que es amor, siempre

está en acción, nos invita, nos solicita, se nos ofrece y pone en «movimiento» las facultades interiores. El «movimiento» es una relación yo-tú: una proyección e inter-acción del «yo» en el «tú» y del «tú» en el «yo».

En el *encuentro*, sobre todo cuando se está en vías de profundización de la oración contemplativa, la intimidad intersubjetiva toma la totalidad del hombre, sin excluir las potencias corpóreas, hasta cierto punto. En un encuentro más o menos profundo, el *trato de amistad* es un entronque del hombre total, totalmente en Dios. Mejor será invertir la idea: Dios invade totalmente el hombre entero, y cuanta más libertad permite el hombre a Dios en su territorio, más zonas abarca Dios, más regiones conquista.

Con su claridad francesa y su concreción femenina, santa Teresita nos describe el encuentro con estas palabras:

«Para mí, la oración es un impulso del corazón, una simple mirada dirigida al cielo, un grito de gratitud y de amor, tanto en medio de la tribulación como en medio de la alegría. En fin, es algo grande, algo sobrenatural que me dilata el alma y me une con Jesús...» (2).

Intimidad

La palabra humana más significativa para hacernos patente la sensación de encuentro es la palabra *intimidad*.

Intimidad es el cruce y al mismo tiempo el resultado del cruce de dos interioridades.

Todo individuo, todo «yo» es siempre un círculo cerrado y concéntrico por naturaleza. Interioridad es el resultado de un organizarse y vivir hacia dentro, en una perpetua inclinación y convergencia hacia el centro de uno mismo. La interioridad nada tiene que ver con el egoísmo, aunque en algo se parecen.

Ahora bien, dos interioridades que se salen de su círculo concéntrico y se proyectan mutuamente, dan por resultado una tercera zona que llamamos intimidad (¿un clima?, ¿una

realidad impalpable?), un algo, una realidad psicológica perceptible pero no explicable; otra zona distinta de las dos interioridades, de las dos personas: algo así como una tercera «persona» nacida de las dos interioridades.

Es precisamente la fecundidad de la trascendencia. Trascender es superarse. Trascender es salirse. Trascender es amar. El amor es siempre fecundo, siempre engendra.

Ahora bien, dos interioridades concéntricas que se han salido de sí mismas y se han proyectado mutuamente, «engendran» el *encuentro*, la intimidad. En conceptos psicológicos podemos concluir que si la oración es un encuentro y el encuentro una intimidad, la oración es la intimidad con Dios.

* * *

Lejos de permanecer en su mismidad, Dios desborda su interioridad y se nos abre de diversas maneras:

Dios es «en sí mismo» y «por sí mismo»; sin embargo, se «salió» de sus «fronteras» y se derramó en las criaturas. El universo es, pues, un desbordamiento del mismo Dios.

Además, en una reacción admirable de amor, se nos descubrió, se nos «declaró» y se nos ofreció gratuitamente para formar con nosotros una comunidad de vida y amor. Dios quiere formar una familia, una sociedad, en aquella única región donde cabe la conjunción de Dios y del hombre, la región del espíritu.

Si el hombre responde afirmativamente a la invitación de Dios, ya estamos formando la comunidad de vida, como compañeros de vida. El encuentro presupone un clima de hogar. La Escritura explica este clima con expresiones como «habitar entre nosotros» (Jn 1,14), «haremos mansión en él» (Jn 14,23), expresiones muy hogareñas que evocan ciertos matices como calor, gozo, confianza, ternura, cosa parecida al hecho de sentirse en el interior de un hogar dichoso.

En este clima es donde nace y crece la intersubjetividad; es decir, la proyección de un sujeto sobre otro en una mutua inter-acción.

(2) *Obras completas*, 420-427.

En una palabra: el encuentro es un vivir y profundizar interminablemente la relación interpersonal, en un clima entrañable y afectivo, vuelto el «yo» sobre el «tú», entre Dios y el hombre.

Diversidad

Debido a que cada hombre es distinto en su ser, en su sentir y en su actuar, el «trato de amistad» va adquiriendo en cada persona novedades y matices originales dentro del más diverso y admirable abanico: según los estados de ánimo, diferencia de edades, ritmos de crecimiento, disposiciones psico-somáticas, humor...

No sólo la oración de cada persona será esencialmente diferenciada, sino que la oración de una misma persona puede ir variando de una época a otra, de un tiempo a otro, incluso de un día para otro. Una será la oración de un tipo intelectual, otra la oración de un tipo afectivo.

La relación de cada persona con su mundo circundante es diferente. La manera de enfrentar y afrontar el mundo que lo rodea o las personas con quienes trata, es diferente en un niño, en un adolescente, en un varón, en una mujer, en un anciano. El encuentro con su mundo circundante es diferente para un audaz y para un tímido, para un impaciente o para un sosegado. De la misma manera va cambiando el encuentro con Dios.

La madurez no depende de la edad cronológica: un golpe fuerte puede hacer madurar en un instante más que cinco años de vida. La posibilidad de concebir pensamientos más profundos, la estabilidad emocional, la capacidad de decisión y perseverancia dependen de la edad cronológica algunas veces, pero muy a menudo dependen de causas desconocidas para nosotros. Todos estos factores influyen decisivamente en la calidad y en la profundidad de la oración. El fervor juvenil les parece a algunos adultos un puro sentimentalismo. Otros consideran aquel fervor —muerto ya— como la pérdida irreparable de un bello tesoro y lo echan de menos.

El *encuentro con Dios*, como parte integrante de la vida, irá adaptándose a las disposiciones cambiantes de la persona.

La preocupación, la enfermedad, la depresión, la euforia, la simple fatiga, finalmente un «no sé qué» imponderable dificultan, imposibilitan o favorecen una u otra clase de encuentros con Dios.

Como *tratar* con alguien es vivir, y vivir es adaptarse, el *trato de amistad* con Dios irá adaptándose con dinamismo y flexibilidad a cada persona y sus circunstancias, utilizando alternadamente los medios u obstáculos, entusiasmo o aridez, inteligencia o imaginación, la devoción o la fe árida, originando formas nuevas y modalidades inesperadas en cada alma.

El *trato de amistad* puede tener diferentes características:

«Según los temperamentos hasta según los diversos momentos: será triste o gozoso, tierno o insensible, silencioso o expansivo, activo o impotente, oración vocal o recogimiento apacible, meditación o simplemente mirada, oración afectiva o impotencia dolorosa, elevación de espíritu u opresión de angustia, entusiasmo sublime en medio de la luz o suave abatimiento en la humildad profunda» (3).

EJERCICIOS PRACTICOS

Primer ejercicio: salida y proyección

Aclaraciones

1. En este primer ejercicio, en sus tres variantes, hay una salida y una proyección. Mi atención, que es unidad integrada de todas las energías espirituales, digamos con otra palabra, mi alma, sale de sí misma, apoyada en la frase. Esto es, la frase como un vehículo que transporta mi atención y la deposita en Dios. Dicho de otra manera: al identificarse mi atención con la sustancia o contenido de la frase (al hacer *mía* la frase) *todo yo* queda en *todo Dios*, identificado, compenetrado.

(3) P. EUGENIO DEL NIÑO JESÚS, *ib.*, 77.

2. Es, pues, un ejercicio de quietud e inmovilidad. Como decimos, mi atención sale de mí mismo, se dirige al otro, se concentra y se fija en él y queda simplemente «ahí». Es una adoración estática. Hay un simple *tú*. Ni siquiera estoy yo porque, en este ejercicio, el yo desaparece, quedando sólo el *tú*.

3. Al contemplar a Dios desde la perspectiva que indica cada frase, no debe haber ninguna preocupación analítica; no se trata de *entender* lo que dice la frase. Eso sería meditar. Ahora estamos adorando. Así, pues, mi atención se centra en Dios no analítica sino contemplativamente, esto es, posesivamente, adhesivamente (según los casos, admirativamente); como diría fray Juan de la Cruz, *amorosamente*.

4. Un objeto, según desde donde se le mire, aparece diferente, pero es el mismo objeto. En estos ejercicios, Dios aparece como eternidad, como inmensidad, como fortaleza, como descanso... El ejercitante no debe preocuparse, insistir, de *entender* cómo Dios es eterno o inmenso, sino de mirarlo y admirarlo estáticamente, ahora como eterno, después como inmenso, más tarde como fortaleza... Mirarlo y admirarlo desde las infinitas perspectivas que el Señor tiene.

5. Si en cualquiera de estas frases siente el ejercitante que su ser *descansa* por completo (¿cómo decir?), que aquella frase evoca vivencias profundas, despierta riquezas insospechadas y lo colma enteramente, en ese caso quédese ahí, «eternícese», sin pasar a la frase siguiente. Si la posesividad es total, suelte la frase y pase a la adoración en silencio. Al contrario, si siente deseos de decir otras frases pasando a un estado más exultante, dé el margen máximo a la espontaneidad del espíritu.

6. Cada ejercicio (variante) debe durar unos cuarenta minutos, pudiendo extenderse cuanto se quiera.

Modo de practicar

Antes de cada práctica haz esta preparación, sin olvidar que en el capítulo anterior encontrarás las diferentes maneras de silenciamiento.

Toma una posición orante.

Nada en tu pasado: suelta recuerdos, memorias...

Nada en tu futuro: desliga preocupaciones, proyectos...

Nada fuera de ti: desliga ruidos, presencias, voces...

Nada fuera de este momento.

Todo queda en silencio.

Sólo permanece un *presente*:

yo presente a mí mismo, aquí, ahora.

Tú quedas pobre, vacío, despojado, libre, conciencia pura.

Ahora, en la fe, haz presente a Aquel en quien existimos, nos movemos y somos, a Aquel que penetra y sostiene todo.

Comienza a pronunciar las frases en voz suave, tratando de *vivir* el Contenido de cada frase (que es *El mismo*): trata de sentir lo que la frase dice hasta que tu atención quede impregnada con la Sustancia de la frase.

Después de pronunciar la frase quédate, durante quince segundos o más, en silencio, estático, mudo, como quien escucha una resonancia, estando toda tu atención inmóvil, compenetrada posesivamente, identificada adhesivamente «con» *El*.

Una misma frase puedes repetirla muchas veces o todo el tiempo. Si una determinada frase te dice poco, pasa a la siguiente.

Regla de oro: nunca violencia; siempre calma y serenidad.

Es conveniente acabar cada ejercicio con un propósito de vida.

Primera variante

Generalmente, en esta variante no se produce corriente amorosa. Es la contemplación (adoración) del *ser-en-sí-mismo*,

el Absoluto, el Trascendente. Dada su naturaleza, corresponde sólo mirar y admirar. Hay asombro, como quien se asoma a un mundo de inesperada grandeza.

Tú eres mi Dios.
Desde siempre y para siempre tú eres Dios.
Señor mi Dios, tú eres la esencia pura.
Tú *eres* sin contornos, sin medida, sin fronteras.

Tú eres el fundamento fundante de toda realidad.
Mi Dios, tú eres la realidad total y totalizante.
Tú *eres* profunda e invenciblemente.

Señor, tú eres la eternidad inmutable.
Dios mío, tú eres la inmensidad infinita.

Oh Presencia siempre oscura y siempre clara.
Oh eternidad e inmensidad de mi Dios.
Oh abismo insondable de Ser y Amor.
Oh mi Dios, simplemente *eres*.

Segunda variante

Esta variante está hecha de *contrastes*. Hay que tomar conciencia de que, en estas tres variantes de salida y proyección, el *yo* está ausente (no aparece como centro, como objeto de atención), sólo el *tú* permanece sostenidamente presente. El ejercitante debe dejarse arrebatar por el *tú*. En esta segunda variante, no obstante, hay tres expresiones en que aparece el *yo*. Pero sucede esto para resaltar, por contraste, el *tú*.

Al practicar esta variante hay peligro de movimiento mental, debido a sus contrastes conceptuales en los que la mente tiende a entregarse a la actividad analítica. Pero no debe suceder esto. Al contrario, el ejercitante debe tomar la actitud contempladora de quien mira un paisaje de luces y sombras, pero no se fija primero en las luces y luego en las sombras sino que lo hace de un golpe. Debe hacer lo mismo que el que admira un cielo de fuertes contrastes (arco iris, nubes amenazantes, fragmentos de azul), pero todo es contemplado en una mirada totalizadora.

Hecha la preparación, ejercítese de la manera antes indicada, acabando siempre con un propósito de vida.

Tú eres presente sin pasado.
Mi Señor, tú eres la aurora sin ocaso.
Tú eres principio y fin de todo,
sin tener principio ni fin.

Dios mío, eres proximidad y distancia.
Tú eres quietud y dinamismo.
Tú eres inmanencia y trascendencia.
Estás en las altas estrellas,
estás en el centro de mi ser.

Dios mío, tú eres mi todo,
yo soy tu nada.
Señor, tú eres la esencia pura,
sin forma ni dimensión.

Oh mi Dios, eres la Presencia escondida.
Tú «eres» mi yo,
más «yo» que yo mismo.

Oh profundidad de la esencia y presencia de mi Dios.
¿Quién sois vos y quién soy yo?

Tercera variante

En esta variante seguimos con la presencia sostenida de un *tú*, dentro de las mismas coordenadas: salida y proyección. Aquí, sin embargo, Dios no es tanto *en-sí-mismo* sino mucho más *para mí*. Existe, pues, una mayor proximidad y, por consiguiente, la relación (adoración) es mucho más *amorosa*. No obstante el énfasis atencional ha de ponerse en el *tú*.

Puede suceder que el ejercitante tenga la impresión de estar perdiendo el tiempo. Tiene que tomar conciencia de estar ejercitándose en prácticas profundamente transformantes. Me explico: todos los temores, ansiedades y rencores nacen del estar la persona apoyada y agarrada a su «yo». Al agarrarse a su «yo», creyendo darse seguridad, se da inseguridad. El efecto inmediato y vivo que experimenta el

hombre en la adoración es que el «yo» es asumido por el *Tú* y, como consecuencia, nace la sensación de seguridad.

Ejercítese tal como se señalaba antes.

Señor, tú me sondeas y me conoces.
Tú me penetras, me envuelves, me amas.
Tú eres mi Dios.

Señor, mi Dios, tú eres mi descanso total.
Mi Dios, sólo en ti siento paz.
Señor, sólo en ti descansa mi alma.

Mi Dios, tú eres mi fortaleza.
Señor, tú eres mi paciencia.
Señor, tú eres mi seguridad.
Señor mi Dios, tú eres mi alegría.

Señor, Tú eres la Hermosura.
Tú eres la Mansedumbre.
Padre mío, tú eres mi dulcedumbre y ternura.
Tú eres nuestra Vida Eterna, grande y admirable Señor.

Ejercicios transformantes

En este ejercicio hay mucho movimiento mental. La atención se bifurca en dos direcciones: *tú* y *yo*. Hay, además, en esta práctica, actividad imaginativa.

Conjugamos el verbo «sentir» así, entre comillas, como sinónimo de concentrarse: siento que tengo una mosca en la frente, siento que el suelo está frío, siento que los dedos están juntos, siento en la sien los latidos del corazón... En cada *sentir* se centraliza la atención. *Sentir* es diferente que pensar, se parece a imaginar; exactamente equivale a centrar la atención.

Primera variante

Para practicar este ejercicio, no olvide el ejercitante ante todo las prácticas preparatorias arriba indicadas. En segui-

da, en cada frase tiene que *sentir* cómo Dios va entrando en su cerebro, corazón, entrañas; *sentir* cómo el Señor asume los deseos más secretos, la masa de los pensamientos, apaga las llamas de las aversiones; *sentir* cómo borra las manchas, lava las impurezas... Y, al final, soltando los remos, déjese llevar por el impulso: ¿Qué quiere de mí? Hágalo todo lentamente.

Mi Dios y Señor, entra dentro de mí.
Entra y ocupa hasta las raíces de mi ser.

Señor, tóname por completo.
Tóname con todo lo que soy,
lo que tengo,
lo que pienso,
lo que hago.

Acoge mis deseos más secretos.
Tóname en lo más íntimo de mi corazón.
Transfórmame en ti por completo.

Libérame de resentimientos,
opresiones,
rencores.

Retira todo eso, llévalo.
Lávame enteramente.
Borra todo, apaga las llamas.
Deja en mí un corazón puro.

¿Qué quieres de mí?
Haz de mí lo que quieras.
Yo me abandono en ti.

Segunda variante

Vamos a imaginar que el ejercitante está en un *tiempo fuerte* de varias horas. Supongamos que tiene problemas en su familia, en la fraternidad, en el trabajo: conflictos con personas, situaciones que le disgustan, acontecimientos que resiste. Necesita perdonar; necesita aceptar, y es preciso hacerlo todo *en Dios*.

Colocado en espíritu de fe, y una vez que entró a fondo

en la comunicación con el Señor, el ejercitante debe *bajar* a la vida con su Dios «a la derecha», presentándose mentalmente en su hogar, en la fraternidad..., afrontar a aquella persona, perdonarla, comprenderla, amarla en la presencia del Señor; asumir aquella situación con un «¿qué quieres de mí?»; aceptar tal limitación con un «yo me abandono en ti». Ore de esta manera, intensamente y con efectos liberadores hasta que se sienta sano, fuerte, sin miedo y lleno de paz.

Para practicarla, puede servirse de las frases del ejercicio anterior. Puede, también, dejarse llevar de la inspiración, inventando otras expresiones. Acabe siempre con un propósito concreto de vida.

Ejercicio visual

Consigue una estampa expresiva, a ser posible con la imagen de Jesús, una imagen evocadora de impresiones fuertes: fortaleza, intimidad, paciencia...

Toma una posición orante. Coloca la estampa en tus manos. Haz los ejercicios de silenciamiento antes indicados.

Durante breve tiempo quédate simplemente mirando la efigie.

Luego, durante unos cuatro minutos, con tranquilidad, concentración y sin preocupación analítica, trata de captar como intuitivamente las impresiones que esa imagen te sugiere.

En el tercer momento, con suma tranquilidad y sin violencia, trasládase mentalmente a la imagen, como si fueras esa imagen o estuvieras en el interior de ella. Y, reverente y quieto, trata de hacer *tuyas* las mismas impresiones que la imagen te evoca. Esto es, identificado con aquella figura, permanece como impregnado de los sentimientos de Jesús que expresa la estampa. Mantén así largo tiempo.

Y, con este clima interior, trasládase mentalmente a tu familia o lugar de trabajo, imagina situaciones difíciles. Súperalas mentalmente con los sentimientos de Jesús.

Ejercicio auditivo

Escoge un lugar solitario.

Toma una posición cómoda y una actitud orante.

Construye el silencio: suelta recuerdos del pasado; suelta las preocupaciones del futuro. Deslígase de los ruidos y voces que escuchas a tu alrededor. Quédate en un presente simple, puro y despojado: sólo yo conmigo mismo. Entra lentamente en el mundo de la fe.

Toma una frase muy breve, a ser posible una sola palabra, por ejemplo *¡Señor!*, o *¡Jesús!*, o *¡Padre!*, o alguna otra expresión.

Comienza a pronunciarla suavemente cada diez o quince segundos. Al pronunciarla, haz *tuya* la frase, esto es, el Contenido de la palabra, hasta que todas tus energías atencionales se identifiquen, impregnadas, con la Presencia o Sustancia de la frase. Hazlo con suma tranquilidad y calma. Comienza a percibir cómo todo tu ser se puebla de esa Presencia, comenzando por el cerebro, los pulmones, el corazón, las entrañas... Si te sientes bien, ve distanciando la repetición, dando cada vez más espacio al silencio.

Haz un propósito de vida y regresa a la vida lleno de Dios.

Ejercicios de imaginación

Hay personas a quienes les resultan muy eficaces las siguientes maneras de orar:

Primera variante

Supongamos que el cristiano tuvo, en tiempos pasados, una altísima experiencia de Dios en un lugar concreto, del cual se halla lejos actualmente.

Retírese con la imaginación a aquel lugar con la mayor viveza posible. Vuelva a revivir aquel lugar, sea una capilla,

una loma, un cerro o un río, reviviendo todos los detalles: escuchando el viento, el rumor de los árboles, sintiendo la calidez o frescor del aire, aquella claridad, penumbra u oscuridad...

Y así, en la fe, en este momento trate de revivir aquella fuerte presencia de Dios de antaño. El recuerdo de experiencias profundas alimenta durante largos años la oración de muchas personas, sobre todo en los momentos de aridez. ¡Cómo reconforta regresar a los momentos de alegría que se han vivido con el Señor! Acabe con un propósito de vida.

Segunda variante

Después de las debidas preparaciones, fomenta el ejercitante en su interior una actitud profunda de fe y recogimiento.

Imagine a Jesús en adoración, en la montaña, de noche, bajo las estrellas. Con infinita reverencia imagine estar en el interior de Jesús, para vivir lo que Jesús *vivía*. ¡Qué sentimientos de admiración y adhesión experimentaría Jesús por el Padre! ¡Cómo sería aquella mezcla de devoción, veneración y ofrenda que Jesús sentiría por el Padre! ¡Aquellos deseos de agradarle, de serle fiel, de hacer de su vida una ofrenda oblativa! ¡Aquella actitud de sumisión ante la voluntad del Padre!

Trate de hacer *suyo* todo eso, en la fe. Asuma el corazón de Jesús con todos sus sentimientos.

Regrese a la vida y sea portador e irradiador de los sentimientos de Jesús, y transfigure el mundo.

Tercera variante

Siguiendo el movimiento pulmonar, cada vez que expiras el aire de tus pulmones pronuncia el nombre de Jesús con diferentes actitudes o sentimientos que señalo a continuación.

Por ejemplo, cada cinco minutos repite la fórmula de fe: *Jesús, creo en ti*. Hazlo de tal manera que todo tu ser,

incluso el cuerpo, participe de esa actitud. Luego, durante otros cinco minutos repite (al expirar el aire): *Jesús, confío en ti*. Durante otros cinco minutos: *Jesús, misericordia*. Más tarde: *Jesús, me entrego a ti*. Y así sucesivamente di expresiones que indican adoración, abandono... durante unos cuarenta minutos.

Consigue lentamente que tu alma, cabeza, corazón, pulmones... se llenen de la presencia de Jesús, con el cual bajarás después a la vida. Acaba con un propósito de vida.

Cuarta variante

Para fomentar sentimientos de gratitud, vuelve a vivir un acontecimiento concreto que, en el pasado, te causó gran alegría, sintiendo ahora, si es posible, alguna vibración de aquella misma alegría. Trata de ponerte en las «armónicas» de Jesús cuando dijo: «Gracias, Padre mío, por haberme escuchado.» Y, con Jesús, agradece y aclama al Padre.

Regresa a un acontecimiento desagradable de tu pasado reciente. Revive esa experiencia sin temor. Luego, imagina a Jesús ante Pilato o Herodes, despreciado, golpeado. Observa su entereza y admira su serenidad. Trata de reproducir (frente al recuerdo de aquel hecho desagradable) en tu interior esa presencia de ánimo, y, con Jesús y como Jesús, asume ese hecho con la misma dignidad y paz.

Hemos dicho que el encuentro es un «trato de amistad» con Dios. Pero seguimos preguntando, ¿qué «pasa» ahí, en ese estado y momento? Por de pronto, hay un darse cuenta, hay un conocimiento. Pero no es un conocimiento analítico sino intuitivo y posesivo.

En ese encuentro, cuando realmente se trata de una auténtica contemplación, el *trato* (¿conocimiento?, ¿conciencia refleja?, ¿estado consciente y emocional?) no distrae, sino que concentra.

Aquí hay un algo muy difícil de explicar: el encuentro (cuando es progresivamente contemplante) tiende a ser cada vez más simple, más profundo y más posesivo.

La reflexión queda atrás. La mente, al trabajar en la multiplicidad y variedad de actos, no puede «alcanzar» esa Realidad Total (Dios), que está más allá del devenir, del vaivén de los acontecimientos. Cuando la mente se pone a meditar se encuentra con que se halla sujeta a la multiplicidad, a la inestabilidad y a la inquietud que la dividen y la turban. Por eso, en la medida en que el encuentro con Dios es más avanzado y contemplador, tiende a desaparecer la reflexión, y el encuentro viene a ser un momento (¿acto?) más simple y totalizador.

El instrumento de la experimentación de Dios no es la inteligencia sino la persona total. Se abandona el lenguaje y la comunicación se efectúa de ser a ser; no se necesitan vehículos o intermediarios como la palabra, el diálogo para unirse a Dios; es un sumergirse en las aguas profundas de Dios. Por eso digo que la inteligencia poco o nada tiene

que hacer ya que el misterio de la unión se consuma de ser entero a Ser entero.

Y puede ocurrir que en esta experimentación contemplativa aparezcan energías misteriosas de «adhesión», extrañas potencias de «conocimiento» (son fuerzas de profundidad que normalmente están atrofiadas en nuestro subsuelo porque vivimos generalmente en la superficie). Son fuerzas supra-normales, naturales en su naturaleza, despertadas por la gracia y la vitalidad interior.

El verdadero contemplador, se puede decir que ha superado la mente racionante y la intelección. Cuando el contemplador entra en la zona profunda de la comunicación con Dios, ha cesado la actividad diversificante y pluralizadora de la conciencia; y, en este acto simple y total, el contemplador se siente en Dios, con Dios, dentro de él, y él dentro de nosotros (He 17,28).

Entonces, ¿de qué se trata? Se trata de una especie de intuición densa y penetrante al mismo tiempo, y sobre todo muy vívida, sin imágenes, sin pensamientos determinados; no hay representación de Dios, no es necesario representarlo porque Dios «está ahí», está «conmigo»; es una vivencia consciente de la Gran Realidad que me desborda absolutamente; pero no es una Realidad difusa sino Alguien cariñoso, familiar, queridísimo, concreto.

En una palabra, se trata de un super-conocimiento; mejor, de un ultra-conocimiento. Es la Sabiduría de que nos habla san Juan de la Cruz. Es una *vivencia inmediata* de Dios.

* * *

¿Cómo se podría describir el encuentro profundo? Sólo en alegorías se puede hablar.

Era una noche estrellada. La fe, esa bendita virtud teologal, sorprendió al hijo y lo abrió a los brazos del Padre. El hijo se instaló en el corazón del Hijo y desde ese observatorio contemplaba al Padre. Era el Padre un panorama infinito, sin muros ni puertas, iluminado noche y día por la ternura; era un bosque infinito de brazos cálidos invi-

tando al abrazo, ausente la amargura, presente la dulcedumbre, los aires poblados de pájaros.

Contemplando el hijo desde el interior de Jesús, el Padre es música inefable, arpa de oro henchido de melodías, es Energía y Transparencia y Armonía y Fuego y Fuerza y Pureza e Inocencia... Que callen los diccionarios y hable el silencio.

Es una noche estrellada y profunda. De repente todo se paraliza. No hay en el mundo movimiento tan quieto o quietud tan dinámica. Amor. No hay otra palabra. Quizá esta otra palabra: Presencia. Juntemos ambas palabras y nos aproximaremos a lo que «Esto» es: Presencia Amante. Quizá esta otra expresión más aproximativa: Amor Envolvente. Es el Padre. Son diez mil mundos como diez mil brazos que rodean y abrazan al hijo amado. Es una marea irremediable, como cuando un súbito maremoto invade violentamente las playas, una marea del Amor Envolvente (¿cómo decir?), una crecida inesperada de aguas que inunda los campos, así el hijo amado se vio inundado sorpresivamente por la Presencia Amante y definitivamente gratuita.

¿Las estrellas? Seguían brillando obstinadamente pero no había estrellas. ¿La noche? La noche se había sumergido, todo era claridad, aunque era de noche. El hijo amado no dijo nada, ¿para qué? El Padre Amante tampoco dijo nada. Todo estaba consumado. Era la Eternidad.

* * *

¿Hay pérdida de identidad? La identidad personal permanece más nítida que nunca. La conciencia de la diversidad entre Dios y el hombre adquiere en algunos contemplativos perfiles tan trágicos como en el choque entre la luz y las tinieblas. Así las «noches del espíritu» de san Juan de la Cruz, y la prolongada exclamación de Francisco de Asís: «¿Quién eres tú y quién soy yo?»

¿Enajenación? La conciencia vacía del «yo» empírico y concentrada en el Uno, es irresistiblemente atraída y tomada por el objeto, totalmente hecha *una* con El. El contemplador es sacado de sí mismo, desaparece toda diferencia.

Para cuando llegue este estado, todo será obra de la gracia; no sirven ni existen muletas psicológicas, ni artificios ni estrategias humanas. Es Dios, en su infinita potencia y misericordia el que se despliega sobre mil mundos de nuestra interioridad.

¿Persiste la dualidad? Casi desaparece la dualidad, sin perder, por cierto, la conciencia diversificadora entre Dios y el hombre. Hasta cierto punto podríamos decir que hay una sola realidad porque esta clase de encuentros engendra amor, y el amor es unificante y hasta identificante.

Desde que Dios nos creó a imagen y semejanza suya, el destino final de la Alianza es llegar a ser *Uno* con El, sin perder la identidad (la tendencia del amor, su fuerza intrínseca es hacer uno a los que se aman); y casi me atrevería a decir que el destino final y la perfección del *encuentro* están en que desaparezca toda dualidad entre Dios y el alma y llegue la Unidad Total.

«Y se hace tal unión cuando Dios hace al alma esta tan sobrenatural merced que todas las cosas de Dios y del alma son unas en transformación participante. Y el alma más parece Dios que alma, e incluso es Dios por participación» (1).

¿Fusión? Dice santa Teresita: «Aquel día no fue ya una mirada, sino una fusión. Ya no éramos dos. Teresa había desaparecido como la gota de agua se pierde en el fondo del océano. Sólo quedaba Jesús, como dueño, como rey.» Sin embargo, esta expresión es un modo de hablar; no solamente no hay fusión, sino que cuanto más se avanza en el mar de Dios, repetimos, la claridad que distingue y divide resulta fulgurante y dolorosa al comprobar la hermosura de Dios frente a la miseria del alma.

Transfiguración

El encuentro profundo y contemplador es eminentemente transformante. Voy a tratar de explicarlo con cierta am-

(1) SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida...*, I. 2, c. 7, n. 7.

plitud. En resumen, diré que Dios asume y consume el «yo». Y, sin más, el hombre entra en el torrente del amor.

Es una loca quimera, una vibración inútil que persigue y obsesiona. Ese es el «yo». Es una ficción, una pesadilla, una abstracción. Dios, al visitar el alma, no hace sino despertarla de esa ficción e instalarla en el piso firme de la sabiduría, de la objetividad y la paz.

¿Qué sucede? El Padre sacia enteramente al hombre con su Amor Envolvente. Con esto, el hijo encuentra que todo lo que apreciaba hasta ahora es artificial, que son vanas aquellas ilusiones con las que adornaba el «yo». Con su presencia, pues, el Padre purifica al hijo, lo despoja y libera, destruye sus castillos en el aire, quema sus muñecos de paja y, como resto, emerge la verdadera realidad, en su pureza desnuda. Hemos entrado en el recinto de la sabiduría. ¿¡Quién eres tú y quién soy yo!? Tú eres mi Todo, yo soy tu nada. En mi nada, sin embargo, como hijo amado, lo tengo todo en tu amor gratuito. Ante el resplandor del rostro, la figura del «yo» se reduce a la nada, como las estrellas se apagan ante el brillo del sol.

Cuando aquí hablamos del «yo», nunca se trata de la realidad personal, menos todavía de la identidad personal. La raíz de todas las desgracias es ésta: el hombre proyecta ante sí mismo y para sí mismo la imagen de su realidad personal. Ella, sin embargo, es la sombra de la realidad. Esta efigie se le transforma al hombre, a lo largo de su vida, en objeto de su adhesión y devoción. Las ansias de que me quieran, de ser el primero van vigorizando esa imagen («yo»). ¡Interesante!: los deseos engendran la imagen (igual que el aceite nutre el fuego) y la imagen engendra los deseos. Más todavía: el deseo de ser «adorado» engendra el temor de no ser adorado. La mitad de la vida se desvive mucha gente luchando para erigir una estatua, y la otra mitad vive sufriendo por el temor de que se le caiga la estatua.

Apoyado en una filosofía y una psicología, el mundo occidental ha establecido una poderosa afirmación del «yo» con alto sentido competitivo, organizando un verdadero culto al «yo». Lo que importa es la imagen.

La instalación del «yo» en el centro de mi mundo personal y del mundo universal ha levantado murallas de defensa y separación en torno mío. Si es *mío*, lo amarro a mi persona con una cadena. Se llama *apropiación*. Ahora, toda apropiación engendra diferencia, y así nace la gran ley de la oposición: lo que es «yo» (o mío) por una parte, y lo que no es «yo», por otra parte: dos mundos, si no anti-téticos, por lo menos opuestos (no necesariamente contrapuestos): adhesión a lo uno y desinterés por lo otro.

* * *

Una fuerte experiencia de Dios parte por el medio el núcleo central del «yo». La Presencia Envoltente envuelve y asume al «yo», mejor, desvanece la adherencia a una imagen. Al quedar asumido el hijo por el Padre, el «yo» de aquél deja de ser el centro. Con esto, el hijo suelta todas las apropiaciones y adherencias, y queda libre. Y partiendo de la objetividad, comienza la transformación. No podíamos respirar por la angustia. No podíamos ver objetivamente por las alucinaciones enfermas. Llega Dios, arranca las máscaras, desnuda al «yo» de los ropajes artificiales y, de repente, el hijo se siente puro, libre, vacío, transparente, respirando en paz, viendo todo con claridad.

La conciencia adhesiva al «yo» es completamente atraída por el otro, como sacada de su quicio por la fuerza de la admiración y de la gratitud, y así se extrapola el centro de convergencia. Como efecto de esto, la atención y la intención, libres ya de amarras, son irresistiblemente arrastradas por un nuevo Centro de Gravedad.

Por este camino se establece una nueva situación: es anulada la *diferencia* entre el «yo» y lo otro (los otros) y nace el amor. Dios acaba por ser el Gran Indiferenciado (Amor), el que derriba las murallas de las diferencias y hace que el otro (y lo otro) sea para mí, por lo menos, tan importante como yo. Nació el amor.

* * *

Voy a redondear estos conceptos. Al ser arropado por el Padre y quedar pobre, el hijo amado, repito, lo suelta todo. De manera sincera, espontánea y total, el hijo se abandona a sí mismo y todas sus cosas, queda libre de adherencias y ataduras e instalado en una paz inalterable que no es afectada por el vaivén de lo que sucede en su entorno. Desaparece la oposición entre el tú y el yo, haciendo que todos sean *uno*. El amor toma carne y figura. Ya no se abstracción sino concretez.

La Presencia Amante despierta, inspira y transforma todas las potencialidades del hijo así como sus relaciones con sus hermanos, y el hijo, purificado por el despojo, comienza a experimentar el amor (emanado del Amor) con plena profundidad y luminosidad. De esta manera, la vida del hijo, que ha sido «visitado», entra en un proceso irreversible de transparencia, adquiriendo un nuevo sentido y una nueva fuerza.

Y la pobreza toma de la mano al hijo y lo conduce a la pureza. Las cosas, el mundo, los hermanos comienzan a estar puros para el hijo: ya no están enturbiados con mi visión, perturbada por los intereses y las apropiaciones; comienzan —las cosas— a ser *ellas mismas* en la pureza original en las que Dios las soñó y creó, envueltas, también ellas, en la sabiduría y el amor.

Y el hombre liberado queda también puro (sabio) para sí mismo. El Amor Envoltente arrastró consigo, como un torrente, los delirios, las locuras, las preocupaciones artificiales y pasiones inútiles que le enturbiaban la mirada y no le permitían ver el fondo de su realidad: todo se lo llevó el torrente y lo sepultó en el mar. Todo quedó puro y transparente. De esta manera, ahora se le hace patente al hijo su propia realidad y la acepta con paz. Con esto desaparece para siempre la *agonía mental*, que llaman angustia. Amaneció la paz.

El hijo se mueve y combate en el mundo pero su morada está en la paz. Naturalmente, como todos los humanos, él desarrolla un amplio periplo de actividades pero su alma

está definitivamente instalada en un fondo inmutable que da seguridad a su porvenir.

Todo esto no se consigue de un salto. Todo, en la vida, es lento y evolutivo y hay que aceptar esta lentitud. Una extraordinaria *gratuidad infusa* produce estos efectos de forma casi instantánea. Pero eso no es lo normal. Hay pasos, no saltos. No obstante, el hombre que tiene oración profunda y contemplativa irá caminando paso a paso pero indefectiblemente hacia la transfiguración descrita.

Más allá del tiempo y espacio

El contemplativo tiende a elevarse por encima de la multiplicidad de las cosas y de los sucesos. De alguna manera tiende a situarse por encima del tiempo y del espacio, y en cierto sentido por encima de la ley de la contingencia, al menos de la contingencia de las situaciones y emergencias cotidianas, porque el contemplativo se halla anclado, como por participación, en la sustancia absoluta e inmutable de Dios.

Ciertamente, el adorador no escapa a la temporalidad y a las leyes del espacio. Pero, por esa unidad profunda con Dios, percibe un vislumbre experimental de la unidad que coordina los instantes sucesivos que forman la cadena del tiempo, y ese vislumbre le hace participar en algún grado de la intemporalidad del Eterno.

De esta manera el adorador llega a superar la angustia que no es sino efecto de las limitaciones del tiempo y del espacio, mejor, de la no aceptación de esas limitaciones. Abandonado en Dios, el hijo no siente temor a la vejez ni a la muerte sino que, de alguna manera, participa de la eterna juventud de Dios. Por eso admiramos en muchos contemplativos la serenidad imperturbable de quien se halla por encima de los vaivenes de la vida.

* * *

Todo comienza en un momento de alta consumación. Para el contemplativo, *El* no está aquí en este momento. *El* es la Presencia. No está conmigo. *El es* conmigo. Casi podríamos aventurarnos a decir: *El «es»* yo mismo. Todo está claro. *El* es una luz que penetra como el fuego. Incendia: no consume pero consuma.

No hay allá, acá, lejos, cerca. *El* lo ocupa todo, lo llena todo. Ante *El* todo se relativiza y pierde perfiles individuales. Si ocupa todo, no existe el espacio, las medidas fueron asumidas y absorbidas, sólo existe la inmensidad, mejor, sólo existe el Inmenso. Si *El* es conmigo y yo soy con *El*, también yo soy «inmenso», mejor, *hijo de la inmensidad*.

Ayer, mañana, antes, después, siglos, milenios no significan nada. ¿Quién definió el tiempo como el *movimiento de las cosas*? En el encuentro profundo no existe el movimiento. Existe la quietud, la eternidad. El Señor mi Dios es el Ser, quieto y eterno, pero en sus profundidades lleva un dinamismo tal que, en los esplendores de la eternidad, como un universo en expansión, dinamizó y dio a luz esta colosal fábrica del universo que contemplan nuestros ojos. ¿Qué valen nuestros conceptos de diferencia, relatividad, distancia? Ante el Absoluto todo es relativo: el tiempo no existe. No diré que *El «ocupa»* el tiempo sino que el tiempo ha sido consumado por la eternidad. El Señor es la Eternidad y yo soy *hijo de la Eternidad*.

Cuando se extinga la vida y la parábola biológica toque a su fin, el hijo (portador del esplendor eterno del Padre) sobrevive a la decadencia biológica, y, allá y entonces, se colmarán todos los sueños con aquello que será la eternidad para el hombre: *la posesión simultánea y total de la Vida Interminable* (Boecio).

Lo que le sucede aquí al adorador es un fugitivo vislumbre de lo que será nuestra eternidad. En el encuentro profundo, cuando el hijo contemplativo es asumido por Aquel que es Inmensidad y Eternidad, al quedar todo relativizado, desaparece la diversidad, que es sustituida por la unidad. Ya no hay oposición sino implicación.

Y así, casi sin darse cuenta, el adorador entró en el reino del amor y de la fraternidad. En el Señor Dios Padre,

las realidades (sobre todos los hombres) pierden la individualidad, no en sí mismas sino *para mí*. Nadie pierde la identidad pero desaparece la ley de la diferenciación u oposición y, en su lugar, nace la ley de la unidad o implicación (no fusión).

Dicho de otra manera: Cuando el contemplativo es fuertemente agarrado por el Padre, desaparece en el hijo el concepto (esta palabra es débil), la sensación de *prójimo* (él y yo diferenciados: yo aquí y él allí) y en Dios Padre, el prójimo, lo otro y yo quedamos implicados, *comprometidos*. No le costó nada a Francisco de Asís sentir ternura por el leproso. Es que, para el Pobrecito, el leproso no tenía lepra: a sus ojos (que en este momento eran los ojos de Dios) el leproso era una criatura pura saliendo de las manos del Padre.

Al ser sustituida la ley de la diferenciación por la ley de la implicación, desaparecen las *categorías* (las cuales siempre pertenecen a la ley de la diferenciación), ya no existe malo y bueno, bonito y feo, amable y hosco, equilibrado y neurótico, repugnante y atrayente... Sólo queda la criatura (sin categorías diferenciantes) hija del Padre, y yo (sin el «yo») sentiré ternura por lo demás y los demás como si todo fuera yo mismo.

Más todavía. Para el adorador todo es bueno, todo está bien. Este mundo que vivimos no podría ser más hermoso ni más perfecto. El mundo es transparencia y luminosidad: En tu luz todo es luz (Sal 35). Complacencia. Armonía. No hay enigmas. Todo está explicado. Cuanto más y mejor entiende el adorador, menos conceptos y sobre todo menos palabras tiene. A estas alturas ni las preguntas tienen sentido. Los interrogantes parecen puras artificialidades. Todo es respuesta. Todo está correcto.

* * *

Esto ocurrió en el caso de Francisco de Asís: vivió la intuición de la unidad interna de todos los seres en Dios. Y al sentir las estrellas, al fuego y al viento como «hermanos», Francisco tenía la experiencia cósmica en Dios, esa

sensación que sobrepasa toda poesía y toda experiencia humana. Los seres pierden el relieve individual que los diferencia y separa, y *en* Dios los «siento» como parte de mí ser, como «hermanos»; de esta manera el contemplador avanza hacia la unidad cósmica en Dios. Por eso afirmó en otra parte que el *Cántico del Hermano Sol* no es primordialmente poesía, sino una de las experiencias místicas más profundas.

Esta *vivencia inmediata* de Dios, va necesariamente acompañada de una sensación de plenitud que no admite términos de comparación. No hay en el mundo ninguna sensación que se le pueda parecer en densidad y júbilo. Por aquí se entiende que si el ángel, según declaró Francisco de Asís, hubiera dado un nuevo rasgueo en el arco del violín, él hubiera muerto en el acto: escena-símbolo de denso significado que, en mi opinión, está en la misma línea de «no se puede ver la cara de Dios y seguir viviendo» (Ex 33,19-23); «estuve en el tercer cielo, si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé...» (2 Cor 12,2).

A esta *vivencia inmediata* de Dios se refiere Pablo VI cuando dice que «es el acto más alto y más pleno del espíritu» (discurso de clausura del concilio). Es aquí cuando se logran los tres altos privilegios de que nos habla Kazantzaki: la omnipotencia sin poder, la embriaguez sin vino y la vida sin fin.

Todo el que tiene alguna experiencia de Dios, vive estas intuiciones en forma embrionaria. Pero cuando el encuentro se verifica en «alto voltaje», nacen nuevos mundos en el interior, despiertan energías desconocidas, que dan por resultado ejemplares humanos de la magnificencia y madurez de un Francisco de Asís y tantos otros.

Gratuidad

Adorar no tiene utilidad, no da dividendos concretos. Más aún, el adorador en espíritu y verdad no se preocupa de tales utilidades. Si no comenzamos por aceptar esta «inutilidad» de Dios, nunca sabremos qué es adorar.

En el mundo occidental, la enfermedad se llama pragma-

tismo, y esta enfermedad, a la larga, conduce a la muerte. Debajo de todo, aun entre hombres de Iglesia, subyace la preocupación del *para qué sirve*. Frecuentemente nuestros criterios están contaminados por la preocupación inconsciente y omnipresente de la utilidad, y para dar luz verde a un proyecto, anteriormente lo hacemos pasar por este parámetro que, sin duda, es hijo camuflado del egoísmo y de la miopía.

En la adoración no existe ninguna finalidad, ni siquiera la de *ser mejores*. La adoración es eminentemente gratuita: ella consiste en *celebrar por celebrar* el Ser y el Amor porque *El* se lo merece, porque *El* es *así*, tan fuera de serie, que vale la pena que se sepa, que todo el mundo se entere, que todos lo reconozcan y se alegren con esa *noticia*, y que todos se sientan felices de que el Señor sea Dios. Si no se comienza por aceptar profundamente esta «inutilidad» de la adoración, caeremos progresivamente por los peldaños de la frustración.

Como un cirio que se consume inútilmente (inútilmente porque ya tenemos luz eléctrica), el adorador vive también inútilmente (por eso su vida es gratuidad), sólo para proclamar que Dios es grande. Es inútil que yo lo reconozca o lo proclame; quiero decir, lo aclame yo o no lo aclame como grande, *El*, de todas formas, es Grande. Mi trabajo es superfluo.

De esta manera, la mayor inutilidad se nos troca en la mayor utilidad, porque no hay cosa más transformante que la adoración gratuita. En el reino del adorador se desarman los juicios de valoración como andamiajes podridos; los movimientos egocéntricos pierden dirección e impulso; las leyes egoístas pierden vigencia como las costumbres obsoletas; al desaparecer el *propietario* se esfuman las propiedades y el hijo comienza a sentirse pobre, como que nada tiene teniéndolo todo; al tenerlo todo, desaparecen los deseos; al desaparecer los deseos, desaparecen los temores ya que el temor es un presentimiento de no alcanzar el deseo. Y, ¡oh paradoja!, por la gratuidad se llega a la plenitud.

* * *

Las cosas son así, independientemente de mi percepción. Dios es así, sépalo yo o no. Aunque yo viva con ojos cerrados o de espaldas a la realidad, la realidad es así.

Cuando el hombre acepta con facilidad y felicidad que *El* sea así, cuando el hijo asume y reconoce la Mismidad Amante del Señor Dios, ese hombre es un adorador, y siente la sensación plena de libertad, se siente (¿cómo decir?) como liviano, ágil. Muerto o vivo, amargado o feliz, el Amor me cuida, me mira, me tiende la mano aunque yo no sienta en mi piel su caricia. Me dé cuenta o no, todo cuanto se extiende a mi vista es regalo del Padre y las cosas son hermosas.

Y aunque tenga que tragar saliva al decirlo, los golpes de la vida son cariños especiales del Padre. Aunque se sublevan las iras y se encrespen los rencores en mi reino, pienso firmemente que la cosa más «deseable» es recibir golpes cuando el hijo está «armado»: porque en este caso se avanza a alta velocidad hacia la liberación, quemando muchas etapas. Pero es la misma crueldad el que lluevan los golpes cuando el hijo está indefenso. Mas el verdadero adorador siempre está «armado» porque acepta con paz la realidad.

De claridad en claridad (2 Cor 3,18)

Aun con peligro de repetir consejos ya señalados acá y allá, vamos a recoger aquí, en un solo haz, unas cuantas normas prácticas siguiendo las orientaciones de los maestros del espíritu.

— Al proponerse en la meditación un punto de reflexión, el alma no debe atarse a esta materia si en ella no encuentra provecho o devoción. Si el alma en algún paso o enfoque siente sabor, claridad o amor, debe detenerse todo el tiempo necesario. La primera norma-ley es dejarse llevar del Espíritu y no del plan preestablecido. La finalidad decisiva es la experiencia de Dios para transformar la vida a partir de esa experiencia.

— El principiante suele desplegar un gran entusiasmo para lograr y sentir la devoción. Pero fácilmente puede ocurrir que un entusiasmo agitado resulte contraproducente por su excesiva vehemencia. No se alcanza la devoción a brazo partido. Por el contrario, estos forcejeos vehementes por sentir algo suelen secar el corazón y lo tornan inhábil para las visitas del Señor.

El alma deberá recordar que en este terreno no se dan aquellas leyes: a tales medios, tales resultados; puesta la causa, se produce el efecto; a tal cantidad de acción (esfuerzo), tanta reacción. Estamos en otro mundo, con otras leyes que trascienden las leyes naturales y operan en otras órbitas.

Perseverancia sí, violencia no. Un entusiasmo vehemente por quemar etapas, por sentir sensaciones fuertes, puede echar por tierra todos los planes; lo que se consigue es el desgaste neurológico, fatiga nerviosa, frustración y desaliento.

— Lo difícil y necesario es conseguir al comienzo de la oración una temperatura interior en la que se integren dos elementos de contraste: un estado de entusiasmo y un estado de serenidad. Es necesario suscitar en el interior una cierta tensión emocional por la proximidad de un Ser Querido, y porque esa relación yo-tú es energía, «movimiento» de las facultades. Pero esa tensión puede resultar fatal si no va acompañada simultáneamente de un estado de sosiego, paz y suavidad.

— No desanimarse cuando no se sienta en seguida aquella devoción que se desea. Paciencia y perseverancia, repetimos, son las condiciones absolutamente indispensables para el que intenta ingresar en el castillo de la experiencia de Dios. Dios lleva la batuta. Nos corresponde llegar muchas veces y estar mucho tiempo a las puertas del castillo.

Si no se ha conseguido nada, estamos ante el escollo más peligroso de la navegación, que es el desencanto. Si se ha pasado todo el tiempo sin percibir nada, el alma no debe castigarse a sí misma fatigando inútilmente la cabeza. En tal caso se aconseja que se tome un libro y se cambie por la lectura la oración; haciendo, eso sí, una lectura re-

posada, atentos siempre al Espíritu que en cualquier momento puede soplar.

— Cuando el alma sea por sorpresa visitada por el Señor en la oración o fuera de ella con una claridad e intensidad particulares, no debe dejar pasar la oportunidad sino acudir a la llamada. Así lo hacía Moisés. Así lo hacía Jesús: dejando a la gente, se retiraba para «estar» con el Padre, acudiendo a la cita (Mt 14,23; Mc 6,46; Lc 5,16). San Francisco, en sus correrías peregrinantes, cuando sentía una «visita» particular del Señor, enviaba a su compañero por delante y él se quedaba atrás caminando solo, atento a la llamada del Señor. Si esta «visita» lo sorprendía estando en un grupo de hermanos, envolvía su cabeza con el manto y así acudía a la cita del Señor.

— La meditación debe desembocar en la contemplación, como toda subida finaliza en la cumbre. Como dice san Pedro de Alcántara: El que medita es como quien golpea el pedernal para sacar de allí alguna centella. Lograda la quietud, concentración o afecto, no hay sino que estar en reposo y silencio con Dios; no con raciocinios, conceptos o especulaciones sino con una simple mirada.

La meditación es el camino; la contemplación es la meta. Alcanzado el fin, cesan los medios. Tocado el puerto, cesa la navegación. Terminada la peregrinación, cesan la fe y la esperanza que son como el viento que conduce la nave al Puerto. Una vez que, a través de la meditación, el alma ha llegado al «reposo sabático», debe abandonar los remos y dejarse llevar por las olas de la admiración, asombro, júbilo, alabanza, adoración.

Lo que hemos dicho hasta ahora es, de algún modo, *contemplación*. En mi opinión, todo verdadero encuentro (adoración) es contemplación, y mucho más el *encuentro profundo*.

La vida es coherente y unitaria. No podemos tomar el bisturí para decir: Hasta aquí llega el campo de la meditación; aquí está la línea divisoria entre la oración discursiva y la contemplación. En las cosas de la vida no hay elementos químicamente puros: todo está entrecruzado y mutuamente comprometido. En toda meditación puede haber buenas dosis de contemplación y viceversa. Nosotros, sin embargo, aquí queremos hablar (aun con peligro de caer en reiteraciones) de la contemplación propiamente tal, de la *contemplación adquirida*.

En cuanto a la *contemplación infusa*, el Señor la da cuando, como y a quien quiere. Para tenerla, el cristiano no puede hacer nada: este don no se merece, no se exige, no se pide —me parece—. Es gratuidad absoluta y extraordinaria.

Ya hemos dicho en este libro que, normalmente, al principio Dios deja que el alma se busque sus propios medios y apoyos, no existiendo instrumentos adecuados para discernir cuándo una operación espiritual es obra de la gracia y cuándo es obra de la naturaleza. Más tarde, el Señor mismo irrumpe progresivamente en el escenario, invalida las técnicas humanas, arrebatada la iniciativa sometiendo al alma a una actitud pasiva, toma posesión completa del castillo donde se rinden sus huestes y el castillo es transformado

en mansión del altísimo. Pero esto es ya completamente obra de la gracia.

A lo largo de este libro hemos ido señalando métodos y veredas, por los que guiamos al alma al encuentro con el Señor. Sabemos que todo es obra de la gracia, y, con estos métodos, no queremos desconocer ni desvirtuar la acción de la gratuidad. Con estas ayudas que entregamos, simplemente preparamos un recipiente (¿una cuna?) al misterio, damos una respuesta positiva a la gracia, y buscamos *verdaderamente* el rostro del Señor.

En silencio y soledad

Desde largas eternidades Dios *era* silencio. Pero en el seno de ese silencio se gestaba la comunicación más entrañable y fecunda. En esa interioridad se desarrollaban, como en una órbita circular y cerradas, las relaciones intratrinitarias, unas relaciones mutuas de atracción, conocimiento y simpatía, del Padre por el Hijo en el Espíritu Santo.

Como hemos dicho, no hay diálogo más comunicativo que aquel en que no hay palabras, o las palabras han sido desplazadas por el silencio. Los contempladores constatan admirablemente ese hecho: en la medida en que el alma va elevando y profundizando sus relaciones con Dios, van desapareciendo primeramente las palabras exteriores, y después las palabras interiores. Finalmente, desaparece todo diálogo. Y nunca hay comunicación tan densa como en este momento en que no se dice nada.

El universo también fue silencio a lo largo de millares de siglos. No había abajo ni arriba, no había límites ni contornos. Todo era un silencio informe (Gén 1,2).

En medio de este silencio cósmico resonó la Palabra y brotó el universo. La Palabra fue, pues, fecunda. Pero el silencio también fue fecundo.

Todo artista, científico o pensador necesita desplegar en su interior un gran silencio para poder generar percepciones, ideas e intuiciones.

La vida crece silenciosamente en el oscuro seno de la tierra y en el silencioso seno de la madre. La primavera es una inmensa explosión, pero una explosión silenciosa.

«La primavera ha venido.

Nadie sabe cómo ha sido» (A. Machado).

Los grandes movimientos de la historia se han gestado en el cerebro de los grandes silenciosos.

Los hombres más profundos y dinámicos de la historia son los que han sido capaces de sostener cara a cara el combate con el silencio y la soledad, sin quebrarse. Así, Elías (1 Re 17,1-8), Jesús de Nazaret (Mt 4,1-12), Pablo de Tarso (Gál 1,17).

* * *

En mi opinión, el «mal del siglo» es el *aburrimiento*, el cual se origina en la incapacidad del hombre de estar a solas consigo mismo. El hombre de la era atómica no soporta la soledad y el silencio. Y, para combatirlos, echa mano de un cigarrillo, de un transistor o de un televisor.

Para evadirse del silencio, el hombre se echa ciegamente en brazos de la dispersión, distracción y diversión. Como efecto de esto, se produce en el interior del hombre la desintegración. Y ésta acaba por engendrar la sensación de soledad, desasosiego, tristeza y angustia. He ahí la tragedia del hombre actual.

Sin duda que el cultivo, *por tiempos*, del silencio, de la soledad y de la misma contemplación es ahora más necesario que nunca religiosa y psicológicamente. Los grandes pensadores actuales que analizan nuestra sociedad se extrañan de cómo no se vuelven locos más hombres, y agregan que los complejos y numerosos mecanismos, como los de evasión, compensación, sublimación y alienación, impiden que esto ocurra.

Y todo eso sucede, porque la interioridad del hombre es asaltada y abatida por la velocidad, el ruido y el frenesí; el hombre mismo es, a un tiempo, víctima y verdugo de sí mismo, y acaba por sentirse inseguro e infeliz.

* * *

Existe un silencio estéril. Es cuando el hombre se repliega sobre sí mismo para escaparse de la comunicación con los demás, comunicación que no siempre es agradable. Este es el silencio de los muertos.

Hemos hablado de una zona de silencio y soledad que radica en la constitución misma del hombre. Pero el dinamismo de ese silencio no impulsa al hombre a esconderse, sino a abrirse al diálogo con Dios. Y como este diálogo es amor, y el amor es expansivo, abre al hombre al diálogo con los hermanos. Si no se producen esta trayectoria y estos resultados, estaríamos ante el silencio alienante. Dice Pablo VI:

«La fe y la esperanza, y el amor de Dios, así como también el amor fraterno, implican como exigencia propia una necesidad de silencio» (ET 45).

La Palabra va siempre envuelta en el silencio. Es su recipiente natural para poder ser fecunda. Sólo en el silencio se puede escuchar a Dios.

«La búsqueda de la intimidad con Dios lleva consigo la necesidad verdaderamente vital de un silencio de todo el ser, ya sea para quienes deben encontrar a Dios incluso en medio del estruendo, ya sea para los contemplativos» (ET 46).

Los momentos del avance del Reino, así como las grandes revelaciones a lo largo de la historia de la salvación, se han dado en medio del silencio. Es una ley constante de la Escritura:

«Un profundo silencio lo envolvía todo, y la noche avanzaba en medio de su carrera, cuando tu Omnipotente Palabra bajó desde los altos cielos al medio de la tierra, como un guerrero invencible» (Sab 18,14-15).

Contemplación y combate

La Biblia nos presenta a Moisés como un contemplador de relieve extraordinario. Sus relaciones con Dios se

desarrollan en un clima de inmediatez, en un mano a mano y cara a cara con el Señor, no exento de cierta suspensión dramática que siempre produce la proximidad de Dios.

Toda la grandeza humana y profética de Moisés, la sintetiza el *Exodo* con las siguientes palabras:

«Dios hablaba a Moisés cara a cara, como habla un hombre a su amigo» (Ex 33,11).

En los días de Moisés la experiencia contempladora alcanzó una de sus más altas cumbres, y Dios se prodigó en manifestaciones y teofanías de una fuerza rotunda y primitiva.

Moisés ha sido moldeado directamente en el troquel de Dios, en esos largos días y noches dentro de la nube, envuelto por el silencio y la soledad, frente a frente con Dios, en la cumbre del monte. Moisés es una obra de arte del mismo Dios. Es ardiente como el fuego y suave como la brisa («extraordinariamente manso»: Núm 12,3).

Fue militar, político y contemplativo. Al mirar su envergadura humana, llegamos a la conclusión de que todo contemplativo, cuando se deje «tomar» por la proximidad arrebatadora de Dios, se transformará en una figura cincelada por la fuerza, la pureza y el fuego.

El siervo de Dios armonizó el temple de un libertador político con las exigencias de una vida escondida en Dios. Alternó las batallas con Dios en la cumbre de la montaña, y las batallas con los hombres en el valle bajo.

* * *

Las leyes del silencio y de la soledad para los encuentros con Dios adquieren relieves extraordinarios en su caso.

Siempre que Dios quiere hablar con Moisés, lo llama a la cumbre de la montaña (Ex 19,3; 19,20; 24,1). En los años de la travesía del Sinaí, nunca hablaron Moisés y Dios, como no fuera en la cumbre de la montaña.

Hay momentos en que las expresiones «subir a Dios» y «subir a la montaña» son expresiones sinónimas, como en el *Exodo* (Ex 24,12).

Y, aun cuando Moisés está ya en la cumbre, Dios exige la soledad absoluta. Y así, en las primeras rampas de la montaña, manda colocar meticulosamente un cerco que no lo puede rebasar nadie, ya que «quien tocara la montaña, morirá» (Ex 19,12).

Es una soledad-silencio tan exigente, que aun cuando Moisés se hace acompañar a veces de Aarón y los Ancianos, sin embargo, ellos tienen que quedarse lejos cuando Moisés entra en el diálogo con Dios (Ex 24,2).

El Sinaí, el monte mismo, es un signo fulgurante del silencio-soledad: una altura de 2.285 metros, un sol que calienta, arena, rocas, viento, soledad y, como único vestigio viviente, las águilas.

Aquí desaparece el maquillaje de los falsos rostros, las falsas seguridades se las lleva el viento, y el hombre vuelve a encontrarse, desnudo de atavíos y de apoyos, entre las manos de Dios.

Y cuando Moisés se ha asegurado de que la soledad es completa en torno a él, no todo termina aquí. Dios hace que un silencio cósmico invada, envuelva y arrebate al contemplador. El símbolo de este silencio es la nube que cubría a Moisés cuando hablaba con Dios.

Pero aquí hay un tremendo misterio: Dios toma la forma de nube, y el símbolo del aislamiento o soledad es la nube. He aquí, pues, que parece haber una relación identificante entre Dios-Nube-Silencio.

«Moisés subió a la montaña, y la nube cubrió la montaña. La gloria de Dios parecía a los hijos de Israel como un fuego devorador sobre la cumbre de la montaña. Moisés penetró dentro de la nube, quedando allí cuarenta días y cuarenta noches» (Ex 24,15-18).

¿Qué pasó en esos cuarenta días y cuarenta noches en el interior de la nube, en la cumbre de la montaña? Es uno de los grandes misterios de la historia humana.

Sólo sabemos que, cuando Moisés salió de allí y bajó a la planicie, los hebreos no podían soportar la luz des-

lumbradora que irradiaba el rostro de Moisés. Y éste tenía que ponerse un velo para que los hebreos pudieran mirarlo y escucharlo. Y cuando entraba en la nube para hablar con Dios, entonces se quitaba el velo.

«Los hijos de Israel veían el rostro radiante de Moisés, y Moisés volvía a cubrir su rostro con el velo, hasta que entraba de nuevo a hablar con Dios» (Ex 34,28-35).

Indudablemente toda esta simbología está preñada de hondo significado, del que solamente vislumbramos algo, pero casi todo su contenido se nos escapa. En medio de tantas imágenes, símbolos y teofanías se destaca una lección sensacional: Moisés, el hombre más «comprometido» entre los profetas, gran libertador y gran revolucionario, fue un hombre que cultivó, como muy pocos, el silencio y la soledad.

Llama de fuego

Otro de los hombres que alterna el fragor de las batallas con la soledad en Dios es el profeta Elías. No es un profeta-escritor sino un profeta de acción, por eso mismo llaman más la atención sus largos períodos de soledad. Elías surge por sorpresa, «como una llama», en el escenario de la historia de Israel. Dios lo separa de su medio ambiente y lo conduce a una torrentera para transformarlo en un «hombre de Dios».

«Y dirigió Dios su palabra a Elías, diciéndole: Márchate de aquí, dirígete hacia el oriente y escóndete junto al torrente de Querit, que está frente al Jordán. Beberás el agua del torrente y yo mandaré a los cuervos que te den de comer allí. Y los cuervos le llevaban por la mañana pan y por la tarde carne y bebía del agua del torrente» (1 Re 17,2-7).

Y a lo largo de su vida, Dios lo mantiene marginado de la sociedad, por su consagración. No tiene morada fija.

Anda errante como el viento, impulsado y dirigido por Dios mismo. Su morada es la soledad.

El profeta se abandona más y más a la voluntad de Dios. Este abandono le hará interiorizarse progresivamente en las más secretas y profundas intimidades de Dios. Hizo la peregrinación durante cuarenta días y cuarenta noches hasta la cumbre del monte Horeb. Y allá arriba primero dentro de la gruta, y después fuera de ella, Dios desplegó ante los ojos asombrados del profeta toda su gloria y esplendor (1 Re 19,8-19). El misterio de esa teofanía siempre quedará oculto e inaccesible para nosotros. En Sarepta, cuando restituye la vida al niño, lo sentimos lleno de ternura, intimidad y confianza para con Dios.

«Oh Yavé, Dios mío, ¿vas a afligir a la viuda en cuya casa me he hospedado, matando a su hijo? Tendióse tres veces sobre el niño, invocando cada vez a Dios y diciéndole: Oh Dios mío. Te suplico humildemente que vuelva el alma de este niño... La viuda dijo a Elías: Ahora veo que eres un hombre de Dios y que por tu boca habla Dios» (1 Re 17,20-24).

Cuando aparece en público, Elías es un hombre envuelto en llamas. Siempre vive atento a la voz de Dios, según su grito de guerra: «¡Vive el Señor, en cuya presencia permanezco!» (1 Re 17,1). Lo único que le preocupa son los intereses y la gloria de Dios. Por eso la potencia de Dios resplandecerá en sus gestos y en sus palabras.

Parece un vigía que está esperando la orden, y cuando Dios se le presenta con su habitual «¡Levántate!», allá va Elías a toda prisa para cumplir su arriesgada misión, para anunciar el castigo al rey, para reunir al pueblo en la cumbre del Carmelo, para hacer bajar fuego del cielo sobre las tropas de asalto de Ocozías, para desenmascarar a los poderosos o para pasar a espada a los adoradores de Baal.

La soledad lo templó para las empresas más audaces. Es una vida alternada: se oculta en Dios y resplandece ante los hombres.

La travesía del Verbo

El «paso» de Jesús por el mundo es la odisea, el gran «tour» del silencio, en su sentido más profundo y emocionante.

Su primera etapa, la Encarnación, es la gran zambullida en las aguas de la experiencia humana. Ese es el significado de aquel intraducible «*ekenosen*» (Flp 2,7); se anonadó, *descendió* hasta las profundidades más remotas del anonimato, de la humildad y del silencio, hasta los últimos límites del hombre.

Descendió al humilde seno de una virgen silenciosa.

En el silencio de una «noche de paz» hizo su entrada en la historia, escoltado por pastores, sobre el trono de un pesebre. En la noche de Belén, el silencio escaló su cima más alta.

En los días de la vida de Jesús, la Palabra del Padre estuvo retenida y atrapada entre los pliegues del silencio. Mientras vivió, ¿cuántos supieron que Jesús era Hijo de Dios?

Impresiona también el silencio de la presencia real de Jesús en la Eucaristía. Allá no hay ningún signo de vida, ningún signo de presencia; allá nada se oye, nada se ve; contra todas las evidencias sólo queda el silencio irreducible. Sólo la fe nos libra de la perplejidad.

El silencio cubrió, con su velo reverente, la totalidad del misterio de Jesús en esos largos años de Nazaret. El nuevo nombre del silencio es Nazaret.

Jesús realizará una carrera vertiginosa, desde el bautismo hasta la cruz. Pero antes, en esos interminables años de silencio, ¡qué tranquila espera!, ¡qué larga inmovilidad! A Jesús lo vemos impaciente: «He venido a prender fuego sobre la tierra, y ¡qué impaciente me siento mientras esto no suceda!» (Lc 12,49). Pero, en esos largos años que precedieron a la evangelización, ¡cuánta paciencia! ¡Cuánto silencio!

Meditación y contemplación

La contemplación no es un discurso teológico en el que se teje una brillante combinación con imágenes de Dios, manejando premisas y sacando conclusiones. Tampoco se trata de una reflexión exegética por la que alcanzamos el sentido exacto de lo que el escritor sagrado quiso decir, pero sin penetrar en la experiencia que el autor vivió.

Unas comparaciones nos darán luz.

Un botánico toma una flor. Coge el bisturí, divide la flor en varias partes, las deposita ordenadamente sobre la mesa de un laboratorio, toma el microscopio y estudia la flor. En resumen, entiende la flor dividiéndola, a través de un instrumento (*él mismo* está lejos de la flor). *Entiende analíticamente.*

Un poeta, por el contrario, no toma la flor: *es tomado* por la flor. «Entiende» la flor, salido de sí mismo, maravillado, agradecido y casi identificado con la flor, no por partes sino globalmente. La entiende posesivamente. Estos conceptos quedan sintetizados en la exclamación del poeta: ¡Qué linda flor!

Un meditador (o teólogo) primeramente *toma*, no a Dios mismo sino los conceptos sobre Dios. Luego distingue esos conceptos y los divide; los ordena y combina; saca las conclusiones y las aplica a la vida. Entiende mediante el instrumento de la inteligencia, pudiendo decirse que *él* está «lejos» de Dios mismo ya que no hay contacto de persona a persona. Entiende analíticamente.

Un contemplativo no toma a Dios, *es tomado* por El. Es un hombre eminentemente seducido y arrebatado. «Entiende» a Dios, maravillado y agradecido, identificado con El, de persona a persona, adhesivamente, experimentalmente, confusamente, en una acción totalizante. *Entiende posesivamente.*

* * *

El contemplativo no es, pues, ante todo, un espectador sino un admirador. En su entender (verbo activo) hay elementos pasivos: admiración, gratitud, emoción. Por consiguiente, la contemplación está en las mismas «armónicas» que la admiración. Se trata de aquella suspensión llena de asombro que experimentaba Pablo cuando decía: «¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y ciencia de Dios! ¡Qué insondables son sus pensamientos, qué indescifrables sus caminos!» (Rom 11,33). Me atrevería a decir que, en cierto sentido, la capacidad contemplativa de una persona es proporcional a su capacidad de asombro. Por eso nunca el contemplativo está consigo o vuelto hacia sí. Está siempre *en éxodo*, en movimiento de salida y proyección hacia el Otro, completamente «ex-tasiado» y arrebatado por el Otro.

Como se sabe, la capacidad de asombro y el narcisismo están en proporción inversa. Narcisismo e infantilismo son una misma cosa, así como la madurez y el narcisismo están en los polos opuestos. En nosotros, la adhesión desordenada a nosotros mismos provoca las reacciones de euforia o de depresión, desequilibrando la estabilidad emocional.

En la contemplación no hay ningún punto de referencia a sí mismo. No le importan al contemplador las cosas que se refieren a sí mismo; sólo le causan impacto las cosas que hacen referencia al Otro. No se exalta por los triunfos ni se deprime por los fracasos. Por eso, a los grandes contemplativos los vemos llenos de madurez y grandeza, con una inalterable presencia de ánimo, con la característica serenidad de quien está instalado en una órbita de paz por encima de los vaivenes, turbulencias y mezquindades del cotidiano vivir.

* * *

El meditador es expresivo y elocuente. En su interior bulle una actividad de colmena, en un perpetuo ir y venir, saltando sin cesar de las premisas a las conclusiones, de las inducciones a las deducciones. La cabeza del meditador está poblada de conceptos que incansablemente analiza y descifra, distingue y divide, explica y aplica.

El contemplativo, en cambio, está sumergido en el silencio. En su interior no hay diálogo pero sí una corriente cálida y palpitante, aunque latente, de comunicación. Es el silencio poblado de asombro y presencia que sentía el salmista cuando decía: «Señor, nuestro Dios, qué admirable es tu nombre en toda la tierra» (Sal 8).

No afirma nada. Nada explica. No entiende ni pretende entender. Llegó al puerto, soltó los remos y entró en el *descanso sabático*. Está en la posesión colmada en que los deseos y las palabras callaron para siempre. Ahora la unión se consume de ser a ser (no se necesita la expresión como vehículo intermediario), de dentro a dentro, de misterio a misterio.

Al contemplativo le basta *estar* «a los pies» del Otro sin saber y sin querer saber nada, sólo mirar y saber que es mirado, como en un sereno atardecer en que se colman *completamente* las expectativas, donde todo parece una eternidad quieta y plena. Podríamos decir que el contemplativo está mudo, embriagado, identificado, envuelto y compenetrado por la presencia, como dice fray Juan de la Cruz:

«Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.»

El contemplativo podría entender, incluso mejor que el teólogo, el misterio profundo de Dios, de Jesús, de la Vida Eterna; sin embargo, no podría expresar esas experiencias y, posiblemente, podría no tener conciencia directa de lo que «entiende». Y esto, porque su vivencia es demasiado plena, demasiado profunda y no hay capacidad de conceptualizarla.

Resumiendo: la meditación es analítica, conceptual, impersonal, inductiva, diferencial, selectiva y esquemática.

La contemplación, en cambio, es intuitiva, integradora, subjetiva, sintética, totalizadora, afectiva y unificante.

No obstante, como dijimos arriba, en la vida todo está mezclado.

Adhesión

El Concilio afirma que el hombre ha nacido para seguir viviendo más allá de la muerte. Añade que su destino final está en la contemplación eterna del misterio inagotable de Dios. Y concluye el documento dándonos esta espléndida definición de la contemplación:

«Dios ha llamado y llama al hombre a adherirse a él con la total plenitud de su ser en la perpetua comunión de la incorruptible vida divina» (GS 18).

No se podría decir mejor. Es interesante señalar que cuando el Concilio se refiere a la contemplación, casi siempre lo hace con la palabra *adherir*, palabra donde van envueltos y compenetrados el conocimiento, el amor, la admiración, el compromiso, la entrega y la vida.

También, tal como hemos señalado arriba, el instrumento de la contemplación no es la inteligencia discursiva ella sola. Es todo el ser, integradamente, que participa en la contemplación unificante, «con la total plenitud de su ser».

La contemplación, tal como estamos aquí explicando, se aproximaría al contenido que la palabra *conocer* tiene en la Biblia.

Efectivamente, en la Biblia, *conocer* desborda el saber humano y expresa una relación existencial. Conocer algo es tener experiencia concreta de ello. Allí se conoce el sufrimiento (Is 53,3), el bien y el mal (Gén 2,9): es un compromiso real con profundas consecuencias.

Conocer a alguien es entrar en relaciones personales con él. Estas relaciones pueden adoptar muchas formas y comportar muchos grados. De todas formas, en la Biblia, conocer (así como contemplar) es entrar en una gran corriente de vida que brotó del corazón de Dios y vuelve a aterrizar allá.

Llama la atención la insistencia con que Pablo VI requiere la contemplación en el discurso de clausura conciliar. ¡Y con qué precisión y en qué múltiples formas habla de ella!

En el discurso de clausura nos habla primeramente de la «relación directa con el Dios vivo»; ¡precisa y preciosa definición de la contemplación! Luego se pregunta si «hemos buscado su conocimiento y amor»; ¡otra manera muy propia para referirse al acto y actitud de la contemplación! Más tarde se pregunta el Santo Padre si habremos avanzado en el misterio de Dios con las sesiones conciliares, y luego, por fin, elevando el tono y la emoción, viene a resumir el objetivo final del Concilio proclamando ante el mundo entero

«... que Dios existe, que es real, que es viviente, que es personal, que es providente, que es infinitamente bueno, nuestro creador, nuestra verdad, nuestra felicidad; de tal manera que el esfuerzo de *clavar en El la mirada y el corazón* que llamamos *contemplación*, viene a ser el acto más alto y más pleno del espíritu, el acto que hoy puede y debe jerarquizar la inmensa pirámide de la actividad humana.»

El objeto de la contemplación no es una idea, ni siquiera la verdad, sino que es Alguien; un Alguien que es, a su vez, fuente original y meta final de nuestros destinos y de nuestras vidas.

Elevar hacia arriba todas las energías humanas y adherirlas a Dios es el acto más sublime del espíritu humano. Y ese acto recapitula y pone el orden exacto de prioridades en los valores y actividades humanas.

Abundando en los mismos conceptos, el Concilio hace otro serio intento de descifrar la naturaleza de la contemplación, en su forma dinámica. Hablando de cómo deben integrarse la actividad y la oración, dice que «es menester que los religiosos junten a la acción la contemplación por la que se *adhieren* a Dios con la mente y el corazón...» (PC 5).

Noticia general, confusa y amorosa

En la medida en que el cristiano va subiendo la pendiente de la contemplación, el Dios que es objeto de esa contemplación va evaporándose progresivamente. Me explicaré: como en una noche de decantamiento, ese Dios va perdiendo paso

a paso formas, imágenes y representación hasta desvanecerse y reducirse a la esencia pura. Nunca, sin embargo, ese Dios es tanto concreción, transformación, fuerza, universalidad y acción como en este momento en que se redujo a la *pureza esencial*, en la fe.

Sí. Para la contemplación pura también Dios tiene que silenciarse, despojándose de los variados ropajes con los que nuestra fantasía lo reviste. Esto es, este Dios tiene que ir empobreciéndose. Al contemplativo no le interesan los «vestidos» de Dios, le interesa *El mismo, en sí mismo*, no la figura sino la Sustancia, no Dios-Palabra sino Dios-Silencio, aunque nunca el Señor es *tan* Palabra, *tan* Sustancia como en este momento de silencio.

Cuando dos silencios se entrecruzan hasta consumirse, estallan en una gran explosión. Las palabras llevan conceptos y los conceptos llevan «partecitas» de Dios. Pero sólo el silencio puede abarcar a *Aquel que es* y está por encima de los conceptos y palabras.

* * *

Para saber que hemos entrado en tierra de contemplación, fray Juan de la Cruz nos ofrece las siguientes señales:

- 1) — gustar estarse a solas con atención amorosa a Dios.
— estar solo con advertencia amorosa y sosegada.
- 2) — dejar estar al alma en sosiego y quietud, aunque le parezca estar perdiendo el tiempo.
— en paz interior, quietud y descanso.
- 3) — dejar libre al alma, desembarazada y descansada de todo discurso mental, sin preocuparse de pensar o meditar.
— sin particular consideración, sin actos y ejercicios de las potencias, al menos discursivos, que es ir y venir de uno a otro lado.
- 4) — evitar eficacias y preocupaciones que inquietan y distraen al alma de la sosegada quietud.

— sólo atención y noticia general, si bien amorosa, sin entender sobre qué (I *Noche* 10,4; II *Subida* 13,4).

Todas estas características las resume fray Juan en estas tres notas: noticia general, confusa y amorosa.

Dice *general* porque se trata de una atención extensiva o difusa. Esto es, la atención no se concentra de manera convergente en un aspecto concreto sino que se extiende o se difunde sobre el objeto general: Dios.

Cuando uno contempla un paisaje, no se centra su mirada sobre la copa de un álamo o sobre una cumbre pelada, sino que la mirada se extiende difusamente sobre la amplitud del horizonte. Se llama «mirar al infinito». De manera análoga la mirada de la contemplación es difusa, extensiva o general.

Dice noticia *confusa* en contraposición de analítica. Todo lo analítico es claro porque en el análisis hay división, y donde hay división hay claridad. Si se quiere «vencer» (conquistar) una verdad, hay que comenzar por dividirla: divide y vencerás. La noticia contemplativa es, pues, confusa porque no es analítica.

Es también confusa porque la actividad contemplativa no es intelectual sino vivencial, y lo vivencial se identifica tan sustantivamente con mi propia persona que faltan distancia y perspectiva para medir y ponderar lo vivido; por eso no se puede conceptualizar, porque la experiencia es, de por sí, densa y plena y está demasiado cerca.

Sin embargo, aunque confusa, no existe en la mente humana noticia que infunda tanta certidumbre y proyecte tanta claridad como la noticia de la contemplación.

El contemplativo vuela por encima de las cumbres teológicas y de las claridades exegeticas; y cuanto más se sumerge en los abismos, más perdido y encontrado se halla; cuanto más densas oscuridades, tanto mayores claridades percibe, con la mente paralizada y sin movimientos acrobáticos, no entendiendo sino poseyendo la *ciencia* y la divina *esencia*; cuanto más sabio, más mudo, remontando y cruzando con su vuelo

las alturas más verticales de todas las ciencias. ¡Qué bien lo dice fray Juan de la Cruz!:

«Entréme donde no supe
y quedéme no sabiendo,
toda sciencia trascendiendo.

Estaba tan embebido,
tan absorto y enajenado
que se quedó mi sentido
de todo sentir privado,
y el espíritu dotado
de un entender no entendiendo
toda sciencia trascendiendo.

Cuanto más alto se sube
tanto menos se entendía,
que es la tenebrosa nube
que a la noche esclarecía.
Por eso quien lo sabía
queda siempre no entendiendo,
toda sciencia trascendiendo.»

Dice noticia *amorosa*, es decir, emocional. La proximidad de la persona amada produce siempre suspenso y emoción. El del contemplador es un encuentro de persona a persona. Por eso hay una suerte de posesividad, y se enciende el corazón, y se establece una corriente circular y alternada de dar y recibir, abrirse y acoger.

Y cuando el contemplador se siente infinitamente amado por el Padre, todas las estabilidades se vienen al suelo. ¡Oh!, no hay en el mundo vino que embriague tanto, ni fuego que penetre y transfigure tanto, ni ríos que lleven tanta alegría, ni mares que retengan tanta consolación, ni jardines que perfumen ni melodías que enajenen, como lo experimentó aquel descubridor de los principios de la hidrostática, Pascal, el lunes 23 de noviembre de 1654. Otra vez fray Juan de la Cruz:

«Oh lámpara de fuego
en cuyos resplandores

las profundas cavernas del sentido,
que estaba oscuro y ciego,
con extraños primores
calor y luz dan junto, a su querido.»

Con la total plenitud

Como dijimos, Dios nos ha predestinado para «adherirnos a *El* con la total plenitud de nuestro ser» (GS 18).

Plenitud es la experiencia de la integración interior. Cuando la atención (conciencia) penetra todos los departamentos del edificio humano, podemos decir que la persona está integrada. Lo que está desintegrado nunca está pleno. Cuando el cristiano hace oración (trata de hacer) en estado disperso, siempre acaba por sentirse frustrado, justamente porque no hizo (ni puede hacer) oración, en ese estado.

Siempre nos sale al paso el mismo enemigo: la dispersión. Ella origina un estado conflictivo: los criterios contra los impulsos, los comportamientos contra los juicios de valoración. Donde hay conflicto no hay paz; donde no hay paz no «está» Dios.

¿Cómo integrar? Por un lado no hay fuerza tan integradora como Dios mismo. En su comparación, nada valen las terapias integradoras. El profundo misterio del Señor Dios se extiende en abanico en todo el ámbito de la persona, atraviesa y purifica las diferentes partes, y, en Dios, el cristiano se siente uno, sólido e indestructible. Pero, por otro lado, antes, y para poder adherirse a Dios con la total plenitud, el cristiano necesita tener un elemental grado de integración. ¿Cómo conseguirlo?

El hombre percibe su unidad interior cuando su conciencia se *hace presente* simultáneamente en todas sus partes. Pero sucede que la conciencia no puede estar, *al mismo tiempo*, en varias partes. Entonces, ¿qué hacer?

Hay que conseguir que la conciencia se haga plenamente presente a sí mismo. Y, en este momento, al estar en silencio todo el ser, acontece que la *profundidad de sí mismo* se extiende sobre el territorio de la persona, integrando todo

con su presencia. Cuando la conciencia está «sobre» sí misma, está también «sobre» todos sus componentes. Si la mente retiene el dominio absoluto de sí, quedan integradas todas sus partes.

Ejercicio de silencio y presencia

Es posible que el cristiano, al principio, tenga la impresión de estar perdiendo el tiempo con este ejercicio. No se impacienta. Persevere. Piense que se trata de la práctica más eficaz para conseguir el *espíritu* de oración y para «caminar en la presencia de Dios», camino de toda grandeza espiritual.

Entorno adecuado: escoge un lugar a ser posible solitario, una capilla, una habitación, un bosque, un cerro.

Tiempo: para esta práctica reserva un *tiempo fuerte* en que no estés acosado por prisas ni por preocupaciones.

Posición: cómoda y orante, en quietud completa.

Haz el silenciamiento progresivo según las indicaciones dadas antes. Consigue el vacío interior, suspendiendo la actividad de los sentidos y emociones, apagando los recuerdos del pasado, desligándote de las preocupaciones futuras, *aislándote* o *despegándote* de todo cuanto bulle fuera de ti y fuera de este momento.

No pienses en nada, mejor, no pienses nada.

Ve quedándote más allá del sentir, más allá del movimiento, más allá de la acción, sin «mirar» nada ni dentro ni fuera, sin agarrarse a nada, sin dejarse agarrar por nada, sin *fijarse* en nada...

Fuera de ti nada,

fuera de este momento, nada.

Plena presencia de ti mismo «a» ti mismo.

Una atención pura y desnuda.

* * *

Ahora, una vez conseguido el silencio, colocándote en la plataforma de la fe, debes abrirte a la Presencia.

Simplemente quédate con una atención abierta al Otro, como quien mira sin pensar, como quien ama y se siente amado.

En este momento en que ya te has colocado en la órbita de la fe, debes evitar *figurarte* a Dios. Toda imagen, toda forma representante de Dios debe desvanecerse. Ve «silenciando» a Dios, ve despojándolo de todo cuanto signifique *localidad*. Recuerda: a Dios le corresponde el verbo *ser*, y no el verbo *estar*: *él* «no está» lejos o cerca, arriba o abajo, adelante o atrás. *El* es el Ser. *El* es la presencia pura y amante y envolvente y penetrante y omnipresente. *El es*.

Olvídate de que existes. Nunca te mires a ti mismo. Contemplación es fundamentalmente éx-tasis o salida. No te preocupes de si «esto» es Dios. No te inquietes de si «esto» pertenece a la naturaleza o a la gracia.

No pretendas entender o analizar lo que vives. Todo eso equivale a centrarte sobre ti mismo. Sólo existe un *Tú* para el cual eres en este momento una atención abierta, amorosa y sosegada.

Practica el ejercicio auditivo indicado anteriormente. Casi insensiblemente, el silencio irá sustituyendo a la palabra hasta que, en el momento en que el espíritu esté *maduro*, la palabra, de por sí, «caerá». No pronuncies nada con los labios. No pronuncies nada con la mente.

Miras y «eres mirado». Amas y eres amado.

La Presencia Pura, en el silencio puro y en la fe pura, consumará una alianza eterna.

Es la nada. Es el Todo.

Tú eres el recipiente. Dios es el contenido. Déjate llenar.

Tú eres la playa. *El* es el mar. Déjate inundar.

Tú eres el campo. La Presencia es el sol. Déjate vivir.

Permanece así largo tiempo. Después «vuelve» a la vida, lleno de Dios.

* * *

Conozco también personas que hacen contemplación *imaginativa*. Se instalan en una capilla en completa quietud. Miran, en la fe, a Jesús; se sienten mirados por *El*. No dicen nada. No oyen nada. En completa quietud, se limitan simplemente a «estar».

ORACION Y VIDA

Reconozco que la oración puede transformarse rápidamente, y sin darnos cuenta, en una evasión egoísta y alienante. Hubo cristianos que hicieron de la oración una actividad estéril, no porque hubieran estado estancados en una árida sequedad sino porque, viviendo en una devoción sensitiva, habían buscado el gusto, la paz y los consuelos: se buscaron a sí mismos.

Todo lo que queremos promover en este libro se nos puede hundir como una estatua de barro si no suscitamos un rudo y perpetuo cuestionamiento entre la vida y la oración. La vida tiene que desafiar a la oración, y la oración tiene que cuestionar a la vida.

En nuestros días, algunos jóvenes juzgan y condenan a los *mayores* porque nunca dejaron de rezar y, sin embargo, se mantuvieron —según ellos— a lo largo de sus vidas egoístas e inmaduros.

Los jóvenes (algunos) dicen que ellos no se preocupan de rezar porque... ¿para qué?, ¿para ser inmaduros y vivir descontentos como los que rezan? Fácilmente pueden comprender estos jóvenes que si algunos de los mayores son «así», no lo serán por rezar. A lo sumo, podría ser por rezar mal, o no rezar bien. No obstante uno se pregunta: Si, rezando, son así, ¿cómo serían si no rezaran? De parte de los que critican, ¿no se tratará de *razones de exportación* o de sutiles racionalizaciones para justificar su comportamiento?

Sea como fuere, ese fenómeno que algunos jóvenes señalan y acusan (la incoherencia entre la oración y la vida) siempre me ha inquietado. No se puede universalizar, es verdad.

No sucede en todos. Uno conoce innumerables casos (sin des-
contar la propia historia) en que las personas hacen esfuerzos
sobrehumanos y prolongados para, *en Dios*, superar los de-
fectos congénitos y los rasgos negativos de personalidad.

Con gran esfuerzo consiguen superar en tres oportuni-
dades y caen seis veces. Cuando están prevenidos (atentos a sí
mismos) se superan casi siempre. Ocurre, sin embargo, que,
normalmente, no están prevenidos y por eso caen con fre-
cuencia. Hasta notar un pequeño progreso con el mejoramien-
to de sus rasgos negativos han necesitado innumerables ac-
tos de vencimiento, ¡cuánto más para que se den cuenta los
demás! No se puede decir tan alegremente «rezan y no cam-
bian». No sabemos de sus esfuerzos silenciosos. El cambio
es siempre evolutivo y sumamente lento.

Así y todo, tenemos que preocuparnos por la frecuente
dicotomía entre la oración y la vida, y establecer una franca
confrontación entre ambas.

* * *

A menudo nos hemos encontrado en la vida con este cua-
dro contradictorio.

Era una persona piadosa. Dedicó a Dios innumerables ho-
ras. Siempre se la veía en la capilla, asiduamente con el ro-
sario en la mano. Sin embargo, arrastró sus defectos congéni-
tos hasta los últimos días: siempre conflictiva, suspicaz, agre-
siva e inmadura. Al parecer, no *creció*; antes al contrario,
fue hacia atrás, al menos a primera vista.

En cambio, el Dios de la Biblia es un Dios desinstalador,
que desafía, cuestiona e incomoda. Nunca deja en paz aun-
que siempre deja la paz. A los hombres y los pueblos que se
colocan bajo su influencia siempre los «saca» de un Egipto
y los coloca en un desierto, en un caminar hacia la tierra
prometida de la salvación y de la madurez.

Entonces, ¿qué sucede aquí?

¿Cómo se explica que esas personas dedicaran tantas ho-
ras a Dios, y un Dios esencialmente libertador no fuera capaz

de liberarlas? Durante tantos años se entregaron con tanta
devoción al Señor Dios; ¿cómo este Dios no fue capaz de
ponerlas en movimiento hacia un mundo de madurez, humil-
dad y amor? ¿Cómo no crecieron siquiera un poco? ¿Dónde
está la explicación de esta contradicción? La explicación
es ésta:

Estas personas —relativamente pocas—, en lugar de ado-
rar a Dios se dieron culto a sí mismas. En sus vidas hubo
un fenómeno sutil, tan inconsciente como trágico, de *trans-
ferencia*: sin darse cuenta, estas personas hicieron una trans-
posición de su «yo» a lo que ellas llamaban «Dios».

Aquel Dios con quien trataban con tanta devoción no era
el verdadero Dios. Era una proyección de sus temores, de-
seos y ambiciones. En Dios se buscaban a sí mismos. Se ser-
vían de Dios en lugar de servir a Dios. Aquel Dios nunca fue
el Otro. El centro de su atención e interés nunca fue *el Otro*
sino ellos mismos. Nunca salieron de sí mismos. Parecía que
daban culto a Dios; pero se daban culto (en Dios) a sí mismos.

Parecía que amaban a Dios; pero se amaban (en Dios) a
sí mismos. Aquel Dios era un «dios» falso, un ídolo, un
«dios» confeccionado a la medida de sus deseos, intereses
y temores. *Era* «ellos mismos». Con otras palabras: hicieron
una identificación simbiótica e infeliz de su «yo» con el
«dios» a quien dedicaron su amor y culto.

¿Conclusión? Estas personas nunca salieron de sí mismas.
Al rezar siempre estuvieron centradas sobre sí mismas. En
toda su vida se mantuvieron encerradas en un círculo ego-
céntrico. Esta es la razón por la que no crecieron en madu-
rez y arrastraron hasta la sepultura sus infantilismos, agresi-
vidades y defectos congénitos: porque nunca salieron de sí
mismas. Si no hay salida, no hay libertad. Si no hay liber-
tad no hay amor. Si no hay amor no hay madurez. He ahí la
explicación.

Nosotros, pues, tenemos que buscar el rostro verdadero
del Dios verdadero estableciendo un franco cuestionamiento
entre la vida y la oración.

El Dios de la Biblia es un Dios libertador. Es Aquel que siempre interpela, incomoda y desafía. No responde, sino que pregunta. No soluciona, sino que origina conflictos. No facilita, sino que dificulta. No explica, sino que complica. No engendra niños, sino adultos.

Nosotros lo hemos convertido en un «Dios-explicación» de todo lo que no sabemos, el «Dios-poder» que soluciona todas nuestras impotencias, el «Dios-refugio» para todas nuestras limitaciones, derrotas y desesperanzas. Es la proyección de nuestros miedos e inseguridades. Pero no es ése el verdadero Dios de la Biblia.

Algunos famosos de nuestro siglo han afirmado que la religión engendra tipos alienados e infantiles. En la línea de sus explicaciones psicoanalíticas, ese «dios» que todo lo explicaba y solucionaba era el gran «seno materno» que libraba (alienaba) a los hombres de los riesgos y dificultades de la vida, y les evitaba la lucha abierta en el campo de la libertad y de la independencia. En este sentido tenía razón Nietzsche al afirmar que la presencia allá arriba de este «dios» había impedido que aquí abajo los hombres adquirieran su *mayoría* de edad, y por eso se han mantenido como niños hasta ahora. Pero éste no es el verdadero Dios de la Biblia.

Ese «dios» tiene que morir. En este sentido podemos hablar correctamente de la «muerte de Dios». Era la mentira de Dios, la falsa careta de Dios inventada por nuestra imaginación, usada y abusada por nuestro orgullo, nuestra ambición, nuestra ignorancia y nuestra pereza.

El verdadero Dios, perpetuamente pascual, nos arranca de nuestras inseguridades, ignorancias e injusticias, no evadiéndolas sino afrontándolas y superándolas. El verdadero Dios, según el profeta Ezequiel, conduce a los hombres «al desierto para litigar con ellos cara a cara» y, uno por uno, «hacerlos pasar bajo el cayado» (Ez 20,35-37). Es aquel que abandona a su Hijo solo en la agonía, cara a la muerte. Es el Dios de los adultos.

Aquel mismo que, después de crear al hombre, no lo refiene como niño en brazos maternos para librarlo de los riesgos de la vida, sino que rápidamente corta el cordón umbilical y les viene a decir: Ahora sed adultos, empujad el universo hacia adelante y sed señores de la tierra (Gén 1,26). El verdadero Dios no es alienador sino libertador, para hacer grandes, maduros y libres a los hombres y a los pueblos.

Salvarse desde las raíces

En la Biblia no existe tan sólo ni sobre todo la *salvación de mi alma*. La salvación traída por Jesús, cuyo programa se nos anuncia en la montaña de las Bienaventuranzas, agarra y abarca a todo el hombre. Ese programa de salvación llega hasta las raíces del hombre, se hunde en el inconsciente reprimido, ilumina con un fulgor penetrante y deslumbrador las oscuras regiones de los impulsos y motivos, despierta a la conciencia refleja de los sueños de omnipotencia y de sus delirios de grandeza, lo pone con los pies en el suelo, el suelo de la objetividad, y lo hace entrar en la zona de la sabiduría, de la madurez, de la humildad y del amor.

En una palabra, es la salvación integral. El Dios de la oración debe ser un Dios desafiante y cuestionador. Es decir, un Dios liberador.

* * *

El drama del hombre es éste: desde aquella tarde fatídica del paraíso en que sucumbió a la tentación «seréis como dioses» (Gén 3,4), desde entonces el hombre lleva en sus entrañas más profundas un instinto ancestral, oscuro e

irresistible de constituirse en «dios» y reclamar toda adoración.

Somete violentamente, presiona y obliga a todos los hombres y criaturas a ser «adoradores» suyos. Los valores y realidades que están a su alcance, se los «apropia»: dinero, belleza, simpatía, inteligencia, sexo... Todo lo somete a su servicio y adoración. «Todas las criaturas las sometió a su vanidad» (Rom 8,20). Usa y abusa de lo que considera «suyo», como un déspota.

Si pudiera dominar el mundo entero, lo haría. Si pudiera apropiarse de todas las criaturas, lo haría. Si pudiera oprimir a todos los hombres, lo haría. Siente una loca e insaciable sed de honor, aplauso y adoración. Su vida es guerra de competencia para ver quién acapara más adoración. El pecado habita en el interior del hombre y el pecado *es* pretender *ser como Dios*.

Todo el que amenaza eclipsar su poderío o amenguar su honor, automáticamente queda calificado de enemigo; nace en su interior la sombra negra de la enemistad y desencadena la guerra para aplastar a cualquier competidor.

Vive lleno de delirios, alucinaciones y mentiras: por ejemplo, cuando ama, cree que ama, pero casi siempre se ama a sí mismo; cuanto más tiene, cree ser más libre, pero en realidad es más esclavo que nunca; cuanto más gente domina, cree ser más dueño, cuando en realidad es más dependiente que nunca.

«El enemigo del hombre es su propia carne», decía san Francisco. Efectivamente, por sus locuras de grandeza de ser el primero y sobresalir por encima de todos, el hombre se castiga a sí mismo con envidias, impotencias, celos, preocupaciones, ansias imposibles, convirtiéndose en víctima para crear imperios, hegemonías y dominaciones, y luego se siente atrapado por sus propias creaciones.

Explota al débil. Pasa por encima de la justicia y de la misericordia con tal de atesorar más. Es insensible al clamor de los pobres. Amasa fortunas con el sudor y la sangre del trabajador. A menudo, cuando un pobre se hace rico, se convierte en el mayor explotador de los pobres.

En una palabra, el hombre es esclavo de sí mismo. Ne-

cesita liberación. En el fondo, y sobre todo, es un idólatra. Necesita redención.

Dar a Dios un lugar

Si la esclavitud consiste en la idolatría (egolatría), todo el problema de la liberación está en desplazar al «dios-yo» y suplantarlo por el verdadero Dios. La salvación consiste en que Dios sea *mi* Dios. Para eso, tiene que desplomarse todo ese mundo de deseos, sueños y quimeras que han brotado en torno al ídolo «yo» y que, además, lo engendran y lo aureolan. Es necesario arrasar, limpiar y vaciar el interior del hombre de todas las «apropiaciones» absolutizadas y divinizadas y que, en su lugar, Dios tome posesión y despliegue allí su santo Reino.

La línea de la liberación pasa, pues, por el meridiano de la «pobreza y humildad de nuestro Señor Jesucristo» (san Francisco).

«Al pobre que está desnudo lo vestirán; y al alma que se desnudare de sus apetitos, querer y no querer, la vestirá Dios de su pureza, gusto y voluntad» (1).

Sólo el sendero de las «nadas» (liberación absoluta, desnudez total) nos ha de conducir a la cumbre del todo que es Dios. «De todo lo que no es Dios se ha de vaciar el alma para ir a Dios» (2).

En el desierto del Sinaí, la fórmula de la Alianza sonó así: Israel, no hay más Dios que Dios (Ex 20,2-4). Con la fuerza salvaje de una fórmula desértica y primitiva nos entrega la Biblia el secreto final de la salvación: que Dios sea Dios *en nosotros*.

Esa rudeza la tenemos expresada en la escena bíblica, cuando Mardoqueo pudo haber salvado a su pueblo besando las plantas del orgulloso Amán:

(1) SAN JUAN DE LA CRUZ, *Avisos y sentencias*, n. 19.

(2) SAN JUAN DE LA CRUZ, l. III, c. VII, n. 2.

«pero yo no lo hice
por no rendir a un hombre gloria
por encima de la gloria de Dios;
no me postraré ante nadie
sino ante ti solo, Señor» (Ester 13,12-14).

Ahora bien, el único «dios» que puede competir con Dios su reinado sobre el corazón del hombre es el hombre mismo.

En el fondo corre un misterio trágico: nuestro «yo» tiende a convertirse en «dios». Es decir: nuestro «yo» reclama y exige culto, amor, admiración, dedicación y adoración en todos los niveles, que sólo a Dios corresponde. Los ídolos de oro, piedra y madera que aparecen en la Biblia compitiendo con Dios (becerro de oro, estatuas de Marduck, Baal o Astarté) no tienen actualidad; eran y son puros símbolos.

El único ídolo que de verdad puede disputar palmo a palmo el reinado de Dios sobre el corazón del hombre es el hombre mismo. En conclusión, o se retira el uno o se retira el otro porque los dos no pueden gobernar al mismo tiempo en un mismo territorio. «No podéis servir a dos señores» (Mt 6,24).

Si la liberación consiste en que Dios sea Dios *en nosotros*, y el único «dios» que puede impedir ese reino es el «dios-yo», llegamos a la conclusión de que el Reino, a través de la Biblia, es una disyuntiva excluyente: o Dios o el hombre; entendiéndose por hombre el «hombre viejo» enroscado sobre sí mismo, con sus locas ansias de dominación, de apropiarse de todo y de exigir todo honor y toda adoración.

Cuando el interior del hombre está liberado de intereses, propiedades y deseos, Dios puede hacerse presente allí sin dificultad. En cambio, en la medida en que nuestro interior está ocupado por el egoísmo, entonces no hay lugar allí para Dios. Es un territorio ocupado.

Así llegamos a comprender que el primer mandamiento es idéntico a la primera bienaventuranza: en la medida en que somos más pobres, desprendidos y desinteresados,

Dios es «más» Dios en nosotros. Cuanto más «dios» somos nosotros para nosotros mismos, Dios es «menos» Dios en nosotros. El programa está, pues, muy claro: «conviene que "yo" disminuya para que El crezca» (Jn 3,30).

El profeta Isaías expresa estas ideas con una belleza insuperable:

«Será doblegado el mortal,
será humillado el hombre
y no podrá levantarse.

Los ojos orgullosos serán humillados,
será doblegada la arrogancia humana.

Sólo el Señor será ensalzado aquel día:
contra todo lo orgulloso y arrogante,
contra todo lo altivo y engreído,
contra todos los cedros del Líbano,
contra todas las encinas de Basán,
contra todos los montes elevados,
contra todas las colinas encumbradas,
contra todas las torres prominentes,
contra todas las murallas inexpugnables,
contra todas las naves de Tarsis
contra todos los navíos opulentos.

Aquel día arrojará el hombre sus ídolos de oro
y plata a los topos y murciélagos,
y se meterán en las grutas de las rocas
y en las hendiduras de las peñas.

Será doblegado el orgullo del mortal,
será humillada la arrogancia del hombre,
sólo el Señor será ensalzado aquel día» (Is 2,11-17).

«Bienaventurados los que tienen alma de pobres porque el Reino de Dios se ha establecido en ellos» (Mt 5,3). En la medida en que el hombre se va haciendo pobre, despojándose de toda apropiación interior y exterior, y hecho esto en función de Dios, automática y simultáneamente comienza el santo Reino de Dios a desplegarse en su interior. Si Jesús dice que el primer mandamiento contiene y agota toda la Escritura (Mt 22,40), nosotros podemos agregar paralelamente

que la primera bienaventuranza contiene y agota todo el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo.

La liberación avanza, pues, por el camino real de la pobreza. El Reino es como un eje extraordinariamente simple que atraviesa toda la Biblia moviéndose sobre dos puntos de apoyo: el primer mandamiento y la primera bienaventuranza. Que Dios sea *realmente* Dios (primer mandamiento) se verifica en los pobres y humildes (primera bienaventuranza). De aquí se originó aquella tradición bíblica según la cual el pobre-humilde es la *heredad* de Dios, y Dios es la *herencia* de los pobres. Sólo ellos poseerán el Reino.

La salvación es equivalente al amor. Pero la cantidad de amor es equivalente a la cantidad de energía liberada en nuestro interior, es decir, el amor es proporcional a la pobreza. Por eso dijo san Francisco: «La pobreza es la raíz de toda santidad» (3).

La oración debe ser un momento y un medio de liberar fuerzas atadas al centro de nosotros mismos para disponerlas al servicio de los hermanos.

Libres para amar

Ser pobre (liberación absoluta) es también condición indispensable para crear una gozosa *fraternidad*.

San Francisco de Asís, que no intentó fundar una Orden sino una Fraternidad itinerante de penitentes y testigos, pone la pobreza-humildad evangélica como la única condición y posibilidad para que se dé una real fraternidad entre sus seguidores.

Francisco se dio cuenta claramente de que toda propiedad es potencialmente violencia. Cuando el obispo Guido le preguntó: «¿Por qué no quieres admitir unas propiedades para los hermanos», respondió Francisco: «Si tuviéramos propiedades necesitaríamos armas para defenderlas.» Respuesta de enorme sabiduría.

Si los hermanos están llenos de sí mismos, llenos de in-

(3) SAN BUENAVENTURA, *Legenda Major*, VI, 1.

tereses personales, chocarán los intereses de los unos con los intereses de los otros, y la fraternidad saltará hecha pedazos. O sea, allí donde había propiedades se hizo presente la violencia. Cuando el hermano se sienta amenazado en su ambición o en su prestigio personal, saltará a la pelea en defensa de sus apropiaciones y ambiciones, y de la defensiva saltará a la ofensiva, y se harán presentes las «armas que defienden las propiedades», a saber: las rivalidades, las envidias, las intrigas, los sectarismos, las acusaciones, en una palabra, la *violencia* que desgarrará la túnica inconsútil de la unidad fraterna.

Por eso Francisco les pide a los hermanos que se esfuercen por tener benignidad, paciencia, moderación, mansedumbre y humildad cuando van peregrinando por el mundo (*II Regla*, 3). Les suplica también que se esfuercen por tener «humildad, paciencia, pura simplicidad y verdadera paz de espíritu» (*I Regla*, 17). Es evidente que si los hermanos viven impregnados de estas tonalidades típicas del Sermón de la Montaña, serán hombres llenos de suavidad y mansedumbre, prontos a respetar, aceptar, comprender, acoger, estimular y amar a todos los demás hermanos.

Aconseja a los hermanos que luchen decididamente contra la «soberbia, vanagloria, envidia, avaricia, cuidado y solitud de este mundo» (*Regla*, 10). Si los hermanos se hallan dominados por estas actitudes, será un sarcasmo llamarlos *hermanos*; en medio de ellos la fraternidad será una bandera desgarrada, ensangrentada y pisoteada.

Para ser un buen *hermano*, hay que comenzar por ser un buen «menor». Primeramente, la liberación de todas las apropiaciones y ambiciones. Y por la ruta de la liberación llegará la fraternidad.

Pobres para ser maduros

La liberación de sí mismo es también condición para la *madurez humana*, para la *estabilidad emocional*. No hay sino analizar el origen de las reacciones desproporcionadas y de las actitudes infantiles.

Cuando alguien vive lleno de sí mismo, arrastrándose

para mendigar el aprecio de las gentes, buscando siempre el *quedar bien* ante la opinión pública, preocupado por su *figura*... Cuando a este cristiano le resulten los acontecimientos a la medida de sus desmedidos deseos, tendrá una reacción desproporcionada de dicha. Su emoción será tan grande que se desequilibrará en su propia felicidad, desbordándose.

Pero ¡ay del día en que lo marginen, lo olviden o lo critiquen! En ese día también se quebrará en su entereza, pero esta vez de amargura. Y lo verán «que se tira al suelo», se «hace la víctima»; lo verán deprimido, abatido en una reacción completamente desproporcionada a lo que en realidad ha ocurrido. ¿Cuál es la explicación profunda de esta reacción?

Es objetivo y justo, supongamos, aquello por lo que le critican o aquello por lo que le marginan. Sin embargo, él lo considera como una injusticia monstruosa. Hay, pues, un problema de objetividad. Esta persona tiene una *imagen* inflada de sí misma, un «yo» aureolado e idealizado; y su reacción no ha sido según las medidas objetivas de su realidad, sino de su «yo» endiosado y falseado (revestido) por sus sueños y deseos. Es necesario liberarse de esos sueños que falsean la realidad; de otra manera seremos perpetuamente infantiles y amargados.

* * *

En los cuatro siglos que siguieron al imperio David-Salomón, la vida de Israel con Dios descendió a sus niveles más bajos. ¿Por qué? Porque vivían dormidos sobre laureles: vivían proyectados en dos sueños irreales: en el recuerdo pasado del imperio salomónico, soñando (deseando) en que dicho imperio podría reverdecer de un momento a otro. (Vivían soñando en el pasado). Y en segundo lugar vivían mirando hacia adelante, a las hazañas (inexistentes) de un Mesías que los haría ser dueños de la tierra.

Estas proyecciones delirantes los alienaban completamente de la situación real presente (divididos y dominados). Y los alienaban de su fidelidad a la Alianza con Dios, a pesar de que el Señor les había enviado en ese lapso de tiempo la pléyade más impresionante de profetas.

Dios vio que la única solución era una catástrofe que los liberara de sus delirantes quimeras. Y así fue. Deportados a Babilonia, se dieron cuenta de que nada tenían en el mundo, ni siquiera la esperanza de tener; que todos los sueños eran mentira, los del pasado y los del futuro; que ellos no eran más que un pobre puñado de débiles y derrotados. Al despertar de las imágenes falseadas e infladas de sí mismos y de su historia, al darse cuenta, reconocer (y aceptar) la realidad objetiva de lo que eran, allá mismo se produjo la gran conversión a Dios.

Esta es la terrible y eterna historia de cada pueblo y de cada persona. Es necesario liberarse de las falsas caretas con las que nos cubrimos a nosotros mismos y aceptar la realidad de nuestra contingencia, precariedad, indigencia y limitaciones. Sólo entonces tendremos la sabiduría, la madurez y la salvación.

Aristócrata del espíritu

En cambio, imaginemos el caso contrario. Es una persona que ha trabajado largos años por liberarse de sus intereses y «propiedades» y ha avanzado en la «pobreza y humildad de nuestro Señor Jesucristo».

Lo primero que adquiere es la objetividad. Las flores no le emocionan tanto, las piedras no le molestan tanto. Si lo suben al trono, no se muere de gozo; si lo bajan del trono, no se muere de pena. Su ánimo permanece estable ante los aplausos y ante las críticas, y cuanto más liberado de sí mismo se encuentre, más inquebrantable se sentirá. Y si la liberación de sí mismo es completa, nos hallaremos ante un hombre que se siente con la serenidad imperturbable de quien está por encima de los vaivenes de la vida.

Nos encontraremos ante una figura admirable y envidiable, una figura cincelada según el espíritu de las bienaventuranzas, llena de suavidad, fortaleza, paciencia, dulzura y equilibrio. El pobre del Evangelio es un aristócrata del espíritu.

Nada ni nadie podrá turbar la paz serena de su alma porque nada tiene que perder, ya que de nada se ha «apropiado». Al que nada tiene y nada quiere tener, ¿qué le puede

turbar? Nada habrá en este mundo que lo pueda exasperar o deprimir.

La liberación de sí mismo nos ha dado como resultado una persona madura, equilibrada, extraordinariamente estable en sus reacciones y emociones, un ejemplar humano de alta calidad.

Circuito vital

Todo este proceso de liberación que nos llevará al reino de Dios, al reino de la fraternidad y a la madurez personal, se efectuará en el encuentro con Dios, en un circuito que va desde la vida a Dios y desde Dios a la vida.

Hoy corre, casi como voz común, la opinión de que el lugar del encuentro con Dios es el hombre, el mundo. Teológicamente este principio podría no ofrecer reparos. Pero es un hecho incuestionable que los más combativos y comprometidos libertadores de pueblos esclavizados —Moisés y Elías— no encontraron a Dios en el fragor de las tormentas militares o luchas sociales, sino que se retiraron a la soledad completa, y allí adquirieron el temple y la reciedumbre para las batallas que se avecinaban. Otro tanto le ocurrió a Jesús.

Tengo que llegar a la presencia de Dios con toda la carga de dificultades y problemas. Será allá (en el tiempo y lugar de la oración) donde tendré que ventilar con Dios mis preguntas, crisis y asuntos pendientes.

Ese Dios con quien he «tratado» en la oración, a quien he «visto», ese Padre amantísimo que tiene que «bajar» conmigo a la vida; aquel estado de penetración e intimidad que he vivido con el Señor, esa temperatura (espíritu de oración, presencia de Dios) debe perdurar y ambientar mi vida, y «con El a mi derecha» tengo que dar la gran batalla de la liberación.

El encuentro con Dios es como un motor que engendra fuerzas. Pero si la fuerza de ese motor no se transmite por medio de poleas a otras ruedas que pongan en movimiento complejas industrias, es una fuerza inútil.

El hombre ha estado con Dios. Lo ha sentido tan vivo que su presencia inconfundible lo acompaña adondequiera que vaya. Se le presenta una gran dificultad: cómo perdonar una ofensa, siente una gran repugnancia en aceptar a alguien que le cae mal. Por amor a ese Dios a quien siente presente, afronta la situación y supera la repugnancia. Al hacer este vencimiento, crece el amor por Dios (diría, «crece» Dios: su presencia es más densa en mí). Este amor le empuja a un nuevo encuentro con El. Este es el circuito vital.

No solamente eso. La situación repugnante, superada con amor, se ha transformado en dulzura, como le ocurrió a san Francisco con el leproso. Y Dios le dijo: «Francisco, deberás renunciar a todo lo que has amado hasta ahora, y todo cuanto te parecía amargo se convertirá para ti en gozo y dulzura.»

Cualquier brote de egoísmo (irritabilidad, capricho, envidia, venganza, sed de honor y placer) que se supere (se libere) con Dios y por Dios, hace crecer el amor; y como el amor es unitivo («amor mío, peso mío», de san Agustín), crece la atracción (peso) por El; y lo llevará a un nuevo encuentro con El.

En el encuentro vislumbra que durante el día tendrá que dar las grandes batallas en el terreno de la mansedumbre, de la paciencia y la aceptación, y «lleva» a Dios a la batalla y «con él a la derecha» tendrá una serie de superaciones, con un alto costo, por cierto, siendo cada superación compensada con la alegría y el aumento del amor.

* * *

No faltará quien diga que esto es masoquismo. Los que tal dicen será porque jamás han vislumbrado ni desde lejos la experiencia de Dios. Los que *viven* «a» Dios, en cambio, sienten este proceso como una jubilosa liberación.

Cuando el hombre de Dios se halla en un profundo encuentro con El, siente como que el Tú «toma», «saca», absorbe mi «yo»; y entonces experimenta la libertad absoluta en la que desaparecen la timidez, la inseguridad, el ridículo, los complejos. Jamás nadie sentirá una plenitud de personalización tan intensa a pesar de que los que no «saben» de

Dios sigan hablando de masoquismo. Esta sensación equivale exactamente a aquella omnipotencia embriagadora y desafiante que sentía Pablo al decir: «Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?» (Rom 8,31). El problema está en experimentar el *Dios está conmigo*. Quién lo haya sentido vivamente, «sabrá» lo que es la liberación absoluta.

El hombre baja otra vez a la vida. Se encuentra con comentarios desfavorables sobre su actuación. Su deseo de *quedarse bien*, su sed natural de estima lo impulsa a justificarse. Se acuerda del silencio de Jesús ante Caifás y Pilato, y no da ninguna explicación, se calla. Pierde prestigio pero gana libertad. Avanza la liberación.

Con el «Señor a la derecha» vuelve a la vida. Hay una situación conflictiva en la que la «prudencia humana» aconseja callarse; así uno no se complica. Pero se acuerda de la sinceridad y veracidad de Jesús, y dice lo que debe decir. Efectivamente se complicó, pero se sintió libre en su interior.

* * *

El hombre de Dios baja a la arena ardiente de las luchas por la justicia. Se convierte en voz de los que no tienen voz. El amor lo lleva a los olvidados de este mundo. Se hace presente entre aquellos a quienes nadie mira, nadie quiere.

Pronto distinguirá la razón por la que hay hambrientos y desnudos y tendrá que sacar la espada afilada para señalar y denunciar. A la guerra se le contestará con la guerra. Y pronto va a sentir a su costado la maquinaria de los poderosos con intrigas, con mentiras y provocaciones.

El profeta tendrá que refugiarse en la soledad, cara a cara con Dios para templar su ánimo. De otra manera los poderosos acabarán por derribar a hachazos la fortaleza espiritual del «enviado».

En la medida en que vive entre los abandonados, aparecen ante sus ojos como un fulgor rojo las causas y de-

sastres de las injusticias: ve claramente quiénes son los interesados en que sigan la ignorancia y la miseria para engordar ellos a costa de la debilidad ajena; ve cómo sube día a día la desproporción entre los que amontonan riquezas y los que cada vez tienen menos, y que esa desproporción desafía al cielo con un grito incontenible.

Este es un momento muy peligroso para el hombre de Dios. De noche (sin darse cuenta) puede brotar en su corazón la cizaña del odio contra los opresores. Su espíritu puede quedar envenenado, y el veneno del odio puede «matar» al mismo Dios porque Dios es Amor, y puede esterilizar los propósitos mejores.

Para momento tan delicado necesita una tea alumbradora para discernir, de entre sus sentimientos, los que brotan de sus bajos fondos y los que emanan de Dios; habrá de sofocar los primeros.

Aunque sus tareas pueden ser a veces comunes a las actividades de los políticos, el hombre de Dios tiene una permanente preocupación por *ser* un *testigo* y no un *político*. Para mantenerse idéntico a sí mismo y fiel a su misión, más que nunca necesitará de la «visión» facial de Dios para, en su luz, distinguir las actitudes puras de las espúreas. Baja frecuentemente de las «montañas» con el «Señor a su derecha» (Sal 15) para permanecer al lado de los pobres, para defender a los oprimidos y liberar a todos los cautivos, pero al mismo tiempo para no dejarse envolver por motivaciones que no sean las de un testigo.

* * *

Con estas superaciones aumenta el caudal de amor. Este «peso» lo inclina cada vez con más frecuencia y profundidad a Dios. El amor lo empuja de nuevo a la batalla de la liberación con nuevas superaciones. Hoy visita al que siempre lo ha molestado. Mañana se calla ante unas palabras agresivas. Pasado mañana trata de tener paciencia con alguien que realmente es insoportable.

Vive envuelto en Dios e impulsado por el amor; busca nuevas oportunidades e inventa nuevas formas para expresar

el amor. Se ha encontrado entre conflictos; en peligro de quebrarse, ha recordado la entereza de Jesús en sus momentos difíciles, y se ha mantenido entero. La semana pasada ha sido agitada y frenética; sin embargo, a la vista del Señor, se ha equilibrado con serenidad entre alborotadas olas.

Su liberación diaria consiste en aceptarse a sí mismo tal como es, sin amargura, evitando rarezas y reacciones que molestan a los demás; se libera al perdonar y olvidar muchos detalles; al aceptar a los difíciles tales como son; al frecuentar la convivencia con gente cuya sola presencia le desagrada; al evitar susceptibilidades, superar sensibilidades y tener cada vez más señorío sobre sí mismo.

Mientras esto sucede, la fe y el amor crecen; Dios se convierte en premio y regalo, y la vida adquiere sentido, alegría y esplendor. En Dios y por Dios, las renunciaciones se transforman en liberación, las privaciones en plenitudes y las repugnancias en dulzuras.

Rectificación

Según la Biblia, ¿cuál es el plan original de Dios, al crear al hombre? Dios quiere entrar en comunión con el hombre. Esta es la finalidad última de las intervenciones de Dios en la historia de la salvación y, sobre todo, es el objetivo final de las Alianzas.

Con otras palabras: habiendo creado Dios al hombre al principio, semejante a El (Gén 1,26), posteriormente, con sus diversas intervenciones quiere hacerlo más semejante a El. Es decir, primero quiere formar familia con el hombre, para hacerlo así más parecido a El, haciéndolo participar de su propia naturaleza.

Antes del pecado, esta comunión-semejanza era una cosa fácil y natural porque el hombre, según la Biblia, ha sido diseñado de tal manera que resulta una resonancia perfecta del mismo Dios. Hablando con cierta torpeza, diríamos que las «estructuras psíquicas» de Dios y las del hombre se corresponden exactamente, están en unas mismas armónicas (GS 12, 14).

Pero llegó el pecado y se desfiguró el rostro del hombre (GS 13). Desde ese momento, imposible la armonía, imposible la comunión entre dos seres tan dispares. Tendría que venir una profunda purificación de la estructura interna del hombre mediante la penitencia, para restablecer la armonía, la unidad y la semejanza.

La Biblia presenta el pecado como una trágica realidad que hunde sus raíces en la misma sustancia del hombre: «He sido formado en pecado desde el seno de mi madre»

(Sal 50). San Pablo avanza mucho más: «No sé lo que hago... No soy yo quien obra sino el pecado que mora en mí» (Rom 7,14ss). Pecadores, pues, por partida doble: por nacimiento y por culpa personal.

Dios, al principio, puso un orden en el hombre. Este orden fue desequilibrado por la irrupción del pecado-egoísmo. Ahora será necesario restablecer el orden original mediante el reordenamiento de la penitencia.

Definiríamos, pues, la penitencia evangélica como un restablecimiento de aquel orden inicial establecido por Dios en el hombre. Con otras palabras, una *rectificación*.

Camino del amor

Penitencia significa, también, convertirse. Y convertirse significa, a su vez, un avanzar dificultoso desde el hombre hasta Dios. Es decir, un incesante «pasar» desde las estructuras psíquicas del «hombre viejo» (Rom 6,6; Ef 4,22; Col 3,9) hacia las «estructuras» de Dios. ¿Cuáles son éstas? Son las estructuras del Amor, porque Dios sustancialmente *es Amor* (1 Jn 4,16).

Con otras palabras: conversión es un *estar «pasando»* del egoísmo al amor. Como se ve, la penitencia lleva una fuerte carga pascual.

* * *

En el Evangelio, Jesús nos señala la ruta para este «paso» con la fórmula penitencial «cambiad vuestros corazones» (Mc 1,15; Mt 4,17). Pero el Sermón de la Montaña es la estrategia más profunda de liberación de las esclavitudes y exigencias del egoísmo.

Es un programa dictado en lo alto del monte, voceado a todos los vientos, recogido por sus oyentes muchos años más tarde, proclamado en el estilo libre de exclamaciones. Todo eso dificulta el captar con exactitud el sentido de su mensaje liberador.

Pero, aun así, vemos que en el Sermón de la Montaña está perfectamente delineado el procedimiento de liberación, y su meta final que es el Amor. Efectivamente, en su primera parte se nos habla de la pobreza de espíritu, de la humildad de corazón, de la paciencia, de la mansedumbre, del perdón...

Todo ello está significando que las exigencias idolátricas del *yo* han sido negadas (Mt 16,24), incluso reprimidas (Mt 11,12), y de esta manera, las violencias interiores han sido calmadas.

Y, una vez que esas energías han sido liberadas, desatadas y desencadenadas de ese *yo* inflamado por las ilusiones y los sueños, se transforman automáticamente en amor. Y ahora sí, en la segunda parte del Sermón de la Montaña, podremos utilizar esas energías egoístas, transformadas ya en amor, al servicio de la fraternidad:

hacer el bien a los que nos hacen el mal (Mt 5,38-42),
perdonar a los que nos ofenden (Mt 6,12),
hacer las paces antes de la ofrenda (Mt 5,23-25),
corregir al hermano (Mt 18,15),
hacer el bien sin buscar la gratitud ni la recompensa (Lc 6,35),
presentar la otra mejilla (Lc 6,29),
amar universalmente, y no sólo a los que nos aman (Lc 6,32).

En resumen, penitencia es un incesante «pasar» del egoísmo al amor.

Subida a la cumbre

Pero la estrategia secreta de la conversión la encontramos en el Evangelio, en forma de sucesivas escenas, anti-téticas y contrapuestas que, como verdaderos golpes psicológicos, estuvieron a punto de aturdir a los Doce.

Psicoanalizar estas escenas es descubrir completamente los secretos de la penitencia. He aquí las escenas:

Jesús acepta la «confesión» de Pedro. Efectivamente, El es el Mesías esperado (Mt 16,17). Como efecto de este descubrimiento, en el alma de los Doce despierta el «hombre viejo» como una fiebre delirante. Ya comenzaban a imaginarse a su Maestro como un comandante en jefe por encima de las águilas romanas, y a ellos mismos, ¡naturalmente!, participando y disfrutando de las dulzuras del poder y de la gloria.

Jesús, sabiendo cuán peligroso era dejarlos a merced de esos sueños de grandeza, se enfrenta con ellos, y les viene a decir: Muchachos, ¡arriba! Vamos a Jerusalén, pero —¡no os equivoquéis!— no para ser coronado como Mesías-Rey, sino que me tomarán, me azotarán, me escupirán, me crucificarán y me matarán. ¡Eso sí!, al tercer día resucitaré (Mt 20,17; Mc 8,31; Lc 9,22).

Estas palabras, que resultaron un jarro de agua fría sobre sus delirios, provocaron la típica reacción del «hombre viejo»: «Ellos no entendieron nada de esto» (Lc 18,34), es decir, volvieron la cara a otra parte y no quisieron saber nada. Es la repugnancia que siente el hombre a la vista de la cruz.

Entonces, Pedro, haciéndose eco de esa repugnancia, se dispone a librar la última batalla a favor del hombre viejo y sus sueños. Toma aparte a Jesús y comienza a «reprennderle»: ¿Cómo se te ocurre? ¿Subir a Jerusalén? ¡Y además, para ser ejecutado! ¡De ninguna manera! El Mesías no puede fracasar, el Mesías es invencible e inmortal (Mt 16,22; Mc 8,33; Lc 9,24).

La respuesta de Jesús fue dura y tajante. «Pero El, volviéndose y mirando a los discípulos, reprendió a Pedro»: ¡Pedro, hablas como un mundano! No sabes o no quieres distinguir las cosas de Dios y las cosas del «hombre». ¿Sabes qué más? Me molestas. ¡Vete! (Mt 16,23; Lc 9,24).

Tenemos la impresión de que para Jesús este momento es decisivo. Y se encarama en el nivel doctrinal, levanta en

alto la antorcha y les muestra las condiciones absolutas, y les viene a decir: Amigos, todavía tenéis tiempo para quedaros o marcharos. Todavía se puede optar. Pero de ahora en adelante, sabed que el que quiera seguirme tendrá que atenerse a las siguientes condiciones: deberá negarse a sí mismo, deberá tomar su cruz cada día; el que tenga miramientos consigo mismo está perdido, no sirve para seguirme. El que se renuncia a sí mismo, en cambio, ése se salvará, vale para mi programa. El grano de trigo se convertirá en vida cuando cumpla la condición de morir. Así, pues, quien quiera vivir, tiene que morir (Mt 16,24-27; Mc 8,34-38; Lc 9,23-27; Jn 12,25).

Jesús se dio cuenta de que este duro programa penitencial había derrumbado la fortaleza de los Doce, había resultado como una piedra de tropiezo para la fe y la esperanza de ellos. En vista de esos efectos, Jesús toma a los líderes del grupo, los lleva a la cumbre de la montaña y, para devolverles la seguridad, se transfigura ante su mirada.

* * *

En estas escenas, de tanto contraste, descubrimos como en un «inconsciente reprimido» los secretos resortes de la conversión. Vemos, en primer lugar, las resistencias y repugnancias del yo ilusorio que se resiste a desprenderse de sí mismo, a morir en sí mismo.

Hay en estas escenas una extraña mezcla de cruz, muerte y transfiguración. Aparece, a primera vista, una confusa mezcla de derrota y fracaso, luz y oscuridad, Tabor y Calvario. Sin embargo, a pesar de esta aparente confusión, distinguimos una lógica nunca desmentida en el Evangelio. Es la nueva lógica para el nuevo orden:

para vivir, hay que morir,
la resurrección y la crucifixión son una misma cosa,
el Calvario y el Tabor son una misma cosa,
la resurrección no es secuencia sino consecuencia de la
muerte de Cristo,
sólo la penitencia conduce a la transfiguración.

Mortificarse ¿para qué?

Es un hecho histórico, fuera de discusión, que hombres de Dios de gran envergadura humana como un san Francisco de Asís o un san Juan de la Cruz realizaron su transformación en Jesucristo *en la medida y al mismo tiempo* en que se entregaban a penitencias corporales.

Su biógrafo contemporáneo dice de Francisco de Asís que «vivió crucificado», incluso hasta tener que pedir perdón al «hermano asno», por haberlo sometido a tan malos tratos. Y esto nos resulta más extraño si pensamos que Francisco ha sido uno de los hombres que más ha vibrado con las bellezas de la Creación.

Es verdad que penitencia no significa tan sólo mortificarse, pero en el contexto bíblico la mortificación queda incluida en el concepto general de penitencia. En la traducción alejandrina de la Biblia se distinguen dos verbos: *metanoein*, que señala el cambio mental, la conversión interior, y *epistrefein*, que se podría traducir por mortificarse, señalando los actos externos de penitencia en cuanto condicionan y facilitan la conversión.

* * *

La mortificación, entendida en su sentido ascético, ha recibido en los últimos tiempos fuertes embestidas y, por cierto, a nombre de las nuevas corrientes «teológicas». Hoy día hasta la palabra *mortificación* suena mal y resulta repugnante. Y la calificación que, al instante, sueltan sobre ella es ésta: masoquismo. Estoy de acuerdo con una buena parte de razones por las que se han dado con indignación hachazos contra las mortificaciones voluntarias. Debían, no obstante, haber tronchado las ramas sin herir el tronco. Pero se ha golpeado ciegamente.

A partir de la teología de los valores humanos, vienen a decir que debemos amar la vida, que Dios ha creado todas las cosas para que seamos hijos felices y que debemos usar convenientemente de esas cosas, que nadie es feliz pri-

vándose, que el verbo *renunciar* ya no tiene sentido... Yo sé que estas ideas, entendidas rectamente, son correctas.

Pero luego las aplican indiscriminadamente a la universalidad de la vida, incluso a la vida consagrada y, ¡hay que ver qué entienden por los tres votos, por fraternidad...! Y todo a nombre de estas teorías entendidas con superficialidad y aplicadas con irresponsabilidad. La impresión que yace debajo de estas teorías (así explicadas y aplicadas) no anda lejos del grito pagano consignado en la Escritura: «Comamos y bebamos, que mañana moriremos» (Is 22,13).

* * *

No hace falta teorizar. Basta hurgar un poco en la propia piel, y cualquiera puede experimentar por sí mismo que privarse de algo *por amor* reporta la característica satisfacción de quien ha amado. En el amor, la privación plenifica. Cuantas más compensaciones se dan a sí mismos, más vacíos se sienten a la larga. Nunca la gente de la sociedad de consumo había tenido tantas satisfacciones como hoy, y nunca, sin embargo, se sintió tan insatisfecha.

Si santa Teresa dice que «quien a Dios tiene, nada le falta», cualquiera de nosotros puede observar que quien a Dios no «tiene», sentirá que todo le falta aunque tenga el mundo entero en sus manos. En este sentido, son elocuentes las estadísticas de los suicidios. ¿Quiénes son los que se autoeliminan de la vida? Principalmente los ricos aburridos a quienes nada les falta y, no obstante, el vacío de la vida los oprime como un peso insoportable.

Son verdades experimentales. Basta asomarse a las raíces eternas del hombre, y cualquiera de nosotros percibirá que cada persona es un pozo infinito. Y un pozo infinito no se puede llenar con infinitos finitos, sólo un Infinito puede llenarlo. Solamente Dios podrá plenificar el corazón humano y aquietar sus profundas vibraciones. La frase de santa Teresa encierra una gran dimensión antropológica: *sólo Dios basta*. Este es el verdadero parámetro para medir y cubrir los abismos humanos.

¿Cómo puede decir Jesús que son felices los pobres, los que lloran, los perseguidos, los desprestigiados..., cuando el sentido común califica de felices a los millonarios, a los que ríen, a los que disfrutan de prestigio y libertad? Se sobreentiende que si alguien no tiene dinero, libertad, prestigio, etcétera, pero *tiene a Dios*, entonces lo tiene todo, bienaventurado, plenitud de bien porque «a quien tiene a Dios, nada le falta».

Estas cosas, entendidas intelectualmente, resultan insostenibles y hasta absurdas. Pero ¿qué *sabe* la cabeza? Sólo se *sabe* lo que se experimenta. Para *entender* el Evangelio, hay que vivirlo. Para entender a Dios, hay que «vivirlo». Sí, las cosas de Dios sólo se entienden viviendo, y es entonces cuando dejan de ser paradojas.

* * *

Cuando el cristiano entra a fondo en el torrente vital de Dios, siente inmediatamente la necesidad de exteriorizar su respuesta de amor con hechos concretos de vida. Se me dirá que ese amor debe canalizarse en el ámbito de la fraternidad, en la atención a los pobres, en la aceptación de las enfermedades... En eso estamos plenamente de acuerdo. Pero lo que la vida enseña es lo siguiente: si el cristiano no se *entrena* en el amor con privaciones voluntarias, normalmente no será capaz de amor oblativo sino que sólo se amará a sí mismo en forma directa o diferida o transferida.

Lo que ocurre es que hoy día, para armar juicios de valoración, se acude a las llamadas *ciencias del hombre* y se prescinde, *de hecho*, de Dios, al menos del Dios vivo y verdadero. Y entonces sí, cuando Dios no es fuente viva de experiencia, cualquier mortificación es masoquismo, el celibato es represión, la obediencia es dependencia infantil, las renunciaciones son mutilaciones o necrofilias y la vida misma acaba por ser un entramado de desajustes, compensaciones y vías derivadas. Para el que no tiene experiencia de fe, ¿qué sentido tiene, por ejemplo, la fidelidad conyugal o el amor al prójimo?

Nunca se entenderá suficientemente que la privación es *amor*, y que el amor madura y *despliega* la personalidad, y que los incapaces de privarse de algo, lo son precisamente porque son incapaces de amar.

* * *

A lo largo de estos años he asistido a reuniones grupales, encuentros de responsables de comunidades religiosas, y, al tratarse de las *prácticas penitenciales* manifestaron —y yo recogí— las siguientes consideraciones y conclusiones.

Consideraciones

Debido a que las mortificaciones, en el pasado, eran exageradas y excesivas, por eso han caducado y por eso también se ha tejido una *leyenda negra* sobre esta práctica ascética.

También las mortificaciones han caído en desuso porque venían ordenadas de arriba hacia abajo. No había espontaneidad. No sólo se practicaban sin voluntad sino contra la voluntad, por el peso de la costumbre.

Las penitencias, repetidas todos los días, todos los años y toda la vida, han producido saturación, fatiga y rutina.

Y porque faltaba variedad en la práctica penitencial o tal vez porque se practicaba *sin amor*, en algunos hermanos se ha originado una especie de repugnancia por sobresaturación, y por eso sería conveniente que no existieran penitencias externas durante cierto tiempo, o que fueran escasas.

Es signo de vitalidad espiritual cuando una fraternidad se exige a sí misma distintas privaciones: de esta manera patentiza su fidelidad. Es un signo de amor. En cambio, es síntoma de decadencia cuando una fraternidad es renuente a estos actos.

Conclusiones

Estamos de acuerdo en que la mejor mortificación es la interna, en la humildad y en la fraternidad, pero muchas

veces los hermanos no logran dominar sus sensibilidades y se sienten como defraudados consigo mismos. En cambio sienten una sensación concreta de haber amado cuando practican ciertas privaciones.

La vida ordinaria de una comunidad está repleta de exigencias mortificativas. Es de desear que estas prácticas ascéticas se orienten hacia actos externos de su vida: por ejemplo, asistir con puntualidad a los actos comunitarios, el trabajar con asiduidad, el sufrir las enfermedades, asistir a los pobres...

Los actos de privación no tendrían que emanar, a ser posible, de la legislación. Tendrían que ser determinados voluntaria y espontáneamente en el grupo de los hermanos.

La práctica penitencial, cuando es promovida voluntaria y comunitariamente, como vigiliias nocturnas, el hacer una hora santa, privarse de algo en ciertas oportunidades... suscita el entusiasmo juvenil, se quiebra la rutina y adquieren incentivo la ilusión y el amor, como en vírgenes fieles que esperan la llegada del Señor.

Es conveniente que las mortificaciones tengan carácter esporádico, para una oportunidad o un tiempo determinado y no indefinidamente, para que no entre la rutina.

Almas víctimas: ¿sustitución o solidaridad?

En la historia de la humanidad, desde siglos remotos, vienen formulándose estas preguntas:

- Si Dios existe y es bueno y poderoso, ¿por qué no entierra de una vez los males que sufren sus hijos?
- Si Dios existe y es bueno y justo, ¿por qué triunfan los malos y fracasan los buenos?
- Si los males que sufrimos son consecuencia del pecado, ¿por qué los justos viven llenos de desgracias, y en cambio los pecadores nadan en salud, prosperidad y alegría?

He aquí formidables problemas que han atormentado el viejo corazón del hombre. Son preguntas que vienen arras-

trándose por las páginas de la Biblia y que, aun hoy día, en boca de muchos son verdaderos desafíos lanzados contra el cielo.

Aquí ha salido al camino el problema del mal, problema de grandes complejidades desde los puntos de vista filosófico, teológico y humano. No interesa aquí abordar a fondo el problema del mal, sino solamente tomar esas preguntas y dirigirnos derechamente hacia el terreno que nos proponemos, el de las «almas víctimas».

El Señor me ha dado la gracia (¿privilegio?) de vivir asomado al interior de muchas personas. He sufrido con los que sufren. He compartido la alegría de los que se liberaban o se sanaban. He sufrido también la pena de la impotencia frente a casos que, al parecer, no tenían solución, al menos no la tuvieron. La observación detenida de la vida me ha dejado un conjunto de impresiones.

* * *

Hay personas que, al parecer, nacieron para sufrir. Convergíó en ellas una cadena implacable de limitación, mala suerte, fallos biológicos o psicológicos, y el sufrir ha sido el pan nuestro de cada día. A veces esos males se alternan, otras veces sobrevienen todos juntos. He oído a bastantes personas en los últimos años de su vida: En mi existencia no he tenido un solo día feliz.

A mi parecer, la fuente principal de sufrimientos radica en la misma constitución personal, a partir de los códigos genéticos y leyes hereditarias. Hay personas que nacieron con un deseo insaciable de estima y una carencia notable de cualidades, originándose una personalidad altamente conflictiva. Otros vinieron a este mundo con tendencias, periódicas o esporádicas, de depresiones maníacas y otras obsesiones que no pueden controlar. Otros nacieron retraídos y misántropos. Hay quienes siempre andan dominados por melancolías. Se encuentran tristes y no saben por qué. Nada les alegra y no saben por qué. Nacieron rencorosos y sufren. Son envidiosos y sufren. Vinieron tímidos y por todo sienten miedo. ¿Para qué seguir? Es un pozo sin fondo.

Muchos otros se sienten desdichados debido a sus enfermedades, que los limitan, les quitan la sensación de bienestar y la alegría de vivir. Cada cual sabe su propia historia clínica: ciertas deficiencias orgánicas que les acompañan hasta el fin, dolencias transitorias, emergencias graves...

Para otros, es la mala suerte —como dicen— la que les juega una mala partida. Todo les sale mal. No se sabe por qué misteriosos resortes, algunos viven permanentemente entre incomprendiones, persecuciones, envidias...

* * *

Frente a esta realidad general, cada persona reacciona de diferente manera según sus criterios orientadores o categorías mentales. Hay quienes, simple y pasivamente, se limitan a quejarse: Una sola vez se vive y ¡tan mala suerte!

Hay, sin embargo, una manera casi común de reaccionar, que no se sabría cómo denominar, y que aflora casi unánimemente, aunque con diferentes modalidades. Es una misteriosa *constante* del corazón humano.

¿Qué es? ¿Cómo llamarla? El hecho es que encontramos en el corazón del hombre —sobre todo del que sufre— como una vocación innata a la expiación. ¿Alienación? ¿Masoquismo? La gente superficial siempre está pronta a lanzar alegremente calificativos sin preocuparse de analizar cuidadosamente los fenómenos.

¿Qué es? Yo diría que se trata de una necesidad de trascendencia, de apertura. En las raíces ancestrales del hombre hay una vocación (¿necesidad?) de *solidaridad* profunda y trascendente con la humanidad, sobre todo con la humanidad doliente y pecadora. ¿Será que el hombre encuentra, por este camino, la manera de encauzar y liberarse (¿alienarse?) del peso terrible del sufrimiento, o será que había ya un ansia de redención y solidaridad aun antes que el hombre experimentara el sufrimiento? ¿No habrá en cada tronco humano, como una veta escondida, un pequeño «re-dentor»?

Soloviev, Dostoyevski, en parte Tolstoi, y Berdiaev reflexionaron profundamente sobre el mesianismo del pueblo ruso. Dijeron de muchas maneras que la humanidad se salvaría por los sufrimientos del pueblo ruso, sufrimientos aceptados con silencio y paz. ¿Consolación alienante o solidaridad mesiánica?

Recuerdo haber conocido en mi vida tres personas que se adhirieron fervientemente a la doctrina de la *reencarnación*. Sufrían con paz todos los infortunios de su vida, que eran muchos, pensando que estaban expiando los pecados de su vida pretérita. Y eso les daba gran alivio y era lo único que las consolaba en medio de sus aflicciones.

He conocido innumerables personas, acosadas por enfermedades y desgracias, que sentían paz y serenidad solamente pensando que estaban colaborando con Jesús en la redención del mundo. Les daba infinito alivio el ofrecer sus dolores por la solidaridad salvadora. En cuántos enfermos incurables, postrados en los hospitales, al mirar ellos al Crucificado y pensar que compartían sus dolores por la salvación del mundo, he visto en sus ojos una paz profunda y una extraña alegría. ¿Manera de liberarse del sufrimiento, o de corresponder a su vocación de solidaridad?

Lo trágico no es sufrir, sino sufrir inútilmente. Cuando hay un *porqué*, el sufrimiento no sólo pierde su virulencia sino que el sufrir por lo inevitable de la vida puede transformarse en una hermosa causa y en una «tarea» trascendente.

* * *

El hombre jamás está aislado ni ante Dios ni ante la humanidad. Tanto el pecado como la salvación tienen, en la Biblia, una dimensión social. El hombre tiene un destino común: la acción mala perjudica a todo el pueblo así como la acción buena beneficia también a todos.

El profeta Isaías fue, en la Biblia, el primero en penetrar en uno de los rincones más misteriosos del corazón humano, y señalar la función sustitutoria o solidaria del Justo a través de sus sufrimientos.

«El llevó nuestras enfermedades y se cargó con nuestros dolores... Fue traspasado por nuestros pecados y molido por nuestras maldades... Por sus heridas fuimos curados» (Is 52,13-53).

En la época de los Macabeos cristalizó la idea de la importancia del sufrimiento y muerte del Justo para la expiación sustitutoria. El sufrimiento inmerecido y el martirio del Justo representan no sólo la insatisfacción por los propios pecados sino sobre todo por los de los demás.

En lugar de

El gran pensador francés G. Bernanos trata esas preguntas, desde la perspectiva del *miedo*, en su famosa obra *Diálogos de carmelitas*.

Al comienzo de su obra habla de los últimos días de la priora, una mujer de Dios, admirable en todo sentido, que ha ejercido el cargo durante muchos años. Le llega la hora de morir, y el miedo se le enrosca en su ser entero como una serpiente; hace esfuerzos por disimular ese miedo delante de las hermanas, pero no lo consigue. Se ve dominada por una situación muy parecida a la crisis de Jesús en Getsemaní: pánico, miedo, tristeza, angustia. Lo único que acierta a decir en su último momento son unas palabras entrecortadas: «Pido perdón... Muerte... Temor de la muerte.» Y así, aterrada, muere.

Un mes más tarde, cuando dos hermanas jóvenes recogen flores en el jardín para la tumba de la priora, se desarrolla entre ellas este diálogo:

SOR CONSTANZA

¡Oh! De nada vale ser joven. Bien sé yo que las alegrías y desdichas, más parecen estar libradas al azar que lógicamente repartidas.

Pero lo que llamamos azar, ¿no será la lógica de Dios? Pensad, sor Blanca, en la muerte de nuestra querida ma-

dre. ¡Quién hubiera podido creer que le iba a costar tanto trabajo morir, que iba a morir tan mal!

Casi diría que en el momento de enviársela, el buen Dios se equivocó de muerte, como en el vestuario pueden darnos un abrigo por otro. Sí, debía haber sido la muerte otra, una muerte no a la medida de nuestra priora, una muerte demasiado pequeña para ella; ni siquiera podía ponerse las mangas...

SOR BLANCA

La muerte de otra persona. ¿Qué significado puede tener eso, sor Constanza?

SOR CONSTANZA

Quiero decir que esa persona, cuando le llegue la hora de la muerte se sorprenderá de penetrar tan fácilmente en ella, de sentirse tan a gusto... Quizá hasta pueda vanagloriarse diciendo: vean qué cómoda estoy, qué caída tiene este vestido... (*Silencio.*) ¿Quién sabe si cada uno muere para sí o, los unos por los otros, o aun *los unos en lugar de otros?* (*Silencio.*)

SOR BLANCA (*con voz temblorosa*)

Ya está terminado este ramo (1).

Y así, tan sencillamente, con la ocurrencia de una ingenua novicia, el autor abre un tremendo interrogante, pero al mismo tiempo nos pone en la pista e insinúa la solución a ciertos enigmas que siempre han atormentado al corazón humano. Se trata de acontecimientos absurdos, sin sentido ni lógica, que todos los días ocurren delante de nuestros ojos.

Vemos personas francamente buenas, y las vemos rodeadas de infortunios y fracasos. Y un poco más allá vemos personas opresoras, bajo una lluvia de triunfos, salud y honores.

(1) *Diálogos de carmelitas*, cuadro III, escena 1.

¿Quién entiende esto? ¿Qué ha pasado? Dios ha trastocado los papeles: lo que correspondía dar al uno lo ha dado al otro. Como dice Bernanos, los unos están sufriendo y muriendo en *lugar de los otros*. Pero, ¿no es esto una evidente injusticia? ¿Por qué hace Dios estas cosas?

* * *

Tímidamente vamos a aventurarnos a adelantar una explicación. Dios necesita poner equilibrio entre las ganancias y las pérdidas, entre la cantidad de bien y de mal. Vivimos en una sociedad singular en que *ganamos en común y perdemos en común*. Sí, la Iglesia es como una sociedad anónima de intereses comunes, en la que hay un flujo y reflujo de bienes y en la que todos participamos por igual en las ganancias y pérdidas.

Y como en esta «sociedad» hay tanta hemorragia o pérdida de vitalidad por parte de los bautizados inconsecuentes, tendrán que equilibrarse las pérdidas de los unos con las ganancias de los otros. Ahora bien, como los bautizados que hacen perder vitalidad no serían capaces de hacer *rendir vida* a las «cruces», por eso Dios se ve «forzado» a poner a los buenos en oportunidades dolientes para que les hagan *rendir mérito y vida*. Y de esta manera, Dios logra el equilibrio entre las ganancias y las pérdidas.

Para comprender mejor este misterio y para que la «explicación» del mismo resulte convincente, necesitamos asomarnos al fondo de otros dos misterios.

El Cuerpo de la Iglesia

No somos socios sino miembros de una sociedad especial, la cual es como un cuerpo que tiene muchos miembros, pero todos los miembros juntos forman una sola unidad. Cada miembro tiene su función específica, pero todos los miembros concurren complementariamente al funcionamiento general de todo el organismo (1 Cor 12,12).

Cuando se nos lastima el pie, ¿acaso lo dejamos san-

grando, diciendo: ¿qué tiene que ver mi cabeza con el pie? Cuando el oído está enfermo, ¿acaso dice el ojo: yo no soy el oído, qué tengo que ver contigo? ¡No!, sino que cada miembro ayuda a los demás porque todos juntos constituyen el organismo. ¿Qué sería del brazo si no estuviera adherido al cuerpo? ¿De qué valdrían los ojos sin el oído, o los oídos sin los pies? (1 Cor 12,14-22). Pero hay más: «Si un miembro tiene un sufrimiento, todos los demás miembros sufren con él; o si un miembro es honrado, gozan juntamente todos los miembros» (1 Cor 12,26).

Y aquí está precisamente el eje de la cuestión. Si a nosotros se nos lastima tan sólo el dedo pequeño, es posible que la fiebre se apodere de todo el organismo: todos los miembros sufren las consecuencias. ¿Por qué las rodillas tendrían que sufrir las consecuencias del dedo pequeño? Porque ganamos en común y perdemos en común. ¿Perdió el dedo?, perdieron todos los miembros. ¿Sanó el dedo?, sanaron todos los miembros.

Existe, pues, en el interior de ese organismo que llamamos Iglesia una intercomunicación de salud y enfermedad, de bienestar y malestar, de gracia y pecado, igual que en los vasos comunicantes.

* * *

Según este misterio, nosotros no podemos decir: ¿Por qué tengo que sufrir yo en lugar de un sacerdote desertor de Francia o en lugar de un banquero americano? ¿Qué tengo que ver con ellos? Sí, tengo mucho que ver. Todos los bautizados del mundo estamos misteriosamente intercomunicados. El misterio opera por debajo de nuestra conciencia.

Una vez injertados en este árbol de la Iglesia, la vida funciona a pesar de nosotros. Esto aparece claro con un ejemplo. En mi organismo, yo no sé cómo funcionan el hígado o los pulmones, pero sé que funcionan. Yo no sé cómo es la relación entre el hígado y el cerebro, pero sé que existe tal relación, porque cuando el hígado funciona mal, hay que ver cómo me duele la cabeza. La vida profunda y

misteriosa de mi entronque en el Cuerpo vivo de la Iglesia y de mi relación con todos los bautizados, yo no sé cómo funciona, pero sé que funciona.

Entonces, no es indiferente que yo sea un santo o un tibio. Si gano, gana toda la Iglesia; si pierdo, pierde toda la Iglesia. Si amo mucho, crece el amor en el torrente vital de la Iglesia. Si soy un «muerto», es la Iglesia entera la que tiene que arrastrar este muerto. Hay, pues, interdependencia.

Con esta explicación, queda esclarecido el misterio y la espiritualidad de las «almas víctimas».

3. Según la figura de Jesús

El combate nocturno de Jacob

Hay en la Biblia un suceso misterioso, cargado de fuerza primitiva y salvaje. Es el combate que Jacob sostuvo con Dios.

Jacob tomó a sus once hijos. Lograron atravesar todos juntos el río Yabbok. Jacob envió a los suyos por delante y él se quedó rezagado. Mientras tanto cayó la noche y lo cubrió con su oscuridad. Y así, envuelto en sombras invisibles, Alguien mantuvo con él un recio combate hasta rayar el alba.

En un momento de la pelea, el misterioso combatiente le tocó a Jacob el nervio ciático y le dislocó el fémur. El combatiente le dijo:

—¡Suéltame, por favor, porque ya ha rayado el alba!

Jacob respondió:

—No te soltaré hasta que me hayas bendecido.

El combatiente preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Jacob —respondió el otro.

—De hoy en adelante te llamarás Israel, porque has combatido valientemente contra Dios.

Y Dios bendijo a Jacob. Este, al salir el sol, se dijo a sí mismo:

—¿Qué es esto? He visto a Dios cara a cara y, sin embargo, estoy con vida. ¿Cómo se explica esto? (Gén 32,23-33).

Israel es, pues, el nombre propio de una persona: se le dio este sobrenombre a Jacob por haber mantenido un recio combate con Dios.

Este relato está lleno de un formidable simbolismo: El hombre que se abraza a Dios, se apodera de alguna manera de su fuerza divina y le arranca su protección. El hombre que se enzarza en batalla con Dios y acepta ser «atacado» por El, es arrebatado y transformado por Dios, participa en alto grado de su ser y potencia.

Ese nervio ciático donde Jacob fue herido es el egoísmo, eje de sustentación y viga maestra de todo pecado. En ese punto neurálgico ataca Dios, por aquí derriba toda la fortaleza. Vulnerado en este punto, el hombre comienza a transformarse en Dios y a participar de la madurez y grandeza de Jesús.

* * *

Y la razón profunda de lo dicho es la siguiente: Al experimentar a Dios como un Padre amantísimo, al «conocer» su hermosura y potencia, nace en el hombre un amor vibrante por El. Ahora bien, el amor es una fuerza unitiva y produce un deseo fuerte de llegar a ser *uno* con El.

Pero es imposible que dos seres tan dispares sean *uno* en todo, a no ser que uno de ellos pierda su resistencia propia: así, la savia se transforma en planta, una gota de licor se disuelve en el agua, el hierro se convierte en fuego.

En un combate, en un encuentro entre Dios y el hombre, el fuerte que es Dios se apodera y transforma al débil que es el hombre, a condición de que éste ceda en su resistencia. Por eso, nosotros insistimos en todo momento en la actitud de *abandono* como condición indispensable para toda transformación.

Cuanto menor sea la resistencia y mayor el abandono, el hombre y Dios pueden llegar, en la unión de las voluntades, a ser realmente *uno*. Y así, la imagen y semejanza pueden ser tan notables, la participación del misterio de Dios de parte del hombre *tan fuerte* que, entonces sí, éste puede pasar por el mundo como una transparencia viva de Dios. Es un testigo viviente.

Ser y vivir como Jesús

Lo hemos repetido del principio al fin, en este nuestro libro: La meta final de toda oración es la transformación del hombre en Jesucristo. Cualquier trato con Dios que no conduzca a esta meta es inconfundiblemente evasión alienante. A la meta nunca se llega, cierto. Pero la vida deberá ser un *proceso* de transfiguración: cambio de una figura por otra.

Somos una piedra tosca que el Padre ha extraído de la cantera de la vida. Sobre esta piedra el Espíritu Santo tiene que esculpir la figura deslumbradora de nuestro Señor Jesucristo. Toda la vida con Dios se dirige a esto; y esto la justifica: repetir otra vez en nosotros los sentimientos, actitudes, reacciones, reflejos mentales y vitales, la conducta general de Jesús.

Misericordioso y sensible

En muchos momentos, el Evangelio advierte expresamente que «se compadeció» (Mt 9,36; 14,4; Mc 1,41; Lc 7,13). Se transformaba su rostro, se identificaba con la desgracia, su estremecimiento interior se reflejaba en las palabras y en los ojos.

Como Jesús, que no podía contemplar una aflicción sin conmoverse: es que nunca vivía «consigo», siempre salía «con» y «para» los demás. Este vivir «para» el otro, sufrir «con» el que sufre fue algo tan notorio, impresionó tan vivamente que los testigos no lo pueden olvidar y lo hacen constar frecuentemente: «Jesús se compadeció del leproso, tendió hacia él la mano, y le tocó diciendo: Quiero, sé sano» (Mc 1,41); «Jesús se compadeció de las turbas y los enfermos» (Mt 14,14); «Jesús recorría ciudades y aldeas... sanando toda dolencia y toda enfermedad» (Mt 9,35); no puede tomar alimento hasta curar al hidrópico (Lc 14,2-4); en la sinagoga interrumpe su predicación para sanar al hombre de la mano seca (Mc 3,16) y a la mujer encorvada (Lc 12,11-12).

Como Jesús, que convida a la gran masa de oprimidos

y agobiados, pues para ellos tiene un mensaje que les dará Paz (Mt 11,28ss). El ha venido para sanar a los heridos de corazón, anunciar la libertad a los esclavos, a los ciegos la vista y a los oprimidos la liberación (Lc 4,18ss).

Como Jesús, que se entregó a los abandonados y olvidados con todo lo que era: su pensamiento, su oración, su trabajo, su palabra, su mano (Mt 8,3), su saliva (Jn 9,6), la franja de su vestido (Mt 9,20). Pone las obras de misericordia como el programa de examen final para el ingreso en el Reino (Mt 25,34ss).

Como Jesús, que, con infinita sensibilidad, se identifica con los necesitados: fue el mismo Cristo quien tuvo hambre, sed, fue huésped, estuvo desnudo, enfermo, preso.

Manso y paciente

Como Jesús, que es una persona que respira una infinita paz, sosiego, dulzura y dominio aun cuando lo «apretaban», «asaltaban», «asediaban» (Mc 3,10; Lc 5,1). Ofrece toda bendición y todo premio a los mansos, pacíficos, a los que sufren con paciencia la persecución (Mt 5,5ss).

Como Jesús, ante los acusadores y jueces, con humildad, silencio, paciencia y dignidad. No se defiende, no se justifica. Ante las burdas calumnias no respondió nada ante Caifás (Mc 14,56), ante Pilato (Mt 27,13), ante Herodes (Lc 23,8), produciendo admiración en el uno y desprecio en el otro.

Como Jesús, que ante la negación de Pedro «se volvió y le miró» (Lc 26,69): una mirada de acusación pero con amor y perdón.

Como Jesús, cuya paciencia en la noche de la Pasión es sometida a duras pruebas cuando lo azotaban, le colocaban un vestido de loco, una corona de espinas en su cabeza, un cetro de caña en sus manos; lo golpeaban en la cabeza, jugaban con El a la «gallina ciega». Por toda respuesta, El sufre y calla. No se debe olvidar que Jesús tenía un temperamento muy sensible.

Como Jesús, a quien acosan en la cruz hasta el último momento con el sarcasmo. Por toda respuesta, El pide

perdón para ellos (Lc 23,24). Esta mansedumbre y paciencia de Jesús debió impresionar tan fuertemente a los testigos, que Pablo conjura a los corintios «por la mansedumbre y bondad de Cristo» (2 Cor 10,1); y a Pedro, después de tantos años, se le revuelven las entrañas de emoción cuando recuerda que «siendo injuriado no devolvía injurias, siendo maltratado no lanzaba amenazas» (1 Pe 2,23).

Predilección por los pobres

Con el corazón y las manos abiertas a las masas desamparadas (Mt 9,36; Mc 6,34). Como Jesús, que no sólo siente pena por las turbas hambrientas, sino que se preocupa de darles de comer (Mt 15,32; Mc 8,2).

Como Jesús, para el cual los favoritos son siempre los pobres (Lc 6,21). Para ellos es el Reino (Lc 6,20). El signo de que el Mesías ha llegado es que los pobres son atendidos. Para ellos ha venido expresa y casi exclusivamente (Mt 11,5; Lc 4,18).

Como Jesús, que mira con una viva simpatía a la pobre viuda que deposita unas moneditas (Lc 21,3). Esa misma simpatía aparece manifiesta cuando al pobre Lázaro lo coloca en el seno de Abraham mientras hunde al rico Eulón en el abismo del infierno.

Como Jesús, que no solamente se dedica con preferencia a los pobres sino que comparte la condición social de ellos hasta las últimas consecuencias.

Comprensivo y atento

El primero en entrar en el paraíso es un bandido. El Padre le encomendó preferentemente la atención a los débiles y desorientados (Mc 2,17).

Como Jesús, que exteriorizaba tan indisimuladamente su bondad con los pecadores que lo calificaron de «amigo de los publicanos y pecadores» (Mt 11,19).

Como Jesús, cuyo trato cariñoso y preferente con los publicanos como Leví, Zaqueo y aquellos otros que se senta-

ban a su mesa tanto indignaba a los fariseos (Mt 9,9; Lc 19,1ss; Lc 15,1ss).

Como Jesús, cuyo principio era: No son los sanos los que necesitan médicos. Y su grito: ¡Misericordia quiero y no sacrificios! (Mt 9,13). Un solo pecador que vuelve al Padre alborota el cielo de alegría, más que todos los justos juntos (Lc 15,7).

Como Jesús, que no se asusta por las atenciones de una meretriz sino que la defiende públicamente (Lc 7,36ss). A aquella adúltera, condenada a morir bajo las piedras, con qué cariño le dice: ¡Vete en paz! (Jn 8,1ss).

Como Jesús, que derramó su exquisita sensibilidad humana y se retrata a sí mismo en unas bellísimas parábolas (Lc 15,11ss).

Como Jesús, que no *rechazó a nadie* a pesar de su simulada predilección y simpatía por los pobres y marginados.

Como Jesús, que manifestó una delicada atención con Nicodemo, mantenía amistad con José de Arimatea, honró con su presencia a varios fariseos y publicanos ricos, socorrió a Jairo y a la sirofenicia. Hasta se relacionó con el centurión de Cafarnaúm, uno de los «dominadores» romanos (Mt 15,21; Mc 7,24).

Como Jesús, tener preferencias pero no exclusividades.

Sincero y veraz

Como Jesús, hablar con una transparencia directa: «Sí, sí; no, no» (Mt 5,37), sin tener «personajes» en nuestra persona, es decir sin hablar a unos de una manera y a otros de otra.

Como Jesús, que fue valiente cuando buscaban sorprenderlo en algún equívoco: «Hipócritas, ¿por qué me tentáis?» (Mt 16,21); dad al César lo que le corresponde, y a Dios lo suyo.

Como Jesús, que estuvo magnífico cuando unos amigos se le acercaron para advertirle que su vida corría peligro porque Herodes lo buscaba para matarlo: «Id y decid a ese zorro» que actuaré donde y cuando vo crea que debo hacerlo (Lc 13,32).

Como Jesús, que no tuvo pelos en la lengua para des-
enmascarar a los ricos de este mundo (Mt 19,24; Mc 10,25; Lc 18,25). Entre los confabulados contra él, en la Pasión, ¿no estarían los ricos?

Como Jesús, defender la verdad aun a costa de la vida: «Vosotros tratáis de matarme; sin embargo, yo no he hecho más que anunciaros la verdad» (Jn 8,40ss); aun a costa de perder discípulos (Jn 6,66); aun a costa de provocar el escándalo y la persecución (Mt 7,3; Lc 7,39). No hay cosa que tanto le repugne como la hipocresía, la mentira y la tergiversación. Una de las expresiones más hermosas del Evangelio: «La verdad os hará libres» (Jn 8,32).

Como Jesús, que a la vista ya de la eternidad, resume el objetivo de su vida: «Para esto he nacido yo y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad» (Jn 18,37).

Después de muchos años, al evocar Pedro la vida de Jesús, testifica emocionado: «En su boca no fue hallada mentira» (1 Pe 2,22).

Amar siempre

Los suyos tenían vivísima impresión: el Maestro, por encima de todo había *amado*. Por eso, entendieron perfectamente cuando les dijo que se amaran como El les había amado (Jn 13,34). Amó con ternura y simplicidad a los humildes niños (Mt 19,14), a uno de ellos lo tomó en sus brazos (Mt 9,36ss).

Como Jesús, que fue afectuoso con Marta, María y Lázaro (Jn 11,1ss); antes de morir, a los suyos los trató de «amigos» (Jn 15,15), pero después de resucitar, los llama «hermanos» (Jn 20,17). Al mismo traidor lo recibe con un beso y una palabra de amistad (Mt 26,50).

Como Jesús, que, a un paralítico desconocido le llama afectuosamente «hijo» (Mc 2,5), e «hija» a la mujer hemorrófica (Mt 9,22). Amó a su pueblo tan profundamente que, viéndolo perdido, no le quedó otra solución que lamentarse y llorar (Lc 13,34).

Como Jesús, que inventó mil formas y maneras para ex-

JESUS EN ORACION

presar su amor, porque el amor es ingenioso (Mc 10,45; Mt 20,28). En aquella brutal ironía hay un enorme fondo de verdad: «A otros ha salvado; a sí mismo no puede (quiere) salvarse» (Mc 15,31). Trajo de parte del Padre un solo encargo: «Como me amó mi Padre, os he amado yo a vosotros. ¡Permaneced en mi amor!» (Jn 15,9).

Debió emocionar tan profundamente este amor de Jesús, que los testigos nos transmitieron ese recuerdo, grabado en frases lapidarias: «Dios ha amado tanto al mundo, que le dio a su Hijo Unigénito» (Jn 3,16); «Me amó y se entregó a la muerte por mí» (Gál 2,20); ha habido en los últimos tiempos una explosión «de la benignidad y amor de nuestro Salvador a los hombres» (Tit 3,4).

Humilde y suave

Perdonar como Jesús perdonó a Judas, a Pedro, al ladrón, a los sanedritas, al agresor de la casa de Anás. *Humilde* como Jesús, que rehuía la publicidad al sanar a los enfermos, al multiplicar los panes, al descender del monte de la transfiguración. Como Jesús cuando era calumniado delante de Caifás y Pilato: «¿No te defiendes de lo que éstos te acusan?», Jesús no respondió una sola palabra (Mt 27,14). Como Jesús, que se dejó «manipular» por el tentador, sin quejarse (Mt 4,1-11).

Ser *suave* como Jesús, que no disputó ni vociferó; nadie escuchó sus gritos en las plazas (Mt 12,15).

Sin preocuparse de sí mismo y preocupándose de los demás

Como Jesús ante las turbas hambrientas (Jn 6,1-16), con los apóstoles en el huerto, con Pedro (Lc 22,51), con las piadosas mujeres, con el ladrón (Lc 23,39), con su madre al pie de la cruz (Jn 19,25). Nunca se preocupó de sí mismo, sin tiempo para comer, sin tiempo para dormir, sin tiempo para descansar (Mc 1,35; 2,7).

Tener los mismos sentimientos que Jesús (Flp 2,5)

Ser cristiano consiste en sentir como Jesús y vivir como Jesús. Ese «sentir» (Flp 2,5), sin embargo, se presta a equívocos. Habría otra expresión más adecuada: *disposición*. La disposición está tejida de emoción, convicción y decisión. Así, pues —con otras palabras—, la experiencia cristiana consistiría en reproducir en la propia vida las emociones, actitudes interiores y el comportamiento general de Jesús, el Señor.

Para la hora de tratar de vivir esta disposición, es relativamente fácil saber cuáles fueron las preferencias de Jesús, su estilo de vida y espiritualidad, el objetivo central de su vida.

Pero hay otra cosa, tan difícil de descubrir como importante para vivir, y es esto: ¿cómo captar las armónicas interiores del Señor? En mi opinión es esto lo fundamental. Porque la conducta del hombre, ¿es el hombre total? No, por cierto, porque la conducta, al fin, no es otra cosa sino un eco lejano de los impulsos, alimentados por antiguos ideales y vivencias remotas.

Necesitamos llegar a las raíces, ya que lo esencial siempre está abajo. Para descubrir, pues, la temperatura interior de Jesús, necesitamos descender a los manantiales primitivos y originales de la persona donde nacen los impulsos, las decisiones y la vida. En una palabra, necesitamos descubrir y participar de la vida profunda del Señor.

Sin embargo, no disponemos (para este «descubrimien-

to») de instrumentos exactos de «investigación» ni de comprobación, quiero decir: no es posible una objetivación de tales armónicas profundas de Jesús. Es una tarea específica y exclusiva del Espíritu Santo que «enseña toda la Verdad» (Jn 16,13).

¿Qué hacer? El «alma» de Jesús aparece —se transparenta— en sus palabras y hechos. El cristiano deberá, pues, comenzar por apoyarse en *toda la Palabra* con una actitud contemplativa para dar con las raíces del Señor. ¿Cómo hacerlo?

Ejercicios para mirar «adentro» de Jesús

El cristiano debe colocarse en actitud de fe, pedir la asistencia del Espíritu Santo y dejarse llevar dócilmente por su inspiración.

Haga luego como quien detiene el aliento interior quedando en estado de suspensión admirativa: como la suspensión de quien se abisma en las profundidades del mar o de quien, con un potente telescopio, se abre al infinito mundo sideral.

Luego, con las facultades recogidas, en fe y en paz, debe el alma asomarse, con mirada contemplativa e infinita reverencia, a la intimidad de Jesús, y «quedarse ahí», y sorprender y *presenciar* algo de lo que «sucede» en esos abismos. Y, una vez sumergido en esa atmósfera, quieto e inmóvil, dejarse impregnar de aquellas vivencias y armónicas existenciales, participando de esta manera de la experiencia profunda de Jesús.

Este es el «conocimiento que supera todo conocimiento» (Ef 3,18), la eminente «sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor» (Flp 3,18), principio de toda sabiduría, reactor que genera todas las energías y grandezas apostólicas.

Para avanzar por las quebradas oscuras de la fe, en su ascensión fatigante y divinizadora, el cristiano sólo dispone de un sendero: el sendero es Jesús mismo. Para no des-

orientarse en esta travesía, necesita pisar firmemente esta tierra.

* * *

He aquí el método sobre el que nunca se insistirá bastante: colocarse *dentro* de Jesús contemplativamente, para cualquier meditación fructífera.

Una vez instalado «ahí», trate de «saber» en el Espíritu *qué sentía* el Señor cuando decía: Santificado sea tu nombre (Mt 6,9).

Mire dentro de Jesús y trate de «saber» (y participar) qué olas de ternura le subían desde lo más recóndito de su ser cuando repetía tantas veces: *Abbá* (¡oh querido Papá!).

Mire atenta y contemplativamente, y trate de «saber» qué «sucedió» en los abismos lejanos y extraños del Señor, cuando dijo: Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mt 27,46). ¿Qué sucedió en esos momentos en las regiones desoladas de Jesús? ¿Se apagó la luz? ¿Cayeron sobre su alma atmósferas de alta presión o espacios vacíos? ¿Qué fue?

Mire el cristiano dentro de Jesús, y trate de «saber» en el Espíritu qué entrañas se rasgaron en su interior, exhalando perfumes de ternura, cuando dijo: Me dan pena estas gentes (Mt 9,36). ¿Qué hubiera querido Jesús en ese momento: sufrir lo que ellos sufrían?, ¿cargar con todas las cruces del mundo?

¿Qué fue aquella bandada de aves blancas que, de improviso, levantó vuelo y cruzó el cielo de Jesús cuando, lleno de alegría y sorpresa, dijo: Gracias, Padre, por haberme escuchado? (Jn 11,41).

¿Qué sucedió dentro de Jesús cuando «se compadeció» de las turbas? (Mc 1,41; Lc 7,13; Mt 14,14). ¿Qué vidrios se quebraron en sus estancias interiores? ¿Qué anhelos repentinos llovieron sobre el suelo de Jesús? ¿Qué sentía?

¿Cómo se sentía cuando les decía: Venid a mí, los destrozados, los arrojados a la orilla del río por la resaca de las corrientes, los últimos y olvidados; venid y veréis cómo la consolación extiende su sombra sobre sus desiertos? (Mt 11,28). ¿Cómo se sentía Jesús en ese momento?

* * *

Este ejercicio de colocarse *en el lugar de Jesús* tiene un reverso (si bien es la misma medalla) y se enuncia de esta manera: ¿Qué haría Jesús si estuviese en mi caso?

¿Qué sentiría el Señor si se instalara en el corazón de esta negra barriada donde yo estoy? ¿Indignación? ¿Compasión? ¿Ganas de denunciar? ¿Ganas de consolar?

¿Cuál sería la reacción de Jesús si le hicieran lo que me hicieron a mí hace un mes: aquel atropello injusto y arbitrario?

Si Jesús respirara dentro de mi piel, ¿qué sentiría y qué haría en este momento en que acaban de informarme que a este padre de familia —con siete hijos— lo han expulsado del trabajo y lo han dejado en la calle?

¿Cuál sería la actitud de Jesús si estuviera en mi lugar, ahora que se me ha declarado esta rebelde enfermedad, y todos hablan misteriosamente y todo hace presumir que mi vida está en jaque? ¿Quién me diera poder sentir la paz y el abandono de Jesús al decir: en tus manos entrego mi vida?

* * *

Si la Iglesia es la prolongación viviente de Cristo Jesús, lo que ante todo debe perpetuar, a través de los siglos, es su temperatura interior. Para eso (y para poder ser *ella misma*) la Iglesia necesita perentoriamente contemplativos que sean verdaderos adoradores en espíritu y verdad, que sepan «descubrir» las insondables riquezas de Cristo Jesús (Ef 3,15).

El crecimiento de la Iglesia es, sobre todo, un avanzar incesante hacia el interior de la Palabra. «Crecer» significa, primeramente, profundizar y esclarecer el misterio interior de Jesucristo. Consiste, diría, en captar y capturar el secreto de la intimidad de Cristo, el Señor.

La Iglesia no crece por yuxtaposición. Quiero decir, la Iglesia no es «más grande» porque tengamos setecientos centros de evangelización o hayamos impartido cinco mil bautizos o hayamos celebrado dos mil sesiones de catequesis. La Iglesia crece, fundamentalmente, por dentro y desde dentro: por asimilación interior, como toda vida. La Iglesia es Jesucristo. Y Jesucristo «crece» en la medida en que nosotros reproducimos su vida profunda, su estilo y sus preferencias.

Hablar desde dentro de Jesús

Los que *presenciaron*, deberán salir del valle de la contemplación para comunicar algo de lo que «vieron y oyeron». He ahí la tarea esencial de los verdaderos adoradores: hablar (o escribir) como quien habla desde dentro de Jesús, después de haber participado, en espíritu y fe, de la experiencia profunda del Señor: tarea extraordinariamente ardua pero necesaria.

Entre las experiencias humanas, la oración es la experiencia más profunda y lejana de sí mismo. Y ahora que queremos hablar algo de la oración de Jesús, tengo la conciencia de que no podremos balbucir ni siquiera la palabra más deshilvanada sin una asistencia especial del Espíritu Santo que, aquí, ardientemente solicito.

* * *

El camino está erizado de dificultades. Primeramente nos sale al paso el eterno enigma del hombre, ¡«ese desconocido»!, que tantas veces estamos recordando: yo «soy» yo, un misterio inédito e irrepetible. Todos los demás son los «otros»; cada uno, una experiencia única. Ni ellos «entrarán» en mí ni yo en ellos. Nadie *se experimentará* jamás como yo. Yo nunca *me experimentaré* como los demás.

Ahora bien: ¿no parece una locura el pretender «entrar» en la experiencia de Jesús? Aun sin tocar su persona, todavía en la periferia, las ciencias escriturísticas están pobladas de preguntas. ¿Cuáles son las palabras que realmente pronunció Jesús? Aunque algunas palabras no sean textuales de El, ¿qué palabras expresan el pensamiento real de Jesús? ¿En qué parábolas, alegorías o alocuciones está encerrado «algo» de la insondable riqueza interior de Jesús?

Los evangelios son unos intentos, mal logrados, de «transparentar» y «transmitirnos» a Jesucristo. El intento mismo ya es, de por sí, desproporcionado. Los evangelios han quedado «cortos»: Jesucristo es inmensamente más grande y deslumbrante de lo que aparece en los evangelios; los rasgos

evangélicos son vestigios, migajas nada más, pequeños fulgores de un Ser cuya magnitud nos sobrepasa sin remedio.

Pablo es, entre los «testigos», un *contemplativo* que ha quedado deslumbrado por la «insondable riqueza de Cristo», e invita a los creyentes a asomarse al misterio de Cristo para poder «comprender»

«cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo que excede a todo conocimiento, para que os vayáis llenando hasta la Plenitud total de Dios» (Ef 3,18).

¿No será atrevimiento querer «conocer» la vida interior de Jesús con el Padre? Sin embargo, es el mismo Espíritu el que pone esta audaz aspiración en el corazón del cristiano, desde que éste emerge de las aguas bautismales. Así que, arrastrados por la fe y amor, vamos a aventurarnos a explorar el mundo interior de Jesús, y hablar desde ahí.

Perspectiva

Jesucristo es al mismo tiempo Hijo de Dios e Hijo del Hombre, sin confusión ni división: dos naturalezas formando un *yo único*. ¿Quién podría descifrar tan formidable misterio?

Si toda persona humana es un circuito cerrado, una realidad única, inédita e inefable, ¡qué diremos de ese pozo infinito que es la *persona* de Jesucristo! ¿Dónde comienzan y dónde terminan las fronteras de lo divino y de lo humano en Cristo? Lo divino y lo humano, sustantivados en ese *yo único*, ¿en qué relación recíproca se hallan? ¿Se anulan? ¿Se interfieren? ¿Se enriquecen? ¡Qué inaccesible e inefable es para nosotros ese *yo único* de Jesucristo!

¿Qué contemplativo habrá en el mundo que nos diga algo siquiera de lo que pasa en el interior de esa figura solitaria, recortada en la oscuridad de la noche bajo las estrellas, en los cerros que circundan Cafarnaúm o Jerusalén?

Tantas noches, tantas horas solitarias... ¿Cómo era su

oración? ¿Una mirada estática y muda? ¿Una intimidad sin palabras, como la de una persona que está a los pies de otra? ¿Una paz imperturbable? ¿Palabras ardientes «con clamores y lágrimas»? (Heb 5,7). ¿Exaltación con don de lágrimas? ¿Una fe pura y árida? ¿Un estar simplemente?

¿Qué era aquello? «¡Qué insondables son sus pensamientos!» (Rom 11,33). La psicología profunda de Jesús se nos escapa irremediamente, por el misterio de las dos naturalezas en una persona.

Pero nosotros, en la reflexión de las siguientes páginas, vamos a dejar de lado, *por metodología*, el hecho de que Jesús sea Hijo de Dios, y centraremos nuestro enfoque contemplativo exclusivamente en el *Hijo del Hombre*. En esta perspectiva nos colocamos.

Buscamos a aquel Hermano nuestro. El es nuestro *guía*. Guía es aquel hombre que solitariamente recorre un camino inexplorado en las cordilleras o en las selvas ignotas. Luego toma a otras personas y las conduce por ese mismo camino que él recorrió anteriormente. Buscamos a aquel Hermano que ya recorrió la ruta que conduce al Padre.

I. Trato personal con el Absoluto

En el itinerario del alma de Jesús, en su experiencia religiosa de Hijo del Hombre, tímidamente me aventuraría a distinguir dos (¿cómo llamar?) etapas cronológicas.

Primeramente, Jesús parece haber vivido con radicalidad y fuerza inigualable lo que llamamos *lo absoluto* de Dios según la tradición monoteísta dentro de la cual nació y creció. Y en segundo lugar, parece haber «descubierto» y vivido la experiencia del *Abbá*, la gran novedad del Evangelio.

Naturalmente hay permanente inter-relación entre ambas vivencias. Si nos atenemos a las parábolas, alegorías o sermones en los que se derrama la vida interior de Jesús en los días de la evangelización, ambas vivencias aparecen mezcladas, confundidas y hasta identificadas. Sin embargo, nosotros, por razón de método y buscando claridad, vamos a estudiar separadamente los dos planos.

Consideraciones previas

Para entender bien lo que vamos a explicar, tenemos que tener en consideración los siguientes prenotandos.

Crecimiento evolutivo de Jesús en las experiencias humanas y también divinas (Lc 2,52)

Muchacho todavía de 15 ó 20 años, Jesús fue avanzando a velocidad acelerada en los abismos de Dios. Para cual-

quier cristiano esto constituye un algo que pasma y deja mudo.

Este joven, hecho de misterio y sueños, en adoración sobre los cerros pelados en las noches estrelladas, navegando por las inmensidades hasta tocar el vértice del mundo, explorando regiones inéditas hasta descubrir el otro lado del misterio; Jesús, muchacho de unos veinte años, cada vez más adentro, cada vez más allá en la presencia total... La mente humana se pierde. ¿Qué podemos decir nosotros, pequeños miopes?

Temperamento sensible de Jesús

Efectivamente, Jesús estaba tejido de fibras muy sensibles. El Evangelio constata en varias oportunidades que se le derrieron de compasión las entrañas al ver tanta gente con hambre y sin pastor (Mc 1,41; Lc 7,13).

Un día, fatigado de tanto andar por caminos de polvo bajo el sol, quiso descansar. Tomó la barca y se enfiló hacia un despoblado. Pero la gente adivinó adónde se dirigía y se fueron por tierra a toda prisa, llegando antes que él. Al bajar Jesús de la barca y ver aquella masa de gente, sintió una profunda compasión y, en lugar de descansar, estuvo con ellos todo el día (Mc 6,32-35).

En otra ocasión, al llegar a las puertas de una ciudad, Jesús se cruzó con un cortejo fúnebre. Se interesó por el caso y le informaron que el amortajado era un muchacho, hijo único de una madre que era viuda. Al escuchar el informe, el Señor se estremeció de pena casi hasta las lágrimas (Lc 7,11-14).

Aquel día, al saber Jesús de la muerte de Lázaro, su gran amigo, lloró abiertamente. Los judíos, que lo observaban de lejos, admirados de su sensibilidad, decían: ¡Cómo siente las cosas este hombre! ¡Qué buen amigo era! (Jn 11,34-38).

Después de la solemne entrada en Jerusalén, entristecido Jesús por la obstinada resistencia de la capital teocrática, no pudo evitar lágrimas de impotencia (Lc 19,41). Sintió pena por la ingratitud de aquellos nueve leprosos (Lc

17,12), desilusión por el letargo de los apóstoles que se dejaron llevar en brazos del sueño.

Fue atento con los amigos, caballeroso con las mujeres, cariñoso con los niños. Siempre manifestó predilección por los desvalidos. En una palabra, era muy sensible.

Su alma era profundamente piadosa

La constitución humana está hecha de cualidades y de deficiencias, posibilidades y limitaciones, todo ello sustancialmente inserto en el fondo vital de la persona.

Hay personas que valen para estudios y no valen para deportes, y viceversa. Hay quienes valen para las artes y no valen para las ciencias exactas. Hay quienes son una nulidad para la pintura y una maravilla para la música. El hombre, pues, nace con unas predisposiciones determinadas que llaman carismas.

Entre estas predisposiciones existe la de la *sensibilidad* para las cosas de Dios. Hay personas que nacieron con una tendencia tan fuerte para con Dios que no pueden vivir sin Él. Yo no sé si esto es gracia o si es naturaleza. En todo caso es un don de Dios. A esta sensibilidad o inclinación yo llamo *piEDAD*.

En este sentido a Jesús lo encontramos muy piadoso, rasgo de personalidad heredado seguramente de su madre, dentro de las leyes genéticas.

El contexto religioso en que Jesús nació y creció

Israel había luchado durante siglos contra todas las idolatrías, provenientes de los grandes imperios y de las pequeñas tribus circundantes. Siempre en contacto con otros pueblos y contagiado por sus divinidades, sintió la atracción de los cultos importados que estaban *de moda*. Sucumbió muchas veces a la tentación. Volvía a Dios bajo la vigilancia de los celosos guardianes, los profetas, que pagaban su celo con la vida. Así, con sangre, muerte y lágrimas, Israel

llegó a forjar un monoteísmo radical y santamente fanático. En esa atmósfera nació y creció Jesús.

Esa historia monoteísta había esculpido un «credo» lapidario, llamado *shema*, que todo israelita debía recibir varias veces al día. El *shema* no sólo era la viga maestra de toda oración judía sino también el alma de aquella «cultura», el himno nacional, la bandera de la patria, la última razón de ser de Israel. Dice así:

«¡Escucha, Israel!
Yavé, nuestro Dios, es Uno.
Amarás, pues, a Yavé tu Dios
con todo tu corazón,
con toda tu alma
y con toda tu fuerza.

Y estas palabras que hoy ordeno
estarán grabadas sobre tu corazón.
Las inculcarás a tus hijos
y hablarás siempre de ellas
ya permanezcas en tu casa,
ya andes de viaje,
al acostarte y al levantarte.

Las atarás como una señal sobre tu mano
y serán como frontales entre tus ojos.
También las escribirás sobre las jambas
y puertas de tu casa» (Dt 6,4-9).

Jesús, desde que fue capaz de balbucir las primeras palabras en arameo, aprendió de memoria estas palabras. Nos dice Flavio Josefo que para toda madre en Israel constituía motivo de orgullo el hecho de que las primeras palabras que aprendiera de memoria su pequeño fuesen precisamente las palabras del *shema*.

Si esto hacía cualquiera mamá en Israel, qué haría aquella madre que se llamó María de Nazaret: ella es una mujer normalmente silenciosa y reservada, pero toquen la tecla de Dios y verán cómo surge ella como un arpa vibrante. En aquellas palabras del *shema* que la madre pronunciaba y el pequeño repetía (¡escena inefable!) debió latir una singular carga de profundidad. Con este fuerte alimento se nutrió Jesús desde los primeros años.

Después, millares y millares de veces repitió Jesús estas mismas palabras: cuando todavía estaba sobre las rodillas de su madre, siendo un niño de ocho años cuando iba a la fuente para traer una vasija de agua o recogía leña en los cerritos próximos, siendo un adolescente de quince años cuando salía a las noches estrelladas o modelaba en el taller un yugo o una carreta para bueyes, en la sinagoga...

Este es un dato de capital importancia para vislumbrar la vida interior de Jesús y para afirmar, en forma de conjetura, que la primera vivencia religiosa de Jesús fue la experiencia de *lo absoluto* de Dios.

Efectivamente, en cuanto comenzó a darse cuenta de sí mismo y de cuanto lo rodeaba, este niño se vio acogido y envuelto por una atmósfera espiritual impregnada y dominada por el Absoluto, el Único, el Eterno, el Sin-Nombre, el Incomprensible, el Formidable. Sus primeras impresiones conscientes fueron golpeadas por esta realidad. Eso era lo que se respiraba en Israel, y con una intensidad particular en los días de Jesús por estar el país dominado por los romanos; y ha sido una constante de Israel: siempre creció el sentimiento religioso al ocurrir una dominación extranjera.

* * *

Jesús, todavía un infante, muy pronto fue llevado a la sinagoga en brazos de su madre. Esto pudo haber ocurrido en Egipto, donde existía una floreciente colonia judía. «Las primeras sinagogas de que tenemos mención se hallan en Egipto» (1).

«En la sinagoga aparece un culto nuevo, despojado, un culto en espíritu, accesible al número pequeño en que la oración ocupa el lugar del sacrificio. Liturgia más democrática, más independiente del sacerdocio, en que los laicos desempeñan un papel importante. La sinagoga sumerge la vida judía en plena oración. Su influencia es sensible en las fórmulas utilizadas por la devoción privada» (2).

(1) A. HAMMAN, *La oración*, Herder, Barcelona 1967, 71, nota 7.

(2) *Ib.*, 75.

Ya en los días de Jesús existía la oración por excelencia llamada *tephillah*, o la oración de las 18 *bendiciones*. En la sinagoga se recitaba el *tephillah* en forma solemne y coreada, pero todo judío desde que tenía uso de razón debía rezarlo tres veces al día dondequiera que se hallara, en los tiempos meticulosamente señalados por la *Torah*: a las nueve de la mañana (hora del sacrificio matutino), a las quince horas, y al caer la tarde (hora del sacrificio vespertino). Todo judío, ya estuviese comiendo, viajando, trabajando o conversando, detenía su ocupación, se ponía en pie, se volvía hacia el templo de Jerusalén y rezaba el *tephillah*. He aquí algunos fragmentos:

«Bendito seas Yavé, Dios nuestro y Dios de nuestros padres; Dios grande, héroe y formidable, Dios altísimo, Creador del cielo y de la tierra, escudo nuestro y escudo de nuestros padres, nuestra esperanza de generación en generación.

Bendito seas Yavé, Dios santo.

Tú eres un héroe que abates a los que están elevados, fuerte y juez de los opresores, que vives por los siglos; resucitas a los muertos, traes el viento y haces descender el rocío, conservas la vida y vivificas a los muertos; en un abrir y cerrar de ojos haces germinar para nosotros la salud.

Tú eres Santo y tu Nombre es temible, y no hay Dios fuera de ti.

(*Por la noche*)

Bendito seas, Eterno, Dios nuestro, Rey del mundo, cuya palabra hace anochecer a las noches, cuya sabiduría abre las puertas del cielo, cuya inteligencia cambia los momentos y reemplaza los tiempos.

Tú que ordenas a las estrellas en sus puestos en la inmensidad, creando el día y la noche, plegando la luz ante la oscuridad y la oscuridad ante la luz, y llevándote el día y trayendo la noche, separando el día de la noche.

El Eterno Sabaoth es su nombre: Dios que vive, que existe siempre y que reinará siempre sobre nosotros hasta la eternidad. Bendito seas, Eterno, que haces "anochecer" a las noches.»

Un aliento exaltado y vibrante corre por todas y cada una de las *bendiciones*. Tenemos derecho a imaginar cómo aquella alma tan sensible del joven Jesús sería arrebatada por el fuego religioso que contagian estas palabras cuando las recitaba al caminar, a coro con su madre, en las caravanas, en el campo, en el cerro... Desde niño, el alma de Jesús *experimentó*, con una pasión y fuerza insuperables, «al» Eterno.

* * *

A los cinco años aproximadamente, Jesús comienza a asistir a la escuela, cuya finalidad no era la de nuestras escuelas. Aquella era la «casa del libro» (*beth a sefer*) para aprender de memoria el *libro*, es decir, la Ley y los Profetas.

Allí Jesús aprendió a cubrir su cara con las manos cuando aparecía el tetragrama divino, las cuatro sílabas del nombre de Yavé. «Incluso el tetragrama divino, designación de Yavé, este vocablo sagrado delante del cual todo judío aprende a esconder su rostro, poniendo las manos sobre los ojos, no comporta por escrito sino consonantes» (3).

Este es, pues, el contexto religioso en que el alma de Jesús se abrió a la vida. Sus primeras experiencias religiosas con una vivencia del Absoluto.

Sólo Dios

Tomando en consideración su crecimiento evolutivo en la *experiencia divina* y su temperamento sensible y piadoso, Jesús cruzó la primavera de su infancia y adolescencia envuelto en el manto del Admirable. Por las actitudes y expresiones que aparecen después, en los días del Evangelio, nos sentimos con derecho a pensar cómo ahora, en los días de su infancia y juventud, el Incomparable fue ocupando por completo su persona.

Para los doce años ya había experimentado la proximidad ardiente del Formidable y Único. Sus palabras, respues-

(3) R. ARON, *Los años oscuros de Jesús*, Taurus, Madrid 1963, 61.

ta al desahogo de su madre (Lc 2,49), indican que para esa edad, ese océano sin fondo y sin orilla que es el Absoluto, se había adueñado enteramente de este muchachito. En adelante *sólo Dios* será su ocupación y preocupación.

Y así descubrimos en Jesús una profunda y extensa «zona de soledad» a la que nadie podrá asomarse, ni su mismísima madre, sino *sólo Dios*. ¿Mi madre? ¿Quién es mi madre? Vosotros sois mi madre. Y no sólo vosotros. Todo el que tome en serio al Admirable, todo el que declare y constituya a Dios como al Único en la vida, ése es para mí padre y madre y hermano y hermana (Mc 3,35). ¿Esposa? Ni cinco esposas ni todos los amantes del mundo son capaces de saciar la sed eterna de tu corazón. *Sólo Dios* es el agua fresca; quien la beba nunca jamás sentirá sed (Jn 4,11-19). Si tú supieras *cómo* es Dios, si tú probaras esa agua...

«El Padre era su mundo, su realidad, su existencia, y con él llevaba en común la más fecunda de las vidas» (4).

* * *

El niño, que sabía que en el Sinaí sólo Moisés podía acercarse a la presencia del Formidable, mientras los demás sólo podían mirarlo desde lejos, sabía que el Santo y Terrible residía en el «sancta sanctorum» donde una sola vez al año podía ingresar una sola persona, este niño fue entrando a fondo en la proximidad de Aquel que abarca todo el Tiempo y todo el Espacio. Su alma sensible fue marcada por la impresión de que *Dios-es-Todo*. Esta absolutez de Dios la tomó con radicalidad y la llevó hasta las últimas consecuencias.

Vivencias derramadas

Vamos a ver ahora cómo esas fuertes vivencias aparecen derramadas como simientes de oro en las páginas del Evangelio. Jesús habla de Dios, y detrás de sus palabras se oye el eco de una pasión. Se pone en pie como la cumbre de una

(4) K. ADAM, *Jesucristo*, Herder, Barcelona 1967, 128.

cordillera para declarar: *Dios-es-Todo*. En este sentido, Jesús recoge las vías y voces de los grandes profetas, pero las voces de todos los profetas no llegan a la altura de sus sanalías.

Sólo Dios es Señor del universo y autor del Reino. El sale a buscar obreros para su viña. No hay que preguntarle por el salario aunque al último se le haya pagado como al primero. No hay salario, todo es regalo (Mt 20,1-20). El organiza las bodas, y El mismo sale a los caminos y plazas para buscar invitados (Mt 22,1-14). Sí, El mismo envía las invitaciones (Lc 15,3-7).

Cómo quisieran los hombres jugar ciertas cartas, por ejemplo, saber y disponer del momento y de la hora del final. Es inútil. Ni siquiera lo sabe el Hijo del Hombre. *Sólo Dios* sabe la hora exacta (Mc 13,32; Mt 24,36: 25,13). *Todo-es-Dios*.

¿Vanidades ridículas? ¿Que quién ocupará el primer puesto? ¿Sois vosotros capaces de soportar la prueba? Aunque seáis capaces, sabed que ni yo mismo, con ser el Hijo, lo puedo disponer. *Sólo Dios* lo dispone. El señalará a cada cual su puesto. *Todo-es-Gracia*. Nadie merece nada. Aquí todo se recibe, igual que en el caso del niño. Solamente los que se «hacen» pequeñitos pueden recibir el Reino, la vida, la comida, el vestido, la educación, el cariño. El Reino es un Don, un Regalo (Lc 12,32). Jesús «conoció» a Dios en sus largos encuentros y allí «descubrió» que *Todo-es-Gracia*.

¡Qué bien, Simón, hijo de Jonás, qué bien has hablado! Pero lo que acabas de decir no te lo ha dictado ni el instinto ni la sagacidad ni cualquier otra sabiduría. *Sólo Dios* te lo ha inspirado. ¡Qué contento se le ve a Jesús, qué feliz se siente de que *Dios-sea-Todo*! ¡Qué sentiría al rezar estas palabras!:

«¡Grande eres tú, y haces maravillas,
tú eres el único!» (Sal 85,10).

Por eso, no quiere nada para él, ni aplausos ni reconocimientos ni gratitud. Toda la gloria a *sólo Dios*. Ya estás sano, pero no lo digas a nadie, marcha al templo y agradécetelo a Dios (Mc 1,44). La muchacha se ha sanado, al sordo

se le abrieron los oídos, pero que nadie se entere (Mc 5,43; 7,36). Habéis quedado limpios de la lepra, pero no os echéis por tierra para agradecérmelo a mí; id al templo para agradecérselo a *sólo Dios*.

Saciados de comer en un desierto, delirantes por el prodigio, lo buscan con la intención de coronarlo como rey. Sólo el pensamiento le parece una usurpación, y se escapa a la montaña porque *sólo Dios* es el Rey, y toda la gloria le corresponde a él. Sobre la soledad de aquel cerro, aquella noche (Jn 6,15) ¡qué bien habrían sonado las palabras del salmo!:

«No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu Nombre da la gloria» (Sal 113,1).

¿Bueno me llamas? ¿Quién es bueno? *Sólo Dios* es bueno (Lc 18,19). Lo vemos como a un Hijo deslumbrado por la pureza infinita y la santidad de Dios. No soporta que nadie usurpe los atributos absolutos que le pertenecen a El solo.

En los años de su juventud, tal vez cuando sale al campo, cuando sube a los cerros, acarrea leña o troncos, dibuja los yugos de bueyes, vuelve de la fuente con el cántaro de agua fresca, ve crecer las viñas, madurar los trigales... Su alma, perdida en las inmensidades del Eterno, comprueba que Dios viste los campos, alimenta a los pájaros, hace florecer las primaveras. Vemos a Jesús como un hijo deslumbrado por la potencia infinita de Dios.

«Dios mío, ¿quién como tú?» (Sal 70).

Con seguridad y alegría asegura a los que piensan en las dificultades de la salvación: «Los hombres no pueden hacer esto, pero Dios puede; porque para Dios nada hay imposible» (Mc 10,27).

Jesús ve todas y cada una de las cosas saliendo directamente de las manos del Padre. Vibra con la magnífica potencia de Dios. «¡Qué magníficas son tus obras, Señor, qué profundos tus designios!» (Sal 91,6). No piensa en segundas causas, no piensa en un orden universal diagramado por un genio y funcionando por mecanismos de causalidades y le-

yes cósmicas, como una cosmonave teledirigida. Más allá de fenómenos y acontecimientos, Jesús contempla con alegría al Creador, una Persona llena de libertad, potencia, espontaneidad y bondad (Mt 6,26).

Si «supierais» *cómo* es Dios, *quién* es Dios, diríais a ese cerro: Quítate de ahí (Mc 11,22) y vuela al mar; y el cerro volaría como un pájaro hasta el mar. Y a este árbol sicomoro que tenéis delante de los ojos, le diríais: Arráncate de raíz, vuela, y echa raíces en el mar; el árbol obedecería humildemente (Lc 17,6).

«Cuántas maravillas has hecho, Señor, Dios mío, cuántos planes en nuestro favor, nadie se te puede comparar. Intento proclamarlas, decirlas, pero superan todo número» (Sal 39,6).

* * *

Teniendo presente la frecuencia con que se retira de las miradas humanas en los días de la evangelización para estar a solas con Dios, preferentemente de noche, podemos suponer el estado de adoración y suspensión en que vivía permanentemente el alma de Jesús, desde los días de su juventud, tanto en el trabajo como en la sinagoga o en los viajes.

Sobre todo nos sentimos con derecho a imaginar cómo serían los momentos fuertes con Dios, en sus años juveniles, en los cerros próximos a Nazaret, seguramente de noche. Su sensible alma habría sido sacudida una y otra vez, como cuando una marea inunda una playa, por la presencia del Sin-Nombre en una proximidad arrebatadora, pudiendo decir con el salmista:

«Tus torrentes y tus olas me han arrollado» (Sal 41).

Esto es lo que ocurrió —permítaseme conjeturar— en el hecho de la transfiguración. En su narración dice Lucas: «Mientras estaba orando, el aspecto del rostro de Jesús cambió...» (Lc 9,29). Podemos concluir, a partir del contexto de la narración, que era tal la intensidad, la posesividad y la

concentración del alma de Jesús en Dios que, ante el empuje de las energías espirituales, cedieron las leyes fisiológicas produciéndose un cambio, no sabemos de qué naturaleza, en el semblante de Jesús, igual que en el caso de Moisés en otro tiempo. En una palabra, Jesús se «hizo» una viva transparencia de Dios, irradiándose el fulgor de Dios en su vestido, en su semblante y en su contorno.

En esos encuentros experimentaba que el Admirable es el único bien por el que vale la pena jugárselo todo. Si supierais hasta qué punto Dios es el Gran Tesoro, venderíais los campos, hipotecaríais las casas, abandonaríais la profesión para poder «poseer» ese Tesoro (Mt 13,44).

Los pájaros tienen sus nidos, las raposas sus madrigueras donde dormir. El Hijo del Hombre no sabe qué comerá mañana y dónde dormirá pasado mañana. Ha renunciado a toda seguridad y ha constituido a Dios como su único Refugio y Seguridad (Mt 8,20).

El Reino del Eterno es de tal magnificencia que su «conquista» es una gesta heroica que exige valentía, «violencia» y constancia (Mt 11,12; Lc 13,24).

* * *

Uno se pregunta de qué género será la hermosura y magnificencia del Admirable, hasta qué punto el Incomparable será vino embriagador, que quien tan de cerca lo ha «conocido», Jesús, propone jugarse hasta las últimas consecuencias con una radicalidad que espanta.

¿Se te ha muerto el padre? Deja que los muertos entierren a los muertos. Eso no es lo más importante (Mt 8,22). ¿Quieres tomar en serio a Dios? ¿Quieres declararlo el Único? Vuelve a casa. Rompe con todo y con todos. El Único merece la pena (Mc 10,21). El juego que se trata de emprender se llama *el todo o nada*. Antes de escoger, piénsalo bien. Pero una vez puesta la mano en el arado, no hay retroceso, hay que seguir hasta el final (Lc 9,21). ¿Por qué tantos afanes, Marta? ¿Por qué tantos preparativos para el banquete? Pocas cosas son necesarias. Mejor, *una sola cosa* es necesaria: Dios (Lc 10,42). No he venido a traer tranquilidad o paz, sino combate (Lc 12,51).

En sus días de evangelización lo vemos actuar con alegría y dedicación. Su vida *para-los-hombres* no tiene explicación humana posible. La fuente de tantas energías y alegrías la tenemos que buscar en un hontanar enterrado y escondido en las profundidades de sí mismo. Todas sus palabras y actividades las sentimos transidas de una honda emoción, que, sin duda, extraía de sus encuentros con el Señor desde sus días juveniles.

«El principio íntimo, inmutable de la actividad tan variada y desconcertante de Jesús, que aparece siempre como el fundamento de todos sus actos y palabras, es su íntima unión con Dios. Nos acercamos aquí al centro, al núcleo vital de su voluntad y podemos fundadamente suponer que constituye la base experimental de su vida. Ahí se encuentra igualmente la fuente de la que brotan su heroísmo absolutamente único y su amor extensivo a todos y a todo, y de este principio recibe su vida su más profunda unidad» (5).

El vértigo

Ciertas perspectivas de Jesús, aun en el terreno de la conjetura, se nos escapan irremediabilmente. Vemos que a los grandes contemplativos, cuando se asoman al misterio de Dios, lo primero que les deslumbra es el medir la distancia entre ellos y Dios. A esa sensación llamamos vértigo porque se trata de una mezcla de fascinación y espanto, anonadamiento y asombro.

En los salmos aparece muy expresivamente esta sensación. Por ejemplo, en el salmo 8, después de expresar lo «admirable que es el Nombre del Señor en toda la tierra», el salmista mide la distancia y se pregunta: «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?»

Lo típico del vértigo espiritual consiste precisamente en que se trata de una distancia terriblemente presente, un vértigo hecho al mismo tiempo de lejanía y proximidad, de transcendencia e inmanencia.

(5) KARL ADAM, o. c., 126.

En este terreno, respecto a Jesús, yo me siento perdido y sólo atino a preguntar: Desde su experiencia humana, desde su plataforma de hombre, ¿cómo veía Jesús, cómo medía, cómo sentía a Dios? ¿De qué manera midió la distancia entre Dios y el hombre? ¿Experimentó el vértigo del salmista «el hombre pasa como una sombra pero tú permaneces para siempre»? (Sal 101). Nunca se podrá responder satisfactoriamente. Si es verdad que Jesús era Hijo del Hombre, era también Hijo de Dios.

Sin embargo, me impresiona la reverencia infinita con que se dirigió a Dios, en la noche de la despedida: «¡Padre Santo!», «¡Padre Justo!» Toda esa oración final está transida de una profunda veneración, reflejo del sentimiento de admiración y anonadamiento que sentía Jesús ante el tres veces Santo. Me parece que Jesús sentía esa misma reverencia, hija de la distancia y de la veneración, siempre que levantaba los ojos al cielo (Jn 11,41; 17,1).

* * *

Para vislumbrar ese enigma, vamos a recurrir a uno de los hombres que más intensamente han sentido y medido esa distancia: Francisco de Asís. Sintió como pocos que Dios es la Otra Orilla, que Dios es *Otra* cosa, que Dios nos trasciende absolutamente, que entre El y nosotros se abre un abismo infranqueable. Toda una noche, sobre la abrupta cumbre del monte Alvernia, no hizo sino exclamar: «¿Quién eres tú, Señor mío, y quién soy yo, siervo inútil?» ¿Admiración? ¿Sorpresa? ¿Gozo? ¿Anonadamiento?

La intimidad a la que hemos sido llamados no colma esa medida. La gracia nos declara *hijos* pero tampoco cubre esa distancia. Eternamente quedará en pie, como una roca, la verdad absoluta: *Dios-es-Todo*. «¿Sabes, hija mía, quién eres tú y quién soy yo?» —preguntaba el Señor a santa Catalina—. «Tú eres la que *no eres*, yo soy el que *soy*.»

Pero cuando se acepta gozosamente que *Dios-es-Todo*, la vida se convierte para el que lo acepta en una fuente de omnipotencia, embriaguez y vida porque participa de la eterna e infinita vitalidad de Dios, que lo convierte en rapsoda de la *novedad* más rotunda y absoluta: *Dios-es*. Así fue

Francisco de Asís. En sus últimos años deseaba, según decía, que los hermanos menores fueran cantando por el mundo, proclamando que «no hay otro todopoderoso sino *sólo Dios*».

* * *

Sobre las cumbres de la montaña sagrada, con sus manos y pies llagados, Francisco de Asís no hacía más que gritar bajo las estrellas a las soledades cósmicas: «¡El Amor no es amado, el Amor no es amado!» En esos momentos Francisco era un hombre incendiado por la proximidad ardiente de Dios, el hombre que siente una insoportable tortura al comprobar que tanta grandeza es desconocida y olvidada. Medía las exactas dimensiones de la distancia.

Su confidente y secretario, fray León, le alargó un tosco papelito diciéndole: «Hermano Francisco, escribe aquí lo que en este momento sientes de Dios.» Y Francisco, con su derecha llagada escribió, con dolor y dificultad, las siguientes palabras (6):

«Tú eres santo, Señor Dios único, que haces maravillas.
Tú eres fuerte, tú eres grande, tú eres altísimo.
Tú eres el Bien, todo Bien, sumo Bien, Señor Dios vivo y verdadero.
Tú eres caridad y amor, tú eres sabiduría.
Tú eres humildad, tú eres paciencia, tú eres seguridad.
Tú eres quietud, tú eres gozo, tú eres alegría.
Tú eres hermosura, tú eres mansedumbre.
Tú eres protector, custodio y defensor.
Tú eres nuestra fortaleza y nuestra esperanza.
Tú eres nuestra gran dulcedumbre.
Tú eres nuestra vida eterna, grande y admirable, Señor.»

Es, sin duda, una de las descripciones más profundas que se hayan hecho del Invisible.

(6) Recojo sólo una selección.

2. Aparece el Rostro del Padre

Todo lo dicho hasta ahora no es cualitativamente diferente del concepto de Dios que se vivía en el judaísmo de los días de Jesús. Muchos profetas vivieron una entrañable comunicación con el Dios personal y trascendente aunque no con la profundidad de Jesús. Al profeta Jeremías lo sentimos muy próximo a la experiencia religiosa de Dios-Padre. Los salmistas hablan a menudo del estado de paz, abandono y confianza del alma en Dios, como un niño en los brazos de su madre (Sal 130). El profeta Oseas, para hacernos sentir la ternura de Dios, utiliza tales expresiones que podrían insertarse perfectamente en la experiencia religiosa del *Abbá*.

«Yo enseñé a andar a mi hijo
y lo levanté en mis brazos...
Lo atraje con lazos de amor,
con ligaduras humanas.
Fui para él como quien alza
una criatura contra su mejilla,
y yo me inclinaba hacia él
para darle de comer» (Os 11,1-6).

A pesar de estos golpes de intuición, verdaderas aproximaciones al *Abbá*, no hubo avance en el judaísmo posterior. Y el Dios absoluto del Sinaí presidió la vida religiosa, tanto individual como colectiva, de Israel.

El nuevo nombre de Dios

De nuevo tenemos que retomar el itinerario del alma de Jesús en su crecimiento evolutivo en la experiencia divina.

No podemos tomar el bisturí para hacer una vivisección, como quien dice: En la anatomía espiritual de Jesús, hasta aquí llega el «tejido» o vivencia del Dios absoluto, aquí comienza la zona del *Abbá*, y aquí está la región fronteriza entre ambas vivencias.

La vida de Jesús es un mundo coherente y unitario. En sus manifestaciones evangélicas percibimos vivencias de uno y otro concepto. Sin embargo, ellas se encuentran, al menos así se nos han transmitido, muy entretreídas, entremezcladas, con permanentes trasposiciones de planos.

Por eso, nosotros, por método y buscando claridad, hemos tenido que tomar el bisturí del discernimiento para separar y distinguir.

* * *

Tímidamente me aventuro a opinar que Jesús vivió durante su infancia y adolescencia ese trato de adoración con el Señor Dios según la teología del pueblo dentro del cual el Señor nació y creció.

Pero a partir de cierta edad (¿quince años?, ¿veinte años?) el joven Jesús, en un proceso progresivo de interiorización, comenzó a experimentar —tratar— a Dios de una manera *esencialmente diferente*; de una manera que, fuera de fugitivos vislumbres, ningún profeta de Israel había intuido ni vivido. El joven Jesús sobrepasó la etapa de la suspensión y de la adoración. Entró por completo en la zona de la confianza con que se trata al padre más querido del mundo.

Hubo, pues, una transformación evolutiva en el alma del joven Jesús de larga trascendencia.

¿Qué sucedió en el alma del joven Jesús?

Con temor y reverencia vamos a ingresar en el sagrado recinto de este joven, a sus 15, 20 ó 25 años, y vamos a asistir a un espectáculo: delante de nuestros ojos se va a poner en pie un reino sin espadas ni cetros, sin coronas ni tronos, la tristeza será enterrada y la angustia desterrada, y sobre los horizontes se encenderá el día inmortal. Un joven se al-

zará sobre la cumbre más alta del mundo para proclamar: Tenemos Padre, somos hermanos, estamos salvados, aleluya.

Para entender esto, tenemos que tomar en consideración lo siguiente: Nos dice Marcos que Jesús se retiró durante cuarenta días a una montaña tan inaccesible que allí sólo habitaban las fieras (Mc 1,13). De este hecho se puede extraer la siguiente deducción psicológica: Un hombre, si no está familiarizado con el silencio y la soledad de las montañas, no se mete de improviso durante tantos días en lugares tan inhumanos. Si, de hecho, se retiró, es señal de que ya estaba habituado a la soledad de las montañas.

Por otra parte, son muchos los textos evangélicos, los cuales hacen constar que Jesús se retiraba de noche a los cerros próximos a Cafarnaúm o Jerusalén, para estar a solas con el Padre.

Esto, unido a lo anterior, nos lleva razonablemente, y a modo de deducción psicológica, a pensar que Jesús, cuando era joven en Nazaret, fue habituándose a retirarse frecuente y prolongadamente a los cerros cercanos a Nazaret para estar con su Padre, y que en los días de evangelización mantuvo ese hábito.

* * *

La juventud de Jesús estaba siendo ocupada por completo por el Admirable (Lc 2,49).

La presencia iluminaba todo en este joven: lo que estaba encima y debajo, y lo que estaba al otro lado de las cosas. Era como cuando el sol embiste la tierra, la inunda y fecunda.

Jesús era un muchacho normal pero no era como los demás: sus ojos estaban siempre bañados de un extraño resplandor, y miraba mucho para dentro de sí mismo como quien mira a otra persona que va consigo; y parecía que él no era él solo, sino que *él era él-y-Otro*.

Sí. Alguien estaba con El, y El estaba con alguien como cuando desaparecen todas las distancias. Dicen que los puentes unen a los distantes. Pero aquí se tenía la impresión de que no había puentes porque, al parecer, ellos habían sido derribados por la intimidad. Y, en este caso, la intimidad era la Presencia Total, hecha de dos presencias. Con otras pala-

bras, la intimidad era convergencia, cruce y fruto de dos Interioridades Infinitas.

* * *

Jesús era un muchacho normal, pero diferente.

La intimidad era un árbol frutal, y cada otoño daba una sabrosa fruta: el amor. Y siempre era otoño. Y el amor era, en el cielo de este muchacho, como un arco iris que enlazaba todos los horizontes, porque el amor es eminentemente unitivo.

El joven Jesús (¿diecisiete años?, ¿veinte años?) avanzaba de sol a sol, noche a noche, mar adentro, hacia las más remotas periferias del Señor Dios; y así, llegó un momento en el que la intimidad y el amor entablaron en el territorio del joven un duelo singular en el sentido de que cuanto más fuerte era la intimidad con Dios, mayor era el amor, y cuanto mayor era el amor, más fuerte era la intimidad, y así la velocidad interiorizante fue acelerándose progresivamente hasta devorar todas las distancias.

El amor nace de una mirada,
es un momento de olvidarse.
Crece con deseos de darse
apoyado en la esperanza.
Se consume en el olvido total
de un gozo recíproco.

El verano fue cayendo sobre los huertos de Jesús. Las manzanas maduraron. Las colmenas se hinchieron de ternura y cariño.

Al consumarse el duelo entre el amor y la intimidad, y al desaparecer las distancias, la confianza fue creciendo en el alma de Jesús como un esbelto terebinto cubriendo con su sombra todos los impulsos vitales del joven. El muchacho era toda-apertura-confianza-ternura para con su Dios y Señor.

¡Oh, aquellas noches de Jesús en las montañas solitarias, cobijado en el manto envolvente de su Señor Dios en la proximidad más absoluta y en la presencia más absoluta también: había tantas estrellas en aquellas noches!...

El muchacho (¿veinte?, ¿veintidós años?), con aquel temperamento tan sensible, con aquella predisposición tan fuerte para con Dios, da un paso y otro paso más, experimenta progresivamente diferentes sensaciones y percibe cada vez más claramente que Dios no es exactamente el Temible ni el Inaccesible.

* * *

Y así, llegó un momento en el que el joven comenzó a sentirse progresivamente como una playa inundada por una marea de ternura, procedente de las más remotas profundidades del mar. Diez mil mundos convergían sobre él amándolo, cobijándolo, asegurándolo, como si Dios fuese un océano dilatado y él navegando en sus aguas; como si el mundo fuese (¿qué?, ¿cuna?, ¿brazos?, ¿poderosas alas protectoras?), todo era seguridad, certeza, júbilo, libertad... Y así, llegó a tener la sensación definitiva, inconfundible e involuible: la sensación de que el Señor Dios es como el *Padre* más querido y amante del mundo.

«Oh Dios, tu amor toca
el vértice del cielo
y tu fidelidad las nubes del firmamento.

Tu santidad se eleva más arriba
que las altas cordilleras
y tu sabiduría alcanza los abismos del mar.

¡Qué inapreciable es tu ternura, Dios mío!
Tus hijos se cobijan
bajo la sombra de tus alas,
se alimentan de la dulzura de tus colmenas
y se embriagan en el torrente de tus delicias.

En ti está la fuente de la vida
y en tu luz, todo es luz» (Sal 35).

En los años de la juventud de Jesús se produce, pues, la más revolucionaria de las transformaciones interiores de todos los tiempos. Jesús experimentó en su propia carne que el Padre no es primeramente Temor sino Amor; que el

Padre no es ante todo Justicia sino Misericordia; que el Padre ni siquiera es primordialmente la Santidad, el tres-veces-Santo, como explica el profeta Isaías, sino que es ternura, perdón, cuidado, cariño... Y el joven Jesús llegó a la convicción de que el primer mandamiento ya no tenía vigencia, había caducado para siempre: de ahora en adelante el primer mandamiento consistirá en *dejarse amar* por el Padre.

* * *

Fue un *nuevo mundo*, mundo de sorpresa y éxtasis, de alegría y embriaguez, mundo «descubierto» y vivido por este joven normal y diferente, y que puede expresarse con estas palabras: *Todo-es-Amor*. Jesús se sintió vivamente amado y completamente liberado. El amor libera del temor. El que se siente amado, no conoce el miedo.

El Padre tomó la iniciativa, se abrió y se entregó por entero a Jesús; Jesús correspondió, se abrió y se entregó por entero al Padre. Los dos se miraron hasta el fondo de sí mismos con una mirada de amor. Esa mirada fue como un lago de aguas claras y profundas en que los dos se perdieron en un abrazo en el cual todo era común y todo era propio, todo lo recibían y todo lo daban, todo se comunicaba pero sin palabras... Fue algo tan inefable como cuando llegan melodías desde otros mundos.

A la luz de esta experiencia, Jesús analiza su entorno cósmico, y encuentra que todo lo más hermoso del mundo como las primaveras, la infancia o la maternidad, en una palabra todo cuanto signifique amor y vida, no es otra cosa sino el desbordamiento de la vitalidad inagotable de aquel que, definitivamente, no es Padre sino paternidad, manantial inextinguible de toda vida y amor. *Todo-es-amor. Todo-es-gracia*.

Dios ya tiene un nuevo nombre. De ahora en adelante ya no se llamará Yavé. Se llamará *Padre* porque está cerca, protege, cuida, comprende, perdona, se preocupa... De ahora en adelante, adorar no consistirá en cubrir los ojos y la cara con sus manos sino en abandonarse con confianza incondicional e infinita a las manos todopoderosas y cariñosas de aquel que, para siempre, es y se llamará nuestro *querido Padre*.

«Padre:

Tú que vives en el amor y en la dicha mientras en la tierra aúllan las tormentas y gimen las pasiones.

Tú que dices que debo compartirlo todo, sintiendo plenamente el sufrimiento de tus hijos, muéstrame tu paz.

Guíame hasta aquella zona más profunda donde el dolor no llega, donde brotan la palabra, la sonrisa y la paz, donde todo es alegría porque todo es alegría.

¡Oh Amor, del cual yo nací!» (BERGSON).

Jesús posee ya la madurez de un triguero dorado. Nos lo podemos imaginar como un hombre adulto de unos 28 años. Es un pozo de paz. Un abismo colmado. La presencia del Altísimo se asoma por sus manos, por sus ojos, por su boca...

No acaba aquí el «crecimiento» de Jesús. En el espíritu no hay fronteras. Mejor, Jesús hizo estallar todas las fronteras.

Con aquel temperamento tan sensible y con aquella inclinación innata para las cosas de Dios, sumergido cada vez más frecuente y profundamente en sus encuentros solitarios con el Padre, Jesús sigue navegando a velamen desplegado por los mares de la ternura y del amor. La confianza para con el Padre pierde fronteras y controles. Un paso y otro paso más hacia la profundidad total.

Y así, un día —no sé si era una noche—, arrastrado por la marea, en el colmo de la embriaguez por el «torrente de todas las delicias»..., salió de su boca una palabra completamente extraña hasta escandalizante para la teología y opinión pública de Israel: *Abbá*, que quiere decir: oh querido Papá.

Con esto, hemos tocado la cumbre más alta de la experiencia religiosa.

* * *

«Era algo nuevo, algo único e inaudito el que Jesús se atreviera a dar este paso hablando con Dios como un niño habla con su padre, con simplicidad, intimidad, confianza, seguridad. No cabe duda, entonces, de que *Abbá*, que Jesús utiliza para dirigirse a Dios, revela la base real de su comunión con Dios.

Abbá, como tratamiento dado a Dios, es la *mismísima* voz, una expresión auténtica y original de Jesús, y ese *Abbá* implica el título o la reivindicación única... Nos encontramos ante algo nuevo e inaudito que rebasa los límites del judaísmo.

Aquí vemos qué es lo que fue el Jesús histórico: el hombre que tuvo el poder de dirigirse a Dios como *Abbá*, y que incluyó a los pecadores y a los publicanos en el reino, autorizándolos a repetir esta sola palabra: *Abbá*, oh querido papá» (7).

El Padre me ama

Y ahora sí. Ahora Jesús puede lanzarse sobre los caminos y montañas, para proclamar y aclamar una *noticia de última hora*, una novedad «descubierta» y vivida por él mismo en los silenciosos años de su juventud: *Dios-es-Padre*. Si Dios es Todopoderoso, es también Todocariñoso. Si con sus manos sostiene el mundo, con esas mismas manos me acoge y me protege.

De noche queda velando mi sueño y de día me acompaña adondequiera que yo vaya. Cuando la gente se queja diciendo «estoy solo en el mundo», el Padre responde «yo estoy contigo, no tengas miedo» (Is 41,10). Cuando los humanos se lamentan diciendo «nadie me quiere», el Padre responde «yo te amo mucho» (Is 43,4). Está más cerca de mí que mi propia sombra. Me cuida mejor que la madre más solícita. No hay dónde perderse porque dondequiera que yo vaya El va conmigo.

Además, es un amor gratuito. El hecho de que me quiera no depende de que yo lo merezca o desmerezca, de que yo

(7) JOAQUÍN JEREMÍAS, *Mensaje Central del NT*, Sígueme, Salamanca 1972, 29, 37.

sea justo o pecador. El Padre me ama gratuitamente. El me comprende porque sabe muy bien de qué barro estoy formado, y me perdona mucho más fácilmente que yo a mí mismo. No tiene razones para amarme. «Hago gracia de quien hago gracia, tengo misericordia de quien tengo misericordia» (Ex 33,19). Me ama porque me ama: simplemente es mi Padre. ¿Acaso una madre busca *porqués* para amar a su niño?

La gente se queja diciendo «soy un marginado en el mundo; Dios ni sabe que existo». El Señor responde con una pregunta: ¿Puede una mujer olvidarse del hijo de sus entrañas que duerme en la cuna? Pues aunque sucediera ese imposible, yo nunca me olvidaré de ti (Is 49,15).

Desde los días eternos me llevó en su corazón como quien acaricia un sueño dorado. Llegado el momento exacto de mi existencia biológica, mi Padre Dios se instaló en el seno de mi madre (Sal 138) y, con dedos delicados y sabiduría, fue tejiéndome cariñosamente comenzando por las células más primitivas hasta la complejidad de mi cerebro. ¡Soy una maravilla de sus dedos! (Sal 138).

No soy, pues, una obra producida en serie por una fábrica. Soy una obra de artesanía elaborada portentosamente. Fui concebido en la eternidad por el Amor y fui *dado a luz* en el tiempo por el Amor. Desde siempre y para siempre yo soy gratuitamente amado por mi Padre. «Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de toda consolación» (2 Cor 1,3).

Libres y felices

Basta sentirse amado por el Padre, y al momento se enciende la gloriosa libertad de los hijos amados. Es un algo instantáneo como el encanto de un toque mágico. Todo lo que el Amor toca, liberta.

Sí. La experiencia del amor del Padre suscita repentinamente la impresión de sentirse libre. Libre ¿de qué? Del temor. El temor es el enemigo número uno del corazón humano. Temor ¿de qué? Temor de no ser aceptado; temor de fracasar; temor de morir...

Lo malo del fracaso no es el fracaso sino el temor del fracaso. Lo malo de la muerte no es la muerte sino el miedo de la muerte. Lo malo del desprestigio no es el desprestigio sino el temor del desprestigio.

El amor del Padre no nos va a librar de la incompreensión. Las saetas de la enemistad continuarán siendo disparadas contra el hijo amado, pero éste se sentirá tan libre y seguro que las saetas no tocarán ni siquiera su piel. El fracaso llegará, la enfermedad llegará, la muerte llegará. El Amor no los podrá evitar. Pero el Amor se constituirá para el hijo amado como en una ciudadela impenetrable. Se sentirá tan libre y seguro como si el fracaso no existiera, como si la muerte y la mentira no existieran.

Con otras palabras, amaneció la *paz*. Millares y millares de veces escuché juntas ambas expresiones: ¡Qué paz (siento), qué libertad! Ante la «magia» del amor eterno del Padre, el hijo amado percibe vivamente que la tristeza es una reina destronada y desterrada, que la angustia murió y fue enterrada, y que los miedos se esfumaron como aves espantadas. Ya no quedan enemigos: ¡estamos salvados! Soy feliz. Aleluya.

Y por encima de todos los horizontes comienzan a ondear como banderas inmortales la libertad, la alegría y la paz.

Ser amados y amar

Nunca me cansaré de repetir: amar a Dios es difícil, casi imposible. Amar al prójimo es más difícil todavía. Pero cuando el hijo es alcanzado por el amor del Padre, al instante siente un ansia incontenible de «salir» de sí mismo para *amar*. En este momento, amar a Dios no sólo será fácil sino casi inevitable. Además, el hijo amado sentirá unas ganas locas de encontrarse con cualquiera, por los infinitos caminos del mundo, para tratarlo como el Padre lo trata a él y hacer felices a los demás como el Padre lo hace feliz a él.

Sólo los amados pueden amar. Sólo los libres pueden libertar. Sólo los puros purifican, y solamente pueden sembrar paz los que la tienen.

A un hijo amado no le digan que ame. Sin que nadie se lo diga, una fuerza interior inevitable lo arrastrará a comprender, perdonar, aceptar, acoger y asumir a todos los huérfanos que andan por el mundo, necesitados de alegría y amor.

* * *

Para mí, aquí está el misterio de Jesús: Jesús fue aquel que en los días de su juventud vivió una altísima experiencia del amor del Padre.

Por aquellos años se sintió embriagado por la cálida e infinita ternura del Padre. En el perímetro de Nazaret, en los cerros que circundan al pueblecito, el Hijo de María se sintió, una y mil veces, querido, envuelto y compenetrado por una Presencia amante y amada, y como efecto de eso experimentó claramente qué significa ser libre y feliz.

Después de eso no pudo contenerse. Era imposible permanecer en Nazaret. Necesitaba salir, y salió al mundo para *revelar* al Padre, para gritar a los cuatro vientos la gran noticia del Amor y para hacer felices a todos.

Y se fue por todas partes, libre y libertador, amado y amador, para tratar a todos como el Padre lo había tratado a El.

«Así como el Padre me amó a mí,
de la misma manera yo os amé a vosotros» (Jn 15,9).

¿Cómo se puede compaginar todo lo dicho con el hecho de ser Jesús también Hijo de Dios? Yo me pregunto: ¿Podrá saberlo alguien? El Misterio nos sobrepasa por completo. Solamente sabemos que era también, *completamente*, hijo de María.

El revelador del Padre

Ahora comienza Jesús a descorrer el velo y mostrar el rostro del Padre. Tenemos la impresión de que el Revelador se siente incapaz de transmitir lo que «sabe». Como un narrador popular que viste las grandes verdades de ropajes simples, Jesús echa mano de la fantasía, inventa parábolas y

comparaciones, saca explicaciones de cualquier fenómeno cósmico, de las costumbres de la vida. Pero después de todo, quedamos con la impresión de que la realidad es otra cosa, de que Jesús se ha quedado corto. Su experiencia era tan larga y ancha, y la palabra humana es tan corta...

* * *

¿Habéis visto alguna vez que un niño hambriento pida a su papá un pedazo de pan y que éste le dé una piedra dura para que se rompa los dientes? O si le pide un pedazo de pescado frito, ¿le dará una culebra para que lo pique, lo envenene y lo mate? Vosotros, unos con otros, sois capaces de cualquier cosa, hasta de morderos. Pero con vuestros hijos sois siempre lealtad y cariño. Yo os digo: Si vosotros, a pesar de llevar mala levadura en vuestro interior, procedéis con tanta delicadeza con vuestros pequeños, ¿cómo será aquel Padre? Si lo conocierais...

Yo lo «conozco» muy bien, y por eso puedo garantizaros: Pedid, llamad, tocad las puertas. Tengo la seguridad de que las puertas se os abrirán, encontraréis lo que buscáis, recibiréis lo que necesitáis. Sí. Antes de que abráis la boca, El ya está preocupado de lo que necesitáis. Antes de que salgáis a su encuentro, hace tiempo que El salió al vuestro. Si lo conocierais...

¿Por qué miráis hacia adelante con ojos de inquietud y el corazón apretado? Por qué gritáis: ¿Qué comeremos?, ¿dónde dormiremos?, ¿qué casa habitaremos?, ¿cómo nos irá en el compromiso que acabamos de asumir? Ocuparos, sí; pero preocuparos, ¿para qué? Luchad, pero no con angustia. Arriesgaos, organizaos, trabajad, pero con paz. ¿Las preocupaciones? Soltadlas y arrojadlas en las manos del Padre. ¿Seguridad para el mañana? ¡Cuidado! No la pongáis en el dinero, que es un dios falso. Sea el Padre vuestra única seguridad.

Contemplad esos pajaritos: con qué alegría y despreocupación vuelan por todos los cielos. Os aseguro que ni una sola de esas felices aves cae en el suelo de hambre. Sin

embargo, ellas no son como nosotros que, para comer un pedazo de pan, tenemos que sembrar, segar y trillar. Esas aves no trabajan y, no obstante, comen. ¿Quién les da todos los días de comer? El Padre. ¿Y cuánto vale uno de esos pájaros? Nunca más de dos centavos. Y vosotros, ¿no valéis más que ellos? ¿Acaso no sois hijos inmortales del Amor? ¿Para qué angustiarse?

¿Y qué diremos de la ropa? Levantad los ojos y mirad esas margaritas ahora que estamos en primavera. Ni Salomón, el rey de la elegancia, se vistió con tanto esplendor como esas flores. Ellas, sin embargo, ni tejen ni hilan. ¿Quién las viste todas las mañanas tan primorosamente? El Padre. Si tanto se preocupa el Padre por unas margaritas que por la mañana brillan y al anochecer fenecen, ¿qué no hará con vosotros que sois hijos del Amor? ¿Qué es más importante, la ropa o el cuerpo? Oh, si conocierais al Padre...

Dicen que ha fallecido la hija del jefe de la Sinagoga; y le dicen al jefe que no moleste al Maestro porque ya todo es inútil: la muchacha ya está muerta. ¿Cómo? ¿Que todo es inútil? Sólo el Hijo «conoce» al Padre. Y dice Jesús al jefe de la Sinagoga: Mira, te bastaría con *creer* en la bondad y potencia del amado Padre, y tu hija, bajo la mano resucitadora del Amor, volvería a la vida como una flor que despierta de un sueño (Mc 5,35-42).

* * *

Había una vez un hijo tan loco como insolente. Se presentó ante su padre y le dijo:

—Padre mío, trabajando como un héroe durante tantos años en estas tierras, multiplicaste las haciendas, levantaste castillos, prácticamente eres un rey en esta región. Pero ni un solo día disfrutaste de la vida como le corresponde a un hombre hacerlo. No quiero que a mí me acontezca lo que a ti. Mientras soy joven quiero disfrutar. Dame, pues, la parte de la herencia que me corresponde.

Y se fue a tierras lejanas y despilfarró sus bienes en francachelas.

Cuando el joven experimentó que debajo de tantas satis-

facciones se abría el pozo de una infinita insatisfacción, que nada podía compensar ni sustituir el calor de la casa paterna, y cuando la nostalgia y la pobreza se abatieron sobre él, ¿sabéis lo que hizo aquel ingrato? Aprendió de memoria un discurso de justificaciones y se volvió tranquilamente a su casa. ¿Sabéis por qué? Porque conocía muy bien a su padre.

Y no se equivocó. Aquel hombre venerable, cuando le informaron del regreso de su hijo, saltó del asiento, bajó las escaleras, montó el corcel más rápido, salió al encuentro del muchacho, lo abrazó, lo besó, convocó a los trabajadores de las haciendas, diciéndoles:

—Servidores fieles de mis tierras, preparad el banquete más espléndido de que haya recuerdo en mi casa, porque es el día más feliz de mi vida; traed el anillo de oro para sus dedos, y ropa de príncipe para su cuerpo...

Ah, si conocierais al Padre. El es así: comprensión, perdón, cariño.

Si se extravía uno solo de sus hijos, el Padre es capaz de abandonar la tranquilidad de su palacio y salta al mundo, sube colinas y cordilleras, bordea los precipicios, desciende a las hondonadas, vuelve a escalar riscos y atravesar llanuras, hasta que lo encuentra. Entonces lo carga a hombros con todo cariño, y vuelve cantando y silbando a su casa diciendo a todos los vientos que aquel hijo le causaba más alegría que toda la corte celestial. Oh el Padre, si lo conocierais.

¿Os acordáis de aquella viejecita? Perdió una moneda de oro. Buscándola, se metió debajo de las camas, sillas y mesas, y... ¡nada! Cogió una escoba, lo barrió todo ¡y la encontró! Sentía que la alegría la iba a reventar. Salió a la calle gritando: ¡Amigas, vecinas: venid y ayudadme a compartir mi alegría! El Padre es así. Cuando un hijo perdido y querido regresa a la casa, es tanta la alegría que siente el Padre, que convoca a todas las orquestas de los paraísos diciendo: Amigos, yo estaba muerto de pena por la ausencia de mi hijo; pero acaba de regresar y siento que el corazón se me sale de alegría; acompañadme y celebremos todos juntos...

Mirad ese sol. ¿Creéis que el astro rey tan sólo inunda y fecunda los campos de los buenecitos? Esa bola de fuego también da vida y esplendor a los campos de los trai-

dores, mentirosos y blasfemos. El Padre es así. ¿Y esa lluvia? Gracias a ella los desiertos se visten de verdor y los árboles de frutas de oro. ¿Creéis que hay discriminación y que la lluvia cae mansamente tan sólo sobre los campos de los elegidos? Os equivocáis. Cae también sobre los campos de los bribones, granujas y vividores. El padre es así: devuelve bien por mal. Si lo conocierais...

* * *

Un día me levantarán en vertical sobre una cruz, entre cielo y tierra. El sol me abandonará. Me abandonarán también todas las realidades: el prestigio personal, los amigos, los resultados de mis trabajos. Seré el exiliado de todas las patrias y de todos los bienes. Pero no importa; no estaré solo porque «el Padre siempre está conmigo» (Jn 8,29).

Ya llegó mi hora por la que tanto tiempo suspiré. Estoy viendo la escena que va a suceder: como bandada de palomas asustadas, todos vosotros os dispersaréis precipitadamente en mil direcciones, tratando cada uno de salvar su pellejo; todos me abandonaréis y yo quedaré solo a merced de lobos voraces. Pero «no importa; no quedaré solo, no; el Padre estará conmigo» (Jn 16,32).

Esta es la permanente temperatura interior de Jesús: siempre de cara a su amado Padre. El Hijo mira al Padre y el Padre mira al Hijo, y esa mirada mutua se transforma en un manto de cariño que envuelve a los dos en un gozo infinito. ¿Fracaso? ¿Agonía? ¿Calvario? Pueden rugir afuera las tormentas. Sus embates no llegarán al lago interior, salvo algunas ráfagas como en Getsemaní.

Esta es, según me parece, la razón por la que Jesús atravesó las escenas de la Pasión con tanta dignidad y paz. Durante toda su vida, Jesús no hizo otra cosa sino cavar un pozo infinito para que el Padre querido lo colmara por completo.

En el cenáculo, en la noche de la despedida, debió estar Jesús más inspirado que nunca. Fue como si un río hubiese salido de cauce: todo se inundó de emoción. Fue una noche iluminada: el Señor abrió de par en par las puertas de su intimidad, y allá no se vio otra cosa que una estancia infinita de soledad, poblada por un solo habitante: el Padre.

Esa fue la razón por la que les dijo: De ahora en adelante, os llamaré «amigos». ¿Sabéis por qué? Porque un amigo es *amigo* de otro hombre cuando el primero manifiesta al segundo los secretos arcanos de su corazón. Y yo les descubrí las interioridades más recónditas y ustedes ya han contemplado cuál es el único y gran secreto de mi vida: el Padre.

Y como cuando de una persona se apodera una obsesión sagrada, el Maestro repetía sin cesar el nombre del *Padre*:

En la casa de mi *Padre* hay muchas mansiones.

Me voy al *Padre*.

Nadie va al *Padre* si no es por mí.

El *Padre* es más que yo.

Yo soy la vid, el *Padre* es el viñador.

Salí del *Padre* y al *Padre* regreso.

Padre mío, llegó la hora.

Padre Santo, ahora vengo a ti.

Padre Justo, glorifica a tu Hijo...

Nunca nadie pronunció ni pronunciará este Nombre con tanta veneración, tanta ternura, tanta confianza, tanta admiración y tanto amor. ¿Qué contemplativo habrá en el mundo que nos pueda decir algo de lo que vibraba en el corazón de Jesucristo cuando tantas veces repetía esta palabra aquella noche? ¿Quién podrá describir la expresividad de aquella mirada, hecha de admiración y cariño, cuando, al principio del capítulo 17, levanta Jesús los ojos para pronunciar la oración de despedida?

Los apóstoles debieron contemplarlo en ese momento tan radiante, tan iluminado, tan embriagado, que Felipe, asumiendo y resumiendo el estado de ánimo de los demás, viene a decir: Maestro, basta de palabras, has encendido un fue-

go ardiente dentro de nosotros y nos sentimos desfallecer de nostalgia; descorre el velo y muéstranos al Padre en persona porque queremos abrazarlo.

En los días de evangelización, al hablar con tanta inspiración, levantó en el corazón del mundo un anhelo profundo hacia el Padre. Por eso los hermanos de las primeras comunidades se sienten como caminantes arrastrados por la nostalgia de la casa paterna, «lejos del Señor», como desterrados que siempre sueñan en la patria añorada (2 Cor 5,1-10; 1 Pe 2,11) hasta que, en el gran *día de la liberación* que es la muerte, aparezca en todo su esplendor ese bendito Rostro.

Más allá de las metáforas, Jesús nos presenta la *salvación* como un vivir perpetuamente en la casa del Padre, mientras que la condenación es un quedar para siempre fuera de los muros dorados de esa casa.

¿El infierno? Es ausencia del Padre, soledad, vacío, nostalgia irremediable. Estos conceptos tan elevados y espirituales nunca los hubieran comprendido aquellos discípulos si anteriormente no les hubiese infundido un gran anhelo por el Padre.

La vida eterna consiste en que «te *conozcan* a ti, único Dios verdadero» (Jn 17,3). Todo el problema de la salvación o de la condenación gira en torno a la ausencia o presencia del Padre.

¿*Sheol*? ¿Aniquilación? ¿La nada? No. La muerte es un «entrar en el gozo del Señor» (Mt 25,21). ¿El cielo? El cielo *es* el Padre; el Padre *es* el cielo. ¿La casa del Padre? La Casa *es* el Padre; el Padre *es* la Casa. ¿La patria? El Padre *es* la Patria entera.

¿Jesús de Nazaret? Fue el Enviado para revelarnos al Padre y para tratar a todos como el Padre lo trataba a El.

Si entramos dentro de Jesús, bajamos hasta los cimientos de su persona y exploramos allá los impulsos que dan origen a sus inclinaciones y aspiraciones, a sus intenciones y deseos, y, sobre todo, si nos ponemos a buscar el resorte secreto que nos explique tanta grandeza moral, no encontraremos otra cosa sino el *abandono*, cumplir la voluntad de su Padre.

Esta es su alimentación y respiración. La voluntad del Padre sostiene y da sentido a su vida. Vivió como un niño pequeño y feliz, llevado por los brazos de su Padre: «Aquí estoy para hacer tu voluntad. Lo quiero, Dios mío, y tu ley la llevo en mis entrañas» (Sal 39).

Más tarde veremos cómo esta actitud incondicional de abandono origina esa energía, alegría y seguridad con los que lo vemos vivir y actuar. También habremos de ver que este mismo abandono enriqueció poderosamente su personalidad, haciéndolo un testigo insobornable de Dios, lleno de grandeza y valentía. El abandono, en fin, es la actitud espiritual original del Evangelio.

Una ofrenda

Para Jesús, abandonarse significó salirse de su propio interés y entregarse al Otro, posando confiadamente su cabeza y su vida toda en las manos de su querido Padre.

El acto de abandono es, pues, una transmisión de dominio, un dar el «yo» a un «tú». Es un gesto «activo» por-

que hay una ofrenda total de la propia voluntad a la voluntad del ser querido.

No se trata, pues, de meterse con resignación en la marcha fatal de los acontecimientos. Abandonarse es entregarse con amor a Alguien que me quiere y lo quiero, y porque lo quiero, me entrego.

* * *

La reflexión teológica de la primera comunidad cristiana imaginó de esta manera el destino histórico de Jesús: al entrar en este mundo, el Señor se encontró con un solemne arco de entrada. Y sobre el frontispicio de ese arco estaban escritas, como una declaración de principios que resumía el sentido de su vida, estas palabras:

«He aquí que vengo, oh mi Dios,
para cumplir tu voluntad» (Heb 10,7).

La primera generación cristiana veía en Jesús eminentemente al Siervo de Dios, aquel *pobre de Dios* metido de lleno en la espiritualidad de los *anawim*, aquellos que no preguntan ni cuestionan ni resisten ni se quejan, sino que se abandonan, en silencio y paz, a los designios del Señor según se van manifestando en los hechos de la historia. Según aquella declaración, Jesús no vino principalmente para evangelizar, ni siquiera para redimir, sino para dar cabal cumplimiento a la voluntad del Padre. Al renunciar a su voluntad para asumir la voluntad del Padre, Jesús se liberaba de sí mismo. Al quedar liberado de sí mismo, era constituido Libertador.

Soy Siervo porque «no puedo hacer nada por mi propia voluntad» (Jn 5,30). No soy un líder. Soy un Enviado. No puedo tomar iniciativas arriesgadas. No soy un profeta ni un mensajero, ni siquiera un redentor; soy simplemente un Hijo sumiso y obediente; soy un «alerta», una «atención» abierta permanentemente a lo que desea mi Padre porque solamente para eso he sido enviado (Jn 6,38).

El Padre me quiere tanto porque cumplo su voluntad

(Jn 10,17). He aquí el misterio completo de esa *relación única* entre el Hijo y el Padre: existe entre los dos una concordancia total de voluntades porque se aman tanto; y se aman tanto porque existe esa concordancia de voluntades. En una palabra: el amor oblativo y el amor emotivo convergen y se identifican.

Y ligados por el vínculo de una única voluntad, los dos viven recíprocamente el amor y la ternura no solamente en la dulzura de la intimidad sino también en los momentos de espanto y pánico (Mt 26,37). Y así, la dulce palabra *Abbá* (oh querido Papá) fue repetida desgarradoramente en el monte de los olivos, en la noche de la gran prueba, en un momento de terror y náusea: «Abbá, todo es posible para ti; por favor, aparta de mí este cáliz; pero no se haga lo que yo quiero sino lo que quieras tú» (Mc 14,36).

Según una escuela de cristología, el trato de Jesús con su Padre se desenvolvía en estado de alta emocionalidad. Ello resulta evidente si nos atenemos a los textos evangélicos y a la estructura de personalidad del mismo Jesús. Nunca me cansaré de repetirlo: la capacidad oblativa de un creyente está en proporción a su capacidad emotiva cuando ésta es canalizada debidamente. Francisco de Asís se despojó hasta el vacío total para poder amar a todo el mundo por estar constituido de una gran capacidad emotiva que la orientó admirablemente. Si Jesús asumió heroicamente la voluntad paterna fue debido a aquella corriente de cariño que circulaba entre los dos.

* * *

Maestro, come algo porque seguramente tienes hambre. Es verdad que tengo hambre; pero tengo también un alimento diferente que vosotros no podréis adivinar. Mi pan de cada día es la voluntad de mi Padre (Jn 4,34). Ese pan sostiene mi vida.

Y esa voluntad se manifiesta en los pequeños detalles de cada día. Y hoy, Jesús asiste con toda naturalidad a una fiesta de boda. Allí alterna con la gente sencilla y comparte la alegría de todos. Al día siguiente va caminando hacia Cafarnaúm durante todo el día. A lo largo del camino ayuda

a los pescadores, alterna con los publicanos, perdona a la pecadora, se divierte con los niños. Hoy se preocupa de los que tienen hambre en el estómago. Mañana se preocupará de los que tienen hambre en el corazón. Siempre tranquilo, confiado, incansable, completamente entregado en las manos amantes y amadas de su Padre. Jesús es un Hijo feliz. Soy libre porque estoy disponible. ¡Hágase tu santa voluntad en los cielos, en la tierra y en todas las latitudes! ¡Glorifica tu Nombre, oh Padre!

Soy un simple enviado. El agricultor, que es mi Padre, me dio un encargo: Hijo mío, siembra. Cumpliendo su encargo, derramé a voleo semilla abundante por todas las tierras. Pero, ¿sabéis lo que sucedió? Lo de siempre: una parte de la semilla cayó sobre los caminos pelados, vinieron los gorriones y se la limpiaron. A esto llaman, vulgarmente, tiempo perdido. Se le llama también fracaso, al menos, fracaso parcial. Pero en mi caso no corre esa palabra porque el Padre no me dijo «hijo mío, tráeme a la Casa una cosecha espléndida», sino que me dijo «siembra». Ya cumplí su voluntad. El resultado —la cosecha— depende de El.

Otra parte de la simiente derramada cayó en terreno pedregoso. Nació el trigo. Pero la furia del sol y las malas hierbas acabaron con el trigo recién nacido. ¿Fracaso? El incremento y el resultado dependen del Padre. Yo estoy en paz porque he cumplido su voluntad: sembrar. No existe fracaso para quien se abandona.

Mañana vendrán los colaboradores a decirme:

—¡Cuidado, sembrador! Anoche llegaron tus enemigos, vestidos de sombras nocturnas, sembraron la cizaña en medio del trigo y desaparecieron entre las tinieblas. Ahora brotará la cizaña que acabará con el trigo. ¿Quieres que arranquemos la cizaña antes de que sea tarde?

—Vamos despacio, amigos. Si mi Padre quiere ser consecuente consigo mismo: si colocó la libertad, como espada de doble filo, en el corazón del hombre, espada que puede generar vida o muerte, y si el Padre quiere respetar su propia criatura, yo no puedo tomar iniciativas en esto. Son asuntos del Padre. Dejad la cizaña en medio del trigal. En el día final el Padre pondrá todo en orden. «Yo no puedo

hacer nada por mi propia cuenta..., porque no busco mi voluntad sino la voluntad del que me envió» (Jn 5,30).

«Para Jesús, Dios no es objeto de pensamiento especulativo. Dios no es para El ni un ente metafísico ni la fuerza cósmica ni la ley del universo, sino la voluntad personal, voluntad santa y llena de gracia.

De Dios habla Jesús sólo en cuanto Dios emplaza la voluntad del hombre y determina su existencia presente por su mandamiento, su juicio, su gracia.

Así, pues, el Dios lejano es para El a la vez el cercano, por cuanto el hombre llega a aprehender su realidad, no saliéndose de su realidad concreta sino, por el contrario, volviéndose hacia ella...

Lo que Jesús aporta es el mensaje del inminente reino de Dios y de la voluntad de Dios. Habla de Dios hablando del hombre, y haciéndole ver al hombre que está en la última hora, en trance de decisión, que su voluntad está emplazada por Dios» (1).

Cuando los discípulos que habían ido para preparar el alojamiento fueron expulsados de Samaría, al instante se irguió la muralla roja de la resistencia, exigiendo venganza y fuego. No sabéis lo que decís. No es el espíritu de mi Padre quien habla por vuestra boca, sino el espíritu maligno del Rencor. No vine a destruir sino a construir. Si mi Padre permite la resistencia de Samaría, nosotros no podremos sacar la espada de la venganza. ¿Resistir? No. Abandonarnos. (Lc 9,55).

¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas...! Jesús se quiebra emocionalmente (Mt 23,27). Tal como aparece en los evangelios, Jesús es el hombre que no tiene la más mínima consideración consigo mismo y es incapaz de compadecerse de sí mismo. Esencialmente es un pobre de corazón: no tiene intereses personales ni rinde culto a su propia imagen. Por eso fue libre, temerariamente libre. Por eso también procedió siempre sin tino «político» y jamás actuó calculadamente como quien busca la adhesión de los demás. Fue insobornable porque en el juego de la vida no se jugó nada

(1) RUDOLF BULTMANN, *Jesús*, Sur, Buenos Aires 1968, 107.

—porque nada tenía—; lo apostó todo, eso sí, por el Otro. Acabó como le correspondía: rechazado y crucificado. Si ahora llora no es por sí mismo sino por el Padre, ante quien la capital teocrática cerraba obstinadamente todas las puertas.

Pues bien: llorando, triste y todo, Jesús no se encarama sobre nubes de anatemas y fuego, sino que se abandona entre lágrimas como un niño frágil ante el misterio de la impotencia de la omnipotencia divina.

¿Qué es eso, Pedro? ¿Organizar con espadas una resistencia en contra de estas tropas de asalto? Si yo quisiera, ahora mismo tendría a mi disposición poderosas legiones de ángeles que, en un instante, aniquilarían a este puñado de mercenarios. Pero ¡cuántas veces tengo que decir que lo que se ve es una cosa, y otra cosa lo que no se ve! Lo que aquí se ve es una mezquina confabulación religioso-político-militar promovida por un tipo frustrado y resentido como Caifás. Esto es la superficie, la apariencia. La realidad —que siempre está oculta detrás de lo que se ve— es la voluntad de mi Padre que permite esta conjugación de hechos, que ya estaban consignados en la Escritura. Devuelve a su lugar la espada, Pedro. Y vamos a abandonarnos a los designios del Padre (Mt 26,52).

Y, dirigiéndose a los asaltantes, les dice: Habéis salido armados hasta los dientes, como si fueseis a capturar a un famoso delincuente internacional. En el templo, cuando yo hablaba, erais los oyentes más asiduos, y jamás os atrevisteis a tocarme ni con el pétalo de una rosa. En cambio, ahora os atrevéis. No sabéis por qué suceden así las cosas. Yo sí lo sé: desde tiempos antiguos mi Padre decidió que así tenían que suceder las cosas, y así quedó consignado en la Escritura. Bajad las espadas; aquí no hay resistencia. Soy yo quien me entrego voluntariamente (Mt 26,55).

Estando un día enseñando en una casa de Cafarnaúm, llegaron sus familiares y le comunicaron: Oye, tu madre y tus hermanos están fuera y preguntan por ti. Jesús replicó: ¿Mi madre? ¿Quién es mi madre? Todos vosotros sois mi madre. Y os digo más: todos los que toman en serio la voluntad de mi Padre realizan entre sí el prisma completo de

la consanguinidad. La voluntad del Padre es el motor totalizante y nivelador (Mc 3,31).

En el último día vendrán los viejos amigos golpeando las puertas y gritando: Señor, Señor, ábrenos las puertas del paraíso porque nosotros comimos y bebimos contigo. El les responderá: No a los que se emocionan sino a los que asumen en silencio la voluntad de mi Padre, se les abrirán las puertas del paraíso (Mt 7,21).

«Hágase la voluntad de Dios: éste es el denominador común del Sermón de la Montaña. Se acabó toda relativización de la voluntad de Dios. Ya no vale el entusiasmo piadoso ni la pura interioridad; sólo la obediencia de sentimiento y acción. El hombre es personalmente responsable ante el Dios cercano, el Dios que llega. Sólo cumpliendo la voluntad de Dios decididamente y sin reservas participará el hombre en las promesas del reinado de Dios» (2).

Preludio

Así habló Jesús. Así vivió también. En los últimos días, sin embargo, sufrió Jesús una crisis, preludio de la gran crisis que habría de experimentar en la noche oscura de Getsemaní. Era el día siguiente de la entrada solemne en Jerusalén. Los griegos, venidos de la diáspora, querían entrevistarle. El Maestro se embarcó en metáforas extrañas. Dijo, por ejemplo, que para vivir hay que morir, que la vida del trigo nace de la muerte del trigo.

Y, de repente, el sobresalto, como un escuadrón de muerte, se apoderó de improviso de su corazón. Se asustó. Vaciló. Por un momento se echó atrás. Fue una crisis momentánea.

Este momento de confusión está consignado en Juan (Jn 12,27-28). Probablemente, Juan —que no constata la crisis de Getsemaní— trae aquí la síntesis de aquel gran drama. Sea como fuere, en los dos versículos se alternan y se persiguen, como relámpagos nocturnos, cuatro escenas con cuatro reacciones antitéticas. La contradicción tomó posesión del

(2) HANS KÜNG, *Ser cristiano*, Cristiandad, Madrid 1978, 310.

alma de Jesús y la desintegró. Fue la crisis de la contradicción.

«Ahora mi alma se siente turbada.

¿Y qué diré?: Padre, líbrame de esta hora.

Pero, si para esto he venido.

Padre, glorifica tu Nombre» (Jn 12,27-28).

En la turbación sucede lo siguiente: toda propiedad amenazada sacude al propietario, diciéndole: Defiéndete. Entonces el propietario libera energías para la defensa de las propiedades. Eso es la turbación. La primera y primaria propiedad del hombre es la vida. Al sentir amenazada su vida, Jesús se turba.

En la segunda escena, asomó entre sombras azules el rostro del miedo: tener que morir. Lo ignoto. El absurdo: una vida que acaba así, casi sin sentido, intempestivamente. ¡Era demasiado! ¿No habrá otra manera de salvar? ¿Por qué tiene que ser precisamente este cáliz? Líbrame de esta Hora; al menos, postérgala.

En seguida, como quien despierta bañado en el sudor de una pesadilla, Jesús abre los ojos, sacude la cabeza como para ahuyentar malos sueños, y deja caer aquella palabra que resonó en sus abismos más profundos: Recuerda, Hijo de María: para esto vine; ésta es mi Hora.

Y, ya libre del miedo y respirando tranquilo, levantó sus ojos para decir: ¡Sí, Padre! Hágase tu voluntad. Sea glorificado tu Nombre.

Nadie me quita la vida

¿Qué sucedió en el alma de Jesús en las horas de la Pasión? En cuanto transcurrían las escenas, mientras el Reo era llevado de tribunal en tribunal, ¿habría Jesús sufrido algún desfallecimiento? Cuando se pronunció la sentencia «irás a la cruz», ¿habría tenido Jesús algún «arrepentimiento», como el de aquel que dice: ¡Qué lástima! Si no hubiera cometido aquella temeraria imprudencia, si no hubiera soltado aquellos anatemas, no estaría yo, ahora, en esta situación...?

Humanamente hablando, ¿pudo Jesús haber evitado la muerte? ¿Pudo haber interrumpido la cadena de los hechos? Cuando sintió la proximidad de los perseguidores, ¿por qué no se escapó a las alturas del Golán o a las montañas de Samaría? ¿Le faltó a Jesús estrategia defensiva, técnicas de repliegue, sentido de orientación, o quizá un consejo atinado? ¿Es que, quizá, usaron con él la táctica de la sorpresa y, cuando se dio cuenta, ya estaba cercado, sin posible salida?

Betania, a pocos kilómetros de la capital, ¿era un lugar de descanso o era un refugio contra los detectives del Sane-drín? ¿Por qué no quedó callado en las últimas semanas? Al sentir el rencor del Sanedrín en contra suya, ¿por qué no se retiró a Galilea por un tiempo, hasta calmar los ánimos? ¿Por qué siguió hostigando y desafiando a las autoridades hasta el último momento? Cuando Caifás y Pilato, respectivamente, lo invitaron a defenderse, ¿por qué permaneció en silencio?

* * *

¿Qué sucedió realmente: un desarrollo normal y fatal de los acontecimientos históricos, o una decisión libre y voluntaria de Jesús? ¿Lo metieron o se metió?

Me explico. El río de la historia bajaba desde lejos, desde antes de nacer Jesús, arrastrando factores concretos: los altibajos de la política de Israel, el imperialismo romano, la estructura temperamental de personas concretas como Caifás y Judas, iniciativas de la política contingente del Sane-drín, etc. Todos estos factores, en una ciega combinación, fueron desenvolviéndose como las aguas del torrente, envolvieron a Jesús y lo arrastraron a la muerte. ¿Fue eso?

Todo eso existió, ciertamente. Pero sólo con eso no habría habido redención. Era necesario que Jesús asumiera, libre y voluntariamente, todo eso. Aquellos acontecimientos eran *historia*, pero no *historia de la salvación*. Para que hubiese salvación, Jesús tenía que infundir un «alma» a aquellos sucesos externos.

La fatalidad histórica y la muerte derrotaban a Jesús, o Jesús derrotaba a la muerte. Al sentirse cercado y perdido,

Jesús pudo haber reaccionado resistiendo, defendiéndose. Pudo haber muerto blasfemando contra el Sanedrín. En este caso no habría habido salvación. Jesús pudo haber mirado los hechos desde una perspectiva sociopolítica o psicológica, como quien dice: Todo comenzó por la reacción envidiosa de un tipo frustrado como Caifás, se consumó con la reacción cobarde de un tímido inseguro como Pilato, y todo estaba combinado con el hecho de que mi muerte traía buenos dividendos políticos para los unos y los otros. Si Jesús hubiese «mirado» así los hechos, se hubiese sentido arrollado y derrotado por la fatalidad ciega de la historia, y no habría habido gesta de salvación.

Pero no fue así. Jesús no se fijó en los fenómenos sino en la *realidad*. No analizó los hechos superficialmente sino que, detrás de aquella tempestad, vio el Rostro del Padre. No se rindió a los hechos sino a la voluntad del Padre. Para el Padre nada es imposible. En términos absolutos, el Padre pudo haber irrumpido en la cadena de los acontecimientos e interrumpir aquella marcha histórica. Si no lo hizo, fue porque su voluntad permitió que todo siguiera su curso y que su Hijo desapareciera quemado sobre la pira de un desastre.

La diferencia entre fatalidad ciega y muerte redentora estaba en que Jesús tenía que ver (o no) en todo aquello la voluntad del Padre y *asumirla* (o no).

Frente a los hechos consumados o el acontecer inevitable en que el hombre no puede alterar nada, Jesús ve y asume la voluntad del Padre. Con esta actitud, Jesús se libera del miedo y es constituido Libertador. Como nos dirá Pablo, Jesús se entregó, sumiso y obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Debido a eso, Jesús no sólo es liberado de la muerte sino que recibe la categoría de Libertador de la Humanidad y Señor del Universo. De esta manera realiza Jesús su misión y transforma los acontecimientos históricos en la etapa decisiva del Reino de Dios.

* * *

No nos importa tanto la pregunta: ¿Pudo Jesús haber evitado la muerte? Si pudo haber evitado la muerte y no lo hizo, permitió que la muerte se apoderara de él, aunque sin buscarla. Hay muchos datos evangélicos que confirman la impresión de que no quiso evitar la muerte, como hemos dicho más arriba. Por ejemplo, el hecho de que siguiera hasta el final desafiando a las autoridades y, en lugar de dar tregua en el combate huyendo a otras provincias, permaneciera ahí, al alcance de la mano de los perseguidores; no abrió la boca para defenderse en las dos oportunidades en que fue invitado a defenderse, dando la impresión de que no le importaba morir.

Sin embargo, no era esto lo importante. Lo decisivo era otra cosa: hubiera podido evitar la muerte o no, de todas maneras murió voluntariamente porque asumió todo aquello, considerándolo como expresión de la voluntad del Padre. Los hechos consumados o inevitables no se ensañaron con él como si fuera una víctima impotente; no se ensañaron porque no resistió. Se entregó sin violencia a la violencia de los hechos, entregándose en paz y silencio en las manos de Quien permitió todo esto.

* * *

Por eso Jesús atravesó las escenas de la Pasión con tanta dignidad y paz. Los cuatro evangelistas abundan en detalles, confirmando esta impresión. Y si con todos esos detalles hiciéramos una síntesis, y si esta síntesis la expresáramos en un cuadro pictórico, tendríamos el famoso cuadro del *Cristo de Velázquez*.

Ese cuadro es la respuesta histórica y pictórica a la pregunta sobre la voluntariedad de la Pasión, de parte de Jesús: con los brazos abiertos, entregado en las manos del mundo, de los hombres, de Dios, abandonado, dormido, muerto, ¿satisfecho?, sí, con la satisfacción de haberse *dado* todo. Hay en ese rostro, medio cubierto por la cabellera negra, con los ojos cerrados, una paz infinita, una serenidad imperturbable, ¿cómo decir?, una extraña dulzura. Ciertamente este muerto no ha peleado con la muerte. Aquí no ha habido ni combate ni resistencia. Sobre el vértice de esa cruz podría-

mos poner un rótulo: «misión cumplida». Y aquella otra inscripción: «nadie me arrebató la vida; soy yo quien la da voluntariamente... Porque éste es el encargo de mi Padre» (Jn 10,17).

La gran crisis

En la actitud de abandono, mantenida sin vacilación por Jesús durante toda su vida, hubo una fuerte caída emocional.

A lo largo de su vida, Jesús había sido la respuesta plena y fiel del Hijo al Padre. Fue el «testigo fiel y veraz» (Ap 3,14). Siempre me llama la atención la forma en que el autor de la *Carta a los Hebreos* presenta a Jesús como modelo de fidelidad en medio de las fragilidades y tentaciones en las que estuvo envuelto, y en las que nosotros también estamos envueltos. Nos invita a tener «los ojos fijos en Jesús» (Heb 12,2). «Fijaos en aquel que soportó la contradicción, para que no desfallezcáis desanimados» (Heb 12,3).

Jesús, pues, comenzó por recorrer todos los *caminos del hombre* hasta el final, excepto el pecado. Fue «en todas las experiencias humanas igual que nosotros excepto en el pecado» (Heb 4,15). Tenemos, pues, un Hermano al que le ha costado mucho ser plenamente fiel al Padre, y eso es enormemente consolador para nosotros.

Al encarnarse, se privó del resplandor de la Gloria divina, «aquella gloria que tenía antes de que el mundo existiese» (Jn 17,5). Con el hecho de la Encarnación renunció a todas las ventajas de ser Dios y se sometió a todas las desventajas de ser hombre. Se experimentó a sí mismo con todas las limitaciones humanas como la ley de la contingencia, la ley de la transitoriedad, la ley de la mediocridad, la ley de la soledad y la ley de la muerte.

En una palabra, se aceptó a sí mismo como *hombre*; y se aceptó sin evasiones ni compensaciones, sin recurrir a su divinidad en los momentos de apuro. Nunca aprovechó su potencia divina para utilidad propia; sí, en cambio, para la utilidad de los demás. Fue completamente *fiel* al hombre. Nunca «traicionó» su condición humana. Todo esto queda reflejado cuando la Escritura dice que Jesús «descendió» has-

ta la condición de siervo, hecho igual que cualquier hombre (Flp 2,5ss).

* * *

Pero, en esta experiencia humana, le faltaba a Jesús el trago más amargo: la muerte.

No tiene ninguna gracia el mantenerse erguido como un álamo en una tarde serena. El mérito de la fidelidad está en permanecer en pie cuando todas las tempestades combaten sin tregua. Y fue precisamente ahora, en la hora de la Gran Prueba, cuando Jesús se abandonó a la voluntad del Padre con pureza y radicalidad, sin distinguos ni atenuantes. Fue el momento de la Alta Fidelidad.

En Getsemaní, Jesús se transformó en el *gran miserable*, no en el sentido de que se cargó con todas las miserias humanas sino en el sentido de que experimentó la *miseria de sentirse hombre* hasta la última limitación de la contingencia humana, hasta sentir cobardía, la náusea y la contradicción. Descendió a los niveles más remotos de la condición humana.

Distinguió con aterradora claridad dos voluntades que se enfrentaron violentamente entre sí. Jesús venía a ser en este momento un campo de batalla donde dos fuerzas antagónicas libraban su combate final: «lo que quiero yo» y «lo que quieres tú».

* * *

Ante la imaginación viva y sensible de Jesús apareció, muy cerca, el rostro de la muerte; mejor, el miedo de la muerte.

Es fácil teorizar sobre la muerte, e inventar bonitas filosofías, cuando ella no aparece a nuestra vista. Puede, también, que la muerte, en sí misma, sea un vacío, un algo tan insustancial como la palabra *nada*. Pero somos nosotros los que damos «vida» a la muerte, poblando ese vacío con nuestras fantasías y miedos. Sí. Nosotros «vivimos» la muerte. En Getsemaní, Jesús «vivió» la muerte.

Todo lo que vive —vegetal, animal, hombre— tiene me-

canismos apropiados para no extinguirse. Es el instinto de conservación: son poderosas fuerzas defensivas, más fuertes en el animal que en el vegetal y mucho más fuertes en el hombre que en el animal. Un animal, una vez que entra en el proceso de extinción, se deja morir, no resiste, se apaga como una vela: la muerte «se realiza» en él.

Sólo en el hombre existe la agonía, porque el humano toma conciencia de la extinción y la resiste. Sólo el hombre *muere*. El animal *se muere*. Para muchos, la vida es una lenta agonía, sobre todo en los años del ocaso, porque viven dominados por el miedo.

Por otra parte, la muerte es la región ignota y la mente teme siempre a lo ignorado. Con la muerte quedan definitivamente cortadas tantas cosas bonitas: no poder disfrutar más de la alegría de este sol, de esta primavera («ahora que llega la primavera, tener que morir», me decía una persona), de esta amistad, del aprecio que tantas personas me profesan, no poder soñar más, no poder hacer felices a los demás, nunca más poder ver ni tratar a los familiares, amigos, conocidos... En una palabra, es la Gran Despedida: me voy; y nadie puede «venir» conmigo.

Una vez muerto, el hombre nada sufre con estas despedidas. Mientras vive es cuando el ser humano va «viviendo» la desgarradura de todas las despedidas. Y como el miedo es la defensa de las propiedades, y como con la muerte se nos escapan todas las propiedades, es natural que la proximidad de la muerte cause el supremo miedo que, a su vez, no es más que la máxima descarga de energías para la defensa de la propiedad general de la vida.

* * *

Todo esto vivió Jesús en Getsemaní; pero lo vivió en *alto voltaje* porque allá convergían otras circunstancias que hacían mucho más desgarradora aquella partida.

Para el que se enfrenta a la proximidad de la muerte como Jesús, tiene que constituir motivo de consolación el comprobar que mucha gente va a sentir mucho aquella muerte, y la lamentarán y la llorarán. La soledad —fenómeno esen-

cial de la muerte— puede quedar parcialmente aliviada con esta solidaridad.

Pero en el caso de Jesús no había tal solidaridad, sino hostilidad e indiferencia. Con ese desastre, la mayoría se alegraría o quedaría completamente indiferente. Símbolo de esto último eran sus discípulos, dormidos tranquilamente mientras él se debatía en una trágica agonía. Un hombre, en estas circunstancias, tiene que sentirse absolutamente infeliz y miserable. ¡Cómo no sentir hastío y náusea!

Además, todo aquello tenía un aspecto de absurdo. Si yo asumo, con sudor y sangre, este trago amargo para salvar a éstos, y si a éstos no les importa nada tal salvación, ni la reconocen ni la agradecen, es que estamos en el colmo del ridículo. ¡Es un holocausto inútil!

* * *

El Nuevo Testamento nos presenta aquel combate, encajado dentro de un contexto vital que asusta y espanta. El evangelista médico nos habla del sudor de sangre, fenómeno que la ciencia denomina *hematidrosis*. El corazón es un poderoso músculo que tiene por función bombear sangre. Está transido de fibras nerviosas motoras justamente para mantener el músculo en perpetuo movimiento. Cuando la situación emocional sube a alta presión, ese noble músculo puede comenzar a bombear con tanta violencia y rapidez, que pueden reventarse los capilares, produciéndose el sudor de sangre. Así, pues, el fenómeno físico no es más que un eco lejano de las altas temperaturas interiores.

La *Carta a los Hebreos* recogió, guardó y consignó una tradición muy emotiva según la cual Jesús suplicó al Padre, en aquella noche, «con clamores y lágrimas» (Heb 5,7). Marcos nos informa que invocaba a Dios con la palabra *Abbá*, expresión de máxima ternura (Mc 14,36). Y Mateo agrega que oraba «caído en tierra» (Mt 26,39). ¡Extraño!, porque los judíos oraban invariablemente de pie. Se podría interpretar esta posición como la del que ha sido abatido por el vendaval. ¿Quién entiende este conjunto misterioso: lloran-

do y gritando como un niño rebelde, no obstante con palabras de ternura, azotado y derribado por el espanto?

Los sinópticos nos transmiten todas las características de una agonía. Por eso Jesús declara sentir «tristeza de muerte» (Mt 26,37). Un agonizante es, ante todo, el que no quiere morir: siente terror por la muerte. Los evangelistas (Mc 14,33; Mt 26,37) traen la palabra *pavor*, que significa lo mismo. Al mismo tiempo, el agonizante se siente tan mal física y psicológicamente que no le gustaría seguir viviendo. Siente *tedio* (expresión de los evangelistas) por la vida. *Náusea*, decimos vulgarmente. Si no quiere morir, si no quiere vivir, el agonizante es un ser desintegrado por fuerzas contradictorias que tiran de él en diferentes direcciones.

Justamente —y esencialmente— eso fue Jesús en aquella noche: un ser estirado brutalmente en dos direcciones por dos fuerzas contrarias: «lo que yo quiero» y «lo que quieres tú».

«Lo que yo quiero» dominó durante el primer tiempo. En nombre de la razón, de la piedad y del sentido común se levantaron todos los interrogantes. La voz de Jesús venía desde las simas más profundas. Cercenar una juventud cuando brillaban tantas esperanzas... ¿Por qué?, Padre Santo, un final sin utilidad y sin sentido, ¿por qué? La vida era tan bonita, Padre, me sentía tan feliz haciendo felices a los demás, y ahora me quitas la alegría de comunicar felicidad, ¿por qué? Un hombre puede perder batallas y ganar una guerra; un hombre puede ganar batallas y perder una guerra, y tú me arrinconas contra esta alternativa, ¿por qué? ¿No me quieres tanto? ¿No eres mi Padre? ¿No es verdad que lo puedes todo? ¿No podrías trocar este cáliz por otro? ¿Por qué tiene que ser precisamente este cáliz?

Y así fueron surgiendo todas las voces de protesta, pero, al final, ya no sé de dónde sacó Jesús las energías oblativas, y degollando todas las voces, dice: Padre mío, hasta ahora sólo palabras necias pronuncié. Mejor, no fui yo quien habló. Habló la «carne». Pero ahora sí; ahora voy a dar *mi palabra*: ¡No! lo que yo quiero; ¡sí! lo que quieres tú.

Los sinópticos precisan que Jesús repetía muchas veces

las mismas palabras. Podemos tener convicciones; pero lo importante es que éstas lleguen al fondo emocional de donde nacen las decisiones. Es posible, también, que Jesús estuviera en aquella noche en suma aridez. Y por eso necesitaba repetir muchas veces las mismas palabras.

Nunca Jesús alcanzó tanta grandeza como en ese momento «obediente hasta la muerte y muerte de cruz» (Flp 2,8). E identificado con «lo que el Padre quiere», se entrega, lleno de paz, en las manos de sus ejecutores.

* * *

¿Qué fue aquel consuelo del ángel? (Lc 22,43). Me aventuraría a interpretar esa escena en su sentido psicológico-espiritual. Jesús resistió la proposición del Padre con «sudor de sangre» (Lc 22,44). Hasta es posible que en algún momento pensara que había arriesgado temerariamente su vida, por ejemplo, con las invectivas contra los sanedritas o con su intervención en el templo. Pero ya estaba cercado. No había escape.

Por fin Jesús abandonó la resistencia y se entregó como un hijo sumiso con el «hágase lo que tú quieras». Y el abandono fue la liberación de la «angustia y el terror» (Mt 26,37) y produjo en el alma de Jesús los frutos habituales de todo abandono: consuelo, paz, tranquilidad, y sobre todo una infinita satisfacción de haber hecho el acto supremo de Amor.

Observemos también que, habiendo estado acobardado en las escenas anteriores, desde el momento en que se abandona en la voluntad del Padre, se levanta animoso, valiente, sereno, dispone a los suyos para el duro momento, El solo se enfrenta con gran serenidad a las tropas pertrechadas de palos, espadas y armas (Jn 18,3). Tal serenidad dejó paralizadas a las tropas de asalto (Jn 18,6).

Desde este momento hasta que expira en la cruz, Jesús es, en los anales de la historia de la humanidad, un caso único de grandeza: todo El parece una ofrenda de amor. No descubrimos ningún rictus de amargura, ninguna queja; avanza a través de las escenas sin resistencias con una paz infinita, con una serenidad invulnerable, aban-

donado como un niño humilde en las manos de su querido Padre en medio de una tormenta de golpes, insultos y azotes.

Lo calumnian: no se defiende. Lo insultan: no responde. Lo golpean: no protesta. Con una tal majestad que los sucesivos jueces parecen reos y su silencio parece el juez. Como una oveja ante el trasquilador, como un cordero que es llevado al matadero. Jesús «es llevado» por la tormenta, abandonado incondicionalmente y confiadamente en los designios de su amado Padre hasta que, como un símbolo del abandono que fue su vida entera, terminará diciendo: «Amado Padre mío, en tus manos entrego mi vida» (Lc 23,46).

Gozo y felicidad

Abandonado en las manos de su Padre, su vida transcurre feliz y gozosa, a pesar de las hostilidades y fracasos. En medio de grandes problemas vive en una profunda y contagiosa paz.

«En paz me acuesto y en seguida me duermo porque tú solo me haces vivir tranquilo» (Sal 4,9).

Si por alegría entendemos la serenidad imperturbable de quien está por encima de las alternativas de la vida, podemos afirmar que a Jesús lo sentimos alegre, feliz.

Uno de los temas permanentes, cuando habla en privado con los discípulos, es el gozo del cual su corazón estaba rebosante como efecto de la cordialidad y confianza con que se abandonaba en la voluntad de su Padre.

No tengáis miedo, no permitáis que vuestro corazón se vea asaltado por la turbación, vivid contentos y felices porque me voy a mi querido Padre (Jn 14,28). Deseo vivamente que participéis de mi gozo y de mi alegría; como el Padre está siempre conmigo y por eso vivo feliz, quisiera haceros partícipes de la misma alegría (Jn 16,12-24).

Shalom —una especie de bienaventuranza plena— es lo que les deja en herencia. «Mi paz os dejo, mi paz os doy» (Jn 14,27). Siempre había vivido envuelto en esa paz (felicidad). Al dejársela como la mayor riqueza, significa que los

suyos lo habían visto vivir (¿con admiración?) en esa serena felicidad, y se la deja a ellos en herencia pero a condición de que también ellos vivan en el mismo estado de fe y abandono confiado en las manos del amado Padre. Sólo una vez Marcos consigna un gesto de impaciencia: «¿Hasta cuándo?» (Mc 9,19).

Aquí está la grandeza original de Jesús y de los cristianos: el poder vivir en medio de los fracasos y tempestades con el alma llena de serenidad y calma, el poder ser profundamente felices viviendo entre adversidades. Este es el fruto más sabroso del sentir a Dios como un querido Padre y del vivir confiadamente abandonados en sus benditas manos.

Permaneced en mi amor como yo permanezco en el cariño de mi Padre, para que yo goce en vosotros y vuestro gozo sea pleno. Ahora vengo a tí, Padre mío, y hablo estas cosas delante de éstos para que también ellos tengan mi gozo cumplido en sí mismos (Jn 17,13). Quiere decir que la finalidad de su vida ha sido hacer partícipes a todos de su profunda felicidad.

* * *

Dejándose llevar confiadamente por el Padre, Jesús de Nazaret ha adquirido una estatura moral única, convirtiéndose en un testigo incorruptible del Padre, lleno de libertad interior.

Por la autoridad con que enseña, por la franqueza con que se dirige a amigos y enemigos, por su proceder en todo momento sin acepción de personas, sin miedo de perder la vida, sin importarle el honor personal, Jesús es un hombre valiente.

Un hombre actúa con soberanía cuando es libre. Cuando el hombre está interiormente lleno de intereses, entonces la inseguridad y los miedos lo agarrotan y hacen de su vida un mendigar aprecio y estima de las gentes enajenando su libertad.

A Jesús lo vemos profundamente libre porque no descubrimos en Él ninguna ansiedad, ninguna necesidad por establecer o aclarar su identidad o su categoría. Sencillamente

se presenta, ni más ni menos, como el Servidor del Padre y de los hombres. Es libre porque no tiene intereses personales. No ha venido a dominar sino a servir y a cumplir la voluntad de su amado Padre.

Confiado, cariñoso, entregado en las manos de su Padre se brinda a todos. Se entrega sin preocuparse de su persona y preocupado de los demás.

Se siente libre para servir a todos sin prejuicios moralistas, sea con paganos o con prostitutas, sentándose a la mesa con publicanos y pecadores. Se siente libre para servir a todos sin prejuicios nacionalistas o patrióticos, a los romanos como al centurión, a los samaritanos que eran considerados como «herejes», a los paganos de Tiro y Sidón y Cesarea de Filipo. Está decididamente por los pobres pero es libre para estar también con los ricos. Está decididamente por la gente humilde pero es libre para atender a fariseos y sanedritas como Nicodemo o José de Arimatea.

Jesús no es «político», menos todavía diplomático. Nunca obró con «tino», con «prudencia» o por cálculos humanos. De otra manera no habría muerto en una cruz sino en una cama. No le importa ni su honor ni su vida sino sólo la gloria de su amado Padre. Se jugó a sí mismo entero y fue consecuente.

Sus propios adversarios hicieron de El una perfecta fotografía psicológica: «Maestro, sabemos que eres sincero y no tienes miedo de nadie, porque no te fijas en respetos humanos sino que enseñas con franqueza el camino que conduce a Dios» (Mc 12,14).

Infancia espiritual

Cuando murió Miguel de Unamuno, entre los manuscritos encontrados sobre la mesa de su escritorio estaban estos versos:

«Agranda la puerta, Padre,
porque no puedo pasar.
La hiciste para los niños,
yo he crecido a mi pesar.

Si no me agrandas la puerta,
achícame por piedad.
Vuélveme a la edad aquélla
que vivir era soñar.»

Nicodemo, hombre sincero pero comprometido con su casta, pide a Jesús una cita secreta y nocturna. «Maestro, sabemos que has venido de parte de Dios.» Como buen fariseo, era especialista en las Escrituras, pero intuye en su interlocutor a un alguien que «sabe» de otra manera las cosas y le pide algo así como una receta secreta, una actitud fundamental y totalizadora para «entrar» en el Reino.

Nosotros hablamos lo que «sabemos» (Jn 3,11), dice Jesús. Efectivamente, Jesús enseña lo que él ha experimentado anteriormente, la vivencia y revelación del *Abbá*, hacerse pequeñito y volver a los brazos del Padre: *hay que nacer otra vez* (Jn 3,7). Hay que regresar a la infancia, sentirse pequeñito y desvalido, esperarlo todo del otro y confiar audazmente en el infinito amor del Padre amantísimo. Así se proclamó la primera bienaventuranza, y sólo a éstos se les ha prometido el Reino.

—¿Qué es esto? ¿Retornar al seno maternal? —pregunta Nicodemo.

—¡Cómo!, ¿eres un doctor y no sabes estas cosas?

Ironía no exenta de cierta extrañeza. Jesús juega con la palabra «saber», y ahí está la clave. En las cosas del espíritu no se pueden «saber» las cosas si no se han experimentado. «Sólo se sabe lo que se ha vivido», decía san Francisco. Y la extraña receta de salvación que Jesús le revela —el re-nacimiento— sólo se puede «saber» si se lo ha experimentado en la intimidad con el querido Padre, de otra manera resulta una paradoja insoportable.

* * *

Salvarse, según Jesús, es *hacerse progresivamente niño*. Para la sabiduría del mundo, esto es algo completamente extraño porque establece una inversión de valores y juicios. En la vida humana, según las ciencias psicológicas, el secreto de la madurez (salvación) está en alejarse progresivamente

de la unidad materna y de cualquier clase de simbiosis, hasta llegar a una completa independencia y en mantenerse en pie sin apoyo alguno.

En cambio, en el programa de Jesús, dentro de una verdadera inversión copernicana, la salvación consiste en hacerse cada vez más dependiente, en no mantenerse en pie sino apoyado en el Otro, en no obrar por propia iniciativa sino por iniciativa del Otro y en un avanzar progresivamente hasta una identificación casi simbiótica, hasta —si cabe— dejar de ser uno mismo y ser *uno* con Dios porque el amor es unificante e identificante; en una palabra, vivir de su vida y de su espíritu. Esta dependencia, por supuesto, es la suprema libertad, como pronto se verá.

«Permanecer niño es reconocer su propia nada, esperar todo de Dios como un niño espera todo de su padre; no inquietarse por nada, no pretender fortuna...

Ser pequeño significa no atribuirse a sí mismo las virtudes que se practican, creyéndose capaz de algo, sino reconocer que Dios pone ese tesoro de la virtud en la mano del niño; pero es siempre tesoro de Dios» (1).

Nos hallamos en el centro mismo de la Revelación traída por Jesús, la revelación del Padre Dios (*Abbá*). El Reino se entregará solamente a los que confían, a los que esperan, a los que se abandonan en las manos fuertes del Padre. Todo-es-Gracia. Pura Gratuidad. Todo se recibe. Para recibir, hay que abandonarse. Sólo se abandonan los que se sienten «poca cosa». Es necesario hacerse pequeñito, niño, «menor». Pero una vez que, abandonándonos, nos hemos colocado en la órbita de Dios, entonces caducan todas las fronteras y participamos de la potencia infinita del Padre amado, de su eternidad e inmensidad.

«Si no os hicieréis como un niño, no entraréis en el Reino de los cielos» (Mt 18,1-4). ¡Hacerse niño! El niño es un ser esencialmente pobre y confiado, confiado porque sabe que a su debilidad corresponde el poder de alguien; en una palabra, su pobreza es su riqueza. De por sí, el

niño no es fuerte ni virtuoso ni seguro. Pero es como el girasol que todas las mañanas se abre al sol; de allá espera todo, de allá recibe todo: calor, luz, fuerza, vida...

Hacerse niño, vivir la experiencia del *Abbá* (querido Papá) no sólo en la oración sino sobre todo en las eventualidades de la vida, viviendo confiadamente abandonados a lo que disponga el Padre, todo eso parece cosa simple y fácil. Pero en realidad se trata de la transformación más fantástica, de una verdadera revolución en el viejo castillo amasado de autosuficiencia, egocentrismo y locuras de grandezas.

«Suceda lo que sucediere, no abandonéis la simplicidad. Al leer nuestros libros podría creerse que Dios prueba a los santos como un herrero prueba una barra de hierro para medir su resistencia.

No obstante actúa sobre todo a la manera de un curtidor que palpa con sus yemas una piel de gamo para apreciar su suavidad. Oh hija mía, sed siempre esa cosa dulce y maleable en sus manos» (2).

* * *

La tecnología ha conquistado y transformado la materia. La psicología pretende haber dominado al hombre. Vana ilusión. A la hora del diagnóstico, el psicoanálisis logra buenos resultados; pero a la hora de la curación (salvación), el hombre, en su profunda complejidad, es una sombra perpetuamente errante, huidiza e inalcanzable. Diariamente somos testigos de la sombría impotencia de las terapias psiquiátricas para cualquier liberación interior.

No se ha inventado otra «ciencia» ni otra revolución para la transformación del hombre que aquella re-revelación traída por Jesús: renunciar a los sueños de omnipotencia, reconocer la incapacidad de la salvación por los medios humanos, tomar conciencia de nuestra poquedad y fragilidad, entregarnos confiada e incondicionalmente en las poderosas manos de Dios, y permitir día tras día, abandonados con

(1) SANTA TERESITA, *Obras completas*, 1405.

(2) G. BERNANOS, *Diálogos de carmelitas*, cuadro II, escena 8.

absoluta «pasividad» en sus manos, ser transformados desde las raíces. Sólo Dios es Poder, Amor y Revolución.

En los medios eclesiásticos ha entrado la obsesión —casi manía— de la liberación interior mediante las ciencias psicológicas, hecho que refleja una profunda depresión de la fe. Reconociendo que estas ciencias son una buena ayuda, si no comenzamos por reconocer a Jesucristo como al único Salvador y el entregarse a su Gracia como la única salvación, iremos de tumbo en tumbo por los despeñaderos de la frustración.

* * *

Jesús, después de hacer una emocionante descripción de cómo el universo y los hombres están en manos de Dios y de decirles que no se preocupen de otra cosa que de apoyarse en el Padre, lleno de alegría acaba diciéndoles: «No tengáis miedo, pequeñito rebaño, porque a vuestro Padre le ha parecido bien el daros el Reino» (Lc 12,32).

«... esa simplicidad del alma, ese tierno abandono en la majestad divina es la meta de nuestra vida que la queremos alcanzar, o volver a hallarla si alguna vez la hemos conocido, pues es un don de la infancia que muy a menudo no la sobrevive» (3).

Este espíritu de infancia tiene sutiles enemigos, difíciles de descubrirse porque se envuelven en piel de oveja. Se han inventado preciosas etiquetas que amenazan el espíritu de la infancia, cuyo espíritu es, por otra parte, tan frágil y vulnerable... Se habla de autorrealización, personalización, independencia, libertad, respeto a la autonomía... Es necesario salvaguardarse contra toda apropiación, poder, suficiencia, actitudes que aparentemente «salvan» y maduran pero que, en realidad, esclavizan y atrofian.

Aparentemente este abandono en las manos de Dios es una actitud pasiva. Pero quien comience a vivirla se dará cuenta de que en ella están contenidas todas las bienaventu-

ranzas. Diría que este espíritu de infancia es la síntesis de todas las virtudes activas. Es como si se hubieran conquistado todas las fortalezas del alma y, una vez sometidas, se abandonaran al querer y obrar del castellano, como dueño único.

* * *

Los setenta y dos regresaron de su primera salida apostólica. Estaban felices y contaban sus «hazañas». Eran casi analfabetos. Entre ellos no había ningún doctor, escriba o *rabbi*. Al escuchar aquellos desahogos, Jesús, tan sensible siempre, sintió una inmensa alegría y dijo: Bendito seas, Padre querido, Señor de arriba y abajo, por haber ocultado las maravillas del Reino a los especialistas y titulados y habérselas revelado a estos pequeñitos. Gracias de nuevo, Padre mío, por haber obrado así (Mt 11,25; Lc 10,21).

Definitivamente la línea de la salvación pasa por el meridiano de los pobres de espíritu y de los humildes, de los que tienen conciencia de su debilidad y están convencidos de la necesidad de ser salvados por el Otro, en cuyas manos se arrojan como niños pequeños con una inmensa audacia.

«La santidad no es tal o cual práctica sino que consiste en una disposición del corazón que nos hace humildes y pequeños en los brazos de Dios, conscientes de nuestra debilidad y confiados hasta la audacia en su bondad de Padre» (Sta. Teresita).

(3) G. BERNANOS, *ib.*, cuadro II, escena 1.

Habla el desaliento.

Soy un hombre encorvado por el peso de la desilusión y la experiencia de la vida. He vivido 50 años, 60 años. Soy un viejo lobo marino. Nada me ilusiona, nada me entristece, todo me resbala; estoy curtido por la vida e inmunizado.

Fui joven. Soñé; porque sólo sueñan los que aún no han vivido. Mis árboles, en aquel entonces, florecían de ilusiones. Cada tarde, sin embargo, había un golpe de viento, y volaban las ilusiones. Me levanté y caí. Volví a levantarme y volví a caer. Sobre el horizonte de mi vista clavé las banderas de combate: Obediencia, Humildad, Paciencia, Pureza, Contemplación, Amor...

Vi que los sueños y las realidades estaban tan distantes como el oriente del occidente. Me dijeron: «Aún puedes», y de nuevo me embarqué en la nave dorada de la ilusión. Los naufragios se sucedieron. De nuevo me gritaron: «Aún es tiempo» y, aunque encorvado por el peso de tanta derrota, me empecé de nuevo sobre el pináculo de la ilusión. La caída fue peor.

Hoy soy un hombre decepcionado.

Yo no nací para ser *hombre de Dios*. Me equivoqué de ruta. Pero no es posible regresar a la infancia feliz o al seno materno, para comenzar de nuevo.

Miro atrás y todo son ruinas. Miro a mis pies y todo es desastre. No sé si soy culpable de eso o no, ni siquiera tengo interés en saberlo. No sé si luché con todas las armas

o si puse toda la carne en el asador. ¿Importa algo? Nadie vuelve atrás.

Lo que sí sé con certeza es una cosa: no hay esperanza para mí. Lo que fui hasta hoy y lo que soy ahora, lo seré hasta el final. Mi sepultura se levantará sobre las ruinas de mi propio castillo.

* * *

Habla la esperanza.

Sobre la espuma de la ilusión habías levantado tu casa. Por eso se desmoronó una y mil veces, al vaivén de las olas. La arena de las playas fue el fundamento de tus edificaciones, y era inevitable la ruina.

Tus reglas de juego fueron el cálculo de probabilidades y las constantes psicológicas, y los resultados están a la vista. Pero tengo una palabra final para decirte en este amanecer: Todavía puedes; aún es posible la esperanza; mañana será mejor.

Comencemos otra vez.

Si hasta ahora hubo ruinas, desde ahora habrá castillos de luz apuntando con su proa hacia vértices eternos. Si hasta ahora has cosechado desastres, recuerda: se acercan centelleantes primaveras.

Detrás de la noche cerrada hay altas montañas, y detrás de las montañas nocturnas viene galopando la aurora. Sólo es bonito creer en la luz cuando es noche.

Detrás del silencio respira el Padre. La soledad está habitada por la presencia, y allá arriba nos esperan el descanso y la liberación.

Ven. Comencemos otra vez.

Yo nací una tarde oscura, sobre un cerro pelado, regada con sangre, cuando todos a coro repetían: todo está perdido; no hay nada que hacer; murió el Soñador: se acabaron los sueños.

Nací del seno de la muerte. Por eso la muerte no puede destruirme. Soy inmortal porque soy hija primogénita del Dios inmortal. Aunque miles de veces me digas que todo está

perdido, miles de veces te responderé que todavía estamos a tiempo.

Si hasta ahora los éxitos y fracasos fueron alternándose en tu vida como los días y las noches, desde ahora, cada mañana Jesús resucitará en ti, y florecerá como primavera sobre las hojas muertas de tu otoño. El vencerá, en ti, el egoísmo y la muerte. Sí, el Hermano te tomará de la mano y te conducirá por los cerros transformantes de la contemplación. Volverán a ondear tus antiguas banderas: Fortaleza, Amor, Paciencia...

La Pureza levantará su desnuda cabeza de plata en tus patios de naranjos, y bajo todas las flores de tu jardín florecerá, invisible, la Humildad.

Resplandecerás con el fulgor de los antiguos profetas en medio del pueblo innumerable. Y, al verte, todos dirán: Es un prodigio de nuestro Dios.

Ven. Comencemos otra vez.

Los pobres ocuparán el rincón más privilegiado de tu huerto. ¿Quiénes son esos que, como un enjambre, acuden presurosamente a ti? Son todos los olvidados del mundo, los que no tienen voz, ni esperanza, ni amor. Vienen a beber de tus primaveras encendidas por el Resucitado.

Mira: esas estrellas, azules o rojas, parpadean desde la eternidad y hasta la eternidad. Sé como ellas: no te canses de brillar. Siembra por los campos secos y por las agrias cumbres la misericordia, la esperanza y la paz. No te canses de sembrar, aunque tus ojos nunca vean las espigas doradas. Los pobres un día las verán.

Camina. El Señor Dios será luz para tus ojos, aliento para los pulmones, aceite para las heridas, meta para tu camino, premio para tu esfuerzo.

Ven. Comencemos otra vez.

CONTEXTO	11
CAPÍTULO PRIMERO: REFLEXIONES SOBRE CIERTAS «CONSTANTES» DE LA ORACIÓN	17
Cuanto más se ora, más se quiere orar	19
Cuanto menos se ora, menos ganas de orar	23
Cuanto más se ora, Dios es «más» Dios en nos- otros	26
Cuanto menos se ora, Dios es «menos» Dios en nosotros	28
Si se deja de orar, Dios acaba por ser un «don Nadie»	29
CAPÍTULO SEGUNDO: COMO SI VIERA AL INVISIBLE	35
1. <i>El drama de la fe</i>	39
La prueba del desierto	39
Nuevas pruebas en nuevos desiertos	42
Dificultades intelectuales	42
Dificultades vivenciales	45
2. <i>Desconcierto y entrega</i>	49
La historia de una fidelidad	50
La prueba de fuego	52
La esperanza contra toda esperanza	55
Tedio y agonía	56
Más allá de la duda	58
3. <i>El silencio de Dios</i>	63
Adónde te escondiste	63
La última victoria	67

Tres alegorías	70
Lejos del Señor	70
Agonía y éxtasis	73
Vaivén de la duda	76
Una señal	77
Los derrotados por el silencio	78
Los desconcertados por el silencio	80
Los confirmados	81
Fortaleza en el silencio	83
4. <i>Hacia la certeza</i>	87
La noche oscura	88
Cuál es tu nombre	92
Analogías, vestigios y símbolos	94
El gran salto en el vacío	97
• Noche transfigurada o certeza	100
Qué bien sé yo	103
CAPÍTULO TERCERO: ITINERARIO HACIA EL EN- CUENTRO	105
Sentido de este capítulo	107
Orar no es fácil	108
Orar es un arte	109
A vista de pájaro	110
La paciencia	111
La perseverancia	117
1. <i>Por el abandono a la paz</i>	121
Génesis de las frustraciones	122
Los «enemigos» del hombre	123
Experiencia del amor oblativo	125
En espíritu de fe	126
Abandono	128
Los imposibles	130
Ventanas de salida	132
Qué sabemos nosotros	134
Frente al futuro	136
Camino de alta velocidad	139
<i>Ejercicios prácticos de abandono</i>	142
Aceptación de los progenitores	142

Aceptación de la figura física	143
Aceptación de la enfermedad, la vejez y la muerte	144
Aceptación de la propia personalidad	147
Aceptación de los hermanos	150
Aceptación de la propia historia	154
Radiografía del abandono	156
2. <i>Silencio interior</i>	161
Dispersión y distracción	162
<i>Ejercicios para calmarse</i>	166
Advertencias	167
Preparación	169
Primer ejercicio: vacío interior	170
Segundo ejercicio: de relajamiento	173
Tercer ejercicio: de concentración	174
Cuarto ejercicio: auditivo	175
Quinto ejercicio: visual	175
<i>Tiempos fuertes</i>	176
«Desierto»	179
3. <i>Posiciones y circunstancias</i>	183
Posiciones para orar	184
¿Dónde orar?	187
¿Cuándo orar?	187
¿Completa espontaneidad?	188
Tratar ¿con Jesús o con el Padre?	190
4. <i>Primeros pasos</i>	193
Oración vocal	193
Salmos	196
Lectura meditada	199
Meditación comunitaria	202
Oración comunitaria	203
Oración litúrgica	204
Oración carismática	205
5. <i>Devoción y consolación</i>	209
Devoción	209
Consolación	211

6. Disposiciones	215
Sequedad	215
Atrofia espiritual	220
Aridez	223
Una «reina» para las «noches»	227
CAPÍTULO CUARTO: ADORAR Y CONTEMPLAR	231
Hacia el interior	234
1. <i>El encuentro</i>	241
Más allá de la evocación	242
Última estancia	243
Entra y cierra las puertas	246
Quedarse con el Padre	252
Trato de amistad	255
Intimidad	256
Diversidad	258
<i>Ejercicios prácticos</i>	259
Primer ejercicio: salida y proyección. Aclaraciones	259
Modo de practicar	261
Primera variante	261
Segunda variante	262
Tercera variante	263
Ejercicios transformantes	264
Primera variante	264
Segunda variante	265
Ejercicio visual	266
Ejercicio auditivo	267
Ejercicios de imaginación	267
Primera variante	267
Segunda variante	268
Tercera variante	268
Cuarta variante	269
2. <i>Encuentro profundo</i>	271
Transfiguración	274
Más allá del tiempo y espacio	278
Gratuidad	281
De claridad en claridad (2 Cor 3,18)	283

3. <i>Silencio y presencia</i>	287
En silencio y soledad	288
Contemplación y combate	290
Llama de fuego	293
La travesía del Verbo	295
Meditación y contemplación	296
Adhesión	299
Noticia general, confusa y amorosa	300
Con la total plenitud	304
Ejercicio de silencio y presencia	305
CAPÍTULO QUINTO: ORACIÓN Y VIDA	309
1. <i>Liberación</i>	315
Salvarse desde las raíces	316
Dar a Dios un lugar	318
Libres para amar	321
Pobres para ser maduros	322
Aristócrata del espíritu	324
Círculo vital	325
2. <i>Paso del egoísmo al amor</i>	331
Rectificación	331
Camino del amor	332
Subida a la cumbre	333
Mortificarse ¿para qué?	336
Consideraciones	339
Conclusiones	339
Almas víctimas: ¿sustitución o solidaridad?	340
En lugar de	344
El Cuerpo de la Iglesia	346
3. <i>Según la figura de Jesús</i>	349
El combate nocturno de Jacob	349
Ser y vivir como Jesús	351
Misericordioso y sensible	351
Manso y paciente	352
Predilección por los pobres	353
Comprensivo y atento	353
Sincero y veraz	354

Amar siempre	355
Humilde y suave	356
CAPÍTULO SEXTO: JESÚS EN ORACIÓN	357
Tener los mismos sentimientos que Jesús (Flp 2,5)	359
Ejercicios para mirar «adentro» de Jesús	360
Hablar desde dentro de Jesús	363
Perspectiva	364
1. <i>Trato personal con el absoluto</i>	367
Consideraciones previas	367
Temperamento sensible de Jesús	368
Su alma era profundamente piadosa	369
El contexto religioso en que Jesús nació y creció	369
Sólo Dios	373
Vivencias derramadas	374
El vértigo	379
2. <i>Aparece el Rostro del Padre</i>	383
El nuevo nombre de Dios	383
¿Qué sucedió en el alma del joven Jesús?	384
El Padre me ama	390
Libres y felices	391
Ser amados y amar	392
El revelador del Padre	393
Noche iluminada	398
3. <i>Jesús se abandona</i>	401
Una ofrenda	401
Preludio	407
Nadie me quita la vida	408
La gran crisis	412
Gozo y felicidad	418
Infancia espiritual	420
CONCLUSIÓN	427
Duelo entre el desaliento y la esperanza	429